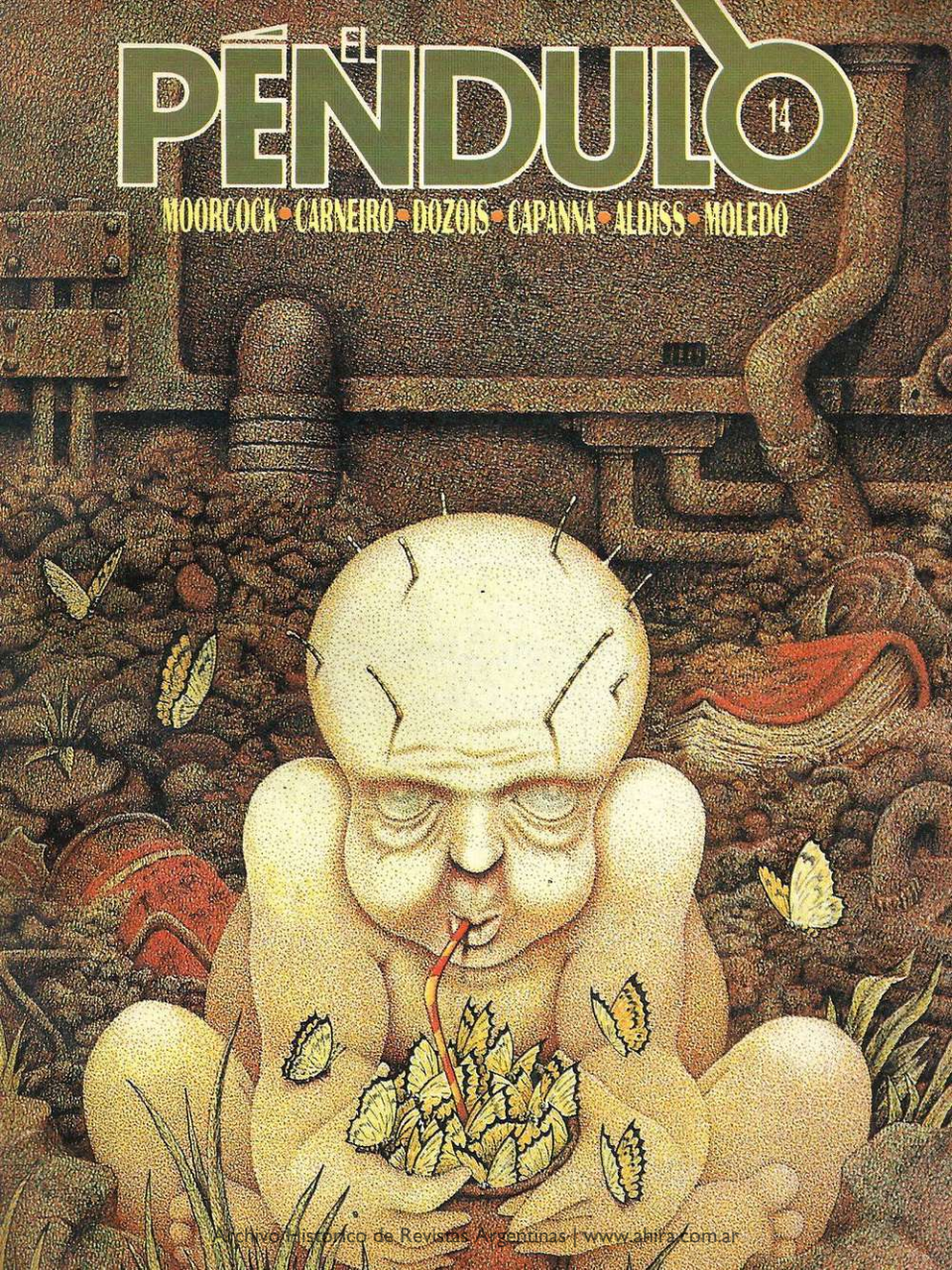
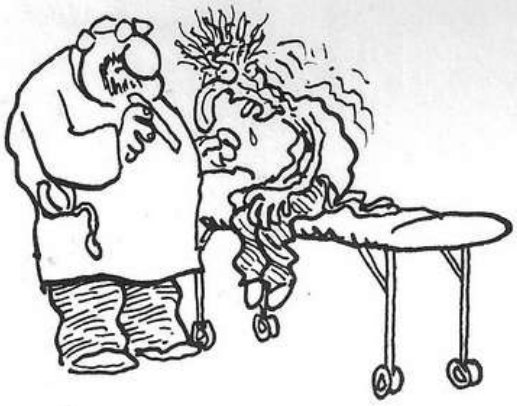
EL PÉNDULO

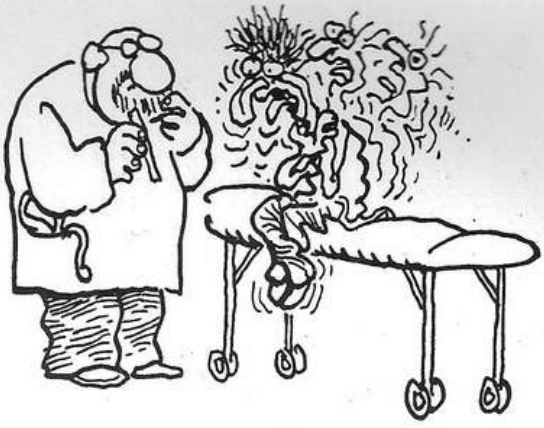
14

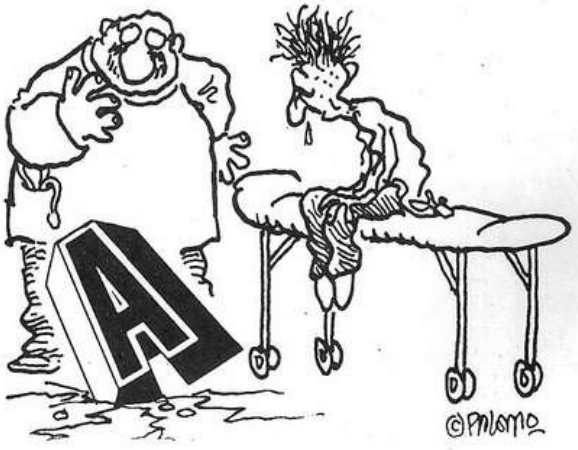
MOORCOCK • CARNEIRO • DOZOIS • CAPANNA • ALDISS • MOLEDO



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar







Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

O'KIF

INDICE

CUENTOS

Michael Moorcock Mis experiencias en la Tercera Guerra Mundial *15*
Leonardo Moledo La mujer que debía quererme *57*
Gardner Dozois La tormenta *61*
André Carneiro El grito *87*
Cristina Siscar Reescrito en la bruma *91*
Brian Aldiss Una ballena propia *95*

ARTICULOS

Pablo Capanna El texto de la Vida *46*

ENTREVISTAS

Vanasco y Goligorsky veinte años después *76*

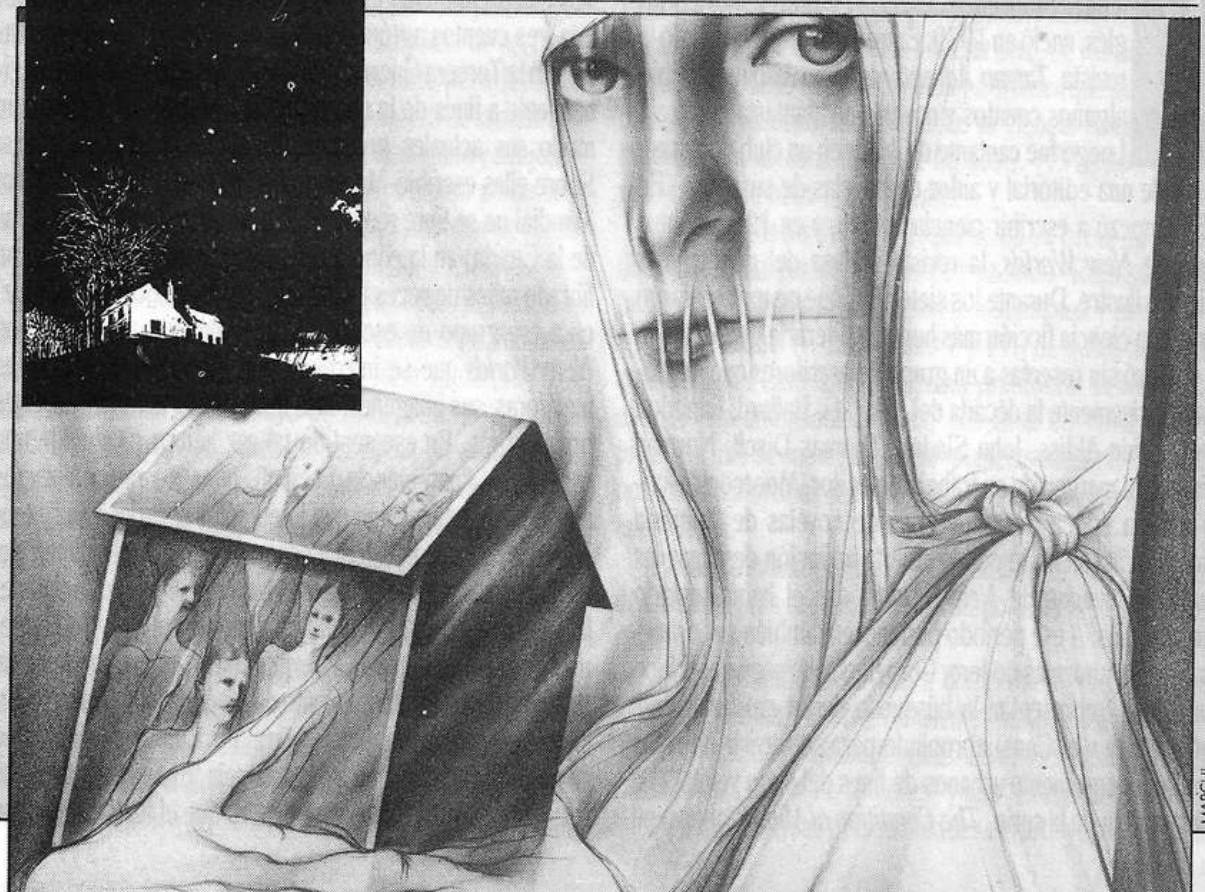
SECCIONES

Este número *2*
Polvo de estrellas *4*
La vuelta al mundo *8*
Encuesta *11*
Libros *112*
Autores *121*
Cine *123*
Cartas *126*

Ilustración de la tapa: **Eduardo Santellán**

FORTIN

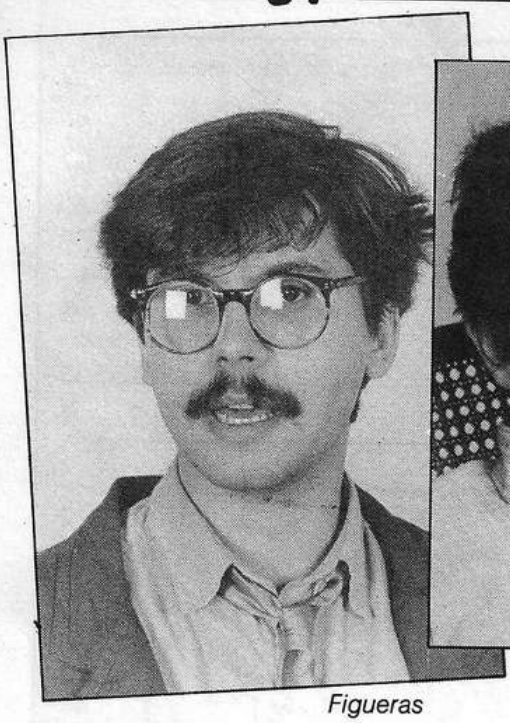
BRECCIA



MARCHI

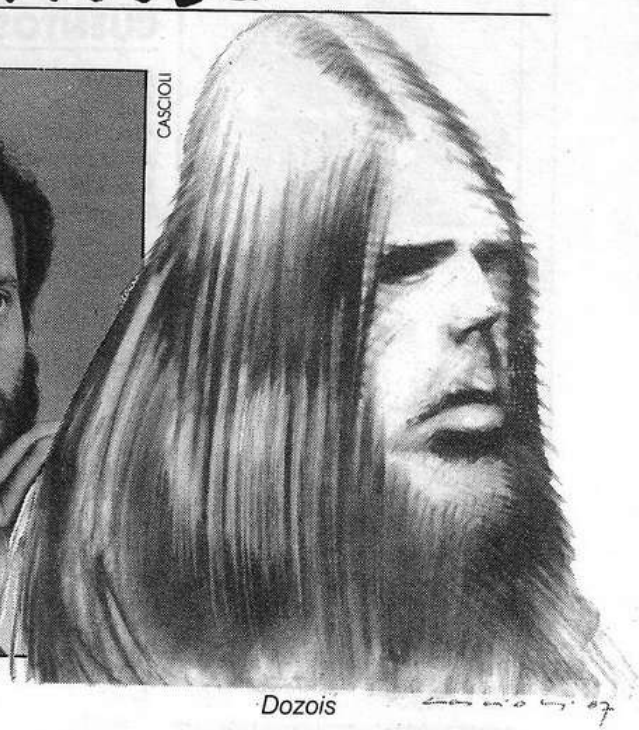
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este número



Figueras

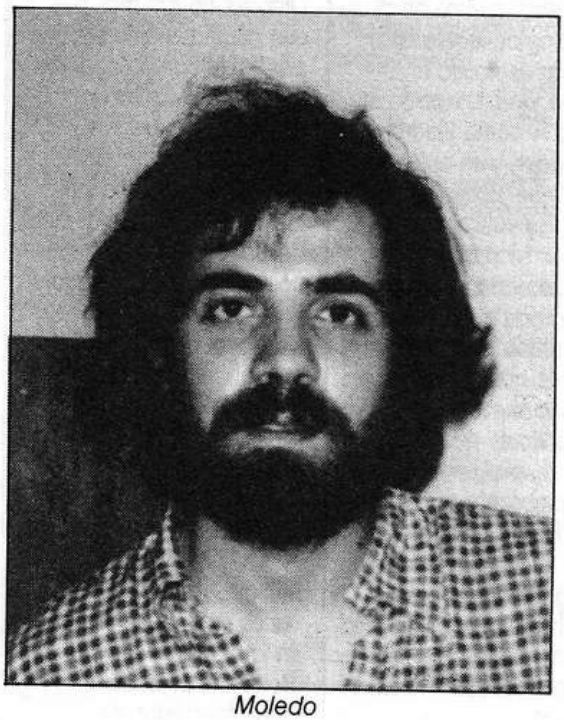
Gandolfo



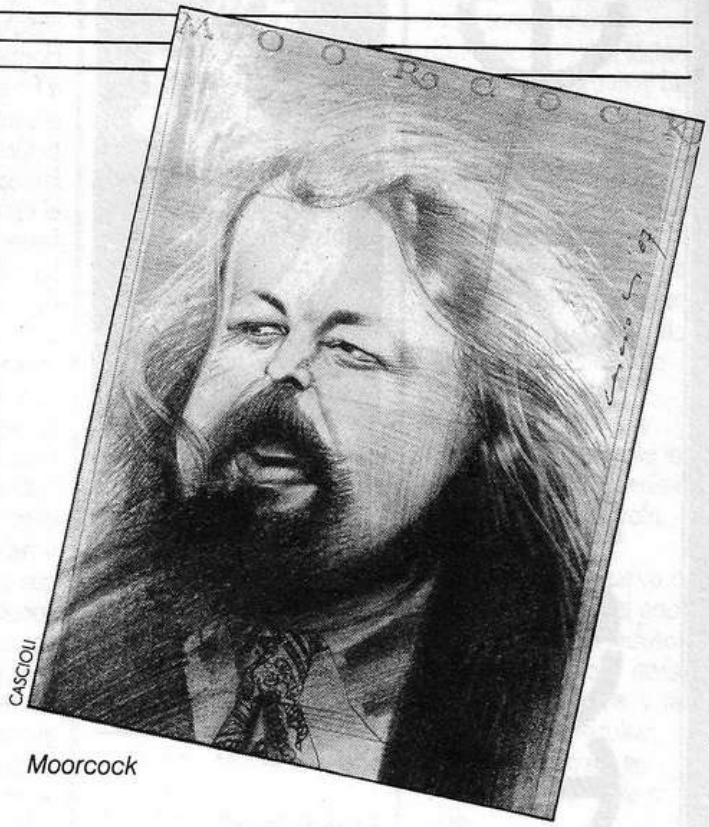
Dozois

Michael Moorcock, escritor, editor y músico inglés, nació en 1939. Entre 1956 y 1958 dirigió la revista *Tarzan Adventures*, para la que escribió algunos cuentos y novelas de "fantasía heroica". Luego fue cantante de *blues* en un club nocturno, asesor de una editorial y autor de novelas de suspenso. En 1962 empezó a escribir ciencia ficción, y en 1964 se hizo cargo de *New Worlds*, la revista inglesa del género más antigua e ilustre. Durante los siete años que ocupó ese cargo alentó una ciencia ficción más humana, literaria y experimental, y apoyó sin reservas a un grupo de escritores que marcarían decisivamente la década del '60: J. G. Ballard, Langdon Jones, Brian Aldiss, John Sladek, Thomas Disch, Norman Spinrad. Al margen de su trabajo de editor, Moorcock escribió en esa época varias decenas de novelas de "fantasía heroica", casi siempre con la abierta intención de pagar las cuantiosas deudas de *New Worlds*, que él había tomado como propias. A ese período pertenecen también sus primeros cuentos y novelas de Jerry Cornelius, que según el crítico John Clute "representan la búsqueda de un *modus vivendi* (entre la Ley y el Caos) apropiado para sobrevivir en estos años tan intensamente urbanos de fines del siglo veinte". La última novela de la serie, *The Condition of Muzak*, obtuvo en 1977 el premio Guardian a la mejor novela inglesa del año. Los tres cuentos agrupados bajo el título de "Mis experiencias en la Tercera Guerra Mundial", aunque publicados originalmente a fines de la década pasada, representan de algún modo sus actuales preocupaciones pacifistas y estéticas. Sobre ellas escribió **Moorcock**: "Tal vez la Tercera Guerra Mundial no se libre (como sugiere aquí un personaje acerca de la Cuarta) en la comarca del alma, pero por cierto se ha librado miles de veces en la comarca de la ficción. Pertenezco a ese grupo de escritores originalmente asociados con *New Worlds* que se interesó en la ciencia ficción por sus metáforas, sus imágenes, más que por sus racionalizaciones prospectivas. En ese sentido tal vez hemos producido una especie de "anti-ciencia ficción", pues no racionalizamos nuestras angustias, sino que intentamos sacarlas a luz y examinarlas, quizá con la tenue esperanza de que el examen y el análisis nos sugieran cómo podríamos, por ejemplo, detener la Tercera Guerra Mundial. Actualmente creo que toda guerra futura en gran escala se evitará (si se evita) simplemente por miedo, por el conocimiento de las consecuencias irreversibles que acarrearía dicha guerra. Para un humanista como yo no es fácil resignarse a esa creencia. El narrador de estos relatos no soy yo. En verdad, espero que el lector detecte al

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Moledo



Moorcock

menos alguna otra interpretación de su carácter, al margen de su propio modo de representarse. Esta clase de narrativa en primera persona (Henry James la refinó, pero tuvo sus precursores), que intenta ofrecer pistas acerca de la naturaleza del narrador y sus propias zonas de autoengaño y subjetividad, es bastante difícil de concretar, pero aspira a administrar un nivel adicional de comprensión. El narrador se revela no tanto en lo que dice sino en lo que opta por decir al lector."

Leonardo Moledo (Buenos Aires, 1947) es licenciado en Matemáticas. Ha publicado numerosos cuentos y artículos en diarios y revistas, y dos novelas: *La mala guita* (1976) e *Historia fantástica de la ciudad de Brée* (1985). "La mujer que debía quereme" fue finalista, en 1982, de un concurso organizado por el Círculo de Lectores y que contó con un jurado integrado por Jorge Luis Borges, Josefina Delgado, José Donoso, Jorge Lafforgue y Enrique Pezzoni.

Gardner Dozois (n. 1947), escritor, editor y antólogo, es norteamericano. Algunos de sus admirables cuentos (por los que recibió varios premios) fueron agrupados en el volumen *The Visible Man* (1977), y en 1978 publicó una admirable novela: *Strangers*. Actualmente, Dozois es jefe de redacción de la *Asimov's Science Fiction Magazine*.

André Carneiro (v. *El Péndulo* 2) nació en San Pablo, Brasil, en 1922. Poeta, fotógrafo, pintor, libretista de cine, es también autor de la novela *Piscina livre*, de los volúmenes de cuentos *Diario da nave perdida* y *O homen que adivinhava*, de una introducción al estudio de la ciencia ficción y otra introducción al estudio de la hipnosis. "El grito" es una muestra de su obra más reciente.

Cristina Siscar (v. *EP* 12) publicará en breve su primer libro de cuentos, al que pertenece y da título "Reescrito en la bruma", la historia de una historia instantánea y eterna.

Brian Aldiss (v. *El Péndulo* 1 y 11), de quien acaba de conocerse en castellano *Heliconia primavera*, primer volumen de una ambiciosa trilogía, nos lleva en "Una ballena propia" a uno de sus misteriosos "planetas zodiacales", cuerpos celestes artificiales poblados ante todo por artistas y excéntricos.

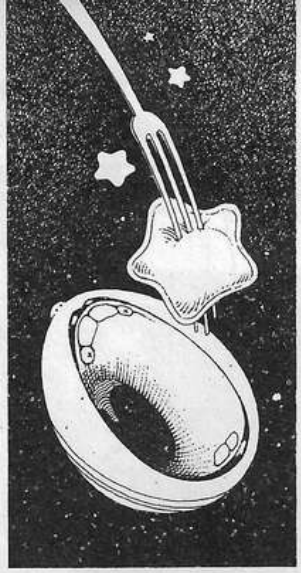
Pablo Capanna explica, en "El texto de la Vida", algunos descubrimientos recientes en el campo de la biología molecular.

Elvio Gandolfo entrevista a dos pioneros de la ciencia ficción argentina, Alberto Vanasco y Eduardo Goligorsky.

A las secciones habituales de *El Péndulo* se suman, desde este número, dos más: "Autores" y una "Encuesta" en la que intervendrán diversas personalidades del arte y de la ciencia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CRÓNICAS TERRESTRES



POLVO DE ESTRELLAS

Elvio E. Gandolfo

Drácula: ¿agente de la CIA o pornógrafo político?

El conde Drácula, melancólico y a veces erótico Príncipe de las Tinieblas, dedicado a beber sangre y a poner al descubierto cientos de espléndidas gargantas femeninas en films de la Hammer o de Roman Polanski, ha sufrido un inesperado ataque proveniente de su tierra natal, Rumania (en otros tiempos conocida como Transilvania).

Adrian Paunescu, poeta y periodista que había tenido algunos roces con la jerarquía del partido comunista rumano a mediados de 1985, pero que había logrado superarlos haciendo buena letra en los meses posteriores, llegó a la exageración en un reciente artículo dedicado a Drácula, su modelo histórico y Occidente. Una dama residente en Inglaterra, la señora Hoggett, escribió una carta a Paunescu acerca de un programa de la televisión británica dedicado al Príncipe Vlad, conocido en el siglo xv como Vlad el Empalador, y en quien se basó Bram Stoker para escribir su voluminoso *Drácula*. La señora se mostraba irritada ante la sugerencia del programa (presentado por Vincent Price) de que Drácula aún habitaba Rumania, y por el descrédito en que caía a través de él el príncipe Vlad, que comenzó a ser considerado una gran figura nacional rumana a fines de la década del '50 y fue rehabilitado oficial y espectacularmente en 1976, al cumplirse los 500 años de su muerte.

Paunescu tomó como base la carta para lanzarse a una diatriba tan solemne como desenfocada en las páginas de la revista *Contemporanul:* "No es la primera vez que intereses extraños han surgido detrás de supuestas obras de arte extranjeras para manchar y desacreditar la historia nacional de los rumanos", afirmó. "A veces un ataque a la historia de un pueblo puede ser aun más grave que un ataque a la política actual de ese pueblo. En este caso particular, no estoy seguro de qué es más grave. Junto a una acción concertada puesta en escena por reaccionarios de todo tipo y destinada a desacreditar el nombre de la Rumania contemporánea, se ha hecho un intento, en realidad se han hecho repetidos intentos, de privarnos de nuestra historia. [...] El film sobre Drácula, junto con el *corpus* de la literatura sobre Drácula, no son más que una página en una enorme producción de pornografía política dirigida contra nosotros por nuestros enemigos."

El artículo pasaba por alto el hecho de que durante décadas el prestigio oscuro del Conde fue empleado para fomentar el turismo ("Visite el país de Drácula", afirmaban los prospectos), aunque a partir de la década del '70 tal elemento dejó de ser usado. El tono de Paunescu fue considerado exagerado incluso por otras autoridades en el tema. Pocas semanas más tarde, en la misma revista, N. Stoicescu, autor de la biografía clásica del príncipe Vlad, sin contestarle directamente, puso en claro sin embargo que entre los principales detractores del noble se encontraron los sajones tarnsilvanianos y el príncipe húngaro Matías Corvinus, contemporáneos del modelo de Drácula, y que Occidente tal vez no había hecho más que aceptar las afirmaciones de esos detractores locales.

Opinión I
Japón, oh Japón

Escribí un par de cuentos de ciencia ficción bastante pobres en 1966, o algo así; pero no había puesto el corazón en ellos, sobre todo porque en esa época aún no creía que la ciencia ficción fuese auténtica escritura. Sólo cuando llegué a la tierra de las

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

maravillas y del veneno del siglo XXI, en Tokio, Japón, uno o dos años después, me sentí impulsado a empezar a escribir ciencia ficción como una estrategia psicológica de supervivencia, para enfrentarme al entorno. Antes de eso había estado enseñando literatura convencional en Tanzania; y aunque Africa Oriental me abrió los ojos políticamente, el entorno de la universidad propiamente dicho era muy británico y ortodoxo, las torres de marfil de Oxford transplantadas en hormigón al trópico. Pero enseñar y tratar de escribir literatura convencional en Tokio, mientras las nubes de gas venenoso pasaban rodando, mientras los terremotos sacudían las metrópolis, mientras la policía y estudiantes vestidos como samurais chocaban en batallas campales, mientras globos publicitarios flotaban en el *smog*, mientras robots y monstruos del espacio hacían cabriolas en las grandes tiendas, mientras enfermedades debidas a la polución industrial saltaban a izquierda y derecha, empezó a parecerme bastante irrelevante. Desde luego, uno siempre podía sumergirse en el teatro Noh o Kabuki y olvidarse del resto, pero el resto se entrometía bastante cuando uno tenía que comprar respiradores para dormir en ellos... Cuidado, no estoy diciendo que Japón fuese una especie de infierno. Era además vigorizante hasta la intoxicación. Cuando regresamos a Inglaterra éramos como discos de 33 rpm girando a 78 rpm. Inglaterra parecía estar situada detrás de un muro de vidrio de un metro de espesor: el siglo diecinueve, aunque equipado con automóviles.

IAN WATSON

Poe, Lovecraft y Alien

Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido. Desea saber quién es el que lo agarra; quiere reconocerlo o, al menos, poder clasificarlo. El hombre elude siempre el contacto con lo extraño. De noche o a oscuras, el terror ante un contacto inesperado puede llegar a convertirse en pánico. Ni siquiera la ropa ofrece suficiente seguridad: qué fácil es desgarrarla, qué fácil penetrar hasta la carne desnuda, tersa e indefensa del agredido.

ELIAS CANETTI

Parapsicología trivial

Los textos, artículos y manuales sobre parapsicología suelen abrumarnos con hechos espectaculares o al menos fuera de lo común, a veces logrados mediante el trabajoso empleo de barajas de naipes, observadores, cronómetros, etc. En la vida cotidiana todos experimentamos hechos que, sin llegar a un grado suficiente de precisión controlable, parecen insinuar leves rupturas del cálculo de probabilidades y, a veces, agregan un toque de poesía inesperada.

Entre ellos no son infrecuentes la "corporeización" de una persona en el preciso momento en que pensábamos en ella, o la inquietante sensación de *déja vu*, de haber vivido ya antes lo que estamos viviendo.

Un poco más complejos fueron dos hechos que me ocurrieron recientemente, por incluir más cantidad de variantes. El primero me ocurrió en el cine Metro de Montevideo. Poco antes de entrar había conseguido un ejemplar de la revista *Omni*, y aproveché para hojearlo en el intervalo. Uno de los films de terror recientes que admiro por su imaginación y contundencia (a despecho de algunos excesos) es *Poltergeist*, de Hopper-Spielberg. Al abrir una de las páginas de la revista vi con interés un colorido anuncio de una segunda parte para mí desconocida de *Poltergeist* (que como se recordará trata de siniestros visitantes de una dimensión distinta). Interesado, quise fijarme en el nombre del director de esa segunda parte, para ver si era también Hopper. Pero hete aquí que las luces se apagaron, para dar comienzo a la función. Enorme sobre la pantalla, vi aparecer la niñita de *Poltergeist*, anunciando: "¡*Ellos* han vuelto!", para dar comienzo a la cola o sinopsis de *Poltergeist II*, en un cine semivacío, con uno de sus espectadores un tanto aterrado, sosteniendo en las manos un anuncio de *Poltergeist II*.

El segundo caso ocurre entre Buenos Aires y Colonia Marcial me había dado para comentar *¡Cavernícolas!*, de Héctor Libertella. Un libro muy bien impreso, en papel grueso y letra bien legible, con solapa. Al hojearlo, sin llegar a leerlo, en el viaje en aliscafo entre los dos puertos, veo que Libertella ha aumentado el carácter *físico* del libro subrayando literalmente lo que debe destacarse, en vez de emplear bastardillas, o aplicando gruesamente los acentos con una especie de bolígrafo, en un párrafo. Regocijado, con un sentimiento táctil, vuelvo a palpar el espesor del papel entre las yemas, e incluso me llevo el libro a la nariz, para ver cómo huele, y se me ocurre el calificativo "cremoso", aunque en realidad casi no huele a nada.

Poco antes de llegar a Colonia coloco el libro y un par de revistas que he hojeado en un bolso de plástico (de procedencia sueca y regalo de un amigo) equipado con una cuerda para echarlo al hombro. Colonizado como soy, he confiado en la solidez sin límites de un bolso nórdico, y he metido en él también una botella de piña colada de un litro, un pulóver, otros libros.

Con un restallante "¡snap!" la cuerda se corta en el momento mismo en que piso el hormigón de Colonia, obligándome a sacar con movimientos histéricos libros, pulóveres y revistas de un considerable charco de vidrios y piña colada, intentando secar las tapas, etc.

A los dos o tres días tomo *¡Cavernícolas!* para leerlo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Un efecto de la piña colada sobre el papel de buena calidad es adherir un poco el borde inferior de las páginas, que quedan un tanto ajadas. El otro: exhalar cada vez que doy vuelta una de ellas, un delicado, apenas perceptible olor a helado de vainilla. Cremoso.

Opinión II
Misiles y vacas

Mudarme de la ciudad de Oxford a la zona rural pronto me hizo ver –mucho mejor que cuando vivía en una ciudad– hasta qué punto está militarizada Inglaterra, y obligada a actuar como un peón en una Guerra del Tercer Mundo. Detrás de cada colina parece haber una estación de radar, una antena de comunicaciones, una base aérea o alguna otra instalación, inglesa o norteamericana. Por un tiempo sólo notas las vacas en el campo; después descubres lo que hay en el horizonte, detrás de las vacas.

Por supuesto, es teóricamente posible que un historiador que escriba en el año 2500 señale el "equilibrio de terror" de fines del siglo xx como el factor que paradójicamente impidió a la raza humana destruirse a sí misma y la Tierra, hasta que... ¿qué? Pero francamente no creo en eso. La carrera armamentista es un ejemplo de retroalimentación positiva; ¿y cuándo la reatroalimentación positiva ha conducido alguna vez a un equilibrio, por no hablar de una reducción de algo?

Creo que Inglaterra debiera librarse de todas las armas nucleares de su territorio unilateralmente (y eliminar los misiles de sus submarinos también). Debiera hacerlo como ejemplo de cordura; y porque ninguna de ellas *defiende* el país. No se contempla la defensa de la población. Aunque la defensa del gobierno *contra* la población por cierto está incrustada en el sistema. Tampoco creo que los rusos desearían "invadir" si eso ocurre. Ellos no han invadido exactamente Polonia. Su intervención en Afganistán les ha proporcionado su propio Vietnam. (Y dicho sea de paso, estoy harto con todo ese asunto de los valientes luchadores de la libertad de esa zona: integrantes de feudos de sangre, que cubren con velos a sus mujeres, apóstoles del fanatismo medieval: del mismo tipo que quienes dieron a Norteamérica el caso de los rehenes de Irán.) Tampoco creo que Rusia no esté mortalmente asustada ante la perspectiva de una guerra nuclear, ni que no desee auténticamente reducir los riesgos: porque Rusia ha conocido los efectos de la guerra sobre su propio territorio de un modo devastador y demasiado reciente. Norteamérica, por el contrario, no ha experimentado la guerra moderna en casa, y en ese sentido está alejada de la realidad. (Fíjense cómo han barrido y metido debajo de la alfombra a los veteranos de Vietnam.)

Semejante falta de contacto con la realidad es una situación muy peligrosa. Y actualmente, en las esferas de la economía militar y política, eso está alejando aliados de Norteamérica, porque la política norteamericana no parece conectarse con el mundo real. Entretanto la tecnología militar (en la que Norteamérica está y siempre ha estado a la cabeza, por más basura propagandística que se difunda sobre "brechas" en misiles, en bombarderos, en armas rusas secretas de rayos de partículas y cosas por el estilo) se está descontrolando por completo, obedeciendo sólo a su propia lógica inherente de crecimiento. Cómo aplaudimos todos cuando despegó el primer transbordador espacial. Pero ¿qué sentimos cuando despegó el cuarto, con dispositivos militares secretos a bordo? Ahora el aparato militar es un organismo parasitario, como los *Amos de títeres* de Heinlein. Para alimentarlo, nos están imponiendo deliberadamente una nueva guerra fría. Nada de esto "defiende" a nadie. Ni beneficia a nadie salvo a los fabricantes de armas y a los generales de carrera.

Se ha dicho que un ser humano no es más que el instrumento de un gen para fabricar otro gen. Tal vez debiéramos aplicar esa idea a las armas. Tal vez las armas son lo que realmente importa en este planeta; y la raza humana es simplemente el instrumento de un arma para fabricar nuevas armas. Por cierto las armas están evolucionando mucho más rápido que nosotros.

Y a todos los entusiastas de la carrera espacial les señalaría que la tecnología espacial estadounidense se está volviendo con rapidez una cuestión orientada al espacio cercano y a la guerra, mientras se reduce y recorta la investigación científica auténtica; y es la Unión Soviética la que se adelanta, tambaleándose lentamente pero con seguridad, hacia la exploración a largo plazo. Así que no debieran sorprenderse demasiado si la mayoría de las novelas de ciencia ficción norteamericanas resultan haber sido pura fantasía, porque todos los capitanes y colonizadores estelares del futuro no se llamarán realmente John y Jane, sino Ivan, Boris y Natasha.

IAN WATSON

Las cosas en claro

La luna es más útil que el sol, dado que brilla durante la noche, cuando se necesita luz; mientras que el sol de poco sirve durante el día, cuando de todos modos hay luz.

KOZMA PRUTKOV

Opinión III
Los críticos después

Con el paso del tiempo los críticos tienden a equilibrarse entre sí; a partir de mis archivos de comentarios puedo probar absolutamente cualquier cosa sobre mí. Sólo me irrito cuando advierto una maldad activa en un comentario, o un autoagrandamiento y la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

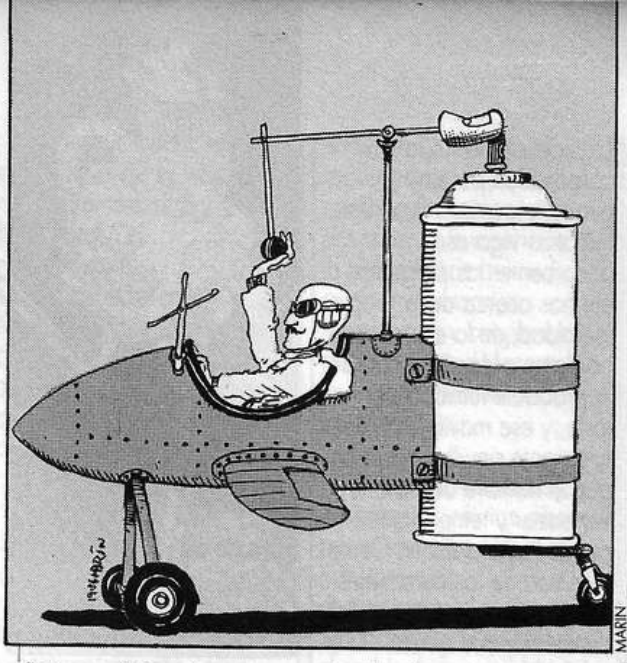
necesidad de marcar puntos a costa mía. Pero la mayoría de los autores sufren de modo semejante de cuando en cuando. Tengo una objeción más fundamental, por principio: cuando los críticos son considerados como algo en cierto modo más respetable, superior a los autores. Los autores son quienes producen el producto primario; los críticos son secundarios, intermediarios (parásitos, si vamos a ser poco amables). Esto se volvió muy obvio en una conferencia sobre "Alta y Baja Ficción" en la que hablé hace poco, en el Instituto de Artes Contemporáneas de Londres, patrocinada por el Arts Council de Gran Bretaña, que parece apoyar crecientemente con fondos públicos, no a los escritores originales sino a los críticos y sicofantes. La mayoría de los paneles de ese día eran para críticos, académicos, empresarios editoriales; pero uno estaba dedicado a auténticos autores vivos invitados a decir lo que pensaban sobre el estado actual de la ficción.

Así que los autores llegamos juiciosamente aferrando una página garabateada con notas: las cosas que nos importaban y que queríamos decir en los diez minutos que nos habían prometido a cada uno. Y ellos cambiaron el orden. En vez de hablar nosotros mismos, cada uno iba a ser entrevistado por alguien de los medios, no sobre nuestras preocupaciones o intereses apremiantes, sino sólo como ejemplos de autores. Como animales de zoológico exhibidos en nuestras jaulas, con el domador de leones haciendo restallar el látigo para obligarnos a cumplir nuestras pruebas. De modo que me vi obligado a señalar, con bastante rigor, lo perniciosas que eran todas esas presunciones latentes sobre la función de los autores; y cómo eso viciaba todo el supuesto espíritu de la conferencia, sobre la "salud" de la ficción hoy. El público disfrutó de la disputa, aun cuando los organizadores no lo hicieron.

IAN WATSON

Libros enterrados: Mundo simulado

Nacido en 1920, Daniel F. Galouye es un buen ejemplo de escritor subestimado dentro del género. En un medio que aprecia a toda costa la superproducción y la originalidad, tal tendencia puede deberse a que produjo relativamente poco (aunque muchísimo más que un Rulfo, por ejemplo): cinco novelas y dos recopilaciones de relatos, espigados entre dos o tres docenas de textos publicados en revistas. En nuestro idioma sus dos novelas más conocidas son *Mundo tenebroso* (su primer libro, de 1961) y *La percepción perdida* (de 1966). Cuando en 1964 Galouye publicó *Simulacron-3,* rebautizado luego *Counterfeit World,* los críticos se apresuraron a hacer la lista de obras semejantes anteriores (un



reflejo condicionado que puede volver insufribles las conversaciones con *fans* de cualquier punto del globo): varias de las novelas de Dick, "El Dios microcósmico" de Sturgeon, "El túnel debajo del mundo" de Frederik Pohl.

En otras palabras, el tema de *Mundo simulado* es el del carácter poco seguro de la realidad, o al menos de su percepción.

De los tres antecedentes narrativos que citamos, tal vez a lo que más se acerca, sobre todo temáticamente, es al cuento de Pohl: hay la misma preocupación por las maniobras manipulativas de empresas publicitarias o estatales, la misma idea básica: una sociedad "fabricada", hecho desconocido por sus integrantes.

La extensión de una novela le permite a Galouye sin embargo explorar las numerosas ramificaciones de la idea central más a fondo que Pohl. Eso lo lleva a sutilezas dignas de otro de sus modelos, Dick, pero aquí la diferencia es estilística: *Mundo simulado* está cuidadosamente estructurada, canta su tema desde el principio y avanza con el paso de un lector entrenado más en Descartes y el intento de combinar la razón con la mística que en Buda y los efectos desquiciantes de las drogas alucinógenas.

De hecho el relato es el progresivo ascenso del protagonista a sucesivos niveles de conocimiento, más que a sucesivos niveles de disolución de lo real, como suele pasar en Dick: el lector nunca llega "a perder pie" como sí puede ocurrirle en *Ubik.* Galouye carcome sus convicciones sobre la realidad de un modo obstinado, lineal en la presentación. En ese sentido, su prosa reposada, sin brillos experimentales pero bien estructurada, resulta al mismo tiempo menos espectacular y más insidiosa que la de muchos dudadores sistemáticos de los años '70, sus sucesores (existen trabajos de Silverberg, Spinrad, o Zelazny con temática semejante).

Por debajo de la superficie de acción, tensiones y angustias (hay un conocimiento de primera mano de las zancadillas que

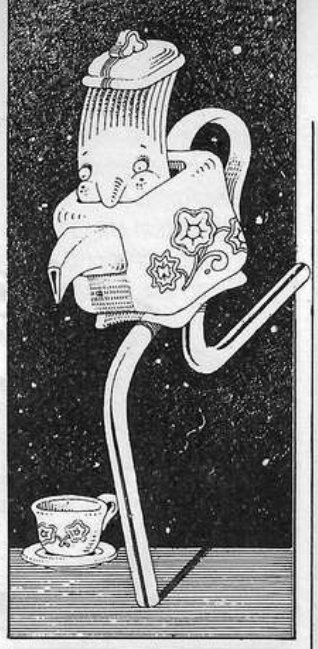
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se practican en toda corporación por un pequeño puesto), fluye una temática vigorosa, absorbente: las preguntas eternas acerca de la propia identidad, de la existencia o no de un orden superior, de la probable futilidad de todo, y ese movimiento de fulgurante simultaneidad en que el hombre desea a la vez saber y teme lo que puede llegar a saber. Como dice uno de los personajes: "¡No quiero no saber nada! ¡Pero tampoco quiero saber!" La novela incluye además su propia base teórica en las referencias pasajeras no sólo a filósofos que se interesaron en las mismas cuestiones (Artistóteles, Berkeley, etc.) sino también a los aún escasos conocimientos científicos y/o psicológicos sobre el mecanismo de percepción de la realidad. Galouye logra además cerrar su convencional "happy end" con una elegante vuelta de tuerca en los últimos párrafos.

Mundo simulado fue incluida en la serie Erus de Verón Editor, en 1973, en una desprolija traducción de Antonio Ribera no atenuada en la corrección posterior (se emplean por ejemplo, hasta la irritación, los *Mr.* y *Miss* del original, en bastardilla, lo cual al principio suena buscadamente irónico y después sólo molesta). Aún así la fuerza y el poder hipnótico de la novela sobreviven en gran medida.

FUENTES

Index on Censorship; Foundation; Omni; Histoire de la science-fiction moderne de Jacques Sadoul; *Masa y poder* de Elias Canetti.



LA VUELTA AL MUNDO

¿Más que humanos?

"Si hay un grupo que ha desempeñado un papel importante en el desarrollo del concepto de inteligencia artificial, éste es el de los escritores de ciencia ficción. Siempre han creído en ella, a veces un poco demasiado, hasta tal punto que sus lectores encuentran hoy día normales nuesiras realizaciones, ¡de tanto que han oído hablar de ellas! Como anécdota se puede señalar que fue un escritor, el checo Karel Capek, quien forjó en 1920 la palabra "robot", que en su lengua significa, sencillísimamente, "trabajo forzado", al efectuar los robots las tareas que el hombre no quiere hacer", dice Jacques Pirat, responsable del laboratorio C. F. Picard del Instituto de Programación de la Universidad París VI. Pero si la palabra robot evoca cosas concretas (pseudo hombres-máquinas que se mueven animados por estímulos mecánicos y electrónicos), las palabras "inteligencia artificial" no siempre nos hacen pensar en algo palpable; como no sea la máquina Hal, en la película *2001* de Stanley Kubrick, o en alguno de los cuentos de Asimov en los que supermáquinas galácticas alcanzan saberes o verdades absolutos. Inteligencia artificial, palabras que resultan un tanto evanescentes, algo abstractas.

No obstante lo cual, y por lo menos para el profano en el tema, el terreno de la inteligencia artificial parece constituir uno de esos "mundos límite", uno de los caminos de investigación de la ciencia contemporánea que –como en el caso de la ingeniería genética, para poner otro ejemplo– nos colocan al borde de un abismo. *Nos* colocan a nosotros, al Hombre como especie, a la humanidad como entidad biológica ubicada en el tiempo y el espacio, que con este tipo de herramientas parece vulnerar su nicho ecológico e internarse en terrenos vedados. Abismo porque no se sabe qué hay mas allá.

Pero ¿es para tanto? ¿No hubieran pensado nuestros antepasados que volar, por ejemplo, es también salirse de los límites de la especie? La sensación de abismo ¿no surge ante cada avance de la tecnología?

Hay que tener cuidado con este tipo de razonamiento por analogía. Si en verdad en algún momento la ciencia avanza hasta los límites del nicho ecológico –yo lo llamaría, mejor, nicho existencial– del hombre, siempre se pueden ecntrar antecedentes históricos en los que pareció que sí y resultó que no. La comparación no es demasiado útil como guía.

¿Y qué hay entonces con la Inteligencia Artificial? ¿Anuncia al Superhombre? ¿Lo atisba al menos? Todo hace pensar que no. La Inteligencia Artificial consiste, básicamente, en un conjunto de programas de computadora. No una mera sofisticación de los programas corrientes, sino algoritmos que incorporan los modos de razonamiento e inferencia usuales en el pensamiento lógico, y que permiten sacar conclusiones, hurgar en una base de datos y extraer muestras de ellos sin examinarlos todos, y sin caer, por lo tanto, en la trampa de la combinatoria. La capacidad de aprender de algunos programas de inteligencia artificial es sólo memoria acumulativa, que le permite a la computadora en cuestión –o al programa de computadora en cuestión– optimizar una estrategia de búsqueda, para actuar más eficientemente la próxima vez. Los filósofos, aparentemente, pueden quedarse tranquilos en lo que a la inteligencia artificial respecta –y nótese mi cautela: "aparentemente", digo con prudencia, salvando la cara y previniendo cualquier nuevo descubrimiento que haga peligrar la humana seguridad de que el

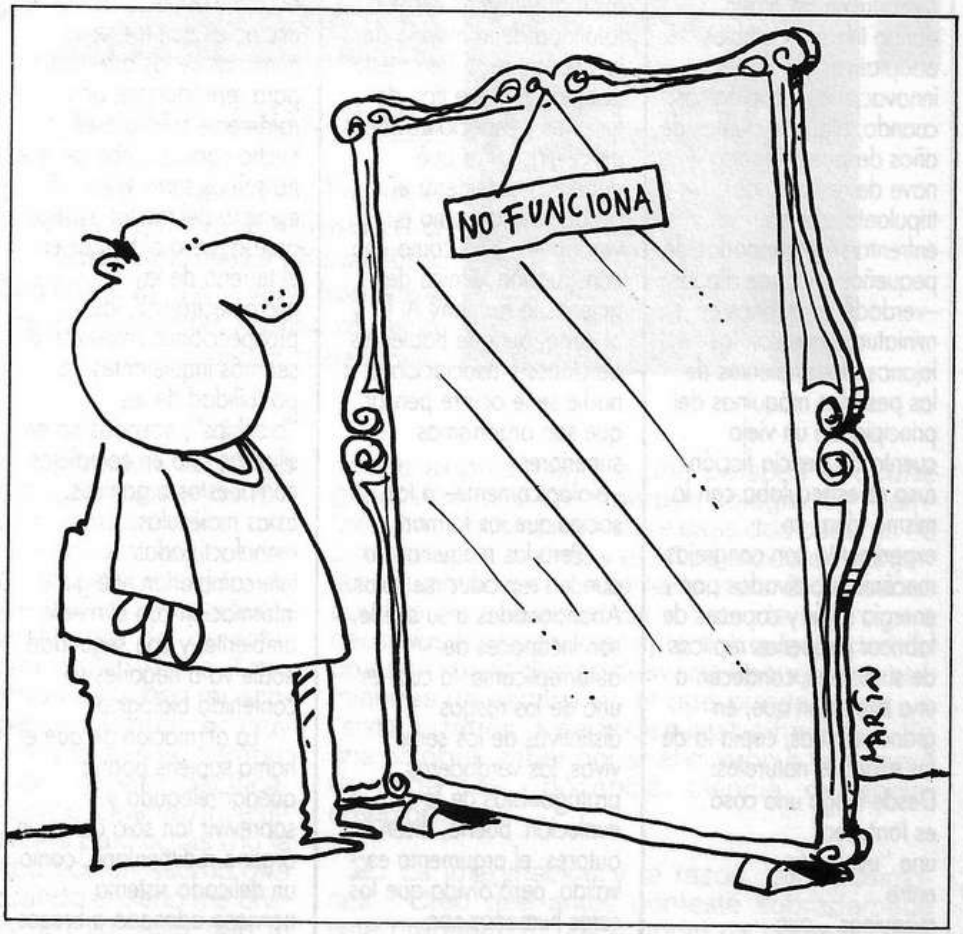
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hombre es un elegido de la Naturaleza, una especie de manifestación de la naturaleza por la cual ésta se autobrinda el acceso a la inteligencia y se analiza y conoce a sí misma. Aun en el pensamiento más de avanzada, y en el situado más adentro de la cadena de la evolución, uno siempre encuentra restos de esta convicción profunda: la humanidad es una estación terminal, el hombre es un fin, no un eslabón; lo que ocurrió con otras especies no vale para nosotros, eso no pasará aquí.

Sin embargo, no es necesario internarse en el resbaladizo campo de las suposiciones en Inteligencia Artificial o Ingeniería Genética, para encontrar a quienes razonan o especulan en torno a los límites intocables de que hablábamos. Ya en 1863, apenas cuatro años después de la publicación de *El origen de las especies* de Charles Darwin, Samuel Butler, científico y novelista, se preguntaba sobre la aplicación del concepto de evolución a las máquinas de vapor y las pipas. ¿Acaso el acelerado –¡ya entonces!– progreso de la tecnología no puede pensarse como una forma de evolución adaptativa, según las reglas de la selección natural? Y si es así: ¿no serán las máquinas ejemplares de un nuevo estadio de la evolución, como lo es el hombre frente al reino animal y vegetal, y a su vez el reino animal y vegetal frente al reino mineral a partir del cual se desarrolló lentamente? Las observaciones de Butler son recogidas en un corto ensayo de Lynn Margulis y Dorion Sagan ("Strange Fruit on the Tree of Life: The Next Great Step in the Evolution of Man", *The Sciences*, mayo-junio 1986) y si bien los autores reconocen que Butler escribía en son de sátira, el tema –dicen– merece consideración: "Puede sonar herética o absurda la sugerencia de que la vida y la no-vida sean capaces de fusionarse o producir una síntesis. Pero analizados en el contexto de la historia de la vida –desde sus orígenes prebióticos hasta su capacidad actual de automanufacturarse en el laboratorio– resulta no solo plausible sino inevitable."

Al fin y al cabo, la distinción entre la vida y la no-vida empieza a borronearse si retrocedemos suficientemente en el tiempo, porque la vida, tal como la concebimos, nace de reacciones puramente químicas entre moléculas de carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, fósforo, azufre, por cierto bien adentradas en el mundo de la no-vida. Pero a través de los eones –como se demostró experimentalmente– esas moléculas se combinaron y recombinaron en los mares primitivos de la Tierra hasta producir RNA y DNA, las únicas moléculas conocidas hasta ahora capaces de fabricar copias perfectas de sí mismas –esto es, de reproducirse. Fue sólo cuestión de tiempo, después de la aparición de la doble hélice del DNA, que se cerraran las membranas y surgiera la primera unidad discreta de la materia viva: la célula bacteriana.

"Una vez establecidas, las primeras células dieron pasos tecnológicos que transformaron completamente el planeta." Se adaptaron y adaptaron el ambiente para progresar y sobrevivir. ¿Por qué debemos aceptar dentro de la categoría de "tecnología" al arado y no a las modificaciones introducidas por los primeros microorganismos,



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

al reprocesar la materia mineral transformándola en alimento y energía? ¿Y qué decir de la revolución respiratoria, que llevó a los microorganismos a adaptarse al oxígeno que invadía la primitiva atmósfera? ¿Y la constitución de las células con núcleo? ¿El núcleo de las células no debe admirarse como una obra maestra de la tecnología?

En su libro *El Invencible*, Stanislav Lem propone un sistema de evolución inorgánica. Un cohete, con máquinas capaces de reproducirse, ha quedado abandonado en los desiertos de un lejano planeta. Las máquinas, olvidadas de la pérdida de la tripulación humana, se reproducen sin orden, dando lugar a cambios adaptativos y a sutiles innovaciones tecnológicas; cuando, algunos cientos de años después, llega la nave de rescate, los tripulantes deben enfrentarse a bandadas de pequeñas criaturas aladas –verdaderos aviones en miniatura– que son los lejanos descendientes de las pesadas máquinas del principio. En un viejo cuento de ciencia ficción ruso se especulaba con la misma idea: un experimento con cangrejos mecánicos activados por energía solar y capaces de fabricar pequeñas réplicas de sí mismos, conducen a una evolución que, en grandes líneas, copia la de las especies naturales. Desde luego una cosa es fantasear una "evolución entre máquinas", aun explicitando una teoría sobre como pudo tener lugar –el caso de Lem– y una cosa muy distinta es que sea fácticamente posible. Tampoco alcanza con llamar "innovación técnica" al núcleo de una célula, o a la respiración aérea, para extender el concepto de evolución; por ahora Margulis y Sagan están más cerca de Butler o Lem que de Darwin.

Sin embargo, la idea que guía el ensayo es más sutil. Después de todo, podemos considerar al hombre como un conjunto de células que se ha agrupado con el fin de optimizar sus funciones, de la misma manera que los corales son colonias de pequeños microorganismos. Casi la totalidad de la historia de la vida sobre la Tierra está poblada por ese tipo de fusiones y especializaciones de células. ¿Por qué debemos considerar el producto final como el verdadero, y no como una construcción técnica de quienes lo forman? Al fin y al cabo, aunque hablemos de clubes y asociaciones, a nadie se le ocurre pensar que son organismos superiores –biológicamente– a los socios que los forman.

Pero las máquinas no pueden reproducirse solas. Abandonadas a su suerte, son incapaces de autorreplicarse, lo cual es uno de los rasgos distintivos de los seres vivos, los verdaderos protagonistas de la evolución. Bueno, dicen los autores: el argumento es válido, pero olvida que los seres humanos son incapaces de autorreplicarse. *Lo único capaz de autorreplicarse en el mundo son las moléculas de ARN y ADN.* Cualquier cosa que se reproduzca está instrumentando la verdadera y única reproducción, que es la de aquellas moléculas. "Consideremos el tractor. Su existencia genera alimento, que permite el crecimiento de la población, incluyendo la porción de personas que construyen tractores. No parece completamente irrazonable decir que, al permitir que la cantidad de alimento y de personas aumente, los tractores se aseguran su propia supervivencia. Después de todo, es sólo a través de la acción y esfuerzo de varios microbios que los seres humanos se las arreglan para reproducirse, pero raramente se cita este hecho como prueba de que no somos seres vivos." El ejemplo del tractor es algo grueso, pero al buscar en el terreno de la microelectrónica, las prospecciones empiezan a ser más inquietantes: la posibilidad de los "biochips", basados no en silicatos sino en complejos compuestos orgánicos. Estas moléculas manufacturadas intercambiarían energía e información con el medio ambiente, y con seguridad, nadie va a negarles su contenido biológico.

La afirmación de que el homo sapiens podría quedar relegado y sobrevivir tan sólo como un órgano rudimentario, como un delicado sistema nervioso adosado a brazos de plástico guiados electrónicamente, puede sonar –y efectivamente suena– fantástica, y propia del terreno de la ciencia ficción. Sin embargo, no *es* ciencia ficción. Y aunque uno no esté muy de acuerdo con este tipo de predicciones, es bastante probable que el desarrollo de la ingeniería genética y de la inteligencia artificial plantee en algún momento problemas de este tipo, es decir, dudas sobre la toma de decisiones en materias que afectan biológicamente a la especie humana *en tanto especie*. ¿Qué ocurrirá si en algún momento somos capaces de controlar y dirigir la evolución natural, incluyendo la nuestra?

A pesar de la aparente aceleración de la tecnología, seguramente falta bastante para que nos encontremos ante encrucijadas de ese tipo. Pero no es arriesgado pensar que alguna vez estarán allí, sobre el tapete. ¿Habrá que comenzar a repensar desde ahora el lugar y el papel que juegan el hombre y la civilización en el orden natural? ¿Por qué no? Es lo que hacen Margulis y Sagan en el artículo que comentamos y en el libro que publicarán próximamente: *Microcosmos: cuatro mil millones de años de evolución desde nuestros ancestros microbianos.* En todo caso, podemos adivinar que las revoluciones copernicana y darwiniana, que nos sacaron del centro del cosmos, no están del todo terminadas.

LEONARDO MOLEDO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

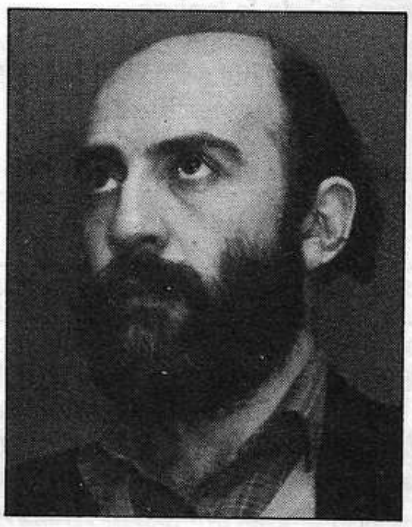
E N C U E S T A

1. Existe una rivalidad tradicional entre "ciencias" y "humanidades". ¿Cree usted que la oposición entre esas "dos culturas" es inevitable, o que las diferencias son artificiales y existen modos de zanjarlas?

2. ¿Encuentra usted paralelos entre la tarea del científico y la del escritor? ¿Se puede hablar de "creatividad" del científico y, por otra parte, de "investigación" literaria de la realidad? En otras palabras, ¿la imaginación se opone necesariamente a la razón?

3. ¿Le interesa la literatura de ciencia ficción? ¿Qué diferencias encuentra usted entre la literatura de ciencia ficción, la literatura fantástica y otras modalidades narrativas?

4. La ciencia y la teconología han producido cambios abruptos en nuestro modo de vida y nuestra percepción de la realidad. ¿Cree usted que la ciencia ficción ha contribuido en alguna medida a mediatizar o comprender esos cambios?



Héctor Libertella

Escritor argentino (Bahía Blanca, 1945). Profesor de teoría y crítica literaria en las universidades de Nueva York, México y Buenos Aires. Autor de *La hibridez, El camino de los hiperbóreos, Aventuras de los miticistas, Personas en pose de combate, ¡Cavernícolas!*

1. Esa rivalidad, debo confesarlo, la vengo sintiendo *en carne propia* desde hace años. Digamos que soy el caso de un "contaminado" por la teoria y la ciencia de la literatura, por la docencia, por el ejercicio de la ficción, del ensayo y de la crítica. Fui profesor universitario varios años y en varios países, soy investigador del CONICET, he sido y seguiré siendo escritor liso y llano. Todo me hace pensar que, dando vueltas en mi ecosistema, hay como una pelea y un rencor muy antiguo entre los tres que soy al mismo tiempo: un co-rencor y un deseo de con-vivir pacíficamente. Y eso lo siente mi cuerpo. Cuando investigo asumo una de mis posibles patologías (no la más noble), cuando escribo ficción asumo otra (no la menos perversa), cuando enseño me olvido de las dos anteriores. En fin, esto que le ocurre singularmente a una persona le ocurre generalmente a los "cuerpos colegiados", también. Las oposiciones entre esas dos culturas no son nada artificiales, y el único modo de zanjarlas es un modo, cómo llamarlo, *natural, personal:* cuando no nos sintamos robots de una u otra *causa justa* y cuando aceptemos que un científico es un sujeto que se desvaría frecuentemente, mientras un escritor es el que puede hacer un "sistema férreo" a partir de sus alucinaciones. En una palabra, saber poner el cuerpo a la manera de cada caso: docencia, ciencia, decencia, creación.

2. La imaginación y la razón, las oposiciones... Creo que antes contesté sobradamene esta pregunta. El único punto de contacto que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

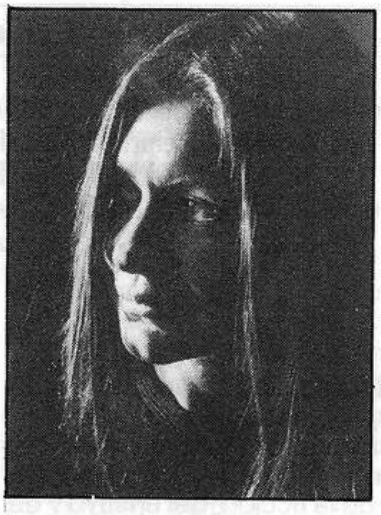
encuentro entre la actividad científica y la del escritor es nada menos que *la estructura del sueño*. En ese depósito digno de una buena lectura está todo lo espontáneo y todo lo que demanda trabajo. La única oposición que puede existir allí es la de quien se oponga a leer sistemáticamente sus propios sueños.

3. Me interesa mucho y no le encuentro ninguna diferencia con otras modalidades narrativas. En la ciencia ficción está contenido el mismo psicologismo, digamos, que en la literatura realista. Y también la misma teoría del espejo. Todos los géneros son, para mí, fantásticos. Cada vez que me gusta algo, lo digo así: *¡es fantástico!* Y en el dicho está la clave: la literatura de ciencia ficción es una cosa fantástica. También son fantásticos los libros de Góngora, los de Lezama Lima, los de Borges. Y no sé qué relación de género podría haber entre ellos tres. Con esto quiero decir que, a pesar de las modas teóricas de los años 80, me sigue gustando una práctica "degenerada" de la lectura.

4. Voy a contestar con algo que viene de la homeopatía: lo mismo cura a lo mismo (*similia simibilus curantur*). Y voy a contestar poniéndole signos de interrogación a lo que parece una *afirmación* contenida en esa pregunta: ¿la ciencia y la teconología han producido cambios abruptos en nuestro modo de vida y nuestra percepción de la realidad? De pronto quisiera decir que somos individuos muy antiguos, anteriores a *todo*, incluso a nuestra lengua castellana y, por lo tanto, también a los cambios técnicos. Cuando yo hablo, mi boca se abre como una caverna milenaria, y allí adentro hay un cavernícola de hace miles de años que abre su boca y me lanza al mundo del futuro. ¿Quién habla por boca de quién, él o yo? La ciencia ficción no contribuye en nada a entender esa operación, ¡por suerte! Cuando hace aparecer una máquina hipersofisticada del futuro, en realidad está mostrando un viejísimo sueño de la razón, de esos "sueños que engendran monstruos". La ciencia ficción vive en lo suyo y nos da revelación (apófansis), no entendimiento. Algunas veces yo preferiría llamarla *ficción-teórica*, y hasta diría que, en ese caso, soy uno de sus más fanáticos practicantes.

Liliana Heker

Escritora argentina (Buenos Aires, 1943). Ha ejercido la crítica en diversas revistas literarias. Es autora de cuatro libros: *Los que vieron la zarza* (faja de honor de la SADE), *Acuario, Un resplandor que se apagó en el mundo* y *Las peras del mal.*



1. No creo que exista algo parecido a una rivalidad entre el conocimiento científico y las disciplinas humanísticas. La sed de conocimiento y verdad es tan inherente al ser humano como su necesidad de reflexión y de expresión. Los verdaderos rivales tanto de la ciencia como de la filosofía o el arte, son el oscurantismo, las concepciones dogmáticas, la explotación y la represión, todo lo que embrutece y degrada al hombre, todo lo que le impide conocer y expresarse en libertad. De ahí que no crea que entre ciencia y humanidades haya oposición, ni que constituyan algo así como "dos culturas"; son parte de eso tan vasto y complejo que es una cultura, y hasta tienen zonas de intersección y de interacción. ¿Puede acaso ponerse en duda la rigurosa belleza de una fórmula matemática, o la pasión por la búsqueda o la aventura de las sucesivas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

refutaciones y correcciones que todo conocimiento científico supone? ¿Puede negarse que el pensamiento y el arte, consciente o inconscientemente, han ido incorporando los conocimientos científicos de su época ya que ningún creador, ningún pensador, puede sustraerse al tiempo en que vive y al saber de ese tiempo?

Estas convicciones, sin embargo, no me hacen creer que las diferencias entre ciencia y humanidades sean artificiales. Difieren en métodos y objetivos, pero dos cosas pueden ser diferentes sin que, necesariamente, estén en oposición. Sin embargo, el antagonismo que con superficialidad suele plantearse no apunta en realidad a las disciplinas en sí sino a los hombres que las practican. Cierta supertistición hace del científico un individuo limitado y frío, en oposición al artista o al filósofo que sería un ser sensible y capaz de abarcar el mundo en su complejidad. Esto es erróneo como todo esquema. Hay artistas fríos y científicos apasionados, escritores que no piensan más que en la estricta belleza de sus palabras e investigadores desesperados por el destino del mundo en que les tocó vivir. Yo diría que, cuanto más profundo es un creador, más se apasionará por los conocimientos de su tiempo, con las contradicciones, avances y tempestades que estos conocimientos acarrean. Y cuanto más profundo es un científico, más se preocupará por los problemas del hombre de su tiempo, aquél al que están destinados la ciencia y sus consecuencias. Es decir que creador y científico tenderán a reinventar un modelo que en la práctica es hoy imposible pero que en el deseo totalizador del hombre sigue inalterable.

2. El único paralelo realmente válido entre la tarea del científico y la del escritor reside en el grado de aventura y de riesgo que tiene que emprender tanto una investigación científica como la escritura de una novela, un cuento o un poema. En ambos casos se comienza algo cuyos resultados se desconocen y de lo que no se puede afirmar que habrá una relación entre el tiempo o la pasión empleados y los resultados obtenidos. En cuanto a hablar de "creatividad del científico" e "investigación literaria de la realidad", se trata simplemente de trampas del lenguaje, posibles por la ambigüedad de las palabras. La creatividad, sin duda, puede estar presente en todos los trabajos humanos, pero sólo en el trabajo artísitico se da eso que específicamente se llama "creación". Hay que tener en cuenta que, antes de que se escriba un determinado texto literario, nada lo hace necesario; es un objeto que, sólo al aparecer, creará su propia necesidad, su propia razón de ser en el mundo. O su inutilidad. El trabajo científico, en cambio, tiene a priori *por lo menos un* objetivo claro; será un avance, en alguno de los sentidos posibles, hacia la explicación del universo. En cuanto a la "investigación de la realidad", me parece una expresión poco estricta aplicada a la obra literaria. Un cuento o un poema sin duda alumbran la realidad por algún costado inédito, inaprensible para la ciencia, pero no lo hacen en forma metódica y los resultados son premeditadamente ambiguos, polisémicos.

Pero me preocupa la última parte de la pregunta, que daria por supuesto que la imaginación se opone a la razón y, más precisamente, que la razón es privativa del científico y la imaginación, del artista. Imaginación y razón son elementos de todo hombre complejo, se dedique a lo que se dedique. Hay sin duda en ciertos individuos una exacerbación de lo racional o de lo imaginativo –incluso en un mismo individuo pueden darse ambas exacerbaciones, y lo digo con bastante conocimiento de causa– pero eso ni siquiera garantiza que ese individuo se dedique a la ciencia o a la literatura. Einstein concibiendo la teoría de la relatividad está valiéndose de su imaginación. Joyce, concibiendo el Ulyses, está usando en gran medida su componente racional.

3. No creo que haya límites precisos entre la ciencia-ficción y la literatura fantástica; ¿dónde ubicar un cuento como "El extraño caso del señor Valdemar" o una novela como *Más que humano*? Me apasionan esos cuentos o novelas donde ciertos terrores, ciertas pesadillas, o ciertos mundos conjeturales toman formas precisas y se transforman en avatares de la realidad. Esto vale tanto para lo que tradicionalmente se suele llamar literatura fantástica, como para aquello que, cada vez con menos precisión, se denomina ciencia-ficción. Y vale también, por qué no, para la literatura realista. Revelar la trascendencia, o la crueldad, que encierra un hecho cotidiano, no difiere demasiado de iluminar, a través de una historia, cierta posibilidad temible, o asombrosa, que encierra el avance científico.

4. Creo que la imaginación de los hombres se ha adelantado siempre a los avances de la ciencia y de la técnica: de ahí la literatura de anticipación. No creo que la literatura de ciencia ficción haya contribuido a mediatizar o a comprender ningún cambio. Felizmente, ya que la verdadera literatura no es didáctica. A lo que sin duda ha contribuido la ciencia ficción es a desfamiliarizarnos con los cambios, a que los miremos con extrañeza y prevención, a que no los aceptemos sin haberlos puesto en conflicto. Resumiendo, la mejor literatura de ciencia-ficción es cuestionadora y movilizadora como toda gran literatura.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Michael Moorcock

MIS EXPERIENCIAS EN LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

ILUSTRO LUIS SCAFATI

VIAJE A CANADA

Me enviaban a Canadá; a ese fuentón de privilegios y promesas rotas: Toronto. Mi jefe no comprendió mi decepción. –¡Canadá! Todos quieren ir allá.

–Ya estuve en Toronto –dije.

Él lo sabía. Se puso suspicaz, así que le dije que era una broma. Reí para confirmarlo. Su vieja cara de ruso blanco, moldeada por la imposición de varias tiranías conflictivas, se torció en una rara sonrisa. –Debe usted buscar a Belko, un emigrado. Es el único Belko de la guía teléfonica.

–Muy bien, Víctor Andreyevitch. –Acepté la colorida billetera con los pasajes y el dinero. Esta entrega no era habitual. Mi "pantalla" normalmente me permitía mantenerme. Trabajo como vendedor de antigüedades en Portobello Road.

–Belko sabe por qué va usted. Él le explicará lo que tiene que saber. Creo que se relaciona con unos aviones norteamericanos.

Le estreché la mano y bajé por la escalera alfombrada de verde hacia la lluvia de Londres.

Durante nuestra Guerra Civil muchos fingían ser bolcheviques para aterrorizar a las comunidades locales. Después de la guerra esas personas continuaron como comisarios. Su clase había desplazado gradualmente a la mayoría de los marxistas originales. Stalin se convirtió en su líder y modelo. Mi padre había sido miembro de esa aristocracia embrionaria.

Al igual que el orden que había sustituido, nuestra aristocracia se cimentaba en el saqueo y se sustentaba en la piedad ortodo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

xa. Yo era un hijo menor sin demasiado patrimonio. Anteriormente habría optado por el sacerdocio o el ejército. Opté por la combinación moderna de ambos, la KGB. La KGB es una profesión mucho más convencional y agradable de lo que imagina la mayoría de los occidentales. Allí disfruté primero como burócrata menor de un departamento de Moscú, luego como funcionario especial a bordo de un barco de pasajeros que viajaba entre Leningrado y Nueva York, Odesa y Sydney. Más tarde me "plantaron" en Londres, donde viví hasta hace poco tiempo doce años de relativa tranquilidad. Yo alardeaba de que mi formación y temperamento se adecuaban al papel de un mugriento y casi alcohólico vendedor de muebles viejos y chucherías sobrevalorizadas. Me tomaban por expatriado polaco, y en verdad yo había tomado el nombre y el pasaporte británico de ese personaje; él había regresado voluntariamente a Polonia en un arrebato y nos había vendido su vieja identidad en un arreglo amistoso. Nosotros le facilitamos las cosas con las autoridades de Cracovia, que le otorgaron nuevos documentos y le encontraron vivienda y empleo.

Mi nombre en Londres era Tomas Dobrowsky. Para mi propia diversión yo prefería el nombre de Tom Conrad. Este nombre, con las letras "modernas" de los treinta, adornaba mi tienda. Yo era un contribuyente, pagaba impuesto al valor agregado y tenía licencia para TV. Aunque no me desvivía por conservar ese papel para siempre, lo disfrutaba por su absoluta falta de angustias y la correspondiente sensación de seguridad. Ahora que debía regresar brevemente al mundo real, tendría que buscar un nuevo *contexto*.

Un ciudadano soviético requiere un *contexto*, pues su condicionamiento lo convierte en un niño permanente. Cualquier cosa sirve. De modo que el *contexto* es a menudo simple esclavitud. Aun yo, de extracción judía ucrania (a través de mi abuela), necesito ese sentido de los límites. Quizá no sea coincidencia que Kropotkin, fundador del anarquismo moderno, fuera ruso: sus opiniones desafiantes se oponen directamente a nuestras necesidades, que en general son de naturaleza autoritaria.

Mi padre había sido oficial naval. Luego se convirtió en "comisario" de una aldea de Bielorrusia. Otros once marineros desertores lo acompañaban cuando llegó a principios de 1918. Se presentaron como bolcheviques. Él llevaba una chaqueta de cuero con dos pistolas Mauser en el cinturón y rara vez se quitaba la gorra picuda de marino. La Guerra Civil no afectó mucho la aldea, así que la pandilla sacó buen partido de la situación.

Mi padre tomó a cinco muchachas de la escuela local y entregó el resto a sus hombres. Instruyó a las muchachas en toda clase de excesos. Cuando la Guerra Civil terminó y se supo quién había ganado, mi padre no se libró de las muchachas (podría haberlo hecho: era una práctica habitual) sino que les hizo leer para él las obras de Marx y Engels, los escritos de Lenin, el *Pravda* y el *Izhvestia*, hasta que él y los demás se familiarizaron con el nuevo dogma. Luego integró a sus matones en el núcleo del Partido local, envió a cuatro de las muchachas (ahora genuinas líderes komsomol) a la escuela como maestras, y se casó con Vera Vladimirovna, mi madre.

Con el tiempo lo elogiaron por su ejemplo a la comunidad y el Estado le otorgó una medalla. Durante las hambrunas de los siguientes años él y mi madre no sufrieron penurias. Durante las purgas no corrieron peligro. Tuvieron dos hijos, un varón y una niña.

En 1936 mi padre se marchó por un asunto del Partido y en 1938 nací yo. El joven escritor que me engendró fue luego enviado a un campo de concentración y murió. Yo me había considerado durante mucho tiempo el custodio secreto de su sangre. Mi padre era en muchos sentidos un realista. Prefirió aceptarme como suyo antes que arriesgarse al escándalo de que su nombre se asociara con el del escritor. Mi hermana mayor murió durante la guerra. Mi hermano mayor se convirtió en héroe durante el sitio de Stalingrado. Dirigía una planta de energía cerca de Smolensko, sobre el Dniéper. Era un hombre engreído y bien pensante.

–Un poco de dolor –decía mi madre a sus amigas– nos convierte a todas en buenas muchachas.

Mi padre adiestró a sus muchachas para que le besaran los pies, las piernas, las partes pudendas, el trasero. Mi madre puso más empeño que sus rivales, y por eso él la eligió como esposa. Ella también se comportaba a la manera rusa. Cumplía con todos sus deberes pero, cuando la autoridad de él estaba ausente, se volvía irresponsa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ble. El alma rusa es una herida de masoquista. Es un formidable, autocomplaciente y monumentalmente sentimental abandono de la responsabilidad individual: es esquizofrénica. Más que en ninguna otra parte, el sufrimiento personal se equipara con la virtud.

Al parecer mi abuela fue violada por un joven judío y mi madre fue el resultado. El judío murió poco después en un pogrom general que resultó de ese asunto. Eso fue en la provincia de Ekaterinaslav en los últimos años del siglo diecinueve. Mi madre nunca aseguró que fuera una violación. Recuerdo que me guiñaba el ojo cuando se mencionaba la palabra. Recuerdo que conocí a mi tío abuelo, el hermano que había sobrevivido al muerto. Me dijo que después de la Revolución algunos cosacos rojos habían ido a su shtetl. Él estaba muerto de miedo, por cierto, y habría hecho cualquier cosa para sobrevivir. Un cosaco llamado Konkoff se instaló en la casa de mi tío abuelo. Mi tío abuelo estaba desesperado de terror; se arrastraba ante el cosaco, dispuesto a lamerle la suela de las botas en cuanto se lo pidiera. En cambio, Konkoff se rio de él, le ofreció unas raciones, lo obligó a levantarse, le palmeó la espalda y lo llamó "camarada". Mi tío abuelo notó que la Revolución había provocado verdaderos cambios. Ya no era un animal despreciado. Era la mascota judía de un cosaco.

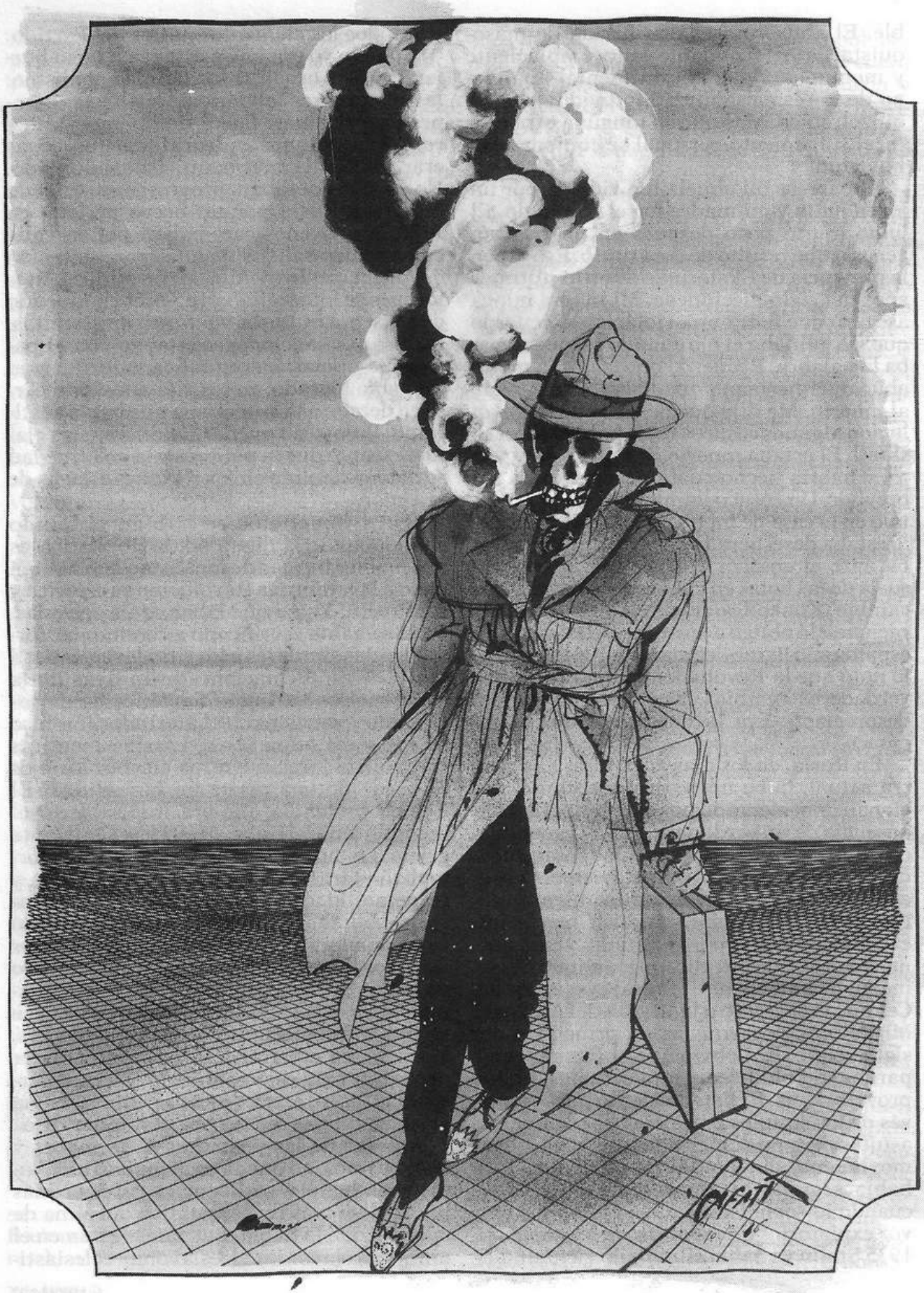
En Rusia, en los días anteriores a la guerra actual, hubo un resurgimiento del nacionalismo, alentado por el Estado. Dada la ausencia de un verdadero poder democrático, muchos se habían volcado (como sucedió bajo el zarismo) al paneslavismo. Consecuencias directas de este movimiento fueron el antisemitismo, también bendecido extraoficialmente por el Estado, y una animosidad en nuestra elite que, aunque no tan inequívocamente antisemita, evocaba a las Centurias Negras o a la Legión del Arcángel Miguel, los pogromistas de principios del siglo veinte. Era obvio que el Estado equiparaba rebeldía con intelectuales judíos provocadores. El Estado alentó pues –a través de los simples prejuicios de sus líderes, astutos pero no demasiado inteligentes– un movimiento que no difería mucho del que había seguido a los problemas de 1905, cuando lo socialistas judíos fueron los chivos expiatorios de todo. Desde luego, hacia 1935 Stalin ya había eliminado virtualmente a todos los elementos judíos del Partido.

Cuando yo era joven estaba en boga burlarse de los ornamentos del nacionalismo: las costumbres folklóricas, las blusas campesinas y demás. Fuera de las muestras y representaciones culturales estas cosas eran indicio de un romanticismo adecuado. No se consideraban progresistas. Cuando regresé a Rusia por un breve período en 1980, los jóvenes caminaban por la calle como recién salidos de una representación del *Príncipe Igor*. Aun algunos dirigentes jóvenes se fotografiaban a veces en atuendo de cosaco. Los libros y pintura antisemitas, incluso las canciones, contaban con el patrocinio oficial. La república autoritaria al fin había logrado, en sesenta años, parecerse en detalle a la autocracia que había sustituido. Pronto no quedarían diferencias claras, excepto que la pobreza y la enfermedad se habían abolido en las regiones eslavas de la Unión.

Estos beneficios se habían obtenido abandonando la dignidad, la libertad y las más nobles formas de idealismo que habían dado a la temprana Revolución su retórica y su ímpetu. Ya no quedaban artes privadas. Todo se había sacrificado a ceremonias formalizadas similares a los rituales eclesiásticos u otras afirmaciones primitivas de la superstición. La Unión Soviética había codificado y sancionado el aterrador impulso de los seres humanos a gritarse mentiras tranquilizadoras mientras cierran los ojos al borde de una grieta en la realidad. El Estado pretendía que era imposible (o al menos inmoral) que existiera semejante grieta. La burocracia soviética también formalizó el fracaso humano y le dio forma y respetabilidad: no sólo no aceptaba el fracaso, lo exaltaba. Yo estaba tan condicionado como cualquiera para creer que nuestros métodos lobotomizadores de ordenamiento de la condición humana eran los más sensatos. Estos aspectos de la vida soviética me resultaban confortantes y tranquilizadores. No deseaba emigrar. No tenía el carácter necesario para disfrutar de la libertad personal. Más aun, no deseaba enfrentar una vejez en que se me negara el idioma ruso.

A pesar de las pasmosas distorsiones y neologismos, no queda en el mundo un idioma más bello y sutil que el ruso, ni más musical, ni más representativo del alma de la gente que lo habla. Sus raíces están en el antiguo eslavonio, el eslavonio eclesiásti-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

co; en la sangre y una oscura ignorancia casi imposibles de comprender para un anglosajón o un latino: en este sentido tenemos mucho más en común con los celtas. No tenemos un sistema ético como tal, apenas una filosofía de la vida basada firmemente en la dignidad del dolor, el miedo a lo desconocido y la suspicacia ante todo lo que no podemos entender de inmediato. Por eso el bolchevismo era una ideología tan atractiva para muchos campesinos que lo identificaban con una iglesia y una monarquía benévolamente modificadas y por un tiempo creyeron que Lenin se proponía devolver el trono al zar; por eso se adaptó tan rápidamente a las necesidades rusas y los métodos rusos. No repruebo al gobierno de la Unión Soviética. Lo acepto como una necesidad. En 1930, como resultado de la Revolución burguesa encabezada por Kerenski, y la Revolución iniciada por el burgués Lenin, las mujeres y los niños se morían de hambre en toda Rusia. Stalin era en el fondo un campesino ortodoxo. Él y otros campesinos ortodoxos salvaron a Rusia del monstruo desatado en el país por tontos idealistas de clase media. Al hacerlo castigó a los comunistas qúe habían provocado el desastre: los intelectuales y fanáticos que eran los verdaderos culpables de nuestras desgracias.

Stalin aceptó las cargas y responsabilidades de un zar y todos sus ministros. Stalin sabía que la Historia lo condenaría y que sus seguidores se volverían cínicos y crueles. Enfrentó el cinismo y la crueldad con la única arma que podía usar: el terror. Enloqueció. Él no era cínico. Volvió eficaces las fábricas. Nos dio nuestra industria, nuestra educación, nuestro servicio de salud. Limpió y saneó los hogares. Mató a millones en bien de todos esos otros millones que de lo contrario habrían perecido. Nos permitió, eventualmente, rechazar a Hitler y empujarlo de vuelta a Alemania. Nos devolvió la seguridad de nuestro imperio. Y cuando murió destruimos su recuerdo. Él sabía que lo haríamos y creo que comprendía que así tenía que ocurrir. Era un realista; pero tenía una conciencia ortodoxa y su conciencia lo enloquecía. Yo soy un realista felizmente nacido en una época que combatió y adaptó el cristianismo y, sin duda, eso hace de mí un empleado estatal tan eficaz y confiable.

A causa de los controles cada vez más estrictos aplicados a quienes deseaban entrar o salir del Canadá, tuve que acudir a mi doctor para pedirle un certificado médico. Yo me valía de un elegante médico privado de South Kensington que se apresuraba a prescribir los remedios que necesitaba. En la sala de espera encontré a tres mujeres jóvenes que usaban el complicado y violento maquillaje y atuendo entonces de moda entre las rameras inglesas. Susurraban entre sí de un modo especial, típico de las prostitutas y las monjas, plagado de cambios súbitos en el volumen y el tono y de referencias oblicuas, miradas de soslayo y gesticulaciones, así que sólo oí jirones de la conversación.

–Yo tenía ese empleo, sabes... en el club. Él dijo que quería que trabajara para él... sabes... dije que no... me dijo que saliera con él... pero yo no quería... era un tipo raro, sabes... me hizo esto... –Mostró un brazo vendado. Era un brazo blando en un vestido blando.– Tenía una botella, sabes... llamaron a la policía... se entabló juicio... su abogado me telefoneó para ofrecerme treinta mil si llegábamos a un acuerdo...

–Hazlo –aconsejó una de las muchachas.

–Yo lo haría –dijo la segunda.

–Pero mi abogado dice que podemos conseguir cincuenta.

–Arregla por treinta.

–Me dieron diecisiete puntadas –explicaba todo esto en un tono neutro, casi satisfecho–. ¿Y tú a qué has venido?

–Yo vine a acompañarla –dijo la más bonita–. Es por sus píldoras.

–Vine a que me cambiaran las píldoras de adelgazar. Esas otras me dan naúsea.

–¿Cuáles? ¿Duothon?

–Sí. Me hacen sentir muy mal.

–¿Qué le pedirás? ¿Terranin?

–Son las que uso yo –dijo la amiga.

–Son mucho mejores –convino la prostituta lastimada–. Tú luces cambiada –le dijo a la amiga de la muchacha–. No te habría reconocido. Tienes mal aspecto.

Todas rieron.

–¿Sabes qué le ocurrió a Mary? –Puso la boca cerca del oído de la muchacha y cuchicheó rápidamente.

La recepcionista abrió la puerta. –Puede entrar, señorita Williams.

–... en toda la cama –concluyó la señorita Williams, levantándose para seguir a la recepcionista.

Cuando ella se fue las otras se pusieron a charlar con desinterés, como siguiendo un hábito inconsciente. Ninguna de las dos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

creía en esa oferta de treinta mil libras. –Tres es más probable –dijo una. Ellas tampoco estaban contrariadas por lo sucedido. La mayoría de las prostitutas temen cualquier demostración pasional, y por eso escogen patrones que las traten con frialdad. Yo había regenteado durante corto tiempo un prostíbulo en Grecia y había aprendido cómo tratar a las muchachas que estaban condicionadas para confundir el amor con el miedo. Si temían al patrón creían que lo amaban. Como no temían a sus clientes no podían amarlos y en general los despreciaban. Pero en realidad era autodesprecio. Recordé con cierta consternación la actitud rudimentaria de las muchachas que buscaban el acoso y la explotación como calmante así como sus clientes a menudo buscaban la sensación sexual; que aprendían a comprar los favores de sus patrones con el mismo dinero que recibían por alquilar sus propios cuerpos. Mi período prostibulario había sido la única ocasión en que había saboreado el poder directo y me había exigido una gran autodisciplina; era un alivio ser lo que era ahora.

La señorita Williams se reunió con sus amigas. –Me lo haré fotografiar esta tarde –les dijo, bajándose la manga.

Las dos muchachas entraron en el consultorio. Salieron. Las tres se fueron juntas.

Yo era el siguiente. El médico me sonrió. –¿Más problemas?

Meneé la cabeza.

–¿La penicilina surtió efecto?

–Sí.

–Qué cosa rara. Es fulminante con la sífilis, pero no surte efecto con la gonorrea. Bien, ¿cuál es el problema? –Hablaba de prisa y con voz aguda. Era judío.

–Ninguno. Sólo necesito una certificación de que no padezco nada que pueda contagiar a un canadiense.

Rio. –Eso depende de usted, ¿verdad? –Buscó su libreta de formularios.– Canadá, ¿eh? Tiene usted suerte.

Llenó el formulario rápidamente y me lo entregó. –¿Se va por mucho tiempo?

–Eso creo –dije.

–¿Negocios?

–Créase o no, hoy día compramos nuestras antigüedades en América del Norte. –Era verdad.

–¡No! ¿De veras? –Le causaba gracia. Se levantó cuando me levanté. Se inclinó sobre el escritorio para darme la mano. –Bien, buena suerte. Diviértase.

–Lo haré.

Me fui del consultorio y eché a andar por Kensington Church Street, pasando a las tres muchachas, que esperaban un taxi en el borde de la acera. Una de ellas se parecía mucho a la muchacha que me había contagiado la sífilis. Me pregunté si me reconocería al pasar. Pero ella estaba demasiado enfrascada en la conversación para reparar en mí, aunque pasé a pocos centímetros de su hombro, tan cerca como para identificar su denso perfume.

La mañana del día en que debía embarcarme en el avión nocturno de Gatwick (era un vuelo con descuento) leí la noticia de un choque fronterizo entre China y la India, pero no le presté mucha atención. El Pacto Ruso-Indio se había firmado el año anterior en Simla, y creía que los chinos tomarían el pacto en serio. A la tarde la radio reprodujo las advertencias de Moscú a Pekín. Cuando salí para Gatwick en el tren de Victoria, compré un diario vespertino. Había empezado a considerar la posibilidad de una guerra entre Rusia y China. Las noticias de la tarde eran vagas y no decían mucho más que la radio. En el avión, que despegó puntualmente, vi una película de Walt Disney sobre dos muchachas adolescentes que parecían gemelas.

Llegué a Toronto a las once de la noche, hora local, tomé un taxi hasta un hotel céntrico y encendí el televisor para descubrir que tropas y tanques soviéticos invadían la China mientras las fuerzas indias, con algunas divisiones británicas y norteamericanas ya apostadas allí, se desplazaban hacia la frontera china. Un flash noticioso informó que tanto los países del Pacto de Varsovia como los de la OTAN respaldaban a la India, y que se esperaba que la China y sus aliados capitularan muy pronto.

A primera hora del día siguiente me encontré en una agradable calle suburbana con altas casas victorianas de madera, abedules y arces y prados suaves, tocando el timbre de mi contacto, el señor Belko. Una muchacha furibunda, una rechoncha joven de diecisiete años, abrió la puerta. Usaba un vestido azul.

–El señor Belko me espera –le dije.

–El señor Belko se marchó hace una hora –dijo con aire triunfal.

–¿Adónde fue? ¿Podría informarme?

–Al aeropuerto. ¿No se enteró usted? ¡Es la Tercera Guerra Mundial!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por un momento me causó gracia la inevitabilidad de su afirmación; más aun, la aceptación de lo inevitable.

–Luce usted fatigado –dijo–. ¿Es diplomático?

–No.

De pronto se sintió culpable. –Pase a tomar un café.

–Acepto. Gracias.

Su madre desayunaba en la cocina amplia y moderna. –Dubrowsky –dije, quitándome el sombrero–. Lamento tanto...

–Vassily se fue. ¿Le contó Janet?

–Sí. –Me desabotoné el abrigo. Janet lo tomó. Le di las gracias. Me senté a la mesa. Me trajeron una taza de ese café occidental que huele tan bien pero no sabe a nada. Lo bebí.

–¿Era importante? –preguntó la madre de Janet.

–Bien...

–¿Algo relacionado con la crisis?

Yo no estaba seguro. Moví la mano.

–Bien –dijo la madre de Janet–, tiene usted suerte de estar aquí, es todo lo que puedo decirle.

–¿Cree que habrá una guerra en gran escala? –Acepté el azúcar que me ofrecía la muchacha.

–Que luchen –dijo la madre de Janet–. Que terminen de una vez.

–Afectará a Canadá.

La madre de Janet untó tostadas con mantequilla. –No directamente.

–¿Usted también es ucranio? –preguntó Janet.

–¿También?

–Somos ucranias. –Janet se sentó junto a mí. Sentí su tibieza.– O al menos mamá y papá lo son.

Miré a la mujer en bata, con su pelo teñido de rojo, su maquillaje, su modo norteamericano de apoyarse en la mesa. Me pregunté si no me sometían a una especie de complicado test.

–Vine en 1947 –dijo la madre de Janet–. De Inglaterra. Nos habían deportado durante la ocupación alemana y cuando llegaron los aliados conseguimos viajar a Inglaterra. Fedya nació aquí. ¿Es usted ucranio?

Empecé a reír. Era una risa tímida, pero era la primera vez en años que expresaba una emoción espontáneamente. –Sí, lo soy –dije.

–No hemos permanecido en contacto –dijo la madre de Janet– con la comunidad de aquí. Janet asistió a algunas reuniones. Ella ve más gente de allá que nosotros. Es nacionalista, ¿verdad, querida?

–Convencida –dijo Janet.

–¿Canadiense –pregunté– o ucrania? –Estaba confundido de veras.

Janet lo tomó bien. Me apoyó los dedos juveniles en la manga. –Ambas cosas –dijo.

Cuando regresé a mi hotel encontré una nota diciendo que fuera a nuestra embajada. En la embajada me ordenaron que volara directamente a Moscú en el próximo vuelo de Aeroflot. Allí me darían instrucciones sobre mi nuevo papel. Cuando llegué a Moscú, las tropas aliadas ya se retiraban de China y se negociaba un acuerdo en las Naciones Unidas. Me dieron un pasaporte ruso y me dijeron que regresara a Londres.

Mi breve estadía en Moscú me había despertado nostalgia. Me habría gustado pasar un par de semanas descansando en el campo. Ese sueño aún no se cumplió. Un mes después de mi regreso estalló la verdadera guerra y yo, al igual que muchos otros, empecé a saborear la euforia del Armagedón.

ADIOS A PASADENA

La mujer me preguntó por qué no tenía piedad. Estaba sentada en el suelo, acodada en un diván, la cabeza en la mano. No había llorado. La angustia le había templado los ojos: titilaban con necesidades inexpresadas. Yo no podía tocarla. No podía insultarla con mi compasión. Le dije que la piedad era una emoción inadecuada. Nuestro mundo ardía y no había tiempo para nada excepto la acción rápida. África y Australia ya habían volado. Las nubes y la contaminación preocupaban a los sobrevivientes. Ella me dijo, con sílabas lentas y muy controladas, que quizá estuviera agonizando. Necesitaba amor, dijo. Le repliqué que entonces debía encontrar a alguien cuyas necesidades congeniaran con las de ella. Mi lealtad primera era hacia mi unidad. No podía tenderle la mano. Cualquier gesto habría sido cruel.

Las otras dos mujeres entraron en el cuarto. Una tenía mi bolso. –¿Todavía no sabes a dónde vas? –dijo la rubia, Julia. Sus gárrulos cosméticos a la moda llevaban a su cara el lustre y la textura de la porcelana.

Le di la espalda y fui al vestíbulo. –Todavía no.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

–Trata de cuidarla –dijo Julia.

Cuando llegué a la puerta del apartamento, la mujer de pelo castaño, Honour, dijo: –Piadoso hijo de perra. –No usaba maquillaje. Tenía la cara tan pálida como Julia.

Acepté la acusación. En ese momento no me quedaba nada más que piedad y no quería dignificarla con palabras. Cabeceé, les di la mano a ambas. Oí que ella mascullaba una pregunta desesperada desde el cuarto, luego bajé la escalera blanca del condominio de Pasadena, crucé el patio con su fuente callada, sus querubines en equilibrio, brillantes al sol, y entré en el coche que habían enviado para recogerme. Me iba de California. Era todo lo que me habían dicho.

Mi jefe alquilaba una casa en Long Beach, cerca del muelle. Anduvimos por avenidas de palmeras gigantescas hasta que llegamos a la autopista casi desierta. Los vehículos se mantenían distantes, estudiándose con cautela. Sólo los funcionarios gubernamentales tenían permiso oficial para conducir; cualquier otro podía ser un psicótico o un criminal.

Long Beach aún estaba poblada. Incluso había personas navegando en la bahía con sus yates. La amenaza del Pacífico parecía molestarlas sólo como las había molestado la amenaza de los terremotos. Eran casas bajas y serenas, divididas por arbustos y árboles, con el césped bien cortado. Vi a un hombre cabalgando en su pony por el parque. Saludó burlonamente al coche. Grupos de mujeres miraron la limusina con expresión desdeñosa. Encontramos la casa de mi jefe. El chofer fue a avisarle que estábamos allí. Salió de inmediato.

Cuando vino a mi encuentro, el jefe dijo: –Luce usted mal. Tendría que dormir más.

Le conté, lealmente, acerca de la mujer. Él comprendió. –Hay una guerra. Así son las cosas en la guerra. –Desde luego, estuve de acuerdo con él.– A fin de cuentas, luchamos por el bien de ellos –añadió.

Fuimos a un aeropuerto militar. Allí había aviones soviéticos y norteamericanos. Subimos de inmediato a nuestro Ilyushin, y apenas nos habíamos instalado en nuestros incómodos asientos cuando despegamos.

Mi jefe me entregó un pasaporte. Tenía mi nombre verdadero y una fotografía reciente. –Pertenece usted oficialmente al personal de enlace, al fin –dijo–. Eso significa que puede dar parte a los norteamericanos o a nosotros. No se retendrá ninguna información. Todo es demasiado urgente ahora. –Expresé la pertinente sorpresa.

Miré Los Angeles; sus playas, sus fantasías. Era como olvidar un cuento favorito de la infancia. Volamos tierra adentro sobre las montañas, enfilando hacia el este.

–La Tercera Guerra Mundial ya se ha librado –dijo mi jefe– en el tercer mundo, como lo llaman los norteamericanos. ¿Por qué otra razón la llamarían así? Ésta es en realidad la Quinta Guerra Mundial.

–¿Cuál fue la Cuarta? –pregunté.

–Se libró en la comarca del alma.

Reí. Había olvidado su sentimentalismo. –¿Quién ganó?

–Nadie. Sólo nos preparó para ésta.

Había nubes debajo de nosotros. Las turbulencias cesaban mientras la altitud nos ensordecía. Apenas pude oír su próxima afirmación: –Agudizó nuestra inteligencia y adormeció nuestras respuestas emocionales. La guerra es un gran alivio, ¿eh? Un sentido completamente falso de la objetividad. La tensión de permanecer adultos es demasiado para la mayoría de nosotros.

Era su cháchara habitual. Destrabé el cinturón de mi asiento y caminé torpemente por el avión hasta donde un sargento cosaco atendía un pequeño bar. Pedí un poco del vodka finlandés que habíamos adquirido recientemente. Empiné el vaso y regresé a mi lugar. Cuatro oficiales de alta gradación en uniforme tropical discutían en sus asientos detrás de mí. Uno de ellos opinaba que debíamos atacar con cohetes las principales ciudades chinas. Los demás abogaban por la cautela. Después de todo, los bombardeos habían cesado. La mayoría de los países civilizados aún estaban intactos.

Mi jefe se puso a toser. Era ese ruido seco que se suele asociar con la inhalación de humo. Se recobró y en respuesta a mi expresión preocupada dijo que quizá se estaba resfriando. –Pronto estaremos en Washington. Tantos viajes son malos para la salud. –Se encogió de hombros.– Pero la vida nunca es fácil. Ni siquiera en tiempos de guerra.

Un coche oficial nos esperaba en el aeropuerto. Llevaba las insignias presidenciales. Pasamos frente a los monstruosos edificios neoclásicos que celebraban ese ingenuo racionalismo dieciochesco que ahora todos lamentábamos y por el cual parecíamos sufrir en el presente. Llegamos a un moderno bloque de oficinas gubernamentales. En el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ascensor mi jefe me aconsejó que no demostrara sorpresa ante nada de lo que se hablara. Supuestamente sabíamos más de lo que nos habían dicho.

Un hombre soso de cara lisa y con traje claro se presentó como Mansfield y nos ofreció sillones mullidos y negros. Nos preguntó por el viaje, por California, y nos habló de la gente que vivía en la Costa Oeste: –La gente aprende a identificar el hogar con la seguridad. Cuando sucede algo como esto... Bien, todos sabemos que muchos judíos se negaron a marcharse de Alemania.

–Los diarios de ustedes se contradicen –dijo mi jefe. Sonrió–. Dicen que hay poco que temer.

–Es verdad. –Mansfield nos ofreció cigarrillos Lucky Strike y los aceptamos. Mi jefe tosió un poco antes de encender el suyo.

–Pensamos que ustedes tendrán más éxito en Venezuela. –Mansfield guardó el encendedor en el escritorio.– Ellos recelan de nuestros motivos, naturalmente.

–¿Y no de los nuestros? –Mi jefe aún sonreía.

–Tal vez crean más en los argumentos de ustedes. No saben si la alianza se sostendrá. Quizá ustedes puedan persuadirlos.

–Posiblemente.

–No pueden permanecer neutrales mucho tiempo más.

–¿Por qué no?

–Porque alguien los atacará.

–Entonces tal vez deberíamos esperar a que eso ocurra. Sería más fácil liberarlos, ¿eh?

–Necesitamos su petróleo. Este congelamiento que han decretado no tiene sentido. No favorece a nadie.

–¿Y por qué quieren que vayamos nosotros?

–¿Los rusos?

–No. –Mi jefe movió la mano hacia mí. –Nosotros.

–Tenemos que establecer contacto con sus servicios de inteligencia. Después los políticos podrán encauzar las cosas.

–¿Han convenido en algo?

–Sí. Se pensó que era mejor no encontrarse en Caracas. Irán ustedes a Maracaibo. Allí está el petróleo, de un modo u otro. La mayor parte del petróleo. Algunos quieren vender. No sabemos qué actitudes encontrarán ustedes, pero entendemos que hay mucha presión de ese sector.

–¿Tiene usted material para nosotros?

Mansfield alzó una carpeta del escritorio y nos la mostró.

Aunque mi jefe parecía tomar la reunión en serio, me intrigó la vaguedad de la conversación. Sospeché que nuestro viaje a Maracaibo no surtiría ningún efecto. Íbamos para estar ocupados en algo.

Resistí el impulso, cuando llegamos a nuestro hotel de Maracaibo, de telefonear a la mujer para preguntar cómo estaba. No le haría ningún bien, decidí, tener noticias mías. Sabía que en otras circunstancias la habría amado. Me había hecho varios favores durante mi trabajo, así que le estaba agradecido. La gratitud era la única complacencia que me permitía a mí mismo.

Mi jefe atravesó la sala intermedia y entró en mi cuarto. Se frotó las cejas. –Tengo una reunión con uno de sus agentes. Un coronel. Pero será sólo entre nosotros dos. Está usted libre esta noche. Tengo el nombre de un establecimiento.

–Gracias. –Anoté la dirección que me daba.

–Le hará bien –me dijo con aire comprensivo–. Y uno de nosotros debería disfrutar de los placeres de la ciudad. He oído que las rameras son de alta calidad.

–Le agradezco mucho. –Iría, pensé, sólo porque no tenía ganas de quedarme en mi cuarto todo el tiempo. Su permiso confirmaba mi sospecha de que no había ninguna razón de peso para que estuviéramos en Maracaibo.

La ciudad, con sus rascacielos y sus vestigios de arquitectura hispánica, estaba bien iluminada y relativamente limpia. Una vez me habían dicho que "Venezuela era el futuro". Habían experimentado con diferentes fuentes de energía, utilizando los ingresos petroleros para desarrollar sistemas que no dependieran demasiado del petróleo. Pero Maracaibo parecía muy poco cambiada, excepto que el lago, lleno de máquinas y andamiajes, a veces despedía misteriosas llamaradas que iluminaban los edificios y creaban sombras inciertas. El lugar apestaba a petróleo. Mientras caminaba, mapa local en mano, hacia la dirección que me había dado el jefe, vi uno de sus dirigibles, construido por una empresa inglesa en Cardington, internándose en las tinieblas más allá de la ciudad. Venezuela había sido quizá el último país en asociar romanticismo con ingeniería práctica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Llegué al establecimiento. Era amplio y bastante lujoso. El decorado era acogedor y exuberante al estilo de algunos de los más ostentosos restaurantes familiares que había visitado en Pasadena. Un pianista tocaba una música similar a la de su colega norteamericano. Había un bar. Me senté y pedí un scotch. Me abordó una bonita anfitriona con peluca rubia. Tenía tez oscura. Su sonrisa era ancha y parecía genuina. Me dijo en inglés que creía haberme visto antes allí. Le dije que ésta era sólo mi segunda visita a Maracaibo. Me preguntó si era sueco. Le dije que era ruso. Me besó y dijo que amaba al pueblo ruso, pues sabía divertirse. –Litros de vodka –dijo. Pero yo bebía scotch. ¿Era un emigrado? Por costumbre, le dije que sí. Se llamaba Anna. Dijo que su padre había nacido en el sur de Londres. ¿Yo conocía Londres? Muy bien, dije. Había vivido allá algunos años. Anna me preguntó si Brixton era como Maracaibo. Le dije que había ciertas similitudes. Buscamos lo familiar en las circunstancias más improbables antes de aceptar lo que nos resulta extraño. Eso es tan cierto en los viajeros como en los amantes.

Anna me trajo una muchacha. Tenía un bonito pelo negro estirado hacia atrás y un vestido blanco con mucho encaje. Aparentaba dieciséis años. El maquillaje era sutil. Fingía ser tímida. Me resultó atractiva. Se llamaba María, según dijo. Hablaba un excelente inglés con acento norteamericano. Le pagué un trago, esperando ir a su cuarto, pero ella dijo que preferia llevarme a su casa, si yo no me oponía. Opté por olvidar la prudencia. Ella me condujo afuera y tomamos un taxi hasta una calle de apacibles edificios de clase media. Subimos dos tramos de escaleras. Ella abrió una lustrosa puerta de madera con la llave y entramos en un apartamento lleno de muebles de estilo de apagado buen gusto. Comencé a sospechar que era una colegiala y ésta era la vivienda de sus padres. Pero sus modales, cuando me sirvió otro scotch, encendió el ventilador del cielo raso y tomó mi chaqueta, me convencieron de que era la dueña del lugar. Más aun, yo sabía que en realidad tenía más de dieciséis, que cultivaba la apariencia adolescente. Sentí cierta reticencia a acostarme con ella. Contra mi voluntad recordé a la mujer de Pasadena. Me obligué a creer que todas las mujeres, al fin y al cabo, eran iguales, que les satisfacía entregarse a un hombre. La prostituta, al menos, ganaba dinero con sus instintos. La mujer de Pasadena sólo obtenía dolor. Entramos en el dormitorio y nos desnudamos. En la amplia y cómoda cama blanca confesé que no tenía prisa por hacerle el amor. No podía aclimatarme. Le pregunté por qué se había rasurado el vello púbico. Dijo que aumentaba su placer y además a muchos hombres les resultaba irresistible. Comenzó a contarme su historia. Dijo que había estado enamorada de un hombre que la introdujo en la prostitución. Evidentemente él aún la obsesionaba, porque no tuve que manifestar mucho interés para que me contara la historia completa. Era bastante trillada. Lo que ella decía, desde luego, llevaba la habitual marca de sentimentalismo y romanticismo. Mencionó a menudo el amor y su certidumbre de que él, aunque nunca lo decía, en realidad la amaba y la echaba de menos y era correcto, ya que lo amaba, que ella le permitiera ser como era. Él tenía muchas otras mujeres, desde luego, incluida, deduje, una esposa. Al principio, María había intentado, como toda mujer desesperada, transformarse en un capital más valioso: se tiñó el cabello, se rasuró el pubis, se pintó la cara y las uñas. Las rameras jóvenes gozan de una alta valoración cuando salen al mundo. Deduje que el hombre, aunque apreciaba el gesto, le había dicho que seguiría viendo a otras mujeres. Todo esto era deprimente, pues nunca me interesó demasiado la economía. Me sorprendí hablando en tono moralizante. Le dije que la madurez y la compostura eran para mí cualidades más atractivas. Garantizaban cierta libertad basada en una responsabilidad mutuamente aceptada. No entendió una palabra, desde luego. Añadí que los intentos femeninos de usar a un hombre como contexto eran plenamente comprensibles para alguien como yo. Yo tenía mis lealtades. Pero, como la mayoría de los hombres, no podía ser la nación ni la causa de una mujer. María intentó excitarme y luego desistió. Dijo que había tenido la mala suerte de encontrar a un latoso. Había pensado que yo sería interesante. Añadió que pensaba que no podía cobrarme mucho. Me causó gracia. Me levanté y telefoneé al hotel. El jefe aún no había regresado. Dije que me quedaría más tiempo, en ese caso. Ella dijo que disfrutaría de mi compañía, pero que yo tendría que ser más ameno. Al fin logré un estado anímico

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

razonable y le hice el amor. Ella era suave, fogosa y mal hablada. Logró provocarme un orgasmo más que satisfactorio. Cuando me marché, insistió en que le telefoneara al día siguiente si podía. Convine en que lo haría si era posible.

Mi jefe estaba de buen humor cuando desayunamos juntos en el cuarto. –Tenemos por lo menos una semana aquí –dijo–. Hay sutilezas. Esta gente es peor que los árabes.

Le mencioné a la muchacha. Él se encogió de hombros. –Usted no tiene nada que revelar. Aunque fuera una estrategia, pierden el tiempo.

Tuve la impresión de que me había traído aquí de vacaciones. En el mundo exterior, las noticias no eran buenas. Una bomba había caído en alguna parte de la India y nadie sabía bien de dónde había salido. No se había atacado ninguna ciudad importante. Ésta no era una guerra aceptable, dijo mi jefe. Se suponía que la guerra eliminaba las ambigüedades.

Llamé a la muchacha mientras desayunaba. Quedé en verla para almorzar.

Comimos en un restaurante elegante en el último piso de una moderna torre. Había niebla en el lago y una luz dorada y pálida cubría Maracaibo. Ella vestía un traje rojo con un sombrero haciendo juego. Era gentil y obviamente le causaba gracia lo que consideraba mi envaramiento. Tenía un modo de relajarme. Naturalmente, me resistí a caer demasiado bajo su hechizo.

Después del almuerzo me guió hasta un muelle. Varios hombres con andrajosas ropas de marinero la llamaron. Ella habló con uno y pronto abordamos una lancha pequeña y elegante. Ella puso el motor en marcha, tomó el timón y nos internamos en la niebla.

Le pregunté qué pensaba su hombre de todo esto. Ella se puso de buen humor. –No le importa.

–Pero no estás ganando dinero.

–Las cosas no son así –dijo–. Él es amable, sabes. O puede serlo.

El episodio tenía el carácter de la calma en medio de una feroz tormenta. Yo no podía ahuyentar de mi mente a la mujer de Pasadena, pero no se me ocurría un modo mejor de pasar el tiempo. María guió la lancha torpemente frente a una serie de torres petroleras que se erguían en el agua como jirafas encalladas y decapitadas. Una brisa comenzó a dispersar la niebla. Entreví montañas distantes.

Ella paró el motor y nos abrazamos. Sugirió que hiciéramos el amor. –Siempre fue mi ambición –dijo.

Hice lo posible, pero la lancha era incómoda y mi cuerpo estaba demasiado cansado. Al fin la llevé al orgasmo con la boca. Ella parecía más que satisfecha. Al cabo de un rato se levantó y regresó al timón. –Luces más feliz –dijo–. Tú también –respondí. Era difícil no sentir afecto por ella. Pero ese afecto no me hacía bien porque me evocaba a la mujer de Pasadena. Empecé a contarle una broma sobre la güerra. Unos comandos chinos habían entrado en lo que creían territorio indio y habían destruido una de sus propias bases. Ella se puso seria. –¿Llegará la guerra a Venezuela?

–Casi con seguridad –dije–. A menos que algunos recobren la sensatez. Pero aún no hubo verdadera catarsis.

Ella me preguntó a qué me refería. Expliqué: –No hubo orgasmo, ¿entiendes?

–Dios mío –dijo ella.

En el muelle, convinimos en encontrarnos en el mismo lugar ese atardecer. –Quiero mostrarte el lago de noche. –Miró hacia arriba de pronto y señaló. Había un suave ronroneo de motores. Era otro dirigible, blanco y pintado con los colores militares venezolanos. El perfeccionamiento de las viejas tecnologías debería haber sido la salvación del mundo. Ahora este país tendría suerte si escapaba a la destrucción total. No le dije nada de esto a María.

Cuando por primera vez me ordenaron trabajar en el exterior sentí que me enviaban al exilio. El territorio era desconocido y presentaba peligros imprevisibles. Acompañé a María hasta el taxi y regresé caminando al hotel. Algo –tal vez un letrero o un rostro en la calle– me recordó el extraño gueto de Watts, cuyos habitantes vivían mejor que casi todos en la Unión Soviética. Me había divertido ir allí. Tenían bonos para alimentos: los jóvenes no conocían las colas para pedir pan. Habíamos aspirado a igualar a Norteamérica. Antes de la guerra, estábamos apenas rezagados en el camino hacia un capitalismo descontento. Más allá de eso estaba la anarquía, que no me atrae, aunque se suponía que había sido nuestra meta.

Compré un diario en polaco. Tenía más de una semana y apenas pude comprender

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las referencias. El diario estaba publicado en Nueva York. Pero me agradaba esa letra impresa. Lo leí mientras tomaba un baño. Mi jefe telefoneó. Parecía ebrio. Pensé que también él debía de considerarse en vacaciones. Me dijo que tenía la noche libre.

María estaba con dos amigas cuando llegué al muelle. Ambas eran un poco mayores que ella y usaban ese grueso maquillaje de los cuarenta que pocos años antes había estado de moda en Occidente. Sus vestidos de algodón, uno rosado y el otro amarillo, seguían el mismo estilo, y también el peinado. Usaban perfume muy fuerte y parecían versiones de Rita Hayworth. Eran mucho más tímidas que María. Dijeron que hablaban poco inglés y ella se disculpó por traerlas. La explicación fue vaga, y consistió principalmente en hombros encogidos y cejas enarcadas. No presenté objeciones. Me alegraba disfrutar de la presencia íntima de tanta feminidad.

Una vez más, María nos condujo hacia el crepúsculo. El agua parecía más brillante a medida que se volvía más negra. Las dos mujeres se sentaron juntas detrás de María y de mí. Sacaron tequila mexicano y nos pasaron la botella. Pronto estuvimos bastante ebrios. Cuando María detuvo la lancha en medio del lago, todos rodamos en brazos de todos. Advertí que eso formaba parte del plan de María. Otra fantasía que deseaba experimentar. Permití que las mujeres actuaran conmigo a su antojo, aunque no les fui muy útil. Me agradaba bastante mirar cómo hacían el amor. María no participó en esto, sino que observaba y dirigía, riendo todo el tiempo. La irrealidad era desconcertante. La situación no era más extraña que la situación del mundo en general. Parecía que yo me desplazaba de un sueño a otro y que este sueño, dada la jovialidad de todos los involucrados, era preferible al otro. Supe que María se sentía a salvo conmigo, porque yo controlaba totalmente mis emociones y porque yo era un extraño. Supe que la estaba ayudando y esto me hizo feliz. Pensé en advertirle que al buscar la catarsis mediante la sexualidad podía perder contacto con la fuente de sus sentimientos, perder a sus amantes, perder el juicio, pero no parecía importar. Con la amenaza de expansión de la guerra nuestro futuro era tan frágil que más valía disfrutar del presente.

Pasaron varios días y noches. Cada vez que nos encontrábamos, María proponía otra aventura sexual y yo aceptaba. Mi propia curiosidad estaba satisfecha, así como mi impulso de creerme útil para alguien. Mi jefe continuaba embriagándose y alentándome, aun cuando yo le informaba exactamente lo que sucedía. Cuando llegué a conocerla mejor creí que estaba desesperada por convertirse en mujer, por huir de la forma de seguridad en que ahora se encontraba. Su necesidad de madurez instantánea, su codiciosa búsqueda de experiencias, por dolorosas que fueran, era en sí misma infantil. Se había consentido y la habían consentido por tanto tiempo que sus medios para alcanzar la libertad eran toscos y a menudo desgarbados. Y no obstante la libertad y la madurez podrían llegarle gradualmente, ganadas a través del trauma y esa voluntad femenina de hallar la plenitud en la desesperación. Era indudable que sus actividades, sus actitudes, encubrían una gran desesperación y confusión emocional. Me pregunté si yo no la estaba explotando, aunque superficialmente pareciera que ella me explotaba a mí. Simplemente, concluí, usábamos nuestro tiempo en forma razonable. Y entretanto, recordé, estaba la figura de su protector, Ramírez. Él debía de saber lo que sucedía, tal como lo sabía mi jefe. Empecé a sentir cierto afecto por él, cierta gratitud. Le dije a María que deseaba conocerlo. No le interesó, pero dijo que se lo comunicaría. Le aclaré que le avisaría cuándo me marchaba, de modo que el encuentro, si se producía, sólo pudiera realizarse en mi última noche. También le advertí que quizá debiera partir repentinamente. Ella dijo que lo había intuido. En un nivel, advertí, le estaba pidiendo que renunciara al único poder que tenía. Hice algunas observaciones ebrias sobre las personas que se rodean de ambigüedad para mantener el rumbo. Eventualmente quedan atrapadas en las condiciones que crearon, se confunden y comienzan a cuestionar casi todos los aspectos de su propio juicio. Sentí cierta repugnancia por mí mismo después de esta declaración. Yo no era quién para ofrecer a María una educación moral. Pero los hábitos políticos son difíciles de perder.

Desconcertada, me dijo que creía que Ramírez significaba seguridad para ella. Sin embargo sabía que no deseaba casarse con él. No sería feliz si mañana él venía a proponérselo. Nos reímos de eso. Las mujeres se casan por la seguridad, observé, mientras que los hombres a menudo se casan sólo por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la promesa de una vida sexual regular. El hombre se inclina a cumplir con su parte del trato matrimonial porque es bastante claro. Pero la mujer, al no tener idea de cuál era el trato, se sorprende cuando el hombre se queja.

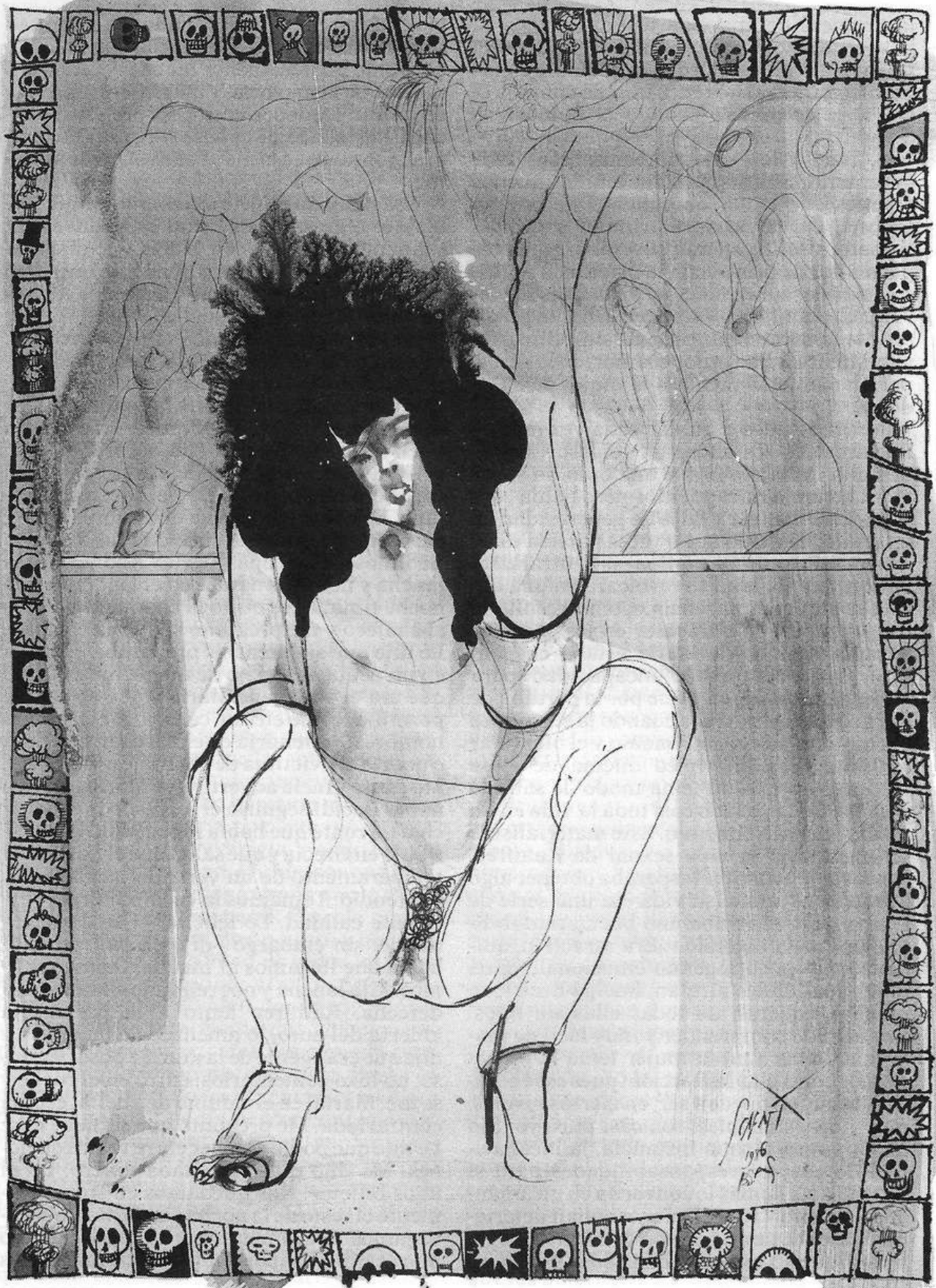
–¿Todos los matrimonios son así? –preguntó. Sin duda había tenido muchos clientes que lo corroboraban. Dije que no todos. Conocía varios matrimonios muy satisfactorios. En general, sin embargo, en los países donde prevalecía la ortodoxia política o religiosa, las relaciones sexuales se volvían muy confusas. De nuevo la había perdido. Me aburrí de mis propias simplificaciones. Mientras hacíamos el amor, eché desesperadamente de menos a la mujer de Pasadena.

María se puso a hablar cada vez más de Ramírez. Yo era ahora un confesor. Por lo que ella decía me formé una opinión sobre él. Él no tenía miramientos pero había convertido su cautela y falta de generosidad en un credo, de modo que a veces parecía estar expresando autodisciplina y neutralidad, aunque en realidad se revolcara en una absoluta autocomplacencia. Como resultado había empezado a fracasar en los negocios (el apartamento de María estaba en peligro), en parte por la incapacidad para arriesgar capital, en parte por la pérdida de agallas que sobreviene cuando la seguridad se equipara con el patrimonio y el bienestar material. Era un típico dilema de clase media, pero ella no tenía modo de saberlo porque había pasado casi toda la vida en un medio obrero o bohemio. Este materialismo se extendía a la vida sexual de Ramírez, como suele ocurrir: él esperaba obtener algo por nada si podía (su vida era una serie de tratos) pero esperaba una buena rentabilidad por cada inversión. Era atractivo, aniñado y un poco ingenuo emocionalmente. Estas cualidades atraían, huelga decirlo, a muchas mujeres, no todas ellas sin hijos. Era fácil de comprender y muy fácil de manipular. Más aun, la mujer tenía la sensación de controlar la relación, pues esos hombres también pueden ser, en ciertos niveles, muy impresionables: son casi puro yo. Sin embargo, en última instancia, la incapacidad de aceptar responsabilidades para sí mismo o los demás lo convertía en un amante frustrante y sus relaciones solían deteriorarse al cabo de un período de intentos de reforma que lo exasperaban. Sólo nos cambian las circunstancias, nunca la voluntad sola. Por su parte, decía María, ella lo había aceptado gustosamente tal cual era. Él era mejor que la mayoría, y más interesante. No era tonto. Tampoco yo, me sorprendí diciendo. Ella meneó la cabeza. –No, tú eres un gran tonto. Por eso me gustas. –Quedé atónito.

Esa mañana mi jefe me comunicó que debíamos regresar a los Estados Unidos al día siguiente. Almorcé con María y le dije que me gustaría ver a Ramírez. Ella me hizo jurar que me marchaba y quedamos en vernos más tarde en el muelle.

Desde el muelle fuimos a un bar cercano. Era un sitio vulgar, oscuro y un poco mugriento. María conocía a muchos de los parroquianos, especialmente las mujeres, a las cuales besaba. Llegó Ramírez. Vestía un buen traje azul oscuro y me sorprendió que tuviera barba y gafas. Me dio la mano. La carne era un poco blanda y el apretón femenino. Dijo que ignoraba a qué había venido, pero que no podía decirle que no a María. Bebimos varias copas fuertes. Abordamos la lancha y nos internamos en el lago. Era una noche tibia. Él se quitó la chaqueta pero no el chaleco y me preguntó si quería cocaína. Le dije que sí. Mientras preparaba la droga en un pequeño espejo de mano, me informó que era el patrón de María y que a veces le permitía, como en este caso, jugar con otros hombres: yo tendría que marcharme ahora o podría ser víctima de chantaje o violencia. Me causó gracia advertir que María lo engañaba. Decidí seguirle el juego de la muchacha. Le conté que había regenteado un prostíbulo en Grecia y que sabía que él no tenía el temperamento de un verdadero rufián. No se ofendió. Tomamos la cocaína. Era de excelente calidad. Lo felicité. –Usted me entiende, sin embargo –dijo él. No respondí hasta que llegamos al muelle. Cuando salimos de la lancha y nos reunimos, María a mi derecha, Ramírez junto a la portezuela abierta del auto, lo amenacé de muerte. Le dije que era agente de la KGB. Se puso nervioso, no hizo comentarios, entró en el coche y se fue. María, en el camino de vuelta, estaba contrariada. Me preguntó qué sería de ella. Le dije que podía escoger entre varias opciones. Me dijo que necesitaba dinero. Le di unos billetes. Nos quedamos en su apartamento el resto de la noche y en la mañana navegamos nuevamente por el lago. Cuando Maracaibo desapareció y nos creímos solos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en medio de las aguas quietas y azules, extrajo un paquete de cocaína y, apoyando el cuerpo delgado en un asiento, trazó dos cuidadosas líneas en el espejo de su cartera. Tomé la primera con un billete de diez dólares norteamericanos. Ella esperó antes de meterse media línea en una fosa nasal, y el resto en la otra. Me sonrió, fatigada e íntima.

–¿Y bien?

–¿Volverás a Ramírez?

–No, si puedo quedarme en un hotel.

–¿Y si te quedas en un hotel?

–Puedo ganar algún dinero. ¿Podrías ayudarme a llegar a los Estados Unidos?

–¿Ahora? Estás más segura aquí.

–¿Pero podrías?

–Sólo en condiciones que no me agradan. Repito, estás mejor aquí.

–¿De veras?

–Créeme.

Sus ojos oscuros escrutaron el lago. –El futuro no es mejor que el pasado.

Supuse que en una semana estaría de vuelta con Ramírez; en un año estaría libre de él. Puse el motor en marcha y me encaminé hacia la realidad de los andamiajes y las refinerías. Le dije a María que sabía que ella iba a sobrevivir, si existía alguna suerte en el mundo. Ella no poseía esa sexualidad cerrada que alberga una frialdad especial: cuanto más se la complace, más crece la frialdad. Uno conoce a libertinos que consagran la vida al sexo y sin embargo pierden gradualmente toda generosidad sexual. Ciertas mujeres son iguales. Dejan de celebrar y llegan a un control cada vez mayor. Es la senda inevitable del romanticismo racionalizado, como bien sabía yo.

En el hotel mi jefe me notificó repentinamente que estaba agonizando. Quería que yo fuera eventualmente a Kiev como oficial de enlace de un regimiento cosaco. –Creo que es lo mejor que puedo ofrecerle –dijo. Añadió que su fuerza de voluntad había flaqueado. Le pregunté si sufría de envenenamiento por radiación. Dijo que sí. Regresaría a Long Beach por un tiempo, pero yo podía quedarme en Washington si lo deseaba. Me darían una licencia. Yo ni siquiera imaginaba los tejemanejes que había hecho para darnos tanto tiempo, pero le estaba agradecido y se lo dije. Comenté que había resuelto volver a Pasadena.

–Bien –dijo–. Podemos tomar el mismo avión.

Decidí no telefonear de antemano sino que fui directamente a Pasadena desde el aeropuerto de Burbank. Los Ángeles estaba más tranquila que nunca, aunque había ciertos indicios de abandono y vandalismo. La mayoría de los coches de las autopistas eran vehículos de policía. Mientras yo conducía mi Toyota alquilado hacia los suburbios más ricos, me detuvieron dos veces y registraron mis documentos: en la situación actual, en los Estados Unidos era ventajoso tener pasaporte soviético e identificación de la KGB.

Salí de la autopista para entrar en South Orange. Las anchas calles sombreadas por palmeras carecían de textura y densidad después de Maracaibo. Un sueño precario. Pasadena ofrecía la seguridad geométrica de un jardín de infantes geométrico. Sólo en el centro, entre los ladrillos y piedras de la colonia original, y en la estación ferroviaria, había cierta sensación de complejidad, y era la complejidad de cualquier pueblo rural norteamericano. Añoré Europa, Londres y sus calles misteriosas y claustrofóbicas.

Estacioné en los garajes comunales, tomé mi bolso del asiento trasero y caminé por el pulcro embaldosado hasta el bloque final del condominio. Como muchos edificios de Los Ángeles, tenía menos de diez años y comenzaba a revelar indicios de decadencia detrás del esmalte blanco y enceguecedor. Subí los escalones, gozando de la sombra, y toqué el timbre a la derecha de las puertas dobles. Me agaché a recoger un diario plegado, sorprendido de que aún los repartieran. La voz de Julia se oyó del otro lado de la puerta. Dije quién era. Ella pareció encantada. –Regresaste. Qué maravilla. Ella estuvo tan mal. –Tuve la sensación de que, inadvertidamente, yo había reafirmado la fe de Julia en toda la raza humana. Algunos deseamos tanto un mundo decente que nos aferramos al menor indicio de que existe y rechazamos todas las demás pruebas en contrario. Julia lucía cansada. Tenía el cabello desaliñado.

Me desabotoné el impermeable claro y se lo dí. Puse la maleta debajo de una mesita apoyada contra la pared del vestíbulo.

–Honour regresó a Flagstaff –dijo Julia. Lucía malhumorada–. Qué más da. Ella no te estimaba mucho.

–Me gustaba su franqueza –dije.

La mujer sabía que yo había llegado pero permaneció sentada en el caballete que habíamos puesto juntos en la amplia sala del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

frente. La luz caía sobre un paisaje inconcluso, sobre su cabello ralo y rubio ceniciento, sobre su tez clara. Estaba más delicada, más bella, pero aun así rechacé la sensación de amarla.

–¿Por qué estás aquí? –dijo en voz baja. Comenzó a volverse, luchando contra la esperanza, mirándome como si pudiera herirla de nuevo–. La guerra no terminó.

Hice un ademán con el diario. –Parece que no.

–Esto es demasiado –dijo ella.

Le dije que había decidido pedir una licencia. Nadie sabía dónde estaba excepto mi jefe, y él había inventado una historia sobre mi necesidad de trabajar clandestinamente con un grupo de pacifistas radicalizados.

–Tu gente no creerá eso.

–Nuestra estructura es tan rígida que sólo se la puede resistir con los medios más audaces –dije–, y a menudo con mucho éxito. Tal vez sea una de las pocas ventajas de la ortodoxia.

–Dices pamplinas, como siempre. No puedes hacerme por segunda vez lo que me hiciste. Me mataría.

Me acerqué a ella, de modo que mi pecho quedó a la altura de su encantadora cabeza. No nos abrazamos. Ella no estaba tan gris ni tan crispada como cuando le habían confirmado su enfermedad. Cuando alzó los ojos, me impresionó su delicada belleza. Era noble y patética al mismo tiempo. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Le brotó una. Se disculpó. Le dije que no era preciso. Le toqué el hombro, la mejilla. Ella repitió mi nombre varias veces, aferrándome la mano.

–No tienes buen aspecto –dijo–. Temías volverte loco, ¿verdad?

–No me estoy volviendo loco –le dije–. Ojalá pudiera. Pero este estado de control es una especie de locura ¿o no? Tal vez más profundamente demencial que cualquier otra. Pero no tiene el atractivo de la irresponsabilidad, de renunciar a los demás, que experimenta el lunático clásico. –Reí.– Así que no tiene ventajas.

–¿Y tus deberes?

–¿Hacia la guerra?

–O hacia tu causa, o lo que sea.

–Excelentes excusas.

–¿Qué es más importante?

Contuve el aliento. –No lo sé. ¿El afecto?

–Has cambiado de parecer. De razonamiento. De lógica.

–Tuve que simplificar.

–¿Ahora?

–Estoy derrotado. Ya no puedo mantenerla. Las cosas siguen siendo tan desconcertantes como siempre.

–¿Qué estás diciendo?

Me encogí de hombros. –¿El amor lo conquista todo?

–¡No tú! –Meneó la cabeza.

–No sé cuál es la verdad –dije–. Ha sido mi deber mentir y combatir mentiras. El deber lo permite, lo exige: La única otra verdad para mí es la verdad de mis sentimientos, mis anhelos, mis sentidos. Todo lo demás es hipocresía, autoengaño. A lo sumo son razonamientos sentimentales. A todos nos impulsa nuestro propio interés.

–Pero a veces el propio interés cobra una forma más amplia –dijo ella–. Y entonces nos volvemos humanos. ¿Por qué estás aquí?

–Para verte. Para estar contigo.

–Nos acostaremos –dijo–. Iremos a la cama.

La cama era muy grande. El lugar había pertenecido a los padres. Ahora estaban en Iowa, donde se creían más seguros. Nos desvestimos y la tomé en mis brazos. Nos besamos. Su cuerpo estaba tibio y todavía fuerte. No hicimos el amor sino que hablamos, como hablábamos antes. Le dije que ignoraba qué significaba el amor y que había vuelto a ella porque las otras posibilidades me resultaban menos tolerables. Le dije que una mezcla de sentimentalismo y política de poder había sido el mejor sustituto del amor que yo había podido costearme en mis circunstancias. El altruismo era un lujo. Ella dijo que lo consideraba una necesidad. Sin altruismo no había virtud en la existencia humana, de modo que al rechazarlo también se rechazaba la única razón para la continuación de la raza. ¿Sería por eso que yo ahora estaba con licencia en plena guerra?

La elogié por su exquisito fundamentalismo y le dije que lamentaba mi incapacidad para vivir según esos principios. Ella me dijo que no era difícil: uno no asumía responsabilidades adicionales; uno renunciaba al poder y al hacerlo renunciaba a la culpa. La sola idea, le dije humorísticamente, era aterradora para el alma rusa. ¡Sin culpa no había movimiento! Ella meneó la cabeza ante lo que llamó mi cinismo, mi autodesprecio. Dije que prefería pensar que yo tenía mi propia medida.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Salí de la cama y fui al vestíbulo. De mi bolso extraje un colgante que le había comprado en Maracaibo. Volví y se lo di. Ella lo miró y me agradeció consternadamente. Lo puso a un costado. –¿Nunca estarás libre, entonces? –preguntó–. Creo que no –dije. Era demasiado tarde para eso.

Se levantó y se puso una bata. Caminó con las manos entrelazadas debajo del busto en el cuarto que usaba como estudio. –El amor y el arte se marchitan sin libertad. –Observó un retrato inconcluso apoyado contra la pared. Yo parecía mucho más viejo en la pintura.– Supongo que sí –dije. Pero yo me dedicaba a la política que, por definición, se oponía a los amantes y a los artistas. Eran factores que siempre podían complicar excesivamente el juego y causar enormes frustraciones a quienes preferimos, por temperamento, simplificar el mundo todo lo posible.

–Mis razonamientos siempre te han parecido estúpidamente románticos, ¿verdad? –dijo. Le repliqué que ella subestimaba mi inteligencia. Vivíamos en un mundo de poder y manipulación. Las actuales decisiones políticas (le tomé la mano) decidían si viviríamos.o moriríamos, si amaríamos o crearíamos arte. Mi realismo, dije, se limitaba a la situación; el de ella era apropiado para su vida como artista e individuo que debía continuar teniendo esperanzas. –Pero estoy muriendo –dijo–. No necesito esperanzas. –Sonrió al terminar la frase. Se apartó encogiendo los hombros en un gesto que tenía algo de su vieja alegría. Pasó la mano por los marcos de los cuadros.– Desde luego, quisiera que mi vida haya tenido algún sentido.

No pude responderle, pero de pronto me extravié de nuevo en ella, como en los primeros días de nuestro romance. Me acerqué y la abracé. La besé. Ella reconoció de inmediato mi emoción. Respondió. Había en ella una gran generosidad, una benevolencia. En ese momento no toleré que eso se fuera del mundo. Pero, pensé, tenía que conservar el recuerdo.

Le dije que admiraba su tendencia a atribuirme motivos altruistas a mí, a todos los demás. Pero la mayoría éramos demasiado egoístas. Teníamos que sobrevivir en un mundo cínico. Dijo que ella tenía que creer en la autosuficiencia, y el altruismo era nuestro único modo de sobrevivir con algún sentido. Había que apartar los ojos del mundo tal cual era y aprender a confiar en uno mismo para mantener la tolerancia y la esperanza. Le dije que su coraje era más vasto que la mente. Ella lo admitió. Dijo que para una mujer era preciso descubrir coraje si quería dar sentido a su vida como individuo. –Pero me perseguiste –dije suavemente–. Te amo –dijo ella–. Te quiero para mí y haré cualquier cosa para conservarte.

–Yo no puedo cambiar.

–Ni lo deseo.

–Me has conquistado.

–Bien –dijo ella–. He conquistado una parte de ti y por el momento me doy por satisfecha. ¿Crees que la conquisté honorablemente? ¿O regresaste por mera piedad?

–Fui atraído aquí, hacia ti. No tengo reservas.

–¿No te sientes atrapado?

–Al contrario.

–¿Te quedarás?

–Hasta que mueras.

–Tal vez... tal vez te pida que me mates cuando comience lo peor.

–Lo sé.

–¿Podrías hacerlo?

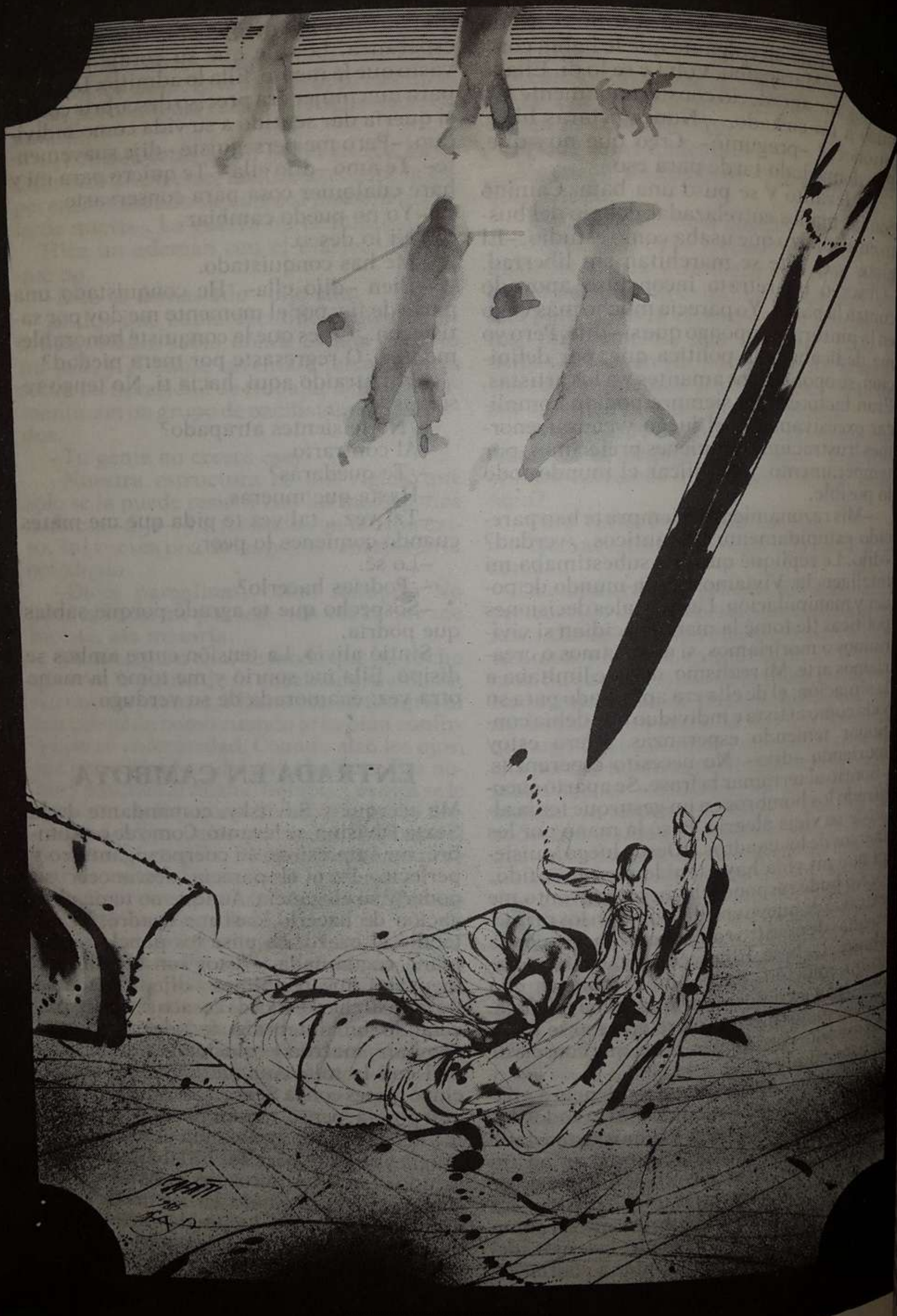
–Sospecho que te agradé porque sabías que podría.

Sintió alivio. La tensión entre ambos se disipó. Ella me sonrió y me tomó la mano otra vez: enamorada de su verdugo.

ENTRADA EN CAMBOYA

Me acerqué y Savitsky, comandante de la Sexta División, se levantó. Como de costumbre, me impresionó su cuerpo gigantesco y perfecto. Pero él parecía desconocer su poder y su elegancia. Aunque no tenía obligación de hacerlo, casi me cuadré. Él me tendió el brazo. Le puse los papeles en la mano enguantada. –Éstos son los últimos mensajes que recibimos –dije. La manga floja de su cherkesska de cosaco se deslizó revelando un antebrazo fortalecido por el combate, marrón y reluciente. Comparé su piel con la mía. Aunque había cabalgado cinco meses con la Sexta, aún estaba pálido; aún poseía, pensé, manos de intelectual. La luz del atardecer atravesaba el follaje de la jungla y algunos pericos chillaban su último saludo. Los mosquitos se reunían en las sombras, revoloteando en racimos, como una turba asustada. La jungla olía a podredumbre. Yakovlev, en alguna parte, se puso a tocar una melodía triste en el acordeón.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



El espía vietnamita que habíamos capturado habló con calma desde el otro lado de la mesa de campaña de Savitsky. –Creo que me gustaría estar lejos de aquí antes que anochezca. ¿Cumplirá usted su palabra, señor, si digo lo que sé?

Savitsky miró hacia atrás y vi al prisionero por primera vez (aunque desde luego su presencia era conocida en el campamento). Tenía las muñecas y los tobillos clavados al suelo con bayonetas pero ninguna otra herida.

Savitsky contuvo el aliento y siguió estudiando los documentos que yo le había llevado. Nuestra radio estaba inutilizada ahora. –Parece confirmar lo que dice aquí. –Tocó la segunda hoja.– Un ataque esta noche.

El interior del templo del otro lado del claro despertó a la vida. Una luz pálida ondeó sobre la piedra verdosa y derruída. Algunos de nuestros hombres debían de haber encendido una fogata adentro. Oí ruidos de placer y las quejas de dos de las mujeres que habíamos encontrado con el espía. Una se puso a gritar con ese gemido especial, irritante y agudo que usan todas cuando apelan a nuestra compasión. Por un instante Savitsky y yo compartimos el vínculo del disgusto. Me sentí halagado. Savitsky hizo un gesto impaciente, como de turbación. Volvió la cara apuesta y miró gravemente al campesino. –¿Te importa? Has perdido mucha sangre.

–No creo estar muriendo.

Savitsky asintió. Era económico en todo, aun en sus crueldades. Hubiera descuartizado al hombre con caballos, pero sabía que fatigaría a dos bestias exhaustas. Tomó la gorra de la mesa y se la puso pensativamente. De las chozas abandonadas llegó el olor de nuestros caballos cuando el viento cambió de dirección. Me arropé en mi burka prestada. Yo era el único de la unidad que se molestaba en usarla, pues sentía el frío en cuanto caía el sol.

–¿Me señalarás en el mapa el lugar donde se proponen emboscarnos?

–Sí –dijo el campesino–. Luego podrá enviar a un hombre para que espíe el campamento. Él confirmará lo que digo.

Me corrí a un lado mientras estos dos profesionales arreglaban sus asuntos. Savitsky se acercó al espía y con gran rapidez, como un hombre que despluma una gallina, sacó las bayonetas y las arrojó al suelo. Con cierta delicadeza, ayudó al campesino a levantarse y lo sentó en la silla de campaña que traía consigo en nuestra larga cabalgata desde Danang, donde habíamos desembarcado de la nave de transporte que nos había traído de Vladivostock.

–Traeré unos trapos para que pare de sangrar –dije.

–Buena idea –confirmó Savitsky–. No quiero que manche los mapas. Será mejor que usted esté presente, de todos modos.

Como oficial de enlace, yo tenía el deber de saber qué ocurría. Por eso puedo contar esta historia. Por mi parte prefería regresar a la choza donde dos míseros ancianos se intimidaban y me canturreban cada vez que entraba o salía pero donde al menos establecía una pequeña barrera entre mi persona y los terrores cotidianos de la campaña. Pero, aunque estos jinetes fueran analfabetos y obtusos, tenían instintos precisos y notarían al instante cualquier manifestación de temor. Tal vez sea, pensé, porque están muy habituados a ocultar sus propios temores. Pero la bravura era un hábito en ellos y yo anhelaba contagiármela. Había cabalgado con ellos en más de una docena de combates, ayudándolos a empujar a los camboyanos de vuelta a su país. En cada ocasión había visto a hombres y caballos hechos trizas, desgarrados, quemados vivos. Había llegado a alimentarme del olor de la sangre y la pólvora como si fuera un sustituto del aire y la comida –lo identificaba con el olor de la vida misma– pero aún no lograba alcanzar esa calma interior extrañamente pasiva que todos mis camaradas exhibían en mayor o menor grado. Sólo en acción parecían poseídos de algún modo por el mundo exterior, aunque aun así trabajaban con eficaz ferocidad, matando con la mayor celeridad posible con lanza, sable o carabina y, con lúgubre humanitarismo, no dejando nunca un herido propio o enemigo sin la garganta cortada o una bala en el cerebro. Agradecía que éstos, mis enemigos tradicionales, fueran ahora aliados, pues no podría haberlos resistido si se hubieran vuelto contra mí.

Vendé las delgadas muñecas y tobillos del campesino. Era como un niño. Dijo: –Sabía que no había ninguna arteria cortada. –Cabeceé.– Usted es el oficial político, ¿verdad? –preguntó casi afablemente.

–Enlace –dije.

Mi respuesta lo satisfizo, como si yo hubiera confirmado su opinión. Añadió: –Su-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pongo que es la chaqueta de cuero. Casi un uniforme.

Sonreí. –¿Una señal de diferencia de clase, cree usted?

El dolor le ahogó de pronto los ojos y se tambaleó, pero se recobró para terminar de decir lo que se había propuesto: –Los rusos son burgueses por naturaleza. No es culpa de ustedes. Es su temperamento.

Savitsky estaba demasiado cansado para responder con algo más que una vaga sonrisa. Pensé que estaba de acuerdo con el campesino y que los dos me excluían, se sentían superiores a mí. Me enfurecí. Apretándole el último trapo en la muñeca izquierda, hice que el espía torciera la cara. Satisfecho de haber vengado mi honor, eché una ojeada al mapa.

–Estamos aquí –dije. Estábamos en el borde mismo de Camboya. Un riacho fácil de vadear formaba la frontera. Lo habíamos oído justo antes de entrar en esta aldea. Los exploradores confirmaban que estaba a no más de media versta hacia el oeste. El arroyo del otro lado de la aldea, detrás del templo, era un tributario.

–Déme su palabra de que no me matará –dijo el vietnamita.

–Sí –dijo Savitsky. No estaba para bromas. Nadie lo estaba. Hacía siglos que todos manteníamos un trato muy directo, salvo por las burlas convencionales que eran sólo parte del ruido general del escuadrón, como el retintín de los arneses. Y no estaba para mentiras, excepto cuando era absolutamente necesario. Sus amenazas eran tan intrascendentes como sus promesas.

–Están aquí. –El espía señaló una aldea. Comenzó a tiritar. Vestía sólo unos pantalones cortos y harapientos.– Y algunos están aquí, porque piensan que ustedes podrían usar el puente en vez del vado.

–¿Y la fuerza de ataque para esta noche?

–Apostada aquí. –Un punto en nuestra margen del río.

–Pavlichenko –gritó Savitsky.

El joven Pavlichenko, sin gorra, con el pelo rubio desaliñado y un aire de decepción contenida, salió de la tienda del propio comandante de división. –¿Camarada?

–Tome un caballo y cabalgue con este hombre media hora por donde vinimos hoy. Cabalgue de prisa, luego déjelo y regrese al campamento.

Pavlichenko corrió hacia las chozas donde guardábamos los caballos. Savitsky le había creído al espía y no se molestaba en verificar la información. –No podemos atacarlos –murmuró–. Tendremos que esperar a que ellos vengan. Es mejor. –La tienda de Savitsky ahora estaba abierta. Miré a través de la entrada y para mi sorpresa vi a una muchacha eurasiática de catorce años. Tenía los pies en un balde de agua. Me sonrió. Yo miré hacia otro lado.

Savitsky dijo: –Él la está lavando para mí. Pavlichenko es un experto.

–¿Mi esposa e hijas? –preguntó el espía.

–Ahora tendrán que quedarse. ¿Qué puedo hacer? –Savitsky se volvió hacia el templo encogiendo los hombros.– Debiste haber hablado antes.

El vietnamita aceptó esto y, cuando Pavlichenko regresó con el caballo asiéndolo de la brida y corriendo como si deseara terminar la tarea cuanto antes, permitió que el joven cosaco lo subiera a la silla de montar.

–Lleve el rifle –le dijo Savitsky a Pavlichenko–. Esperamos un ataque.

Pavlichenko corrió a su propia tienda, la tienda pequeña vecina a la de Savitsky. El caballo, tan bien entrenado como los hombres que lo montaban, esperó incómodo pero calladamente bajo su nerviosa carga. El espía aferró el pomo de la silla, la crin, arqueando los pies desnudos hacia el pescuezo del caballo. Escrutaba la noche. Su esposa e hija habían interrumpido sus espantosos gemidos pero creí oír un ocasional gruñido femenino en el templo. Las llamas se habían animado más. Su otra hija, los pies todavía en el balde, tenía los brazos cruzados bajo el pecho, y sus ojos curiosos miraron sin rencor al padre, al comandante de división y, por último, a mí. Savitsky habló. –Usted es el intelectual. Ella no sabe ruso. Dígale que el padre estará a salvo. Mañana podrá reunirse con él.

–Tal vez mi vietnamita no dé para tanto.

–Use inglés o francés, entonces. –Se puso a ordenar los mapas y llamó a Kreshenko, que estaba a cargo de la guardia.

Entré en la tienda y la pequeña sonrisa de la muchacha me sobresaltó. Tenía un olor especial, como el té viejo y el arroz cocido. Yo sabía que mi vietnamita era muy limitado así que le pregunté si hablaba francés. No pertenecía a esa generación. –Amerikanski –dijo. Transmití el mensaje de Savitsky. Ella dijo–: Así que soy el precio de la libertad de ese viejo bastardo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

–En absoluto –la tranquilicé–. Nos dijo lo que queríamos. Sólo tuviste la mala suerte de que las usara a las tres como pantalla.

Ella rio. –¡Tonterías! Fui yo quien lo convenció. Con mi hermana. El novio de Tao trabaja para los camboyanos. –Añadió:– Parecían estar ganando en ese momento.

Savitsky entró en la tienda y cerró la cremallera de abajo a arriba. Le bastó un solo y grácil movimiento. Aunque estaba agotado, se movía con la involuntaria agilidad de un acróbata. Encendió uno de sus pestilentes papyrosi y se desplomó en la silla de campaña junto a la muchacha.

–Ella habla inglés –dije–. Es mestiza. Mire.

Él se aflojó el cuello de la camisa. –¿Puede preguntarle si está limpia, camarada?

–Lo dudo –dije. Repetí lo que ella me había dicho.

Él cabeceó. –Bien, pregúntele si se portará bien y usará la boca. Sólo quiero terminar con esto. Espero que ella también.

Transmití el mensaje del comandante.

–Le arrancaré la verga a dentelladas si tengo la oportunidad –dijo la muchacha–. Afuera, el caballo se alejó en la noche. Expliqué lo que ella había dicho.

–Tal vez, camarada –dijo Savitsky–, usted pueda ayudarme sosteniendo la cabeza de la muchacha. –Comenzó a desabrocharse el cinturón de los pantalones, alzando la camisa elaboradamente bordada.

Los pies de la muchacha chapotearon en el agua y el balde se volcó. En chaqueta de cuero, en burka, con mi pistola automática en su oreja izquierda, contuve a la muchacha hasta que Savitsky terminó con ella. Comenzó a quitarse las botas. –¿La quiere para usted?

Sacudí la cabeza y acompañé a la muchacha fuera de la tienda. Caminaba con ese andar rígido de las mujeres recién violadas. Le pregunté si tenía hambre. Dijo que sí. La llevé a mi choza. La vieja pareja encontró más arroz y miró mientras ella comía.

Más tarde esa noche ella se movió hacia mí desde donde estaba, más o menos a mis pies. Pensé que me atacaban y le disparé en el estómago. Sabiendo qué pensarían mis camaradas si trataba de mantenerla con vida (sería cuestión de horas) le disparé en la cabeza para terminar con sus penurias. Quiso la suerte que estos disparos despertaran al campamento, y cuando los soldados khmer nos atacaron poco después, ya estábamos preparados y matamos a muchos antes que el resto huyera a la jungla. La mayoría de los soldados eran más jóvenes que la muchacha.

En la mañana, para evitar complicaciones, echamos a las mujeres restantes hacia la dirección tomada por el patriarca. La pareja de viejos había desaparecido y supuse que no regresarían o, si volvían, que ellos sepultarían a la muchacha, así que la dejé donde la había baleado.

El anillo de plata que ella usaba les compensaría las molestias. Quedaba muy poca comida en la aldea, pero desayunamos la que había o la empacamos en nuestras alforjas. Luego, montando, seguimos al casi sobrenaturalmente apuesto Savitsky de vuelta a la jungla, rumbo al río.

Como nuestro explorador no regresó después que oímos un largo tableteo de ametralladora, supusimos que se había topado al menos con parte de la emboscada enemiga y que el espía no había mentido, así que decidimos cruzar el río en un sitio más incómodo donde, con suerte, ningún enemigo estaría al acecho.

El río era rápido pero no tenía la fuerza de los ríos rusos y Pavlichenko lo cruzó con una cuerda que sujetó a un tronco de árbol. Luego nos internamos en el agua y nuestros caballos cruzaron a nado. Los que habían perdido las fundas de lona de las carabinas las mantenían en alto, asiendo la cuerda con una mano y guiando los caballos con las piernas y con las riendas apretadas entre los dientes. Yo estaba más o menos en la mitad, con media división a mi espalda y el resto agrupándose en la tierra seca de la otra orilla, cuando aviones camboyanos nos avistaron e iniciaron un ataque en picada. Los aviones, procedentes de media docena de países, estaban mal mantenidos, y las armas, el equipo de apuntamiento y, sospecho, los pilotos, estaban en peores condiciones, pero mataron a siete de nuestros hombres cuando soltamos las cuerdas, resbalamos de la silla y comenzamos a nadar junto a los caballos hacia la orilla opuesta, mientras los que estaban a nuestras espaldas en la tierra seca buscaban refugio donde podían. Un par de ametralladoras respondieron a los aviones atacantes, pero no sirvieron de mucho. El armamento utilizado contra nosotros –dispararon balas trazadoras, dos cohetes, unos pocos cartuchos de napalm que dieron

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en el agua y se hundieron (sólo uno se abrió y ardió pero la mezcla pronto se disolvió en la corriente), y luego regresaron a una base en el interior de Camboya– indicaba que les quedaban pocas armas convencionales. Así ocurría con la mayoría de los participantes en esta etapa, por lo cual nuestra caballería había resultado tan eficaz. Pero habían ganado un poco de tiempo para sus tropas de tierra, que ahora se acercaban.

En un silencio casi total, los gritos ahogados por el caudal del río, cruzamos hasta la orilla enemiga y levantamos una posición defensiva, usando los carros con ametralladoras, que fueron los últimos en llegar por las cuerdas. Los camboyanos nos tenían entre dos fuegos –avanzando desde sus posiciones originales para la emboscada– pero pudimos responderles con eficacia, usando incluso las armas antitanque y el mortero que hasta ahora habíamos considerado un peso inútil. Usaban flechas, dardos, rifles automáticos, pistolas y un lanzallamas que sólo funcionó unos segundos y no nos causó daños. Los cosacos no estaban felices con esta clase de lucha y en cuanto hubo una tregua montamos, empacamos el equipo en los carros, y con los sables desenvainados embestimos aullando a los estalinistas khmer (como nos habían indicado que los llamáramos). Tras dispersarlos y desbaratarlos, encontramos un tramo de ruta de cemento donde pudimos cabalgar un rato. Seguimos al trote y luego al paso, pues el pavimento estaba sembrado de baches y era apenas menos peligroso que el suelo de la jungla. La jungla quedaba atrás, como un biombo que hubiera tapado la devastación que veíamos ahora. El pasaje era casi chato, como si las bombas hubieran borrado los contornos, con unos pocos edificios rotos, algún árbol ennegrecido, y una ceniza que cubría la carretera y a veces llegaba hasta las rodillas de nuestros caballos. Un viento leve agitaba la ceniza. Habíamos presenciado escenas así, pero nunca en tal escala. El brillo implacable del cielo azul enfatizaba la ausencia de color del paisaje. El sol se había vuelto muy caliente.

Una vez vimos dos tanques en el horizonte, pero no nos desafiaron. Continuamos hasta la tarde, cuando llegamos a los restos de una moderna instalación energética y acampamos al amparo de sus paredes. La ceniza se nos metió en la comida y bebimos más agua de lo conveniente. Todos estábamos cubiertos ahora por esa capa gris.

–Somos como cadáveres –dijo Savitsky. Parecía una estatua heroica como las que se encuentran en casi todas las plazas públicas de la Unión Soviética–. ¿Dónde encontraremos algo para comer en medio de esto?

–Es como el fin del mundo –dije.

–¿Volvió a probar suerte con la radio?

Sacudí la cabeza. –No vale la pena. El napalm carcome los cables más pronto que a un hombre.

Lo aceptó y con un dedo desnudo se puso a limpiar los bordes interiores de las antiparras que él (como la mayoría de nosotros) usaba para protegerse del sol, la lluvia y el polvo. –Ojalá tuviera órdenes –dijo.

–Nos indicaron que penetráramos en territorio enemigo. Eso estamos haciendo.

–Donde, nos dijeron, nos uniríamos a unidades montadas norteamericanas y australianas. Esos tontos no saben cabalgar. No sé cómo se les ocurrió ponerlos en caballos. ¡Vaqueros!

No valía la pena repetirle un argumento ya trillado. Era verdad, sin embargo, que a las divisiones de caballería occidentales les costaba igualar nuestro eficaz salvajismo. Me había causado gracia, también, que nos hubieran acoplado por corto tiempo a un par de escuadrones mongoles. Los mongoles no guerreaban a caballo desde hacía décadas y se habían convertido en el hazmerreír de sus antiguos enemigos, los cosacos. Savitsky creía que éramos los últimos grandes jinetes. En rigor no me incluía a mí, pues yo era mal jinete y en todo caso no era cosaco. Creía que era nuestro destino sobrevivir a la guerra e iniciar una civilización nueva y más valiente: "Libre de la influencia de las mujeres y los judíos." Evocaba los grandes días del Zaporozhian Sech, en que se habían prohibido las mujeres. Aun en la Sexta lo consideraban algo conservador. Él era más admirado que sus opiniones.

Después que abrevaron los caballos y los hombres hubieron reemplazado las bolsas de agua del carro, Savitsky y yo extendimos el mapa en un pedazo de cemento y encontramos nuestra posición con ayuda de la brújula y el sextante (no había señales ni marcas). –Me pregunto qué habrá sido de Angkor –dije–. Se suponía que allí debíamos reunirnos con las demás unidades, incluida la canadiense con la cual yo debería permanecer en los próximos meses (luego

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

descubriría que había estado constantemente en nuestra retaguardia).

–¿Usted cree que estará así? –Savitsky señaló alrededor. Entornó los nobles ojos.– Quiero decir, camarada, ¿cree usted que vale la pena dirigirse a Angkor?

–Tenemos órdenes –dije–. No hay alternativa. Nos esperan.

Savitsky sopló polvo por la boca y se rascó la cabeza. –Queda la mitad de nuestra división. Nos vendrían bien unos refuerzos. Y me alegra ver al fin un poco de cielo. –Todos nos habíamos sentido claustrofóbicos en la jungla.

–¿Qué es Angkor de todos modos? ¿La capital? –me preguntó.

–El Stalingrado de ellos, tal vez.

Savitsky comprendió. –Oh, tiene importancia para su moral. ¡No es estratégica!

–No me han hablado de su valor estratégico.

Savitsky, como de costumbre, se encerró en su silencio diplomático, insinuando que no me creía y pensaba que me habían ordenado guardar el secreto. –Será mejor seguir adelante –dijo–. Nos queda un largo camino, ¿eh?

Después de montar, Savitsky y yo cabalgamos lado a lado por un rato, a lo largo de los restos de la carretera de cemento. Íbamos un poco adelante de la larga columna, con sus jinetes, sus carretas de pertrechos, y sus carros con ametralladoras estilo Makhno. Éramos blancos perfectos para los aviones y, como no había dónde refugiarse, Savitsky y sus hombres ni se inquietaban por el peligro. Yo había aprendido a no revelar mi nerviosismo pero en ese momento ignoraba si lo ocultaba bien.

–Somos la única fuerza vital en Camboya –dijo el comandante de división con una sonrisa beatífica–. Todo lo demás está muerto. Cómo se deben odiar entre sí estos bastardos amarillos. –Estaba impresionado, tal vez admirado.

–Quién sabe –aventuré–. No sabemos quién más ha luchado. Ahora no hay ninguna nación que no esté en guerra.

–Y ninguna que no esté en las últimas. Aun Suiza. –Savitsky soltó un bufido de superioridad.– ¡Pero qué legado para nosotros!

Me convencí de que, sigilosamente, estaba perdiendo el juicio.

Nos topamos con un carro blindado en una depresión, a poca distancia del camino. Uno de nuestros exploradores había oído los quejidos de los conductores. Cuando Savitsky y yo nos acercamos, el explorador encañonaba a los khmer uniformados con la carabina, pero estaban demasiado débiles para presentar problemas.

–¿Qué les pasa? –preguntó Savitsky al explorador.

El explorador no sabía. –Enfermedad –dijo–. O hambre. No están heridos.

Desmontamos y bajamos al cráter. El vehículo no tenía daños. Parecía haber rodado suavemente en el polvo hasta atascarse. Me instalé en el asiento del conductor y traté de poner el motor en marcha, pero no andaba. Savistky había pateado los genitales de uno de los culebreantes khmers, pero el hombre no pareció sentir mucho el dolor, aunque se arqueó, casi como si entrara en el espíritu de un ritual. Savitsky repetía: –Soldados. Soldados. –Era una de las pocas palabras vietnamitas que conocía. Señaló en diversas direcciones, mirando con disgusto a los hombres demacrados.– Mejor interróguelos usted –me dijo.

Entendían mi inglés, pero rehusaban hablarlo. Probé con el francés. –¿Qué le pasó al vehículo?

El hombre a quien Savitsky había pateado seguía echado de bruces, los brazos estirados hacia nosotros en el suelo ceniciento. Intuí que deseaba tocarnos: robarnos la vitalidad. Sentí náusea cuando le clavé el talón de la bota en la mano. Uno de sus camaradas dijo: –No es ningún secreto. Nos quedamos sin gasolina. –Señaló el carro blindado.– Nos quedamos sin gasolina.

–Están lejos de la base.

–Nuestra base voló. No hay gasolina en ninguna parte.

Le creí y se lo dije a Savitsky, quien aceptó con gusto esa simple explicación.

Como de costumbre, se esperaba que yo despachara a los prisioneros. Llevé la mano a la funda, pero Savitsky, con rara comprensión, detuvo mi ademán. –Vaya a ver qué hay en esa lata –dijo, señalando. Mientras yo caminaba hacia el metal agujereado, el revólver del comandante de división descerrajó tres descargas. Me asombró su piedad. Continuando con la pequeña farsa, miré la lata, la alcé, la sacudí y la arrojé al polvo. –Vacía –dije.

Savitsky subía por el cráter hacia su ca-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ballo. Mientras yo trepaba detrás, dijo: –Es el mundo del Demonio. ¿Cree usted que deberíamos entregarnos a él?

Me sorprendió este inusitado cinismo.

Montó en su silla. Inconscientemente, adoptó la pose, a menudo vista en películas y cuadros, del noble jinete revolucionario: la cabeza erguida, los ojos protegidos por la palma mientras oteaba el oeste.

–Parece que terminaremos matando tártaros otra vez –dijo sonriendo mientras yo montaba torpemente–. ¿Cree usted en toda esta Historia, camarada?

–Siempre consideré que la teoría del precedente era absolutamente infantil –dije.

–¿Qué es eso?

Traté de explicarle, pero él ya galopaba hacia sus hombres, gritándoles.

El tercer día habíamos atravesado el desierto de ceniza y nuestros caballos al fin pudieron comer un poco de hierba en la cresta de una hilera de colinas bajas que asomaban sobre arrozales titilantes y brumosos. Savitsky, con los anteojos de campaña en los ojos, expresó alivio. –Una aldea –dijo–. Gracias a Dios. Podremos obtener provisiones.

–Y hacer ejercicio –dijo Pavlichenko a su espalda. El muchacho rio, echándose la gorra hacia atrás y enjugándose el sudor sucio de la frente–. ¿Bajo allá, camarada?

Savitsky aceptó y dijo a Pavlichenko que llevara a dos más. Observamos a los cosacos que galopaban colina abajo y guiaban cautelosamente los caballos a través del arroz joven. El cielo tenía aquí un tinte verdoso, como si reflejara los campos. Lucía como las lagunas del Mar Negro en el verano. Un olor a follaje, casi alarmante por su extrañeza, flotó hacia nosotros. Savitsky observaba atentamente los movimientos de sus hombres, que habían descolgado las carabinas y desmontado al llegar a la aldea. Con las riendas anudadas en las manos avanzaban despacio, disparando rondas tentativas a las chozas. Uno de ellos tomó una granada de humo de la alforja y la arrojó por una puerta cercana. Los campesinos, que ya parecían muertos de inanición, salieron corriendo. El joven cosaco los dejó ir, pues buscaba soldados. Cuando se cercioraron de que la aldea no ocultaba trampas, nos hicieron señas. Los campesinos se reunieron en el centro de la aldea. Evidentemente estaban habituados a este tipo de operación.

Mientras nuestros hombres registraban todo yo debí cumplir nuevamente con mi deber de interrogar a los pobladores. Resultó que casi todos eran intelectuales, parte de uno de los programas de reeducación del Khmer Rouge (virtualmente una sentencia de muerte por trabajos forzados). Era más fácil hablarles pero más difícil comprender sus complicadas respuestas. Al fin desistí e, impacientado por las quejas gemebundas de esos desdichados, los ignoré. No sabían nada que nos fuera útil. Nuestros hombres quedaron defraudados. Sólo había viejos en la aldea. Al fin apartaron a las mujeres menos ancianas y las poseyeron en lo que había sido una especie de choza de administración. Me asombró su energía. Pensé que esto era algo que unos esperaban de otros y que perderían prestigio si no realizaban los actos necesarios. Eventualmente, cuando terminamos de comer lo que encontramos, volví a interrogar a dos de los viejos. No simpatizaban con las tropas camboyanas y se alegraron de contarnos todo lo que podían. Sin embargo, parecía que no había habido mucho movimiento en la zona. Días atrás habían pasado aviones o helicópteros. Tal vez formaban parte de la escuadrilla que nos había atacado en el río. Pregunté si tenían noticias de Angkor, pero aquí no había radio y creían que nosotros sabríamos más que ellos. Señalé las colinas rojas del otro lado del valle. –¿Qué hay allá?

Me dijeron que por lo que sabían había otro valle, similar a éste pero más grande. Las colinas lucían más abruptas y eran boscosas. Sería dificultoso escalarlas a menos que hubiera un camino. Saqué el mapa. Allí figuraba un camino, y lo señalé. Uno de los viejos asintió. Sí, pensaba que ese camino existía aún, pues al fin desembocaba en esta aldea. Me mostró dónde estaba. Había huellas donde, tiempo atrás, lo habían recorrido vehículos pesados. Desaparecía en la jungla oscura, verde, gorjeante. Para mí la jungla ahora sólo significaba mosquitos y cierta protección contra aviones atacantes.

Sin preocuparse por las sanguijuelas y los insectos, la mayor parte de la división corría el riesgo de bañarse en el arroyo que alimentaba los arrozales. No me animé a desnudarme en compañía de esos hombres fornidos. Decidí quedarme sucio hasta que contara con alguna privacidad.

–Quiero que los hombres descansen –dijo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Savitsky–. ¿Se opone usted a que acampemos aquí hoy y mañana?

–Es buena idea –dije. Escogí una choza, eché a los ocupantes y me dormí casi enseguida.

En la mañana me despertó un soldado que traía un pichel de metal lleno de un té de delicadísimo aroma. Me asombré y lo acepté de buen humor. –Hay mucho aquí –dijo–. ¡Es todo lo que tienen!

Sorbí el té. Aún vestía el uniforme, con la burka en el suelo debajo de mí y la chaqueta de cuero plegada como almohada. La choza estaba totalmente desnuda. Estaba habituado a ver algunas pertenencias personales y me pregunté si las habrían escondido al vernos venir. Luego recordé que eran de las ciudades y los habían traído aquí por la fuerza. Tal vez ahora, pensé, la guerra siguiera de largo y ellos conocieran la paz, incluso la felicidad, por un tiempo. Me estaba rascando el oído y desperezándome cuando entró Savitsky de mal humor. –Encontramos una sepultura colectiva –dijo–. Cientos de cuerpos en una fosa. Creo que deben ser los habitantes originales. Y un par de soldados... Al menos, estaban uniformados.

–¿Quiere que pregunte qué son?

–¡No! Sólo quiero largarme. Dios sabrá qué se han hechos unos a otros. Son una raza despreciable. Puro servilismo y matanzas por la espalda. No tienen agallas.

–Tampoco soldados –dije–. De veras. Durante siglos han sido presa de bandidos. Los bandidos son casi los únicos soldados que conocen. Así que los que quieren ser soldados los imitan. Los que no quieren ser soldados tratan a los que sí quieren como siempre trataron a los bandidos. Son conciliadores hasta que tienen la oportunidad de desquitarse.

Quedó impresionado. Se frotó la barbilla recién afeitada. Lucía años más joven, aunque aún tenía la apariencia monumental de un dios. –Ladrones, dice usted. ¿Sus soldados tienen mentalidad de ladrones?

–¿Los cosacos no son ladrones?

–Lo nuestro es pillaje. –No estaba enfadado. Mis palabras rara vez lo enfadaban porque no respetaba mis opiniones. Yo era el necesario oficial político, su único lazo con la elevada y distante autoridad del Kremlin, pero él no tenía por qué respetar mis ideas más de lo que respetaba las que le llegaban de Moscú. Sólo respetaba el poder, y el hecho de que en cierto modo Rusia estaba místicamente representada en nuestros dirigentes. –Partimos en diez minutos –dijo.

Noté que Pavlichenko le había lustrado las botas.

Esa tarde, después de cruzar el valle entero por un excelente camino de tierra que atravesaba la jungla y llegaba a la cima de la siguiente estribación de colinas, sentí un dolor en el estómago. Savitsky notó que me aferraba el vientre con las manos y dijo lacónicamente: –Ojalá no hubieran matado al médico. ¿Cree usted que es tifus? –Desde luego, era lo que yo había sospechado.

–Creo que es sólo el té, el arroz y todo lo demás. Tal vez mezclado con el polvo que tragamos –añadió. Lucía más pálido que de costumbre–. Yo tengo lo mismo. Y la mitad de los otros. ¡Demonios!

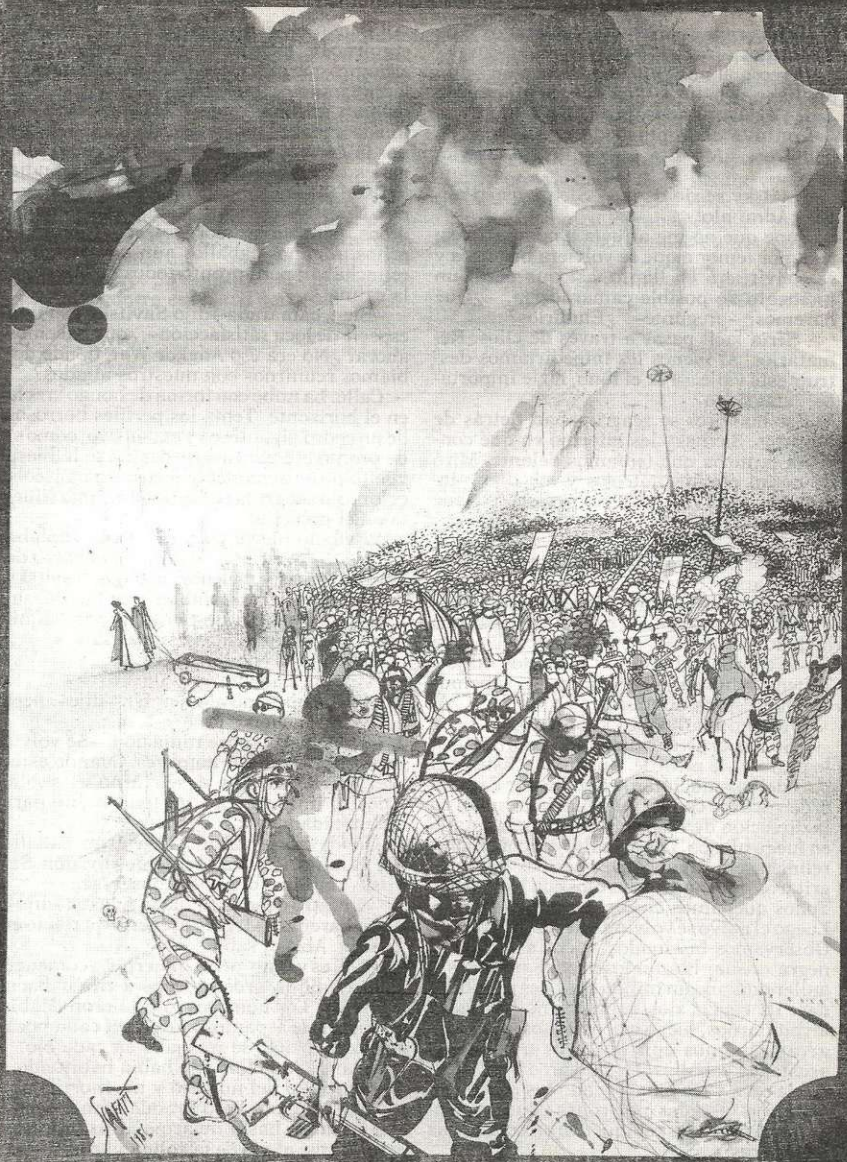
Costaba distinguir si uno tenía fiebre, en esa jungla y a esa hora del día. Decidí pensar en el asunto lo menos posible hasta que cayera la tarde y refrescara.

El camino comenzó a revelar daños y cuando cruzamos la colina y miramos hacia el otro lado, enfrentamos un escenario aun más desolado del que habíamos recorrido los tres días anteriores. Era un desierto gris, con la cicatriz de la carretera rota y los cráteres de las bombas. Más allá, avanzando hacia nosotros, había una nube de polvo oscuro; inequívocamente, un ejército en movimiento. Savitsky se relajó automáticamente en la silla y se volvió hacia nuestros hombres, que subían despacio por la colina boscosa. –Creo que se dirigen hacia aquí. –Savitsky ladeó la cabeza. –¿Qué es eso?

Era un chirrido distante. Luego toda una escuadrilla de aviones apareció volando a baja altura. Pudimos ver las insignias del Khmer Rouge toscamente pintadas, los fuselajes abollados. Había media docena de jets diferentes en la escuadrilla. Los hombres se apartaron del camino, pero los aviones nos ignoraron. Siguieron de largo, como si huyeran en vez de atacar. Miré el cielo, pero nada los perseguía.

Extrajimos los anteojos de campaña de las fundas y los enfocamos. En el polvo vi una masa de infantes descalzos que portaban rifles con bayoneta calada. También había camiones, tanques, coches particulares, bicicletas, motocicletas, carretas de bueyes, carros de mano, civiles con bultos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Era una orgía de soldados derrotados y de refugiados.

–Creo que nos perdimos la acción –dijo Savitsky con furia–. Se nos adelantaron, ¿eh? ¡Y australianos, probablemente!

Contuve el impulso de encogerme de hombros. –¡Maldita sea! –dije sin convicción.

Savitsky se rio de mí. –Siente usted alivio. ¡Admítalo!

Supe que no me atrevía a compartir su risa, por temor a que se volviera histérica y se convirtiera en llanto, así que perdí un momento de posible camaradería. –¿Qué haremos? –pregunté–. ¿Eludirlos?

–Sería fácil pasar a través de ellos. Rematarlos. Al menos les impediríamos destruir este valle. –Por el tono, no le importaba demasiado.

Los hombres se reagrupaban detrás de nosotros. Savitsky les informó en qué consistía la turba que teníamos delante. Miró de nuevo por los anteojos y me dijo: –Infantería, también. Muy numerosa. Y viene más de prisa.

Observé. Al parecer los soldados descalzos se abrían paso entre los refugiados para adelantarse.

–Tal vez los aviones les avisaron por radio –dijo Savitsky–. Bien, alguien con quien luchar.

–Creo que deberíamos eludirlos –dije–. Tenemos que ahorrar fuerzas. No sabemos qué nos espera en Angkor.

–Aún faltan muchos kilómetros.

–Se nos ordenó evitar todo conflicto, en lo posible –le recordé. Suspiró–. Éste es el país del mismo Satán. –Estaba por dar una orden acorde con mi sugerencia cuando, en la dirección de Angkor Wat, el cielo estalló en fuego blanco. Los caballos corcovearon y relincharon. Algunos de nuestros hombres gritaron y se taparon los ojos con los brazos. Todos quedamos ciegos temporariamente. Luego el polvo se volvió cada vez más denso. Observamos fascinados mientras la pared negra crecía, lanzándose sobre nosotros y aullando como un millón de voces moribundas. La ceniza nos golpeó y nos obligó a arrodillarnos, luego a acostarnos, mientras arrastrábamos con nosotros a nuestros asustados caballos. La polvareda me mordió la cara y las manos y aun las partes del cuerpo protegidas por ropas gruesas. Piedras más grandes repiquetearon contra mis antiparras.

Cuando el viento cesó y comenzamos a erguirnos, el cielo era aún muy brillante. Me asombró que mis anteojos de campaña estuvieran intactos. Me los llevé a los ojos inflamados y atisbé a través de la ceniza arremolinada a los camboyanos. El ejército corría por la carretera hacia nosotros, como animales aterrados huyendo de un incendio forestal. Ahora sabía de qué huían los aviones. Nuestros cosacos estaban algo confundidos, pero ya se reorganizaban soltando gritos. Algunos caballos aún pataleaban y relinchaban pero pronto todos recobramos la calma.

–Bien, camarada –dijo Savitsky con una especie de loca satisfacción–, ¿qué hacemos ahora? ¿No era eso Angkor Wat, donde debíamos reunirnos con nuestros aliados?

Callé. La nube con forma de hongo crecía en el horizonte. Tenía los perfiles borrosos de un cedro gigantesco y expansivo, como si de pronto ese páramo de ceniza se hubiera vuelto promiscuamente fértil. Una aureola color rojo sangre la rodeaba como una silueta en el poniente.

El viento fuerte y artificial aún soplaba en nuestra dirección. Me limpié el polvo de las antiparras y me cubrí los ojos. Savitsky ordenó a nuestros hombres que montaran. –Esos hijos de perra están en nuestro camino –dijo–. Cargaremos contra ellos.

–¿Qué? –No podía creerle.

–Ante la duda –dijo–, atacar.

–Usted no teme al enemigo –dije–, pero está la radiación.

–No sé nada sobre radiación. –Se volvió en la silla hacia sus hombres. Cuando estuvieron preparados desenvainó el sable. Ellos lo imitaron. Yo no tenía sable para desenvainar.

Quedé horrorizado. Aparté mi caballo del camino. –Comandante de división Savitsky, nuestro deber es conservar...

–Nuestro deber es ir hacia Angkor –dijo–. Y eso haremos. –Irguió el cuerpo perfecto en la silla. Alzó el sable.

–No es como otras muertes –comencé. Pero él dio la orden y echó a trotar hacia adelante. Los hombres lo siguieron. Había un rictus de espantoso júbilo en cada boca. La luz del cielo se reflejaba en cada ojo.

Avancé con ellos. Me había habituado a la seguridad del número y me mortificaba su reprobación. Pero gradualmente se me adelantaron hasta dejarme atrás. Ya estábamos casi al pie de la colina y trotábamos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hacia el hongo, ahora veteado por un sinfín de colores oscuros y turbulentos. Se había convertido en una mano amenazante, mientras la ceniza arrastrada por el viento nos mordía el cuerpo y arrancaba sangre del flanco de nuestras monturas.

Yakovlev, que me precedía, desató el acordeón y se puso a tocar una tradicional canción cosaca de batalla. Pronto todos cantaban. Gradualmente apuraron el paso. El sonido del acordeón murió pero ahora la canción eran tan fuerte que parecía llenar el mundo entero. Se lanzaron a pleno galope, cargando contra ese perfil pasmoso, el símbolo quintaesencial de nuestra condenación, como sus ancestros podrían haber cargado contra los portales del Infierno. Eran siluetas rápidas y oscuras en el polvo. La canción se convirtió en un rugido salvaje y desafiante.

Mi primer impulso fue atacar junto a ellos. Pero ya había dado media vuelta y trotaba de regreso hacia el valle y la frontera, rogando que, si lograba ponerme a salvo, no sufriera una contaminación muy grave.

(En homenaje a Isaac Babel, 1894-¿1941?)

Títulos de los originales en inglés: *Going to Canada*; *Leaving Pasadena*; *Crossing into Cambodia*. Del libro *My Experiences in the Third World War*, © 1980, Michael Moorcock. Traducción de Carlos Gardini.

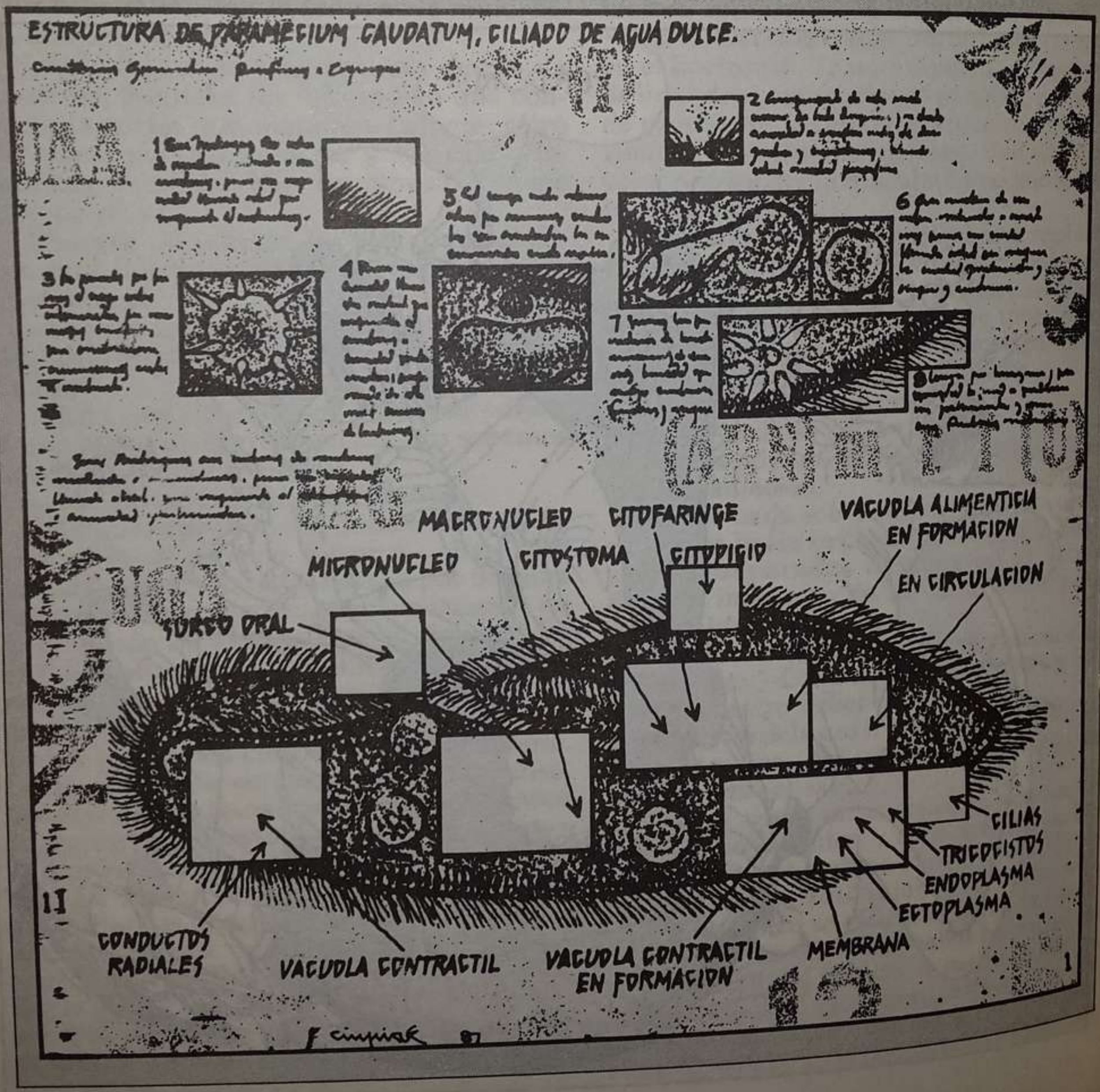
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pablo Caparrna

Las últimas sorpresas de la biología molecular.

EL TEXTO DE LA VIDA

ILUSTRO ALBERTO CIUPIAK



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Immanuel Kant fue uno de los pensadores más importantes, si no la cumbre de la filosofía moderna: sin duda, una mente comparable a la de Platón o Aristóteles.

Fue el primero que intentó "pensar" las consecuencias de la revolución científica que encarnaba Newton; su concepción del espacio y del tiempo no fue cuestionada hasta Einstein; la "hipótesis de Kant y Laplace", que aún se enseña en las escuelas, explicó la formación del sistema solar por una nebulosa en rotación. Sus ideas suelen encontrarse aún en los discursos: liberales y marxistas lo reivindican por igual. Conceptos kantianos como *a priori, en sí, trascendental* o *antinomia* son manoseados a diario en las revistas. Por si esto fuera poco, Kant también fue capaz, en tiempos de la Revolución Francesa, de pensar seriamente en la posibilidad de vida extraterrestre, y concibió una ética cuyo alcance pretendía ser *universal,* es decir válida para cualquier ser racional de cualquier planeta.

En el último de sus tres grandes tratados, la *Crítica del Juicio* (1790), Kant se ocupó de temas que para nosotros serían difícilmente conjugables, pero que en la perspectiva de su tiempo iban juntos: el arte y la biología. Ambos parecían ser productos hechos para un fin: deliberado por parte del artista, intuido aunque indemostrable para la Naturaleza. En ese contexto, Kant deslizó una profecía que unos ciento sesenta años más tarde pareció recibir una ruidosa desmentida:

"Es completamente seguro", decía Kant en 1790, "que por meros principios mecánicos de la naturaleza nunca llegaremos a conocer suficientemente los seres organizados y su posibilidad intrínseca, y mucho menos podremos explicárnoslos; y esto es tan cierto que puede decirse resueltamente que es insano por parte de los hombres concebir siquiera tal propósito, o esperar que *un día salga otro Newton que pueda hacer comprensible aunque más no sea la producción de un tallo de hierba* por leyes naturales que ninguna intención haya ordeñado; antes bien es un conocimiento que les está absolutamente vedado a los hombres."[1]

Esos nuevos Newton que Kant juzgaba imposibles aparecerían a mediados del siglo veinte.

Primero fueron Watson y Crick, quienes en 1953 diseñaron el primer modelo eficaz para representar la molécula del ADN, esa doble hélice que curiosamente se parecía a las serpientes entrelazadas de Asklepios, tradicional símbolo de la medicina. Los ácidos nucleicos eran conocidos desde fines del siglo pasado, pero sóio cuando Watson y Crick propusieron una manera viable de representar su estructura química se pudo visualizar los hasta entonces hipotéticos "genes"; el fascinante minué de la mitosis, donde las parejas de cromosomas se enfrentaban y separaban hasta constituir dos células distintas, quedaba ahora explicado.

Diez años después llegaron Monod, Lwoff y Jacob, también premiados con el Nobel; a partir de 1963 cualquiera pudo conocer, por medio de una tabla que cubre apenas una página, las reglas que rigen la síntesis de proteínas, a partir de las instrucciones escritas en el ADN: el famoso "código genético".

Entre Newton y la Revolución Industrial transcurrieron unos cien años; entre el desciframiento del código y la aparición de la tecnología genética, apenas unos quince. En 1980, Ananda Chakrabarty patentó en EE.UU. una bacteria genéticamente modificada, de la misma manera que se registra un dispositivo o un procedimiento industrial. Actualmente, la ingeniería genética está revolucionando la industria química, la farmacología y en especial la de los alimentos, amenazando hundir a los países productores de éstos en una miseria aún mayor.

¿Puede decirse que Watson o Monod son los "Newton del tallo de hierba" que han explicado, partiendo del azar y las leyes del movimiento, el secreto de la Vida? ¿Tenemos ya certeza absoluta de que todo el proceso evolutivo carece de sentido y, menos aún, de un diseño inteligente?

Estas preguntas tendrían sentido si estuvieran bien formuladas. En realidad, la cuestión del sentido de la Vida es de índole filosófica y no científica; el propio Monod, defensor a

[1] Immanuel Kant, *Crítica del Juicio (Kritik der Urteilskraft,* 1790) ; traducción de José Rovira Armengol; Losada, Buenos Aires, 1961; II, 2. 75; págs. 250-251.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ultranza del principio del azar, admite que, "evidentemente, es imposible imaginar una experiencia que pudiera probar la *no existencia* de un proyecto, de un fin perseguido, en cualquier parte de la naturaleza".[2] Planteando la cuestión en términos científicos (es decir, falsables o corroborables), ¿se le puede responder a Kant que la Vida ya ha sido explicada en términos mecánicos?

Aquí es conveniente hacer una distinción epistemológica. Todo lo que hoy sabemos del código genético no responde a un modelo mecánico, sino a uno *informático;* mucho más que la mecánica de Galileo y Newton, para entenderlo nos sirven el estructuralismo o la teoría de la comunicación. Como bien dice Monod, "la lógica de los sistemas biológicos de regulación no obedece a la de Hegel, sino al álgebra de Boole, como las computadoras".[3] Pero tampoco se trata de un código binario, tal como es la lógica de los microcircuitos electrónicos, sino de un verdadero "lenguaje", donde hay signos, palabras, puntos, sinónimos, traducción y edición del texto. El ADN de cada célula contiene el *software* necesario para construir un organismo completo, escrito en un polinucleótico como si fuese un *microchip* de silicio. Un polinucleótido de ADN una secuencia de instrucciones precisas para fabricar una secuencia de aminoácidos (un polipéptido), que se ordenan para constituir una proteína; en otras palabras, es un *algoritmo,* el "programa" de un organismo.

> ***"El código genético ha introducido un nuevo principio taxonómico, donde el elemento 'información' desplaza todas las demás características. Ha cambiado el criterio de clasificación, y con él nos movemos en una nueva organización del saber."***

Claro está que la existencia de un programa lleva, quizás indebidamente, a pensar en un programador, es decir alguna inteligencia. Monod señala como problemas-límite de la biología moderna la estructura del sistema nervioso humano y el *origen del código,* al que califica de "enigma". El código es evidentemente arbitrario, y ya hemos visto en un artículo anterior las dificultades que esto plantea a los biólogos con preocupaciones filosóficas, así como las "soluciones" propuestas a este "enigma" por Crick y Hoyle.

UNA NUEVA EPISTEME

Antes de que se conociera la estructura del ADN se tendía a interpretar el funcionamiento de los "genes" según modelos mecánicos: *crossing over,* genes ligados, etc. Al parecer, esto tenía relación con la técnica usada entonces para componer un texto: la tipografía, que consiste en tomar letras de un cajón y ordenarlas como escritura: aún estábamos en la Galaxia de Gutenberg. Cuando empezó a comprenderse el código, el texto pasó a tener más importancia que las letras con que se lo escribía; se pusieron de manifiesto complejos procesos de corrección y diagramación del texto, antes que éste se transcribiera en forma de proteínas, un poco a la manera de la fotocomposición.

Hay que recordar que las representaciones gráficas del ADN son convencionales, y se basan en analogías mecánicas. Cuando representamos las moléculas como racimos de bolitas coloreadas, es fácil visualizar los procesos como simples adiciones o sustracciones de elementos; pero aquí las analogías pueden ser tan engañosas como cuando los físicos hablan del "sabor" o del "color" de los quarks.

Por empezar, el ADN y el código genético han causado un giro importante en nuestra visión de la biosfera. Hasta hace veinte años se clasificaba a los organismos en protozoarios y metazoarios (unicelulares y

[2] Jacques Monod, *El azar y la necesidad* (*Le hasard et la nécéssité,* 1970); traducción de Francisco Ferrer Lerín; Barral, Barcelona, 1970; pág. 31.

[3] íb., pág. 88.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pluricelulares), como todavía se enseña en las escuelas. Pero el código genético ha introducido un nuevo principio taxonómico, donde el elemento "información" desplaza a todas las demás características. Ha cambiado el criterio de clasificación, y con él nos movemos en una nueva organización del saber, una nueva *episteme,* como diría Foucault. Nuevas reglas de juego plantean nuevos problemas, relegan algunos otros y generan nuevos conceptos.

Sin que se haya abandonado la clasificación en protozoarios y metazoarios, desde los años '60 se ha comenzado a preferir la de *eucariotas* y *procariotas.* Ya no resulta tan importante saber cuántas células componen un organismo sino si esas células disponen o no de un aparato teleonómico. Los procariotas (bacterias y algas verdeazuladas) no poseen núcleo, y su ADN, relativamente simple, nada libremente en el citoplasma celular. Los eucariotas, en cambio, son considerados "organismos superiores" porque poseen *núcleo,* un proceso de *mitosis* con transcripción del ADN y *mitocondrias,* organoides especializados que proveen la energía necesaria para ese proceso.

Con este nuevo criterio, una levadura de cerveza o un rotífero son tan "superiores" como un hombre o una ballena; entre ellos y las bacterias hay una diferencia *cualitativa;* ya no cuenta tanto el tamaño o la estructura interna de sus aparatos y sistemas, sino su capacidad para transmitir información; el microscópico paramecio es una forma de vida tan sofisticada como un caballo, desde el punto de vista de la biología molecular.

> ***"El proceso (de 'composición del texto') se parece a una cadena de montaje al estilo de Ford, pero atendida por eficientes robots de Toyota. Monod insiste en la analogía industrial al subrayar su carácter aparentemente tecnológico."***

¿Cuál es el "mecanismo" por el cual todos, eucariotas y procariotas, transmiten información de una generación a otra, manteniendo invariantes sus formas esenciales?

Aquí conviene repasar el complicado proceso que culmina en el "montaje" de las proteínas, que superficialmente recuerda un proceso industrial.

COMPOSICION DEL TEXTO

La doble cadena del ADN es una monótona secuencia de moléculas de azúcar (desoxirribosa) y fosfato: desplegado, el ADN de una célula humana mediría unos quince metros.

Cada molécula de azúcar está unida a una base nitrogenada: adenina (A), timina (T), citosina (C) y guanina (G), formando un nucleótido. Como las dos cadenas están enroscadas entre sí, las bases quedan enfrentadas según su afinidad: adenina con timina (las púricas) y citosina con guanina (las pirimídicas). Ambas cadenas están unidas por "travesaños" formados por átomos de hidrógeno.

Durante la mitosis, cuando la célula comienza a reproducirse, una enzima llamada helicasa aparta los átomos de hidrógeno que unen ambas cadenas, abriéndolas como un cierre relámpago (Watson). Cada media cadena, bajo el control de otra enzima (la polimerasa) reproduce su mitad complementaria con materiales (ácido fosfórico, bases y azúcar) que obtiene de los nucléolos. Pero aquí el azúcar disponible es la ribosa, de modo que no se forma ADN sino ácido ribonucleico "mensajero" (ARNm), que tendrá corta vida.

Junto a la "replicación" del ADN se da pues su "traducción" a otro lenguaje, porque ocurre que el ARN en lugar de la timina (T) pone uracilo (U). Pasamos así de un lenguaje de cuatro letras a otro también de cuatro, una de las cuales se escribe de forma distinta.

Este ARNm tiene por única misión llevar el mensaje

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

al ribosoma, que es la "fábrica de proteínas" de la célula. En el ribosoma sufre otra transcripción como ARNr (ribosómico); allí se encuentra con la materia prima que va a utilizar; son los aminoácidos que llegan junto con el ARNt (de transferencia), que se une a ellos y los "arrea" hasta el ribosoma. Provisto de tecnología (el ARNm), materiales (los aminoácidos del ARNt), una fábrica adecuada (el ribosoma) y una fuente de energía química (las mitocondrias), el ribosoma comienza a producir una larga cadena de radicales aminoácidos, que salen como una cinta sin fin; cada vez que la cinta se interrumpe, se repliega sobre sí misma y forma una proteína globular.

Expuesto de esta manera, que es la habitual, el proceso se parece a una cadena de montaje al estilo de Ford, pero atendida por eficientes robots de Toyota: Monod insiste en la analogía industrial al subrayar varias veces el carácter aparentemente tecnológico que tiene todo el proceso. Puesto que a lo largo de éste hay por lo menos una traducción y varias replicaciones, Monod encuentra allí la fuente de numerosos errores de copia, los cuales suministrarían la fuente de las mutaciones: la selección natural sería la encargada de determinar cuáles habrían de sobrevivir. Las distintas replicaciones, y en especial el ARNm actuarían como el conocido *traduttore, traditore,* introduciendo los elementos aleatorios que pondrían en marcha el cambio y la evolución, a partir de la invariancia que garantiza el código.

> ***"A medida que se avanza en la comprensión del 'texto', éste se parece cada vez más al trabajo de un escritor que pule y corrige su manuscrito."***

El mecanismo de transcripción y traducción es bastante complejo: simplificando, se trata de transcribir unas instrucciones escritas en un lenguaje de cuatro letras, usando otro también de cuatro, una de las cuales es distinta: estas instrucciones deben servir para combinar veinte elementos distintos, no sólo para fabricar estructuras complejas sino también para especificar una serie de subrutinas según las cuales se van a combinar.

Puesto que sólo hay cuatro letras, no alcanzarían para los veinte aminoácidos; si formamos "palabras" de dos letras, tendríamos 16 (4^2) combinaciones, lo cual sería aún demasiado poco. De tal modo, la mínima expresión con sentido que se expresa en una cadena polinucleotídica constará de tres "letras" ($4^3 = 64$): un triplete o codón.

Ocurre ahora que sesenta y cuatro "palabras" para expresar veinte "conceptos" es demasiado: las "palabras" que sobran serán pues redundantes: tres de ellas cumplirán el papel de los signos de puntuación. Tomemos, por ejemplo, la palabra TAG escrita en "lenguaje ADN"; al "traducirla", el ARNm la transforma en UAG, cambiando "T" por "U"; en cambio, GAA, ACA o CCC se transcriben iguales. Cuando estas instrucciones lleguen al ribosoma, la palabra GAA significará glutamil, ACA, asparagil y CCC, prolil. Sin embargo, como el código tiene muchos "sinónimos", "asparagil" se podrá escribir AAU o AAC; "leucil" se escribirá CUU, CUC, CUA o CUG; ante cualquiera de estos sinónimos, el ribosoma "leerá" asparagil o leucil. Este fenómeno de redundancia es conocido como "degenerescencia del código".

Existen además tres codones (UAA, UAG y UGA) que no designan ningún aminoácido; se los llama *nonsens,* sin sentido, y cumplen la función de cerrar una "frase" polinucleotídica: son el "punto final", el "cambio y fuera" del código, que interrumpen la secuencia. La importancia de estos "codones-stop" es fundamental para la organización del mensaje.

La analogía de todo esto con un lenguaje, tanto uno de los históricos (castellano, inglés, etc.) como uno de los sintéticos (COBOL, FORTRAN, PASCAL, etc.) es notable, aun cuando pueda ocurrir que la analogía sea quizá más fuerte para los históricos que para los sintéticos.

Esta característica "lingüística" se acentúa si reparamos, como bien hace notar Monod, que "no hay

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

relación estérica alguna entre el triplete y el aminoácido codificado"; la relación que hay entre "CUA" y leucil es la misma que hay entre la palabra "casa" y una construcción de ladrillos con techo; el código es manifiestamente arbitrario; podría haber sido otro, y no sabemos si es el mejor. [4]

Estos conocimientos están al alcance de cualquier estudiante aplicado del ciclo medio. Pero la cosa no es tan sencilla, y lo que semeja a primera vista el *software* diseñado para que un supermercado mantenga al día su stock de productos, a medida que se avanza en su comprensión comienza a parecerse cada vez más al trabajo de un escritor que pule y corrige su manuscrito.

De hecho, hay algo que se omite decir casi siempre, y es que este modelo teórico tan transparente ha sido construido íntegramente a partir de estudios hechos con virus y bacterias (procariotas). Precisamente en esto se basa la ingeniería genética: "engañar" a una célula bacteriana, inyectándole un mensaje distinto, extraído de otro organismo, para que empiece a producr aquello que nos conviene: millones de años antes que el hombre, ya lo hacían los virus.

Las cosas cambian bastante cuando estudiamos el ADN de los organismos superiores, los eucariotas.

En los eucariotas, el gen ofrece un aspecto completamente distinto: en lugar de una previsible cadena de bases, con sus redundancias y sus puntuaciones, el gen de los eucariotas aparece fragmentado, interpolado y estructurado en un verdadero mosaico. En efecto, el gen de los eucariotas contiene secciones efectivamente codificantes, que especifican proteínas (llamadas *exones*) y secciones "mudas" (los *intrones*), que el organismo pasa por alto y no "lee". Pareciera como si el texto genético estuviera aquí diagramado como un diario o una revista donde la nota principal es interrumpida con fotos y recuadros o matizada con espacios publicitarios, historietas y chistes.

[4] íb., pág. 122; pág. 157.

> ***"El entusiasmo que despertó el desciframiento del código llevó, en forma un tanto apresurada, a creer que se había descubierto un principio universal comparable con las leyes de Newton."***

Según sabemos hoy, la célula realiza un verdadero trabajo de redacción, como si fuera un procesador de palabras, excluyendo las zonas no codificantes (los intrones) para dejar sólo el texto principal; procede como nosotros cuando recortamos una noticia que nos interesa para guardarla. Esta tarea la realiza otro polinucleótido, el ARN "pre-mensajero", que copia la cadena completa de ADN y atraviesa una verdadera maduración consistente en "recortar" los intrones, inútiles o redundantes; forma con ellos una suerte de "rizos" que se desprenden de la cadena, mientras que las secciones significativas se ensamblan prolijamente una a continuación de otra; cuando el texto es copiado por el ARN mensajero ya está expurgado y corregido. Una tarea que parecería la del corrector de estilo, la del estudiante que hace sus resúmenes o la del jefe de redacción que elimina de un artículo los vuelos retóricos y las digresiones. De acuerdo con esto, el contenido semántico de la célula de un eucariota difiere esencialmente de la de un procariota, contrariamente a lo que se creía hasta hace unos pocos años. [5]

LOS DOGMAS DE LA BIOLOGIA MOLECULAR

Al parecer, el entusiasmo que despertó el desciframiento del código llevó, en forma un tanto apresurada, a creer que se había descubierto un principio universal comparable con las leyes de Newton. El "Newton de la hoja de hierba", Jacques Monod, expuso de un modo un tanto categórico y definitivo aquello que luego Crick llamaría "el dogma de la biología molecular". Éste se resumía en dos tesis que hoy están seriamente puestas en duda:

a) *La universalidad del código.* El aforismo de Monod, divulgado por la prensa, dice: "Lo que es verda-

[5] Käty Ricard, "Une révolution en biologie. A propos du code génétique", en *Etudes*, París, T. 364, nº 3 (3643), marzo 1986.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dero para la bacteria lo es también para el elefante". En *El azar y la necesidad* se lee: "Sabemos hoy día que, desde la Bacteria al Hombre, la maquinaria química es esencialmente la misma"; "la invariante biológica fundamental es el ADN"; "a los biólogos de mi generación les ha sido revelada la casi identidad de la química celular en la biosfera entera". [6]

b) *La unidireccionalidad del proceso.* Afirma Monod que "el mecanismo de la traducción es estrictamente irreversible. No se ha observado, ni es concebible, que la 'información' sea jamás transferida en el sentido inverso, es decir de la proteína al ADN. Esta noción se apoya en un conjunto de observaciones tan completas y tan seguras hoy día, y sus consecuencias en la teoría de la evolución, principalmente, son tan importantes, que se la debe considerar como uno de los principios fundamentales de la moderna biología".[7]

La certeza con que Monod afirmaba esto hace unos quince años amenaza hoy con derrumbarse, mucho más rápidamente que la profecía de Kant, debido a la propia aceleración de las investigaciones.

PARAMOECIUM SUPERSTAR

La universalidad del código, enunciada como axioma por Monod, ya conocía entonces una excepción. En efecto, se sabía que las mitocondrias, esos pequeños organoides de forma alargada que nadan en el citoplasma y funcionan como usinas energéticas para todo el proceso de síntesis de proteínas, también contenían ADN. Pero éste seguía reglas de codificación completamente distintas a las del resto de la biosfera, si bien se expresaba en forma de proteínas.

> ***"A partir del año pasado el paramecio se ha convertido en una superestrella de la biología molecular al descubrirse que viola el dogma de la universalidad del código."***

Este hecho hubiese bastado para "falsar" el dogma de la universalidad del código, por lo menos en el plano puramente lógico. Sin embargo, desde Kuhn y Lakatos sabemos que antes de cambiar todo un paradigma científico, siempre existe la posibilidad de ponerle "parches" a la teoría averiada, mediante hipótesis auxiliares o complementarias que den cuenta de las excepciones y permitan seguir adelante. En este caso, la hipótesis fue que el principio de la selección natural se aplicaría también a las cadenas polinucleotídicas; en la "sopa primordial" de aminoácidos, distintos códigos genéticos pudieron haberse formado espontáneamente, hasta que el actual código, el más eficaz, los habría desplazado a todos.

El lenguaje que hablan las mitocondrias sería un arcaísmo, un resabio de algún código obsoleto; las propias mitocondrias serían organismos unicelulares que habrían sido apresados por otros más complejos, entrando en simbiosis hasta degenerar y transformarse en organoides. Salvada así la objeción, el dogma de la universalidad del código aún se sostenía, hasta que se descifró el ADN del paramecio.

El paramecio es un microorganismo bastante conocido por los estudiantes de secundaria, entre quienes compite en popularidad con la ameba. Es, sin duda, una elegante miniatura: se parece a una chinela con flecos (las cilias) pero tiene rudimentos de aparatos digestivo y circulatorio (vacuolas pulsátiles, citostoma y citofaringe). Su conducta presenta varios tropismos, incluyendo un rudimentario sentido químico, y el movimiento rítmico de sus cilias parece sugerir alguna actividad "nerviosa", o por lo menos coordinada; debido a las características de su núcleo, es un eucariota.

Debo reconocer que el paramecio siempre me cayó simpático, desde que lo conocí en un libro con microfotografías que me regalaron a los ocho años, hasta la época en que, por avatares de la docencia argentina, enseñé biología en una escuela secundaria. Pero lo que seguramente inclinó esa simpatía fue una novela de cf de la Edad de Oro, *The Seedling Stars*, de

[6] Monod, *El azar...* cit. pp. 116-118.
[7] íb., pág. 123.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

James Blish. [8] En ella, una colonia de seres humanos miniaturizados para sobrevivir en un planeta acuático convivían con los protozoarios y recurrían a la sabiduría "oriental" del silencioso paramecio para pedir consejo. La idea era bastante descabellada: basta imaginarase qué tamaño subatómico hubiesen tenido las moléculas del ADN de esos seres humanos reducidos a una estatura de pocos micrones. Pero el cuento fue escrito once años antes del descubrimiento de Watson y Crick, y el relato de los épicos esfuerzos de esa humanidad por escapar del charco donde estaba encerrada tenía toda la mística de la conquista del espacio; de modo que los lectores de Blish sentimos desde entonces cierta complicidad con el paramecio.

A partir del año pasado, el paramecio se ha convertido en una superestrella de la biología molecular al descubrirse que viola el dogma de la universalidad del código. Se trata ahora de un organismo autónomo, un eucariota, y no de un supuesto vestigio, como las mitocondrias, de modo que el problema que plantea es mucho más serio.

François Caron, un joven investigador francés de Gif-sur-Yvette, trabajando en colaboración con un estudiante, Eric Meyer, emprendió el desciframiento de toda la cadena del ADN del *paramoecium primaurelia*. La tarea era bastante engorrosa, porque el polinucleótido del paramecio consta de más de ocho mil "signos". Por fin, la cadena del paramecio quedó completamente explicitada: científicos norteamericanos de Bloomington corroboraron el resultado.

[8] James Blish, "Surface Tension", en *Super Science Stories*, 1942, (cap. III de *The Seedling Stars*. New York, Signet 1959).

Hay vers. cast. en *Más allá*, Buenos Aires, setiembre 1954, nº 16.

"Los priones, más primitivos que los virus, son responsables de una cantidad de enfermedades infecciosas, y tendrían la asombrosa capacidad de reproducirse pese a estar desprovistos de ADN."

El resultado fue sorprendente; el paramecio viola la regla universal en cuanto respecta a los *codones-stop*, los signos de puntuación del mensaje. Por cierto, el codón UGA sigue funcionando como punto, pero los tripletes UAA y UAG no interrumpen aquí la frase proteínica; por el contrario, añaden un eslabón a la cadena del polipéptido. En lugar de funcionar como signos de puntuación, dan orden de continuar la síntesis, y producen un "texto" proteínico que resultaría completamente "ilegible" para cualquier otro organismo.

Este descubrimiento puede tener serias consecuencias para la ingeniería genética, que trabaja habitualmente con bacterias, las cuales utilizan el código "universal". Si, por ejemplo, se introdujera un fragmento del ADN de un paramecio en una bacteria, ésta no sería capaz de "leer" adecuadamente el polinucleótido; entendería el mensaje en forma totalmente distorsionada, deteniéndose cuando debe seguir, atascándose, dejando de producir proteínas o cortando una proteína por la mitad. No hay diálogo posible entre la bacteria y el paramecio. [9]

Lo que este caso demuestra es que el dogma de la universalidad del código ya resulta difícil de sostener: sabemos que existen por lo menos dos códigos, el "universal" y el del paramecio. ¿Habrá que suponer que existen otros en la naturaleza? ¿Qué complicaciones podría generar este hecho en la ingeniería genética, si por ignorancia de estos "lenguajes" desembocara en situaciones inviables o peligrosas?

LOS INCÓMODOS PRIONES

Según el otro dogma de la biología molecular, la dirección del mensaje es irreversible: va del ADN a la proteína, y nunca en sentido contrario.

Sin embargo, desde hace años se conoce la existencia de una enzima, la transcriptasa-inversa, que permite retraducir el ARNm al lenguaje del ADN. Como ocurriera con las mitocondrias, esta excepción también fue controlada, incorporándola a la teoría sin

[9] François Caron y Eric Meyer, "Does Paramecium primaurelia use a different genetic code in its macronucleus?", en *Nature*, 314, 1985, pág. 185-188.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que ésta llegara a tambalearse.

Trabajos recientes realizados en California por el profesor S. B. Prusiner han venido a arrojar dudas más profundas sobre la unidireccionalidad del mensaje. [10]

Prusiner trabajó con unas pequeñas partículas (más pequeñas que los virus) llamadas *priones*, a las cuales apenas cabría calificar como seres vivientes. Su descubrimiento había sido mantenido en secreto durante bastante tiempo por temor al fiasco, de la misma manera que el descubrimiento de los pulsars fuera ocultado por los astrofísicos al comienzo, para no ser presas del sensacionalismo periodístico.

Los resultados de los trabajos de Prusiner (que por supuesto no son definitivos) han dejado bastante perplejos a los genetistas clásicos. Más primitivos que los virus, los priones son responsables de una cantidad de enfermedades infecciosas. Pero lo que Prusiner habría descubierto es que tendrían la asombrosa capacidad de *reproducirse pese a estar desprovistos de* ADN. Estos agentes patógenos serían conjuntos de tres pequeñas moléculas de proteína; en efecto, las sustancias capaces de actuar sobre los ácidos nucleicos no los dañan. Pero una vez que han contaminado el organismo que los hospeda, los priones se reproducen libremente en sus células. ¿Cómo es posible que haya multiplicación de cadenas polipeptídicas (proteínas) sin la presencia de cadenas polinucleotídicas (ADN o ARN)?

Esto ha sugerido algunas hipótesis audaces. Según una de ellas, existiría un proceso de traducción inversa, que iría de la proteína al ADN; la información contenida en la molécula del prion induciría la formación de ARNm y más tarde de ADN. Éste, a su vez, codificaría las proteínas, con lo cual se explicaría su multiplicación. Otros suponen que los priones estarían presentes en todas las células vivas, donde actuarían como activadores del ADN, "obligándolo" a producir proteínas infecciosas. Otros son más conservadores y suponen que con el tiempo se descubrirá el ADN de los priones, pero esto no parece muy probable.

LAS COSAS SE COMPLICAN

El lector habrá advertido en la estructura de este artículo una secuencia tan poco lineal como el mensaje que, según los biólogos, encierra el ADN de sus propias células.

Comenzamos con Kant, quien juzgaba insoluble el enigma de la vida; seguimos con los genetistas, que lo desmenuzaron con la intención de explicarlo mecánicamente, pero se encontraron con algo que se parece más a un proceso de comunicación. Llegamos a la constitución del cuerpo de hipótesis centrales de la biología molecular, apresuradamente erigidas en axiomas, sólo para ver cómo los descubrimientos recientes sacuden los pilares de la teoría. Al parecer, todo esto anuncia una crisis epistemológica de la biología molecular, a sólo treinta años de haber sido fundada.

Nuestro discurso tuvo también sus excursos: una semblanza de Kant, una novela de Blish y los gustos del articulista, la gramática de la vida y la conducta del paramecio. Así es como pensamos, y así es como nuestro ADN discurre, con sus exones y sus intrones.

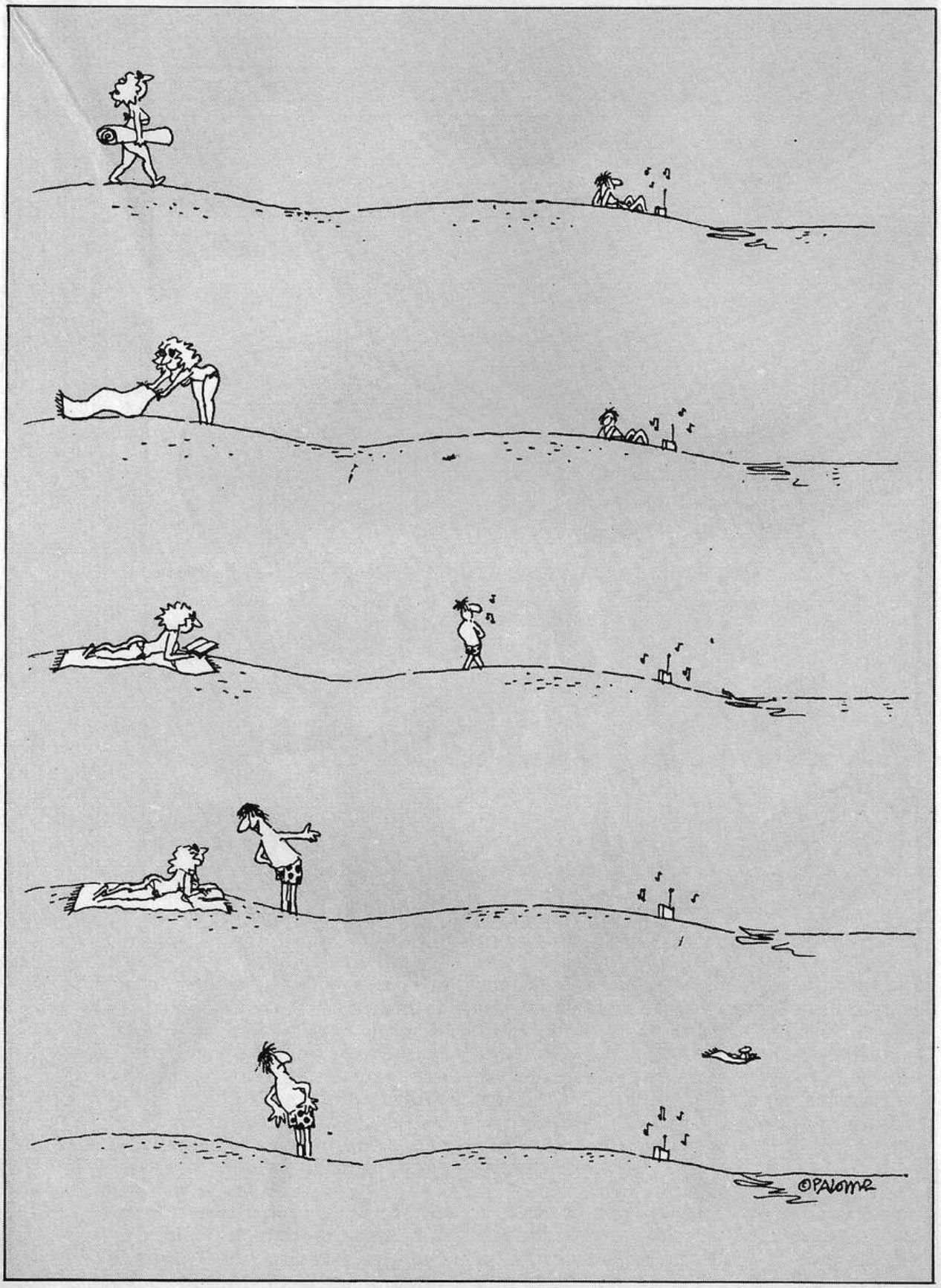
Quizá en pocos años más dispongamos de un nuevo paradigma que dé cuenta cabal de fenómenos tan incómodos como los priones y el código del paramecio, pero todo indica que la sutileza de estos maravillosos procesos estará cada vez más lejos de la simple explicación mecánica, para ir en busca de una visión sistémica ampliada. Entonces, quizá tanto Kant como Monod tengan razón, o ninguno de los dos, y el nuevo paradigma eliminará tanto las presunciones apresuradas como los dogmas establecidos.

De todos modos, la ciencia pura, hija rebelde de la altiva filosofía, sigue siendo una escuela de humildad que siempre acaba por dejar malparados a los dogmáticos; uno de los rasgos éticos más sobresalientes de la actitud científica es precisamente la prudencia, la prudencia de quien siente que ha levantado un poco el velo del misterio sólo para descubrir otros velos.

[10] S. B. Prusiner, "Prions: novel infectious pathogens", en *Adv. Virus Res.* 29, 1984, pág. 1-56.

© 1987, Pablo Capanna.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

...no sólo tenía en cuenta sus obligaciones.

Leonardo Moledo

LA MUJER QUE DEBIA QUERERME

ILUSTRO CARLOS NINE

Hace años que vivo entre las paredes de este colegio. Cada tanto, mi padre viene a verme y –en contadas ocasiones– pasa una tarde entera conmigo. La última vez que estuvo aquí, me trajo una gran noticia: "Me es imposible quererte", dijo, "absolutamente imposible, pero son cosas que sobrevienen con la edad y las preocupaciones." Se reclinó en el asiento mientras daba una larga chupada a su pipa. "Pero para un niño pequeño es indispensable que lo quieran", agregó, después de que su mirada se hubiera perdido por un tiempo, "así que, cuando regrese de mi próxima expedición, contrataré a una persona para que te quiera." Puso su mano sobre mi cabeza y se marchó.

Todo aquel invierno lo pasé pensando cómo sería la persona que mi padre contrataría para quererme. Durante las largas y monótonas clases, o durante los fines de semana, cuando todos mis compañeros se iban con sus padres y el colegio quedaba en silencio y los dormitorios vacíos, me dedicaba a imaginarla y a adornarla con las más hermosas cualidades. Mi padre era explorador, hacía viajes largos y difíciles a los lugares más lejanos, donde descubría montañas nuevas y pájaros extraños, no aquéllos repetidos y grises que se observan desde las ventanas del colegio. Nunca había querido contarme nada de sus viajes, y yo los inventaba para mis compañeros, que me escuchaban sin creerme, aunque lograba infundirles cierto respeto, cierto atisbo de mi propia importancia.

Nunca nadie me habló de mi madre.

Cuando llegó el verano, supe que mi padre había vuelto, cargado de riquezas y, fiel a su promesa, un día llegó al colegio, preguntando por mí, la persona encargada de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

quererme. Cuando la vi, corrí hacia ella alborozado y haciendo grandes fiestas, pero ella se mantuvo fría y distante hasta que habló con el director del colegio, encargado por mi padre de pagarle sus honorarios. Mi padre había sido generoso, y la mujer derramó sobre mí torrentes de cariño inauditos, que me hicieron sentir feliz y orgulloso. Cuando mis compañeros, llegados el fin de semana o las vacaciones, se marchaban con sus padres, me miraban con envidia pensando en las dos o tres horas –en general al anochecer del domingo– que yo pasaría con la mujer que debía quererme.

Nunca me interesó su nombre, la llamé siempre de esa manera: la mujer que debía quererme. Era una mujer de mirada firme, de cuarenta años tal vez –pero cualquier cifra de años me parecía absurda entonces–, flaca y de huesos largos y duros, que fumaba cigarrillos negros y sin filtro, con un olor penetrante que me recordaba el olor ácido del tabaco que fumaba mi padre. Su profesión era querer niños, y –según me dijo– había tardado largos años en perfeccionarse.

Ahora, la mujer que debía quererme –me contó– se ocupaba de muchos niños, a quienes quería tanto como lo permitieran las posibilidades económicas de sus padres. Nunca se cansaba. Siempre estaba presta, y era esta eficiencia en su trabajo, esta capacidad de dar y regular el cariño la que le aseguraba sus elevados honorarios.

Un día, mi padre apareció sorpresivamente en el colegio, y estuvo encerrado durante horas con el director. Luego de eso se marchó después de haber pasado su mano de explorador sobre mi cabeza, y sin hablar una sola palabra. La mujer que debía quererme me explicó que mi padre era jugador y que había perdido en la mesa de juego el producto fabuloso de sus últimos viajes: se quejó de que su sueldo estaba atrasado varios meses, y mi padre no había dicho nada sobre lo que haría. El director del colegio, que me miraba con aire dubitativo, confirmaba lo que ella decía. Y efectivamente, la mujer que debía quererme empezó a ajustar su cariño a la nueva situación de mi padre: durante las tres horas del atardecer del domingo que me correspondían plenamente, se mostraba cortante, me rechazaba, me mantenía lejos y me obligaba a vagar por los corredores y dormitorios vacíos como lo había hecho antes. La mujer que debía quererme se lamentaba amargamente de haber prodigado su cariño durante todos estos meses a cuenta de promesas que no parecerían cumplirse más, y se negaba a seguir queriéndome ni un minuto más, a menos que se le pagara lo que se le debía. El director trataba de calmarla sin mucha convicción ni eficacia.

Pero las cosas cambiaron repentinamente: mi padre se presentó una vez más en el colegio lleno de regalos para el director y con un abultado cheque para la mujer que debía quererme, doblando sus honorarios. Aquélla fue la última vez que lo vi: había ganado muchísimo dinero en un casino lejano. Durante un tiempo, la mujer que debía quererme me brindó un caudal de ternura tan intenso que pensé que estaba viviendo en verdad un cuento de hadas, que no podría resistirlo.

Pero el destino se ensañó con mi padre. Cuando volvía de una expedición, los indios atacaron el navío en el que viajaba y le robaron todas sus riquezas. Mi padre se vio obligado a trabajar para otra gente. Durante un tiempo pudo seguir pagando –cada vez menos– a la mujer que debía quererme, cuyo cariño fue disminuyendo hasta desaparecer. Hacia el final sólo se dirigía a mí con palabras secas e hirientes como púas, que me hacían huir aterrado hasta el extremo del salón donde pasaba las tres horas del atardecer del domingo.

Hasta que mi padre no tuvo ya más dinero y el cariño de la mujer que debía quererme desapareció del todo. El director trató nuevamente de convencerla de que esperara, pero ella argumentó que debía marcharse; había obtenido un suculento contrato para querer a tres niños que vivían en una casa llena de cuadros y tabiques, y no podía aguardar un solo instante más. El último cheque de mi padre apenas alcanzó para una despedida muy breve y seca. La mujer que debía quererme se fue del colegio para siempre.

El director me llamó y me dijo que esperaría aún los tres meses del verano para ver si mi padre reunía los medios para seguir pagando mi alojamiento, pero que en tanto debía abandonar el dormitorio principal y permanecer en una habitación al fondo, a donde no se permitía entrar a los otros niños. Le expliqué al director que mi padre estaba por descubrir un tesoro en unas islas lejanas, y que cuando regresara todo se

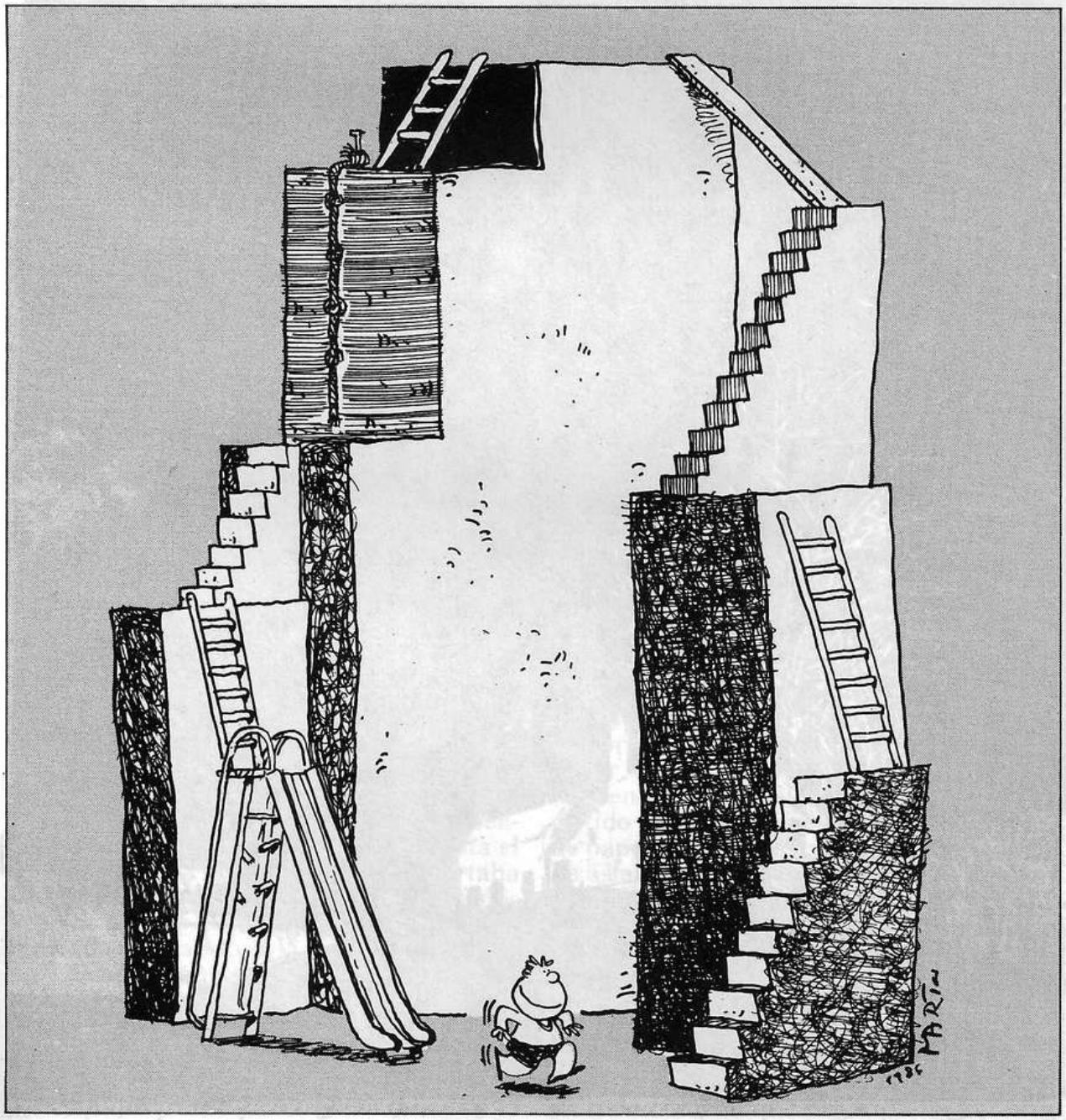
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

arreglaría, y le agradecí su paciencia y generosidad. El director sonrió e hizo un movimiento de cabeza.

Pasé los tres meses en aquella habitación calurosa y pequeña, pero cuando el verano hubo terminado sin que mi padre volviera, comprendí que tenía que marcharme. No recordaba lo que había más allá del colegio, sólo me imaginaba una gran llanura cubierta de pastos, una ciudad de donde había venido la mujer que debía quererme, y después las islas donde mi padre buscaba los tesoros.

Me alcanzaron mi ropa en una valija pequeña. Fui hasta la oficina del director, para despedirme. El director me dio la mano y me deseó suerte y felicidad y triunfos en la vida. Me explicó que estaba muy ocupado, que no podía salir de su despacho, y que no podía acompañarme hasta la puerta.

© 1987, Leonardo Moledo.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En la memoria está el arma.

Gardner Dozois

LA TORMENTA

ILUSTRO ENRIQUE BRECCIA

El cielo había sido ominoso toda la tarde: un abigarrado verde amarillento al sur, que arriba se oscurecía en sangre y óxido y hollín. Al este, sobre el océano, relampagueos y fogonazos brillantes se sucedían sin sonido, como si una batalla campal de artillería se librara a kilómetros de distancia, lejos del alcance del oído. Al norte y al oeste el cielo era negro, opaco y muerto como una inmensa pared de obsidiana que trepara hasta el firmamento. La casa del niño se recortaba contra el cielo negro, toda pizarra y ángulos y viejos tejados de madera, con una sola luz plateada asomando en la ventana de la cocina. La casa estaba rodeada por varios grandes castaños, y para el niño las siluetas movedizas de las ramas en el viento creciente parecían articular un mensaje para Dios en un lenguaje de señas reconocible pero no del todo comprensible. Deseó poder descifrar el movimiento de los árboles, porque el mismo mensaje era susurrado y repetido por los largos campos de hierba estival, y reiterado por las ramas que se raspaban infinitesimalmente en las matas de rododendro y zarzamora, y ensayado en un registro diferente por los negros rabos nubosos que volaban hirviendo por el cielo, y captado y retransmitido y elaborado por la danza polvorienta de papeles y hojas a lo largo de la carretera de asfalto y grava. Los espíritus se movían. Algo grande estaba por ocurrir, los espíritus se escurrían por tierra y cielo y agua. Algo grande y maravilloso y mortífero se acercaba, se acercaba desde atrás del horizonte sur como una sorda música de hierro que aún gruñía y retumbaba a lo lejos, pero que avanzaba implacable e inexorable sobre el horizonte y el mundo del niño. El niño deseó de todo corazón que llegara.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

–Quédate cerca de la casa, Paulie –dijo la madre del niño desde la puerta de la cocina–. La tormenta estallará pronto.

No era preciso decir al niño que se acercaba una tormenta, ni él necesitaba entrar en el porche cubierto de la cocina para saber cuán de prisa bajaba el barómetro. Por si el testimonio del cielo hostil no bastaba, él podía sentir la tormenta como una comezón eléctrica en toda la piel, y casi podía estirar los brazos para tocarla con las yemas de los dedos. Podía olerla, saborearla. Estaba en el aire, todo alrededor: le crepitaba entre los pies mientras él los arrastraba por la hierba, y le estremecía hasta el alma. Si en ese instante el niño hubiera recibido alas mágicas, habría volado sin titubeos hacia el sur al encuentro de la tormenta, porque era maravillosa y tremenda y el mero rumor de su acercamiento pasmaba al mundo, porque era la mayor concentración de puro poder que había llegado a su vida. El niño había hecho una breve incursión en el parapeto marítimo unos momentos antes, y aun el océano parecía amansado por el poder de la tormenta. Estaba chato y lustroso, y el mar se movía con pereza, más aceite que agua, o un metal denso y pesado en forma líquida.

–¡Paulie! –repitió su madre, con mayor estridencia–. Te hablo en serio... No te alejes. ¿Me oyes, Paulie?

–¡Sí, mamá! –gritó el niño.

La madre del niño lo miró un instante con suspicacia, recelando de esa fácil capitulación. Quiso decir algo más, titubeó, meneó la cabeza, y casi se enjugó la cara distraídamente con un trapo sucio que tenía en la mano. Se contuvo e hizo una mueca fatigada. Llevaba el cabello sujeto en un rodete ceñido y antipático, y tenía la cara tensa y cansada. Entró de nuevo en la casa. El cancel se cerró detrás de ella.

Aliviado, el niño se escabulló entre los árboles.

Con la astucia instintiva de los niños, de inmediato rodeó la casa para perderse de vista. Un momento después, su madre comenzó a llamarlo de nuevo desde la puerta de la cocina, pero él fingió no oír. No iría *muy* lejos, después de todo. Su madre llamó de nuevo, ahora con enfado. El niño no se preocupó. Ese costado de la casa era ciego excepto por las ventanas del segundo piso, y su madre no subiría hasta allí sólo para buscarlo. Era fácil de eludir. Inconscientemente, parecía creer en la magia simpática: miraba por la puerta de la cocina esperando encontrarlo en el patio trasero porque era el último lugar donde lo había visto, y en verdad no podía creer que estuviera en otra parte. El niño oyó que abrían la puerta del frente, y su madre lo llamó un instante desde la escalinata. Ésa era su concesión a la lógica. Luego la puerta del frente se cerró y, al cabo de un momento, él oyó que lo llamaban nuevamente desde la cocina. El niño nunca había oído hablar de la ley del contagio, pero supo instintivamente que ahora era seguro jugar en el frente. Su madre ya no lo buscaría en el patio del frente. De algún modo confiaba en que el niño reaparecería eventualmente en el patio trasero y mantendría una vigilia intermitente en la puerta de la cocina durante horas, si era preciso, antes que atravesar la casa para buscarlo de nuevo.

Se sentó en el jardín para pensar, satisfecho consigo mismo.

Había otros niños en el vecindario, pero ninguno de ellos había salido. El niño estaba pícaramente complacido de haber sido el único capaz de burlar los constreñimientos familiares, pero al rato comenzó a sentirse más solitario que eufórico. Ahora que tenía su libertad, se preguntaba qué hacer con ella. Estaba demasiado excitado por la cercanía de la tormenta para quedarse quieto mucho tiempo, y eso eliminaba muchos intrincados y pequeños juegos que había creado para cuando estaba solo, es decir la mayor parte del tiempo. El Atlántico estaba a sólo medio kilómetro de la puerta de la cocina, más allá de un prado y un bosquecillo achaparrado que conocía rama por rama, y comúnmente habría ido allí para buscar caracolas o guijarros gastados o para correr vertiginosamente sobre el parapeto marino. Pero la idea lo incomodaba: ir allá sería demasiado engaño. Había prometido a su madre que se quedaría cerca de la casa, y sólo se proponía torcer un poco su promesa, no romperla. Así que echó a andar por la carretera, pateando arbustos y observando la magulladura que se extendía ominosamente en el cielo indicando la distante cercanía de la tormenta.

El vecindario estaba más poblado por aquí. Había unos cuatrocientos metros por la carretera desde la casa del niño hasta la casa del señor Leidy, que era la más próxima. Pero más allá de la casa de los Leidy estaba la casa de la señora Spinnato, casi invi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sible detrás de una alta muralla de azaleas y un seto ornamental, y más allá había otras tres o cuatro casas agrupadas en ambos lados de una callejuela que salía de la carretera en ángulo recto. El niño dobló en la calle lateral. Tenía una acera con baldosas, igual que en el pueblo, y era irresistible. La carretera conducía eventualmente a tierras ganadas a un pantano donde podían hallarse los desechos más maravillosos, pero hoy no se proponía ir tan lejos. Había tenido el cuidado de mantener su casa a la vista a través del patio del señor Cogin, y así había hecho en cierto modo lo que su madre pedía, aunque la casa se redujera en la distancia al tamaño de una caja de fósforos. Y podía prescindir del basural, pensó el niño magnánimamente. Había aceras y veredas y grupos de casas a lo largo de la carretera, cien sitios para explorar. Aunque los hubiera explorado todos ayer, hoy podrían ser muy diferentes, ¿o no?

Al cabo de un rato, encontró una pluma en la acera.

Los pájaros no habían necesitado que les avisaran acerca de la tormenta, tampoco, pensó el niño mientras rozaba la pluma con la punta del pie. Todos habían volado al norte y al oeste esa mañana, elevándose de las copas de los árboles como volutas de vapor en el sol para condensarse en nubes brillantes y emplumadas que se extendían en el cielo durante kilómetros. Más tarde, en otro condado, lloverían pájaros. Palomas, golondrinas, cuervos, petirrojos, grajos, abadejos, muchas especies más. El mundo del niño parecía asombrosamente vacío sin ellos. Aun las gaviotas se habían ido. En un día cualquiera casi siempre se veía una gaviota en alguna parte del cielo, elevándose de la tierra con las alas rígidas como si estuviera en un ascensor invisible, para luego ladearse y deslizarse en un largo declive de aire y patinar sobre el mar. Se apiñaban en los muelles de pesca del pueblo en una bulliciosa multitud de mil cabezas para robar el pescado, y el niño habitualmente oía sus aleteos y graznidos desde aquí. Hoy todas habían desaparecido antes del mediodía. Tal vez se habían internado en el mar, o habían volado costa arriba, pero no estaban. Toda esa mañana el niño había observado el paso de los pájaros, y el tijeretazo de sus aleteos, que parecían chasquidos de señales, había sido la primera articulación del mensaje que ahora repetían los árboles y todo el mundo.

Recogió la pluma.

A pocos metros, encontró otra pluma.

Y luego otra.

Y otra.

Con creciente excitación, el niño siguió el rastro de plumas.

Sin duda debían de conducir a un sitio encantado, sin duda debía de haber algo enigmático y maravilloso al final del rastro: un jardín mágico, una casa de cristal, un árbol con una puerta que conducía a otro mundo. Echó a correr. El rastro atravesaba diagonalmente una calzada y desaparecía detrás de un garaje. Ahora había más plumas, dos o tres en cada montón.

Al final del rastro de plumas había un pájaro muerto.

El niño se paró en seco, electrizado de sorpresa y horror y espanto sobrenatural. Involuntariamente, soltó el puñado de plumas que había recogido; las plumas giraron alrededor de sus tobillos un instante antes de posarse en el suelo. El pájaro había recibido un golpe lateral pero fatídico –un coche, un halcón– y había revoloteado todo ese camino para morir, desparramando plumas en la acera, luchando para conservar la altura y conservar la vida y perdiendo ambas cosas. Ésa era la cosa encantada al final del rastro: una paloma muerta, ojos vidriosos y plumas pegoteadas, triste, desgreñada y sin ninguna magia. Una emoción que él no podía nombrar embargó al niño, erizándole el vello de la nuca. Miró hacia arriba.

El cielo del sur aún era un tumulto abigarrado, pero ahora más rojo, como si lentamente se derramara sangre en el mundo.

Paul no podría haber explicado por qué comenzó a retirarse del mundo. La ruptura con su novia Vivian –un proceso sórdido y moroso que había tardado casi medio año– por cierto tenía algo que ver. Su mejor amigo, Joseph, se había convertido recientemente en su peor enemigo, y difundía rumores venenosos sobre él en el resto del círculo de conocidos y colegas de Paul. Paul tenía sin duda buena parte de la culpa de este desagradable estado de cosas y, paradójicamente, esa certeza alimentaba su culpa sin reducir en absoluto el odio que ahora sentía por Vivian y Joseph. El padre de Paul acababa de morir, aún amargamente enfa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dado con el hijo, y eso dejaba un gusto desagradable en la boca de Paul. Ahora todos sus parientes habían muerto. Había renunciado a su empleo, presuntamente porque lo deseaba. Pero sus competidores habían llevado su carrera a un callejón sin salida, y no tenía ningún rumbo a seguir salvo el de la ruina. Y había estado enfermo. Nada grave: apenas una gripe o, mejor dicho, una serie de gripes y resfríos consecutivos que lo habían acuciado todo el otoño y a principios del invierno y lo habían dejado desanimado, aturdido y debilitado. Éstas eran las razones obvias, al menos. Tal vez había centenares de otras razones que Paul mismo no conocía conscientemente: pequeñas humillaciones, derrotas cotidianas, tragedias de la infancia, cosas olvidadas que se habían acumulado en él como capas de sedimento hasta ahogarle el alma con cieno.

Ante todo vivía en Manhattan, y Manhattan era un lugar que llenaba de odio, desprecio, amargura y desesperación en pequeñas dosis cotidianas que –como el arsénico hábilmente administrado– se volvían acumulativamente fatales.

Paul tenía un apartamento en la Calle Diez Este entre la Primera y la Avenida A, un vecindario deprimente en el mejor de los casos. En enero, cuando los vientos helados barrían la avenida como navajas, y el cielo gris y corrugado se cerraba como una tapa, y la primera nevisca hollinosa caía sobre la basura escarchada de las aceras, era mucho peor que "deprimente". Hasta la mugrienta escalera del quinto piso parecía un sitio mucho más acogedor que el helado y monocromo mundo exterior.

Comenzó a "quedarse en casa".

Le quedaban pocos amigos en la ciudad, y ninguno por el que valiera la pena afrontar un invierno de Manhattan. Su saldo bancario estaba demasiado bajo para permitirle lujos como el cine, los clubes nocturnos o el teatro, e incluso comer afuera. Se había quitado la costumbre de ir al quiosco en busca de diarios o revistas. No buscaba trabajo, así que no necesitaba salir a entrevistarse con posibles empleadores. Y se había convertido en un imán de la mala suerte. Cada vez que salía, el desastre le pisaba los talones: se rasgó un ligamento al caer por la escalera, se torció un tobillo en una acera resbalosa, lo mordieron perros, lo empaparon con el agua escarchada que salpicaban los autos, lo atropelló una bicicleta en la Primera Avenida, lo rociaron con basura y lo asaltaron tres veces en dos semanas. Parecía que cada vez que salía se resfriaba de nuevo, y tenía que aguantar escalofríos, jaquecas y congestiones los días siguientes. En esas circunstancias, era más fácil quedarse adentro todo lo posible, y aun más fácil dejar que los días que pasaba adentro se convirtieran casi inadvertidamente en semanas. Adoptó la costumbre de hacer todas las compras en un solo viaje, y de planear comidas frugales para que cada bolsa de comestibles le durara todo lo posible.

Ya no salía por ninguna otra razón.

El retiro voluntario de Paul podría haber resultado bueno para él si hubiera podido hacer algo. Presuntamente había renunciado a su empleo en publicidad para escribir una novela, pero la máquina de escribir permanecía inactiva en la mesa plegable del living semana tras semana. No porque no se le ocurriera nada que escribir, sino porque todo lo que transcribía al papel parecía trivial, insignificante, pueril. Eventualmente desistió aun de tratar de escribir, pero dejó la máquina preparada por si la inspiración acudía de pronto. No acudió. La máquina quedó cubierta por una delgada pátina de polvo y hollín. Entonces miraba televisión casi continuamente, hasta que se quemó una lámpara del aparato. No tenía dinero suficiente para hacerlo arreglar, así que empujó el televisor contra la pared, desde donde miraba el apartamento como el ojo vidrioso de un cíclope muerto. El polvo también cubrió eso. Leyó todos los libros que tenía, luego los releyó. Llegó a un punto en que permanecía sentado todo el día, sin hacer nada, demasiado aturdido siquiera para aburrirse.

No lo advertía, pero estaba cambiando. Era desgastado por un proceso de erosión tan imperceptible e inexorable como la acción de la marea sobre la blanda roca costera.

Ahora, cuando la necesidad lo obligaba a salir de compras, el mundo parecía tan exóticamente incomprensible y abrumador como debía de haberle parecido a Kaspar Hauser. Todo lo aterraba. Andaba por la acera con un hombro cerca de la pared como respaldo, intimidado por todas las personas, los ojos entornados ante la cruda y hostil luz diurna o ensanchados para escudriñar ansiosamente las amenazadoras sombras de la noche, y meneaba la cabeza cons-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tante e irritadamente para ahuyentar el maligno farfulleo de los ruidos urbanos. Una vez en la tienda, tenía que esforzarse para recordar cómo hablar, y explicaba todo lo que quería con voz lenta, gangosa y densa, debiendo interrumpirse para buscar en la memoria como un lingüista de un curso Berlitz que pregunta cómo llegar al Hauptbahnhof. Y contaba el dinero para pagar con lentitud, moneda por moneda, como un niño. Cuando al fin regresaba a la seguridad del apartamento, temblaba y estaba bañado en sudor frío.

Al fin llegó a un trato con el hijo adolescente del propietario: el joven acordó llevarle una provisión de comestibles cada dos semanas, por un precio. Por unos pocos dólares más, el joven luego aceptó recoger el cheque del alquiler en la fecha oportuna para llevárselo al padre, y bajar la basura dos veces por mes si Paul la embolsaba y la dejaba frente a la puerta. Este trato significó que Paul ya no tenía que salir para nada. Era mucho mejor así. Tal vez sus ahorros no duraran demasiado, pero ya no podía preocuparse por eso. Valía la pena con tal de enfrentar sólo una cuña del mundo: la hendija de una puerta entreabierta.

Detrás de esa puerta, Paul seguía erosionándose.

Cenaron habichuelas, salchichas y pan negro. Al niño no le molestaban las habichuelas y el pan negro, pero su madre había insistido en hervir las salchichas, y él las odiaba así: odiaba ver cómo se hinchaban y subían a la superficie del agua hirviente, y sobre todo odiaba que se partieran y derramaran sus entrañas rosadas cuando estaban cocidas. Su madre hacía salchichas y habichuelas a menudo en los últimos meses, porque eran baratas y fáciles de cocinar. En un tiempo hacía comidas más elaboradas, pero últimamente estaba demasiado distraída, afligida y ocupada.

Ahora lo dejaba siempre en casa de la señora Spinnato mientras iba inesperadamente al pueblo, o hablaba por teléfono durante horas en voz baja para que él no oyera, o hablaba con el mismo tono al señor Halpern, el abogado, mientras le servía café en el vestíbulo, o a la prima Alice o la señora Spinnato o la señora DeMay en la cocina, y el bisbiseo de la charla llenaba el aire de mariposeos y secretos.

Así que normalmente cenaban tarde, y le daban habichuelas y salchichas, o lo que su madre llamaba "chop suey americano", que era una sartén llena de hamburguesa y ajo molido con una lata de espaguetis francoamericanos adentro. O una bandeja de comida rápida. O hamburguesas, o ensalada de atún. O tallarines con manteca y ajo en vez de tuco de carne. Todo lo cual era preferible a las salchichas hervidas, pero su madre aún estaba enojada con él porque se había ido, y no se sentía de ánimo para escuchar quejas o permitirle que interrumpiera la cena impunemente. Así que comió, adoptando un aire entre huraño y filosófico.

Su madre comió sólo la mitad de su propia porción, y luego se quedó mirando turbadamente la cocina y revolviendo la comida en el plato. Demasiado inquieta para sentarse a la mesa, había acercado un taburete a la división de la cocina para comer, y a cada momento se levantaba en busca de condimentos que luego olvidaba usar. Había estado empacando y limpiando todo el día: tenía los ojos oscuros e irritados, y una estría de suciedad en la frente. Se había olvidado de quitarse el delantal. Parte del cabello se le había soltado del rodete y le colgaba en la cabeza como una aureola desaliñada, y un rizo grueso le cubría la frente. Se empeñaba en apartárselo de los ojos con distraída irritación, como si fuera una mosca. No habló durante la cena, pero fumaba sin cesar, dando unas pocas chupadas a cada cigarrillo antes de aplastarlo para encender otro. El cenicero rebosaba, provocando un alud de cenizas por el borde de porcelana.

El niño terminó la cena y, al no recibir respuesta cuando preguntó si podía retirarse, ensayó una cauta salida hacia la puerta. Su madre no se opuso: miraba fijamente la taza de café como si nunca la hubiera visto. Alentado, el niño abrió el cancel y salió al porche.

El abigarrado tumulto del sur se había expandido para cubrir la mitad del cielo. El niño se detuvo en el último escalón del porche, olisqueando el mundo como un perro cauto y curioso. Ahora no soplaba viento, pero la sensación crepitante y eléctrica era aun más pronunciada en el aire, así como un raro olor eléctrico que el niño no sabía nombrar. El sol había estado invisible todo el día: ahora mostraba un disco rojo y vidrioso mientras bajaba detrás del horizonte del oeste. Lucía lánguido e impotente contra ese cielo negro y humeante, como si ya no

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pudiera brindar calor ni luz: un ojo cansado y fatigado a punto de cerrarse en el borde del mundo. Pero el paisaje estaba sumergido en un resplandor extraño y empíreo que no tenía nada que ver con el sol, una luz difusa y submarina que parecía venir del cielo mismo, y que lo iluminaba todo con la gárrula impiedad del neón. En esa luz los grandes castaños parecían secos y quebradizos. Las ramas estaban quietas, altas como brazos, en un ademán de horror. Un silencio apacible reinaba por doquier. El mundo contenía el aliento.

–No creas que escaparás de nuevo –advirtió su madre. Se le había acercado en silencio por el porche.

–No, mamá –dijo el niño, que había pensado precisamente en escapar–. No iré a ninguna parte.

–Ya lo creo que no –dijo hoscamente la madre. Miró irritadamente el cielo amenazador, luego miró hacia otra parte. La inquietante luz le blanqueaba la cara como tiza, le convertía los labios en un tajo pálido y desdentado. Casi se podía ver la sombra de los huesos dentro de la carne, como si el nuevo resplandor permitiera ver por rayos penetrantes en vez de la luz común–. El único sitio adonde irás, jovencito, es la cama.

–¡Oh, mamá! –protestó trágicamente el niño.

–Hablo en serio, Paulie.

–Oh, mamá. Ni siquiera oscureció.

Ella se ablandó un poco y se acercó para acariciarle el pelo. –Sé que estás excitado por la tormenta, cariño, pero es sólo una tormenta, y has visto tormentas antes, ¿verdad? Esta es sólo una tormenta más grande, nada más. –Le alisó el pelo que le había desgreñado, y la voz cobró más vida.– La señora Spinnato vendrá en seguida para ayudarme a empacar el resto de la porcelana, y no quiero que estorbes. Y sé cómo te portas en un largo viaje en auto, y no quiero que mañana estés cansado e inquieto. Así que irás a dormir temprano. A la cama, jovencito. ¡Andando, andando!

A regañadientes, el niño se dejó llevar adentro. Se despidió y entró en el vestíbulo, se encaminó hacia la escalera. Sentía miedo y extrañeza en el vestíbulo ahora, y lo atravesó tan de prisa como pudo. Los muebles estaban corridos contra las paredes, y la habitación estaba llena de cajas de madera y cartón, algunas sólo parcialmente llenas, otras aseguradas con cinta adhesiva. Había pilas de platos y vasos y chucherías por todas partes, y las cortinas estaban descolgadas y plegadas. El vestíbulo lucía extraño despojado de sus objetos familiares, adornos, pinturas, manteles de encaje, cosas que habían estado allí desde que el niño tenía memoria. Sin ellas, el vestíbulo era de pronto un sitio diferente, ajeno y sutilmente perverso. Al ver la habitación así el niño sentía una aflicción que nunca había sentido. Era como si le desmantelaran la vida para empacarla en mohosas cajas de cartón. Mañana irían a vivir a Ohio, porque su madre tenía parientes allá, y después de eso él ya no tendría padre. El niño no comprendía esa parte, porque sabía que su padre vivía en una casa de Front Street, pero su madre le había dicho que ya no tenía padre y en cierto modo debía de ser verdad porque por cierto él no iría a Ohio con ellos.

El niño fue arriba, se puso el pijama, pero antes de acostarse se subió a un taburete y miró por la alta ventana del dormitorio. Las nubes del cielo del sur estaban más densas y oscuras, y volaban hacia él como dos grandes brazos tendidos. Aunque los árboles no se movían afuera, las nubes se acercaban visiblemente como si en lo alto del cielo soplara un viento que aún no había llegado a la tierra.

Una mañana sucia y lluviosa violentos golpes a la puerta del apartamento arrancaron a Paul de un profundo sopor. Desconcertado por el ruido, se levantó del diván del living. Automáticamente se acercó a la puerta, y luego esperó, tiritante e intimidado, tocando la madera con la yema de los dedos. Más golpes. Apartó la mano del panel vibrante, titubeó, y luego miró por el orificio. Afuera sólo veía una figura enorme y amorfa demasiado cerca de la lente.

–¿Está usted adentro? –dijo una voz ahogada desde el corredor.

Cautelosamente, Paul abrió apenas la puerta y miró.

Era el propietario. Detrás había dos hombres con ropa de trabajo, provistos con herramientas y rollos de alambre.

Paul no supo qué responder.

–Entramos –dijo de prisa el propietario, sin signos de interrogación–. El desagüe se tapó y el techo se está inundando con la lluvia. El agua entra en el edificio hasta el otro extremo del pasillo. ¿Ve usted? –abrió la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puerta de un empellón, y Paul retrocedió para apartarse del camino–. No podemos llegar allá arriba pero quizá podamos hacerlo a través de su apartamento, ¿correcto? Bien, entraremos –dijo rápidamente, y sin esperar respuesta se metió adentro, seguido por los dos plomeros. Pasaron junto a Paul y se metieron en la cocina.

Paul, aturdido, se retiró al living.

Ahora iban de aquí para allá dentro del baño. –Hay un pozo de aire detrás de esta pared –gritaba uno de los plomeros–. Antes esto era una ventana y alguien la cubrió con yeso. Abrimos un agujero en el yeso, salimos al pozo de aire y hacemos una extensión hasta ese desagüe exterior.

El otro plomero regresó con un martillo y se pusieron a golpear la pared del baño. Trajeron cables y un reflector, un taladro eléctrico y una bomba con una manguera larga que subía por la escalera y serpeaba por el apartamento hasta el baño. Pronto el aire se llenó de polvo y yeso astillado, del olor de caños revestidos de cerámica y madera vieja y húmeda. El reflector encandilaba como un sol en una caja. Las máquinas gemían, martillaban y gruñían: los hombres se gritaban mensajes. La bomba carraspeó y traqueteó y soltó un sonido quejoso y gorgoteante como gárgara de asmático.

Paul se refugió de ese caos en el living. A veces atisbaba por la arcada, tembloroso, intimidado, ciñéndose cada vez más una bata harapienta alrededor del cuello. Los obreros lo ignoraban, excepto por una mirada curiosa cada tanto cuando entraban o salían. Paul trató de mantenerlos fuera de la vista. Se sentía sucio y débil y enfermo, como una criatura húmeda y pálida que hubiera vivido toda su vida bajo una piedra, traumáticamente expuesta al viento y al sol y a los depredadores cuando levantan la piedra.

Al fin los obreros terminaron, recogieron sus herramientas, enrollaron sus mangueras y cables y se marcharon. El propietario se volvió en la puerta y dijo: –En un par de días enviaré a alguien para que tape el agujero de esa pared, ¿eh, amigo?

Salió.

Paul emergió temerosamente del living. El suelo de la cocina estaba entrecruzado por huellas húmedas y sucias, y aquí y allá había charcos de agua mugrienta. Había un agujero grande e irregular en la pared del baño, que dejaba entrar la luz grisácea. Trozos de yeso y fragmentos de mezcla habían caído en la bañera y el inodoro, y formaban una pila despareja en el suelo del baño. Había un fuerte olor a moho, como empapelado mojado.

Paul tiritó y se retiró rápidamente al living. La pared rota lo llenaba de vergüenza, horror y furia impotente, como si lo hubieran violado, como si le hubieran destruido y ultrajado una zona íntima. Tiritó de nuevo. Ya no se sentía a salvo aquí. Le habían quitado el techo de piedra de la caverna; la tormenta le había derribado el nido del árbol. Se sentó en el diván y notó que no podía dejar de temblar. ¿Adónde podía ir ahora? ¿En qué lugar del mundo podría estar a salvo?

El apartamento se enfriaba cada vez más. Oía la lluvia afuera, un murmullo goteante detrás del agujero de la pared.

Al fin los temblores cesaron, y sintió un creciente entumecimiento. Habría dado cualquier cosa por una radio que funcionara, tan sólo para que hubiera en el apartamento algún otro ruido además de su entrecortada respiración, pero había agotado la última batería semanas atrás, y nunca había pensado en encargarle otra al hijo del propietario junto con sus pedidos de comestibles. De modo que se quedó sentado en la penumbra mientras anochecía y escuchó el sonido distante de radios y televisores de otros apartamentos que le llegaba a través de paredes delgadas como papel: débiles, ásperas, y sintonizadas en un caos de emisoras diferentes, de modo que nada resultaba claro y comprensible. Sonaban como susurrantes mensajes de Gödel que llegaran desde sistemas estelares a millones de años luz de distancia. Hacia el alba las otras radios se apagaron una por una, dejándolo en el fondo de un pozo de grueso y polvoriento silencio. Se quedó totalmente quieto. En ocasiones el fulgor de los faros de un coche barría el cielo raso desde la calle, en ondas oscilantes. Había tanto silencio que pudo oír el correteo de una cucaracha detrás del cañamazo que revestía las paredes.

Su mente era una tábula rasa. A pesar de su ocio obligado, no se dedicaba a pensamientos profundos ni a la meditación ni al escrutinio del alma, ni había hecho nada parecido en todo el proceso. Si había alguna cavilación, ocurría en un nivel profundo y dañino demasiado remoto y antiguo para aflorar siquiera a la conciencia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuando pensaba en eso, suponía que debía de estar sufriendo un colapso. Pero esa palabra parecía demasiado cruda. "Sufrir un colapso", "perder la chaveta", "hacerse añicos", "zafarse": todas eran expresiones dramáticas y violentas. Ninguna parecía apropiada para describir lo que le sucedía: una desaceleración, un aflojamiento, un lento deslizamiento, un abandono del mundo, casi imperceptiblemente gradual. Un hecho sigiloso. Una caída en el hollín y el silencio.

El alba era una inminencia sucia y gris detrás de las cortinas cerradas.

Afuera ya reinaba una primavera temprana, fría y mugrienta. Pero Paul no lo advirtió. Nunca había mirado por las ventanas durante sus meses de reclusión, ni siquiera una vez, y mantenía las cortinas cerradas a toda hora.

Una astilla de luz delgada como una aguja entró por la separación de las cortinas. Lenta como un glaciar, se alargó por el suelo hasta tocar el diván donde estaba Paul.

Corrió agua en un inodoro de arriba. Al cabo de un momento, abrieron un grifo en alguna parte, y las cañerías crujieron y rechinaron en todo el edificio. Pasos en la escalera frente a la puerta de Paul. Voces llamando en el hueco. Un niño llorando en alguna parte. El repiqueteo de una ducha pasillo abajo. Y luego, en el piso inferior, la primera radio de la mañana se puso a bramar.

Una por una, en las dos horas siguientes, todas las radios y televisores se encendieron de nuevo, y se repitió el farfulleo gödeliano de la noche anterior, aunque, como la gente ponía los aparatos a mayor volumen durante el día, ahora sonaba como un millar de locos poseídos por el demonio gritando en varios idiomas desde el fondo de toneles de metal.

Paul aún no se movía.

Permaneció inmóvil como mármol en el diván mientras las cortinas del living sangraban un color blanco grisáceo que se desdibujó en un negro sombrío cuando el día se disolvió de nuevo en la noche. Dos veces durante el día se había levantado para ir al baño, y en cada oportunidad había regresado de inmediato al diván. No había comido nada ni bebido nada. Excepto por un ocasional movimiento de los ojos mientras permanecía sentado en la habitación penumbrosa, podría haber sido una estatua o un cadáver.

La noche se deslizó gradualmente hacia la mañana. Una vez hubo un disparo y una serie de gritos penetrantes en alguna parte de la calle. Paul no se movió ni volvió la cabeza. El aullido de las sirenas de la policía iba y venía dentro del edificio. Paul no se movió.

Radios y televisores se apagaron uno a uno. La última radio continuó susurrando en español hasta altas horas de la noche y luego también murió.

Silencio.

Cuando el alba grisácea brilló nuevamente detrás de las cortinas, Paul se levantó trabajosamente. Sus ojos eran extraños, se había alejado mucho de la humanidad en las últimas cuarenta y ocho horas. Ya no recordaba su nombre. Ya no sabía dónde estaba, ni en qué clase de lugar. No parecía importar: el apartamento se había convertido en el mundo, el seno materno, la suma total de la creación. El Continuo. Podría haber sido la caverna platónica, donde Paul observaba sombras en las paredes de cañamazo. Una presión biológica gatilló una sinapsis dentro del cerebro de Paul, y un patrón de conducta profundamente arraigado se hizo cargo de la situación. En respuesta a ese patrón, caminó a los tumbos hacia el baño. Pasó por la cocina, que todavía estaba profundamente a oscuras, pues se encontraba del lado de la sombra del edificio. Paul titubeó en la entrada de la cocina, y un destello de conciencia e inteligencia lo atravesó de nuevo. Buscó a tientas el interruptor de la luz y lo encendió. Entornó los ojos, encandilado.

Casi todas las superficies de la cocina estaban cubiertas de cucarachas, miles y miles de cucarachas.

El súbito estallido de luz las sobresaltó y las puso en violento movimiento. Salieron en enjambres de tazas y platos sucios, por la pileta, por las desbordantes bolsas de basura: corretearon por la mesa de la cocina, por el suelo, por el aparador, por los hornillos. En un instante, las paredes de cañamazo estaban ennegrecidas por cucarachas reptantes que huían a sus escondrijos en el revestimiento de madera, las molduras de las ventanas, los zócalos y los armarios. Miles de insectos rojizos y escurridizos, tantos que su movimiento produjo un susurro ligero y quitinoso en la habitación.

La repugnancia golpeó a Paul como un puñetazo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Temblando, se apoyó débilmente en el marco de la puerta. La bilis le subió a la garganta, y la tragó. Estiró la mano por reflejo y apagó la luz. El susurro quitinoso continuó en la oscuridad.

Aún tiritando, Paul regresó al living. Aquí el alba había impuesto una suerte de crepúsculo gris, y sólo se veían cinco o seis cucarachas que correteaban por el suelo con asombrosa rapidez. Paul tiritó de nuevo. La piel le cosquilleaba como si la tuviera cubierta de bichos y se rascó los brazos una y otra vez. Su reacción era desproporcionada: una reacción simbólica, arquetípica. Había sentido náusea y repulsión en un nivel profundo y elemental, y ahora algo reverberaba en él una y otra vez como el tañido de una gran campana sin sonido. Intuía que los pensamientos se le arremolinaban bajo la superficie consciente del cerebro, como peces veloces, como la resolución de una ecuación por computadora, aunque él ignoraba con qué propósito. Sin motivación consciente tendió el brazo para pulsar la barra espaciadora de la máquina de escribir. Más cucarachas asomaron del mecanismo de la máquina, escurriéndose de aquí para allá, escabulléndose entre las teclas, trepando por el rodillo.

Paul tembló de pies a cabeza.

Eso es todo, pensó irracionalmente, *se acabó.*

Estás liquidado, pensó.

De pronto sintió un cansancio increíble, insoportable, abrumador. Tambaleando, fue hasta la cama y cayó tumbado. La gran campana sin sonido tañía de nuevo, repicándole en la sangre, los huesos y la carne. La visión se le borroneó hasta que no pudo ver con claridad el fantasma del cielo raso en el alba. La cama parecía rotar en círculos lentos. Una cucaracha le caminó por la mano. Estaba demasiado agotado físicamente para hacer otra cosa que estremecerse, pero otra enorme oleada de repulsión y odio y furia y autodesprecio lo barrió y le inundó cada célula de su ser. Los ojos se le llenaron de débiles lágrimas. Torció la cara como un animal dolorido. Hamacó la cabeza.

El sueño fue como una larga caída en aguas muy profundas.

Como en toda criatura sentiente, había en Paul una parte que no dormía nunca y lo sabía todo. Subconsciente racial, computadora orgánica, supermente, memoria genética, superconciencia, alma inmortal, el nombre que se prefiera. No sólo sabía todo lo que le había ocurrido a Paul y a la raza del hombre, sino que también sabía todo lo que *podría* haber ocurrido: la telaraña de posibilidades en su totalidad. Como en verdad el tiempo no existe, también sabía todo lo que *ocurriría* y *podría ocurrir* a Paul y a todos los demás, y todo lo que *ocurrirá* y *podrá ocurrir* a todos los que nacerán (o podrían nacer) en lo que fatuamente llamamos "el futuro". No tiene caso, desde luego, tratar de hablar de estas cuestiones detalladamente: nuestras mentes corpóreas y conscientes ni siquiera pueden concebir los conceptos involucrados, y el lenguaje es demasiado inepto para permitir que los comentemos aun si los comprendiéramos. Baste decir que a Paul la superconciencia-computadora orgánica etcétera siempre le había sido mucho más accesible de lo habitual en otras personas. Y ahora que estaba parcialmente liberada de los lazos del yo por la privación, el agotamiento, el hambre, la fiebre, la locura y el odio, la mente soñante de Paul al fin podía alcanzar la superconciencia y operarla con sus propios fines.

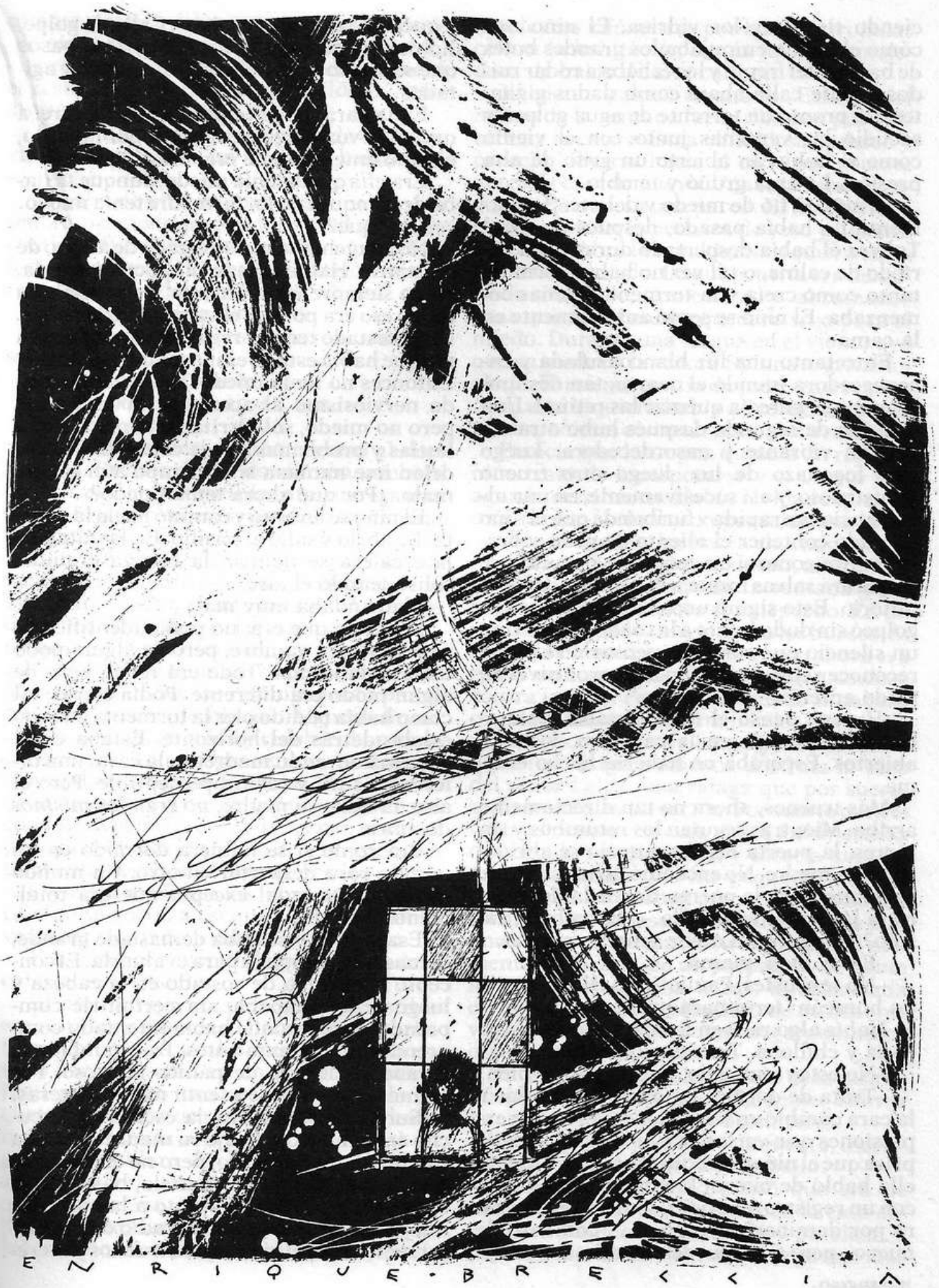
Rebobinó la "memoria" de la superconciencia hasta que llegó a una de las encrucijadas y virajes decisivos de su vida, y luego le hizo seleccionar entre los miles de millones de consecuencias posibles resultantes de esa encrucijada hasta que encontró la posibilidad que facilitaría la peculiar sentencia de obliteración que Paul había pronunciado cruelmente contra sí mismo en el alto tribunal de su propia alma. La posibilidad que Paul escogió era tal vez la menos probable y la más estrafalaria entre las miles que nacían de esa encrucijada de su vida, una cantidad que *es* finita, pero que aun así escapa en su enormidad al alcance de nuestra comprensión consciente. Era una esquina por la que nunca se había doblado.

Regresó. Dobló esa esquina.

El niño despertó a la noche y al silencio. Se quedó acostado de espaldas y miró el cielo raso sombrío, entre aliviado y defraudado. Había sido sólo otra tormenta, al fin y al cabo. *Tal como dijo mamá,* pensó. Debía de haber pasado y cesado mientras él dormía. *Y mañana iré a Ohio.*

Pero aún mientras pensaba esto, el viento arreció de pronto y golpeó las ventanas, ha-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciendo tintinear los vidrios. El niño oyó cómo el viento empujaba los grandes botes de basura del frente y los echaba a rodar ruidosamente calle abajo como dados gigantes. De pronto un torrente de agua golpeó y sacudió las ventanas junto con el viento como si hubieran abierto un grifo de alta presión. La casa gruñó y tembló.

El niño tiritó de miedo y deleite. ¡La tormenta no había pasado, después de todo! Tal vez él había despertado durante un período de calma, o tal vez no había dormido tanto como creía y la tormenta apenas comenzaba. El niño se sentó ansiosamente en la cama.

Entretanto una luz blancoazulada y enceguecedora inundó el cuarto, tan deslumbrante que parecía quemar las retinas. Una fracción de segundo después hubo otra explosión vibrante y ensordecedora. Luego otro fogonazo de luz, luego otro trueno monstruoso, y así sucesivamente, en una alternancia tan rápida y furibunda que el niño no pudo contener el aliento de puro sobresalto. Era como si un cañón de gran calibre disparara salvas frente a la ventana del dormitorio. Esto siguió unos instantes, el rayo golpeó sin duda frente a la casa, y luego vino un silencio que sólo tras pensarlo se podía reconocer como idéntico al mayor nivel de ruido anterior.

¡Hurra!, pensó el niño. Estaba deslumbrado, recostado en la cabecera, los ojos abiertos. Esperaba no haberse hecho encima.

Más truenos, ahora no tan directamente arriba. Mientras seguían los retumbos y rumores, la puerta del dormitorio se abrió y entró su madre. No encendió la luz, sino que permaneció en la puerta, donde la iluminaba la lámpara del pasillo. –¿Estás bien, cariño? –preguntó. La voz sonaba extraña.

–Estoy bien, mamá.

–No te asustes, Paulie –dijo ella–. Es sólo un huracán: terminará pronto.

Había algo raro en la voz. Una nota crispada y chillona. Tensión contenida.

–No estoy asustado, mamá. Estoy bien.

–Trata de dormir, entonces –dijo ella. Y la cara cambió en forma alarmante, con expresiones que variaban y se fundían tan de prisa que el niño no podía captarlas. Cuando ella habló de nuevo, la voz era más grave, con un registro más bajo, como si se esforzara por dominarla–. Pero si... –comenzó de nuevo– pero si no puedes dormir, ven abajo y quédate un rato conmigo–. Calló de golpe, dio media vuelta y se fue. Él oyó los pasos que se alejaban por el pasillo, rápidos y agitados.

En la cara había tenido la misma rareza que en la voz. Vagamente, casi por instinto, el niño entendió qué era: era miedo.

Era *ella* quien tenía miedo, aunque trataba de tranquilizarlo. *Su madre* tenía miedo.

¿Por qué?

No congeniaba con su estado de ánimo de esa tarde. Había estado un poco distraída, como siempre últimamente, pero de algún modo eso era porque él ya no tendría padre. Había estado tensa y regañona, pero eso era porque había estado empacando todo el día. Entonces no tenía miedo. Había demostrado nerviosismo al acercarse la tormenta, pero no miedo, sólo irritación ante las molestias y problemas que le causaría. No podrían irse mañana si el tiempo aún seguía malo. ¿Por qué ahora tenía miedo?

El niño se levantó y caminó hacia la puerta. La abrió y salió al pasillo. En la mitad de la escalera se detuvo, la cabeza erguida, "olisqueando el aire".

Algo andaba muy mal.

No sabía qué era, no podía identificarlo ni ponerle un nombre, pero de algún modo todo andaba mal. Todo era igual, pero de algún modo era diferente. Podía olerlo, tal como había podido oler la tormenta cuando estaba detrás del horizonte. Estaba en el aire mismo, en su madre, en la casa: una diferencia sutil y casi imperceptible. Pero el aire, la casa, su madre, *no eran los mismos de antes.*

Era como si se hubiera dormido en un mundo para despertar en otro. Un mundo exactamente igual excepto que era totalmente distinto.

Esa idea le resultaba demasiado grande, demasiado compleja para evaluarla. El concepto le entraba de costado en la cabeza y luego se le escapaba, sin permitirle comprender siquiera qué había intentado comprender un instante antes. Pero también le dejaba un legado de pánico aceitoso. Por primera vez empezó a sentir miedo de veras.

Subió sigilosamente la escalera y escuchó ante el hueco. Abajo su madre charlaba con la señora Spinnato, pero no entendió lo que decían. Con suma cautela, bajó cuatro escalones y se agazapó junto a la baranda. Abajo habían encendido la radio o el televisor, pero entre el viento y los truenos y la cre-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pitante estática del aparato era casi imposible oír lo que decía. El niño aguzó el oído. –...precipitación... –dijo, y el viento devoró el resto. El niño bajo otro escalón–. ...precipitación... –repitió.

El resto era farfulleo y siseo de estática, viento, crepitación, un trueno, y luego dijo: –...noche...

Al cabo de otro momento, su madre y la señora Spinnato pasaron junto al pie de la escalera. Él se quedó tieso, pero ninguna de las mujeres miró. Las voces le llegaron en jirones a través del gemido del viento.

–¿...eerlo? –decía su madre.

–...no sé que... ahora... pero si... –dijo la señora Spinnato.

–¿...haremos? ...como...

–...qué podemos... si es... tan...

–...rezar, eso es...

Sin comprender, el niño regresó al dormitorio. La nota de miedo vibraba también en la voz de la señora Spinnato, que era una mujer fuerte y voluntariosa que en general no temía nada.

El niño fue hasta la ventana y miró la tormenta. Llovía intensamente. Los árboles se sacudían violentamente como si hubieran enloquecido de dolor. Tejas arrancadas volaban y se arremolinaban en el aire como confeti. El cielo tenía un rabioso color índigo, excepto donde los relámpagos lo pintaban ferozmente de blanco. Algunas líneas eléctricas habían caído y culebreaban en la calle escupiendo chispas azules y los árboles empezaban a perder las hojas. Arriba sonó un ruido agudo y desgarrante, y algo raspó con fuerza el techo antes de caer en el patio. Se había soltado la antena de televisión. Un momento después la luz del pasillo parpadeó y se apagó. Todas las luces se apagaron. El niño se quedó a oscuras, mirando por la ventana: excitado, exaltado y aterrado.

Fue entonces cuando llegó la verdadera cabeza de tormenta.

El niño intuyó el golpe, una irresistible embestida de oscuridad llameante, e instintivamente se arrojó al suelo. La ventana estalló hacia adentro en un chorro de vidrio triturado. Hubo una serie de explosiones chatas, y astillas de madera llovieron desde la pared opuesta a la ventana, como si alguien acribillara la habitación con una ametralladora de gran calibre. El niño nunca lo sabría, pero el daño era causado por castañas, arrancadas de las ramas de los castaños de afuera, por ráfagas de más de doscientos kilómetros por hora y arrojadas contra la habitación con la fuerza demoledora de balas de alto calibre.

El viento golpeó de nuevo. Esta vez el marco de la ventana fue astillado y pulverizado, y la casa misma chirrió, se hamacó y pareció elevarse hacia el cielo un instante antes de caer de nuevo. Una rajadura zigzagueante atravesó una pared. El niño abrazó el suelo mientras pedazos de yeso y listones le llovían sobre la espalda. Ni siquiera tenía demasiado miedo. Lo que ocurría era demasiado inmenso, inmediato y abrumador para que en su mente quedara sitio para el miedo. Durante una tregua en el viento oyó que su madre y la señora Spinnato gritaban abajo. Él mismo emitía un jadeo entrecortado que ni siquiera había advertido, *ahnnn, ahnnn, ahnnn*, como un animal sin resuello.

Parecía que la tregua duraría un rato. El niño trató de incorporarse y el viento y el agua lo derribaron. Había olvidado que era una "tregua" sólo en comparación con la increíble ráfaga que los había chocado un minuto antes. Se levantó de nuevo, aferrándose del marco astillado de la ventana y sin asomar la cabeza sobre el antepecho. En un santiamén quedó calado hasta los huesos. Si la lluvia había sido intensa antes, ahora era como una cascada horizontal lanzándose contra la casa. Pero manteniendo la cabeza cerca del marco y entornando los ojos, pudo ver un poco. Llegó a tiempo para descubrir que otra ráfaga tremenda destruía la casa del señor Leidy, una ráfaga que por suerte soplaba en otra dirección. Por suerte para el niño, al menos. La casa de los Leidy estaba construida en una loma, y carecía aun del mínimo refugio que las pequeñas colinas del sudeste brindaban a la casa del niño. En un momento la casa de los Leidy estaba allí, una sólida estructura de tres pisos, y al momento siguiente –en un parpadeo– se había ido, demolida, hecha trizas, transformada en un monstruoso torbellino de escombros voladores que lucían como un gargantuesco diablo de polvo.

En alguna parte del otro lado de la casa su madre lo llamó desesperadamente. Tal vez intentaba subir hasta el dormitorio.

No llegó, porque en ese momento, increíblemente, se produjo el terremoto.

Al principio el niño pensó que era de nuevo el viento, pero luego toda la casa comenzó a temblar y corcovear y patalear, y hubo un estruendo de tren de carga aun más

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fuerte que la tormenta. Aterrado e impotente, el niño sólo pudo aferrarse como una roldana al antepecho mientras la habitación rebotaba y bailaba y saltaba. Fisuras delgadas atravesaron las paredes y el cielo raso y el suelo, se ensancharon y se extendieron. Un trozo de la pared opuesta se desprendió de pronto, dejando un hueco de un metro y medio. La casa golpeó el suelo con fuerza, rebotó de nuevo y se estabilizó. El suelo dejó de moverse. Nada ocurrió durante un minuto, y luego la mitad frontal de la casa se desmoronó. Todas las ventanas del lado de la casa donde estaba el niño soplaron yeso molido y polvo de ladrillo como vapor de una fragua. Por un instante el niño quedó cubierto de yeso y polvo de pies a cabeza, y luego la lluvia entró por la ventana y lo lavó de nuevo.

Otra pausa, la más larga hasta ahora, como si el universo recobrara el aliento.

En ese silencio abrupto el niño oyó que alguien gritaba y sollozaba en las cercanías. Notó con sorpresa que era él mismo. Casi casualmente, la parte de su mente no ocupada por el terror reparó en una repentina lengua de agua de mar que avanzaba por el terreno. La casa de la señora Spinnato había humeado constantemente a pesar de la lluvia pero desapareció en un siseante tumulto de vapor cuando la ola la arrasó. La primera ola había sido falsa, de escasa altura y prácticamente de espuma, pero una serie de olas marchaban detrás –olas de tormenta, tsunami, tal vez ondas de marejada– y algunas eran pálidos horrores de cuatro, seis, diez metros de altura.

Estoy trabado en ella, dijo una voz en la cabeza del niño, que era la voz del niño pero de algún modo no era la voz del niño. *No puedo pararla. No puedo salir.*

No sabía que sería así, dijo la voz.

El universo soltó ese jadeo profundo.

El viento regresó.

Esta vez soplaba a trescientos cincuenta kilómetros por hora y aplastaba todo.

Arrancó de cuajo uno de los enormes castaños del patio y lo arrojó como una jabalina de gigante hacia la ventana donde se agazapaba el niño.

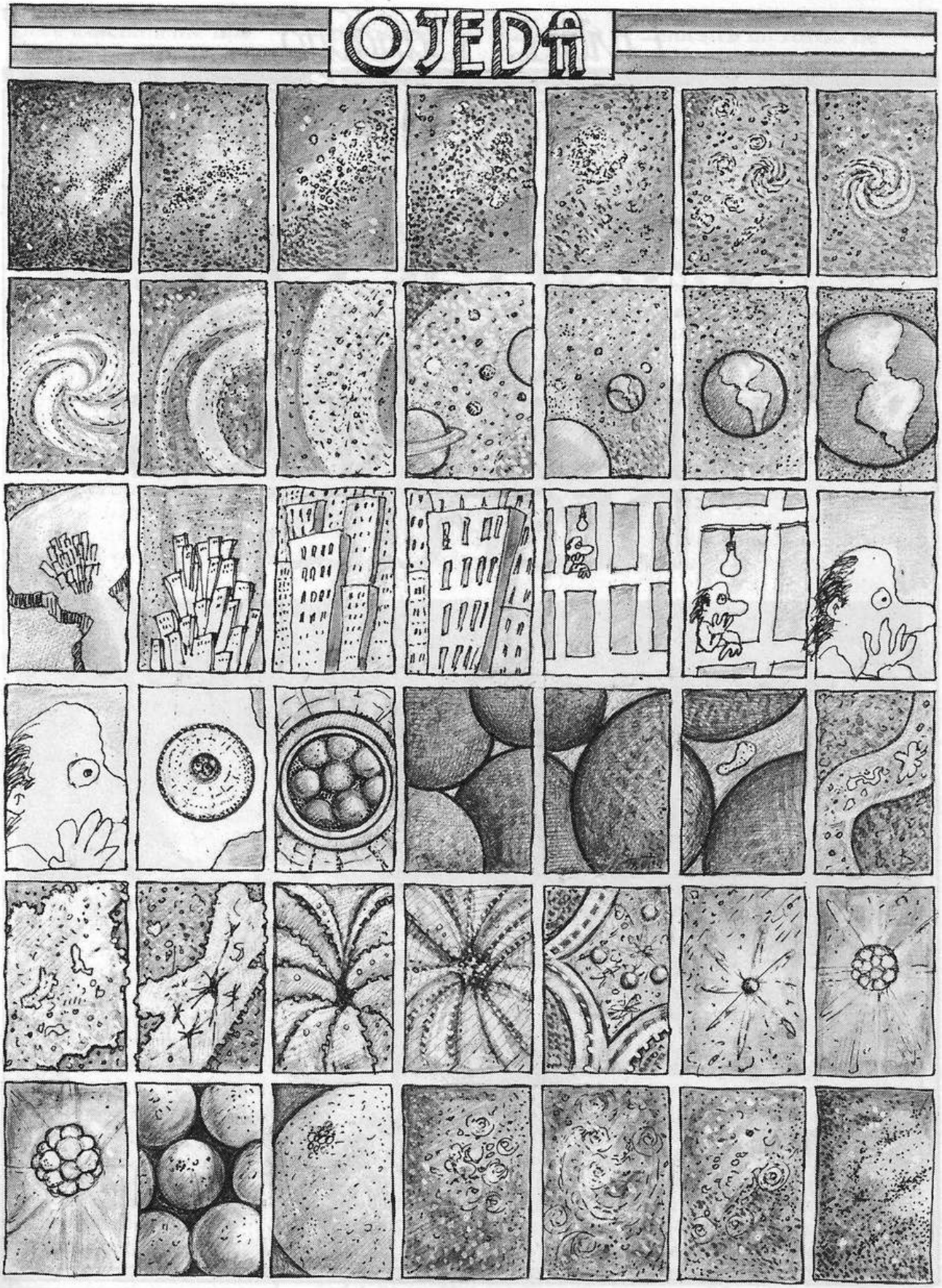
El niño dispuso de un momento atemporal antes que el árbol lo triturara, y lo usó para preguntarse como habría sido la vida en Ohio.

El niño dispuso de un momento atemporal antes que el árbol lo triturara, y lo usó para preguntarse por qué pensaba en plumas y hollín.

El niño dispuso de un momento atemporal antes que el árbol lo triturara, y lo usó para preguntarse quién era el hombre que lloraba dentro de su cabeza.

Título del original en inglés: *The Storm*. © 1975 by Roger Elwood;
© 1977 by Gardner Dozois Traducción de Arturo Casals.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Elvio E. Gandolfo

VANASCO Y GOLIGORSKY VEINTE AÑOS DESPUES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hace exactamente dos décadas participaron juntos en dos libros de relatos de ciencia ficción publicados por Minotauro: Memorias del futuro *(1966) y* Adiós al mañana *(1967). Años de auge de la ciencia ficción. Y de los platos voladores: entre 1955 y 1960 ambos habían formado parte del* CIVE, *Centro de Investigaciones de Vida Extraterrestre, que se dedicaba a estudiar casos de avistamiento o aterrizaje de ovnis. Diez años más tarde, en 1977, los dos recogían los relatos propios de aquellos libros en reediciones:* A la sombra de los bárbaros *de Goligorsky y* Nuevas memorias del futuro *de Vanasco. Ahora, en 1987, viven separados por miles de kilómetros: Goligorsky en Barcelona y Vanasco en el barrio de Constitución. Pero la magia de las décadas ha hecho que no sólo reediten sus relatos de ciencia ficción por segunda vez, sino también que Goligorsky visite Buenos Aires en uno de sus viajes semestrales. Una buena ocasión para reunirse con ellos y hablar de la ciencia ficción, de los años transcurridos, del escepticismo de quienes tienen veinte años más pero siguen demostrando curiosidad, sentido del humor, incluso rechazo y aburrimiento por el género que los unió bajo una misma encuadernación.*

En el aspecto físico son muy distintos: Goligorsky muestra un rostro de búho satírico, con una sonrisa irónica bajo los gruesos anteojos. Vanasco tiene algo de galán antiguo, inconsciente de su **sex-appeal** *de canas bien peinadas, y algo de niño en la perplejidad con que suele ver el muno y la facilidad para reír limpiamente. El diálogo (o triálogo) abundó en momentos de comunión en la risa o la pasión, y también en instantes de desencuentro, en esos extraños desfasajes ("¿Lo viste a Fulano?" "¿Fulano? No lo conozco.") que los exilios hacen circular entre viejos amigos. Todo en un día de finales de la primavera, en Buenos Aires.*

E.E.G.

El Péndulo: *En el momento en que publican* Memorias del futuro, *¿qué relación tenían con el género?*

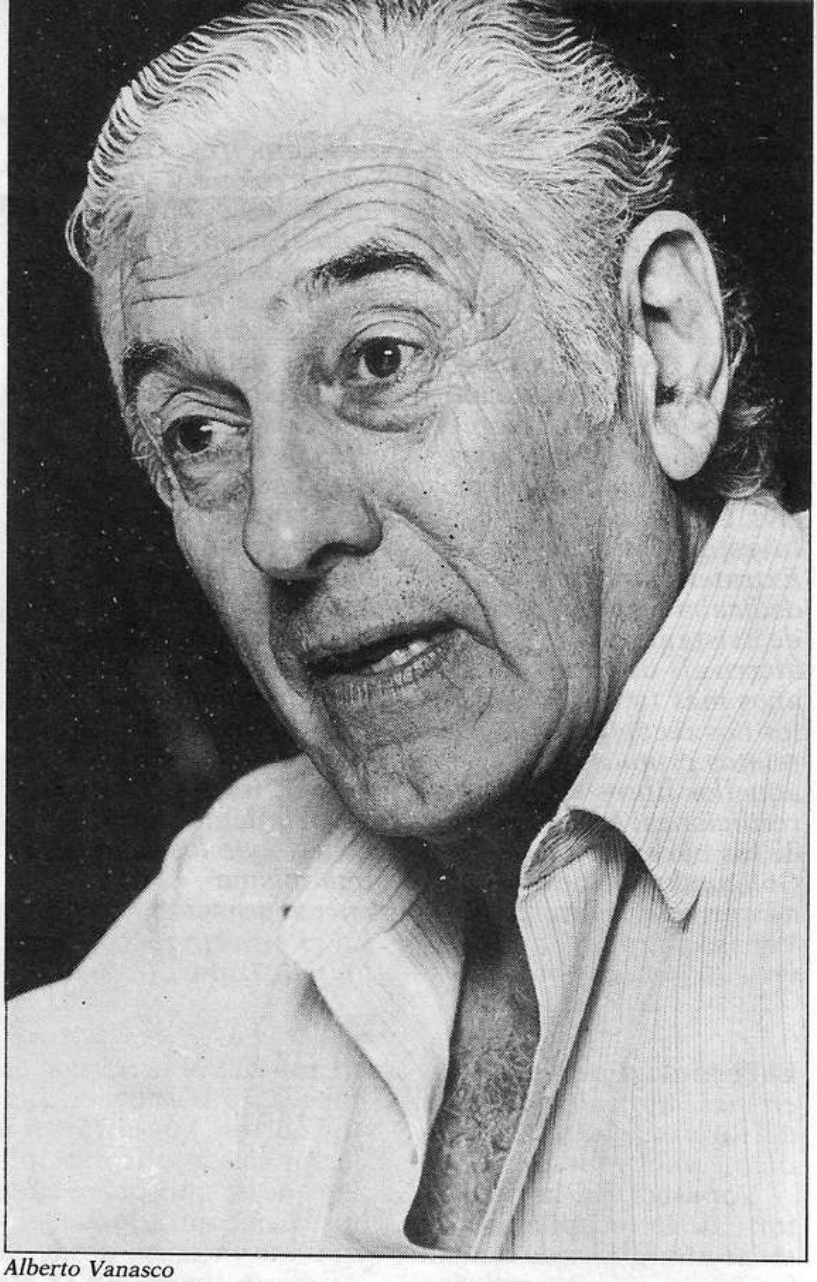
Vanasco: En la dedicatoria de la recopilación de todos mis relatos de ciencia ficción digo que quienes me señalaron estos territorios fueron Porrúa y Goligorsky. Había escrito de casualidad un cuento, "Robot Pierre", que había leído Porrúa. Junto con Golly se les ocurrió hacer un libro y se pusieron en contacto conmigo para ver si podía escribir cuatro relatos más, para completar el volumen.

El Péndulo: *¿Leías ciencia ficción en ese momento?*

Vanasco: No. Nunca leí realmente ciencia ficción. Es un género que personalmente me aburre. Por eso tal vez trato de hacer cuentos cortos, que atrapen al lector desde un principio. Porque en muy pocos cuentos he encontrado eso: algo que me interese desde las primeras líneas. En la literatura ocurre con más frecuencia, en cambio.

Goligorsky: Yo había descubierto antes el género, traduciéndolo. Había traducido para Jacobo Muchnik obras de Kornbluth, de Jack Williamson... Después, a través de una amiga común, trabé amistad con Porrúa, que me ofreció alguna vez una traducción que no hice, lo que lamento mucho, porque era *La tierra permanece*, de George Stewart. Lo leí después, y me gustó muchísimo. Nunca llegué a traducir para Minotauro. En ese momento escribí varias novelas policiales (o policíacas, si el reportaje sale en España), pero con un criterio puramente comercial. Había traducido más de cien novelas policiales, y llegué a pensar que todo se repetía tanto que yo mismo podía hacerlo. Al conocer a Porrúa conocí a Bradbury, *Mercaderes del espacio* de Pohl y Kornbluth, y otras obras que me fascinaron. En una conversación le dije que tenía ganas de escribir algunos relatos. Como en lo policial, era bastante mercenario: antes de escribirlos quería contar con cierta perspectiva de publicación, saber que no iba a tener que guardarlos en un cajón. Me dijo que si le parecían decoro-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Alberto Vanasco

> ***"Soy optimista: creo que todos los problemas que tenemos actualmente (el ecológico, la guerra nuclear, los descalabros económicos) se deben a una sola causa. A que el universo de Copérnico, de Galileo, todavía no ha tenido tiempo de hacerse conciencia en la gente."***

sos se publicarían. Hoy personalmente no entiendo qué les encontró de decorosos a algunos de esos cuentos. Yo no los habría publicado.

El Péndulo: *¿En qué situación personal se encontraban en ese momento?*

Vanasco: Yo trabajaba en el puerto, en una empresa estibadora. Era apuntador.

Goligorsky: En mi caso me dedicaba a las traducciones, y al periodismo, sobre todo de tipo político.

El Péndulo: *En las reediciones de ambos hay poco material nuevo. ¿A qué se debió el "desenganche" del género?*

Goligorsky: A mí me pasó un poco como a Vanasco. Me empezó a aburrir. Escribí unos pocos cuentos más después del '76, un par de ellos de tono erótico, que publicaron *Penthouse* en España y *Hombre* en Buenos Aires.

Vanasco: Mi producción no se hizo más lenta, sino que siguió el ritmo de mis otras cosas. Porque voy escribiendo y publicando poesía, novelas... Esto lo fui haciendo a medida que me pedían de alguna revista, o que mi hijo me sugería un tema. Entonces tenía que hacerlo, porque para él es una cuestión de vida o muerte que yo lleve al papel las ideas que me sugiere. "Procol Harum" surgió de una idea de él, por ejemplo.

El Péndulo: *En la lectura se advierten diferencias notorias de estilo, entre tus novelas* –Los muchos que no viven, Nueva York Nue-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Eduardo Goligorsky

"Para mí el ser humano, la sociedad, es como un enfermo de cáncer que está en cama y además tiene una gotera encima de la cabeza. Yo lo que quiero es que tenga un paraguas para la gotera, no curarle el cáncer."

va York, Otros verán el mar– *y tus cuentos de ciencia ficción. ¿Encarás de modo distinto los dos tipos de textos?*

Vanasco: Tengo bien interiorizada la diferencia entre los dos campos. En mis novelas tiendo más a la poesía, hay un aliento que se acerca más a la conciencia poética, en el ritmo, en la expresión. En cambio en la ciencia ficción, tal vez por un temor a aburrir, hago algo mucho más concreto, más directo. Pesa más la idea, el argumento.

El Péndulo: *¿Entonces la literatura puede ser aburrida y la ciencia ficción no?*

Vanasco: No. Lo que está libre, lo que tiene libertad en sí, creo que debe interesar. En el género en cambio te estás sujetando a una temática, o a un espectro bastante reducido de tonos. Es como lo policial. No soy lector de novelas policiales, porque esa limitación me abruma también allí.

El Péndulo: *¿Pensaste alguna vez en escribir una novela de ciencia ficción?*

Vanasco: Muchas veces. Me la han pedido, y hay mayor posibilidad de publicar, porque hay demanda editorial de novelas. Pero las exigencias particulares del género hacen que no se pueda extender. Ustedes pueden ver que las novelas que hay de ciencia ficción van incorporando problemas, situaciones, elementos que no pertenecen propiamente al género. Cuando todo es ciencia ficción,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como en las novelas de Asimov, me parece que se hacen pesadas de leer. El único tema con el que jugueteé alguna vez como probable base de una novela era la probabilidad de espiritualización de las máquinas pensantes.

CIENCIA FICCIÓN Y POLÍTICA

El Péndulo: *En tu caso, Goligorsky, fuiste derivando sobre todo hacia el ensayo. ¿Esa inclinación ya existía cuando publicaron* Memorias del futuro?

Goligorsky: En realidad mis preocupaciones fundamentales en la vida han sido de tipo político. Soy un hombre político. Pero no estoy hablando de partidismos, sino de determinadas formas de vida que para mí tienen su garantía en determinados sistemas políticos. En aquella época yo hacía periodismo político, como ya dije.

El Péndulo: *¿En qué medios?*

Goligorsky: En esos típicos medios que aparecen y desaparecen: en un semanario que se llamaba *Soluciones,* antes en *Palabra radical,* después en *Inédito,* que fue dirigida por Alfonsín en el año '68. Para mí todo está guiado por una misma obsesión: el antiautoritarismo. Es lo que une lo político y lo literario, lo cultural en mí. Con el tiempo me di cuenta de que en el nivel literario yo hacía una especie de uso, algo artificial: trataba de meter en el molde de un cuento ideas que estaban mejor expresadas en un ensayo, de manera que me desplacé a ese espacio.

Vanasco: Cuando pudiste publicarlos, porque la ciencia ficción nos ayudó a los dos a decir ciertas cosas en los períodos dictatoriales que hemos vivido. Uno descargaba todo pensando que todos se iban a dar cuenta, pero no pasaba nada. Porque había una falta de interés considerable.

Goligorsky: Sí, no es casual que sean veinte años que se cumplen no sólo del primer libro conjunto nuestro, sino también de la dictadura de Onganía. No recuerdo con precisión, pero el libro apareció inmediatamente antes o inmediatamente después del golpe. Recuerdo que la noche de la presentación fue una noche muy fría, en la que se hablaba no recuerdo si del golpe dado o del golpe que se iba a dar pero que era público y notorio. Hay allí un cuento que me parece modelo, "En el último reducto", que para mí es la expresión de la angustia frente a una Argentina que yo intuía como probable, cercanamente probable.

El Péndulo: *Aun con el aburrimiento que expresaron respecto al género como lectores, ¿frecuentan a algún autor?*

Goligorsky: En mi caso te diría que me aburre mucho la ficción en general. A veces hasta me da vergüenza: es una forma refinada de analfabetismo, tal vez. Pero no la soporto. Y no soporto desde García Márquez hasta Ray Bradbury, que antes los devoraba. Porque tengo la impresión de que los narradores nos están vendiendo un verso.

Vanasco: Es cierto. Yo a eso le he buscado una salida: creo en un género que se ha practicado muy poco, que es la literatura que la va viviendo tanto el que la escribe como el que la lee, al mismo tiempo. Un ejemplo es *Los conquistadores,* de Malraux: nadie puede descreer de lo que está sucediendo.

LOS MOSQUETEROS ESCÉPTICOS

El Péndulo: *Parafraseando a Alejandro Dumas, ¿cómo ven el mundo "veinte años después"?*

Vanasco: Creo que tanto Golly como yo hemos llegado a un grado mayor de escepticismo.

El Péndulo: *¿A qué lo atribuyen?*

Goligorsky: A lo que vemos. Basta con abrir el diario.

El Péndulo: *¿El diario de hace veinte años no te-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ENTRE CHANDLER Y MENCKEN: EDUARDO GOLIGORSKY

Eduardo Goligorsky nació en Buenos Aires en 1931. Desde hace diez años reside en España. A finales de la década del '50 escribió más de veinte títulos para las colecciones populares de relatos policiales editadas por Malinca y Acme Agency, entre los que se destacaba *Lloro a mis muertos*, firmado con el seudónimo James Alistair (otros seudónimos: Ralph Fletcher, Roy Wilson, Mark Pritchart, Dave Target).

Ha traducido cientos de títulos policiales, de ciencia ficción, de ensayo. Fue premiado por su versión de las *Memorias* de Waldo Frank, y los aficionados consideran verdaderas joyas de fluidez y eficacia las que hizo de *El largo adiós* y *La ventana siniestra* de Chandler para Fabril (títulos más tarde asesinados por traductores españoles).

Sus principales mentores ideológicos fueron el periodista Julio Aníbal Portas en la realidad y H. L. Mencken en las lecturas. Polemista y ensayista norteamericano de tremenda virulencia, compilador de un gran diccionario sobre dialectos y habla popular, Mencken estuvo curiosamente entre los creadores de la revista *Black Mask*, donde publicarían algunos de los grandes maestros de la "policial negra" que serían traducidos años después por su discípulo Goligorsky.

El fruto principal de la influencia de Mencken fue *Contra la corriente*, un volumen periodístico-ensayístico que arranca con santa indignación ante el hecho de que los astronautas de la Apolo 8 hubieran elegido el Génesis para leerlo desde su cápsula, y continúa con ataques contra mitos y tabúes religiosos, sexuales y políticos, incluyendo una desmitificación del "hippie". La propia colección donde el libro fue publicado en 1972 ("Libertad y cambio", de editorial Granica), dirigida por Goligorsky, traza un mapa de sus fuentes: Comfort, Bertrand Russell, Galbraith, Spock, Lefebvre.

Igualmente polémica resultó la *Carta abierta de un expatriado a sus compatriotas*, que irritó a exiliados y "regresados", provocando más de un intercambio furioso en la prensa argentina de la época (1983).

En 1962 "James Alistair" había firmado un volumen de cuentos de terror, *Pesadillas*, que fue asumido por Goligorsky con nombre y apellido en una reedición española. En 1966 y 1967 colaboró con Alberto Vanasco en *Memorias del futuro* y *Adiós al mañana*, con cinco relatos en cada caso. En 1977 los reeditó todos bajo el nombre de *A la sombra de los bárbaros*, agregando seis relatos no recogidos antes en volumen. Posteriormente sólo escribió otros dos cuentos relacionados con el género, publicados por las revistas *Penthouse* de España y *Hombre* de Argentina.

En los últimos meses Hyspamérica puso en circulación en Buenos Aires una nueva edición de *A la sombra...*, en una colección para kioscos. Dividido en dos partes, el libro transmite a la perfección en la primera de ellas la obsesión de Goligorsky con una probable Argentina dejada de la mano del progreso y de la carrera espacial, sintetizada por el marginal que fuga entre calles alumbradas por lámpras a kerosén para terminar arañando la superficie indiferente de una nave espacial que parte sin recogerlo ("En el último reducto").

La segunda parte, más variada, incluye algunos ejemplos eficaces del estilo directo, visual de Goligorsky en el relato corto. "Los verdes" sintetiza una anécdota semejante al *Marciano vete a casa* de Brown con cierto lirismo cronópico (demostrando que como discípulo de Mencken el autor no deja de tener debilidades románticas); "La cola de la serpiente" comienza con descripciones de vuelo espacial tan convincentes como las de cualquier buen profesional norteamericano del género; "Cuando los pájaros mueran" sigue conservando el áspero vigor descriptivo de cuando fue publicado. Mucho menos convincentes, en ocasiones por repetir versiones anteriores de otros autores, son "La cicatriz de Venus", "Olaf y las explosiones", "Los divanes paralelos" y "Un mundo espera" (donde la Biblia da un nuevo golpe).

E.E.G.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nía también una buena carga negativa?

Goligorsky: Pero nosotros teníamos veinte años menos. (*Risas.*)

Vanasco: Uno tenía más esperanzas, creía que se podían hacer más cosas.

Goligorsky: Hablando en serio: cuando yo hablo de escepticismo, retengo muchas esperanzas, o más bien deseos. Alguna vez un amigo a quien considero mi maestro, cuando escribí el libro *Contra la corriente*, me dijo: "¿Para qué escribió todo esto? Si igual no sirve para nada y usted mismo piensa que está tratando una temática que no se puede cambiar." Porque el libro pretendía desmitificar, atacar prejuicios religiosos, sociales, sexuales, políticos...

Vanasco: Perdoná que interrumpa, pero sería bueno aclarar que ese amigo tuyo era Julio Aníbal Portas, un hombre admirable, que influyó mucho en vos.

Goligorsky: Sí, un gran periodista. Lamentablemente tan pudoroso respecto a lo que debía ser la expresión, que publicó un solo libro que yo sepa: *Malón contra malón*, un excelente ensayo breve sobre la Guerra del Desierto. Sabía muchísimo sobre la Guerra Civil Española, sobre la Revolución Francesa: un auténtico erudito. No quería escribir por temor a estar de más. Se suicidó. Dejó un libro, *Rata de biblioteca*, en estado de manuscrito. Cada vez que yo tenía algún ataque de fe en algo, él me enviaba cartas que eran una mezcla de ensayo y cuento. Una de ellas, genial, llevaba como título "Por qué dejé de estudiar flauta dulce". Explicaba que se encontraba tocando una caña a orillas del Nilo, en el Antiguo Egipto, cuando se le acerca alguien y lo recrimina: "¡Cómo se le ocurre estar aquí, tocando la caña, mientras los esclavos construyen las Pirámides! Lo que hay que hacer es ir y liberar a los esclavos." Entonces tiraba la caña. Y después, progresivamente, el personaje iba estudiando algún instrumento a través de toda la historia humana, y alguien se acercaba a recriminarlo por su indiferencia ante las injusticias, y lo hacía abandonar. Hasta llegar a la época contemporánea, en que está estudiando flauta dulce, y tiene que dejarla una vez más, para luchar por los desposeídos. Cuando me preguntó por qué me había molestado en escribir *Contra la corriente* le dije que para mí el ser humano, la sociedad, es como un enfermo de cáncer que está en cama y además tiene una gotera encima de la cabeza. Yo lo que quiero es que tenga un paraguas para la gotera, no curarle el cáncer. Que pase sus últimos días cómodo: apunto a eso. No dejo de creer en cosas, incluso de jugarme por ellas. Lo mínimo que pueda conseguirse, comparado con todo lo que sucedió y lo que puede llegar a suceder, merece una defensa tan apasionada como si yo realmente tuviera fe en las soluciones trascendentes. No creo que lo sean: son remiendos, parches, pero positivos.

Vanasco: Creo que mi propio escepticismo es menor que el de él. Cada vez estoy más convencido de que hay una racionalidad absoluta en el mundo, dirigida a dar lugar a la vida. La pregunta que yo me hago, dejando de lado las grandes preguntas de Einstein que decía "¿Por qué orden y no caos?", o la de Heidegger, que decía "¿Por qué ser y no más bien nada?", la que yo me hago ahora y que estoy tratando de descubrir si tiene una respuesta es: "¿A quién le interesa todo esto?"

El Péndulo: *¿A qué te referís al decir "todo esto"?*

Vanasco: A esta realidad, la realidad humana, lo que le pasa al hombre. ¿A quién le interesa, quién se beneficia, quién disfruta o se duele por lo que le puede pasar al hombre? Porque si es sólo la conciencia individual de cada uno es de muy corto alcance esa racionalidad.

LOS OTROS LUGARES

El Péndulo: *¿Qué ha significado para tu concepción de las cosas la larga residencia en Europa?*

Goligorsky: No creo haber cambiado mucho. Cuando algún compatriota me habla de mi probable extranjería allí, le recuerdo que muchas veces me he sentido extranjero aquí, por ir contra la corriente. En el '68 hice mi primera tentativa de emigración a Inglaterra, que fracasó, porque duró muy poco. En todo lugar donde he vivido encuentro siempre realidades que me hacen sentir cómodo y otras que me irritan terriblemente: algunas procesiones de Semana Santa que he visto en España me pusieron los pelos de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DE CORTÁZAR A HEGEL: ALBERTO VANASCO

Alberto Vanasco nació en 1925 en el barrio de Almagro. Vivió parte de la infancia en pueblos de la provincia de San Juan, y más tarde en los suburbios de la Capital. Actualmente reside en el barrio de Constitución.

Considera que su primera novela digna de mención es *Sin embargo Juan vivía*, publicada por incitación de Arturo Cuadrado y comentada en el momento de su aparición (1947) por Julio Cortázar en una revista literaria. Es un texto regocijadamente experimental, con premoniciones de lo que más tarde sería la "novela nueva" u objetivismo francés. En una costumbre que repetiría más tarde, el libro "canibaliza" parte de una novela breve anterior, *Justo en la cruz del camino* (1943). Lo mismo ocurriría con *Para ellos la eternidad* (1957), que alimentaría novelas posteriores, y de modo más secreto con los trozos descartados por motivos de censura en *Otros verán el mar* (1977), fagocitados por *Al sur del Río Grande*, de próxima aparición.

El mundo novelístico de Vanasco se desarrolla en capítulos breves y despliega un entrecruzamiento de seres acosados por la soledad y la incomprensión, que se atraen y se rechazan con la misma fuerza. El clima de incomunicación es especialmente denso en *Nueva York, Nueva York* (1967).

Como poeta, los libros centrales de Vanasco son *Ella en general* (1954) y *Canto rodado* (1962). Formó parte del entorno de las revistas *Poesía Buenos Aires* y *Zona*, junto a Raúl Gustavo Aguirre, Rodolfo Alonso, Noé Jitrik, Edgar Bayley, César Fernández Moreno y otros. Con Juan Carlos Martini Real dirigió la revista *Macedonio* y la editorial Rayuela.

Profesor de matemáticas, apasionado lector de filósofos y físicos, en 1973 publicó una *Vida y obra de Hegel*, por encargo de la editorial Planeta.

En 1966 y 1967 edita con Eduardo Goligorsky dos volúmenes de cuentos de ciencia ficción: *Memorias del futuro* y *Adiós al mañana*. Más tarde, en reediciones aumentadas, recoge esos textos (Círculo de Lectores, 1976; Andrómeda, 1977, bajo el título *Nuevas memorias del futuro*). En 1986, por último, un volumen editado por Torres Agüero con el título *Memorias del futuro* incluye la totalidad de sus relatos de ciencia ficción, salvo "Vuelven los lobizones".

La relación de Vanasco con la ciencia ficción es curiosa. En su gran mayoría los cuentos están mucho menos trabajados y sentidos que sus obras literarias. Parecen el resultado de una buena lectura de la producción media norteamericana. Sus declaraciones acerca del escasísimo interés que el género parece despertarle como lector, sin embargo, apuntan a un encare más ingenuo. Hay una indudable fluidez, pero al mismo tiempo una falta de espesor que descansa más en las virtudes de la artesanía que en los riesgos del arte. Como en Goligorsky, hay relatos que parecen condensaciones de obras famosas: "Todo va mejor con Coca Cola" es una especie de síntesis de *Mercaderes del espacio* de Pohl y Kornbluth. Otros textos son inconfundiblemente bradburianos en su mezcla de sordidez y melancolía lírica: "La muerte del poeta", "El final del Capitán Salgari". Otros desarticulan por enésima vez con el "buen salvaje" del pasado las utopías del futuro: "Bleriot 25 CV". Hay una alegre despreocupación por la verosimilitud: en los cuentos más cotidianos, siempre me ha asombrado la facilidad con que los personajes se desplazan a ciudades lejanas, a diferencia de la áspera resistencia del espacio que impera en las novelas "literarias" del mismo autor. Mis cuentos favoritos entre los veintiocho textos prolijamente distribuidos en siete partes de cuatro cada una son "Los eunucos", donde sobrevuela la sombra de Arlt, y el pastiche enciclopédico titulado "Artículo sobre Jorge Luis Borges". En otros casos, en cambio, me deja perplejo, distanciado, la extraordinaria semejanza "gestáltica", por llamarla de alguna manera, entre esos cuentos con personajes que se llaman Moholly y James Gilbert Forster y Goddart y John Clark y tanto cuento de revista de ciencia ficción, que Vanasco no ha leído.

E.E.G.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

punta y de pronto me hicieron añorar la Avenida de Mayo, o Corrientes y Esmeralda. Pero pensándolo racionalmente se equilibra con cosas de allá que me satisfacen. Porque la cultura que uno se hace en una gran ciudad, incluyendo la lectura de Bradbury, Kornbluth y Asimov, es bastante universal, y no se produce el *shock* de quien ha vivido en un pueblito de Salta y de pronto viene a Buenos Aires.

El Péndulo: *En tus últimas visitas periódicas a Buenos Aires, ¿advertiste cambios ante hechos tan poco frecuentes como han sido la última dictadura, o la guerra de las Malvinas?*

Goligorsky: El cambio más notorio de los últimos años es el de la libertad, desde luego, sobre todo para mi modo de pensar. Alguien puede echarme en cara que pienso más en esa libertad que en los sueldos que se están ganando. Creo que es un dilema falso suponer que si se suprime la libertad aumentan los sueldos; más bien ocurre al revés. Otra cosa que hago cada vez más es discriminar argentinos de porteños, a medida que vengo, o que conozco rosarinos, cordobeses o norteños en el exilio. Algo que me sigue impresionando mucho es la facilidad con que en Buenos Aires la gente idealiza, y después la facilidad con que se olvida de absolutamente todo lo que quedó atrás. En ese sentido creo que tanto argentinos –o provincianos– como porteños idealizan y olvidan, pero el resultado es más prepotente, más soberbio en el porteño.

El Péndulo: *¿Y qué cambios fuiste viendo en tus diez años de residencia en España?*

Goligorsky: La idealización y la falta de memoria se manifiestan también allá. Lo que sí me satisface es la forma de convivencia: la falta de prepotencia. Es una forma de vida menos tensionada, más respetuosa del otro.

El Péndulo: *En tu caso, Alberto, cómo fueron estos años?*

Vanasco: También pasé cierto tiempo afuera, en Estados Unidos. Acá los viví bastante aislado, como nos pasó a muchos. Seguí escribiendo, pero no pude publicar mucho. Cuando publiqué *Otros verán el mar* tuve que sacarle más de la mitad del texto y quedó muy endeble. Yo quería publicarla entera, pero los lectores de la editorial insistieron en cortarla. Hasta la persona a la que se la dediqué fue a la imprenta y se hizo sacar el apellido. La dedicatoria quedó sólo con un nombre. ¡Parecía una cosa entre homosexuales! (*Risas*.) El clima que se vivió en esos años fue terrible, superó el de las dictaduras anteriores. Y pensar que la Escuela Naval, el Colegio Militar, y la Facultad de Derecho que produjeron a esos hombres fueron la Facultad y los Colegios Militares del peronismo. Habría que ver qué pasó allí, qué imagen del mundo y de su propia fuerza se hicieron esos hombres, para que creyeran que por un problema con alguien pudieran llevarlo a la mitad del Río de la Plata y tirarlo desde un avión: eso fue terrible, excepcional.

Goligorsky: En ese sentido quisiera mencionar dos cosas que me chocaron mucho cuando vine las últimas veces. Una fue el éxito que tenía en la Argentina *El exilio de Gardel*. Me pareció alucinante que los argentinos no reaccionaran ante una película que parecía hecha por un antiargentino, que reflejaba como algo piola a un argentino *gigolo*, reventador de teléfonos, una imagen de pequeño delincuente que fue la que llegó a tenerse en Europa, creada por chauvinistas, incluso racistas europeos. En un reportaje de Horacio Salas a Solanas en la revista *Unidos* él reivindica ese tono frívolo y ligero. A mí me parece que Solanas, que hizo *La hora de los hornos*, que hizo *La actualización doctrinaria*, tendría que haber reflexionado un poco en el genocidio del que hablamos ahora, en cómo se pudrió la situación y por qué. Que reivindique en cambio la frivolidad cuando los muertos quedaron atrás y otras cosas del exilio que él no muestra quedaron atrás, me parece inmoral. La otra cosa fue ir a ver *Dorrego*, la obra de Viñas, que me puso los pelos de punta. Fui sabiendo que iba a salir indignado. Pero fue increíble: al salir tenía tanta bronca (no sé si se podrá poner en el reportaje) que fui al baño y estaba Viñas, que creo que no me reconoció. Bueno, estaba tan furioso que me puse a orinar de costado para no tener que dialogar con él. Y al final no pude: tuve que irme a orinar afuera, a un bar. Me pareció terriblemente demagógica: es prácticamente "alpargatas sí, libros no". El centinela que está junto a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dorrego y no sabe quién es Hamilton es la esencia de la Bondad Innata del pueblo; y el pelucón, un político vestido como los militares con ropa actual, y que habla de Hamilton, es el vendepatria, el enemigo, el traidor. La segunda cosa que me indignó fue una especie de apoteosis de Dorrego que hay en el final, en el que éste dice: "Aquí se va a abrir un gran tajo en la Argentina y va a haber centenares de muertos, miles de muertos después de mi muerte", lo cual es una verdad grande como una casa. Y allí empiezan a recitar, al mejor estilo de los festivales montos, los nombres de los muertos. Seleccionados al azar: "Felisa González, 14 de setiembre del '32". "¡Presente!", y así sucesivamente. Olvidan que el primer muerto del gran tajo es Lavalle, porque si se trata de una historia de la Argentina desgarrada, Lavalle es un muerto de esa Argentina, al margen de simpatías y antipatías.

FÍSICOS Y/O FILÓSOFOS

El Péndulo: *Ambos afirmaron leer más ensayo que ficción. ¿Quiénes los han impactado o influído más en ese terreno?*

Vanasco: Lo único que leo desde hace años son los físicos, que para mí son los únicos filósofos que hoy pueden hablar, porque están en contacto con lo que verdaderamente ocurre. Mis lecturas son Heisenberg, Pauli, Bohr. Ellos serán los filósofos que quedarán de este siglo. Todo lo demás desaparece, se va evaporando: desde Bergson a Husserl hasta Heidegger, y de Sartre ni hablar. Todo eso ha sido una mentira para confundir cada vez más a la gente y a las burguesías del mundo.

El Péndulo: *¿Y sin ser físico, Monod?*

Vanasco: Sí, Jacques Monod también. Porque los considero físicos a todos, ya que la biología y la física andan por los mismos carriles. El problema que enfrenta toda la filosofía moderna es si Hegel tenía o no razón. Cada vez hay más elementos que apuntalan la respuesta positiva: lo que surge en la genética, en la física nuclear, apunta en ese sentido.

El Péndulo: *¿Y en tu caso?*

Goligorsky: El primer gran impacto, que me llegó a través de Portas, fue Mencken, de quien compilé y traduje un par de libros; Cioran, y entre los españoles Fernando Savater, con quien discrepo en muchas cosas, pero que me estimula mucho, es un pensamiento autónomo que invita a liberarse.

El Péndulo: *¿A qué se dedican actualmente?*

Vanasco: Sigo ejerciendo el profesorado de matemáticas. Ahora también enseño física, química, filosofía. Tengo la mente ya muy dirigida en ese sentido. A veces de noche leo un libro de matemáticas para entretenerme, cosa que suele exasperar a mi mujer.

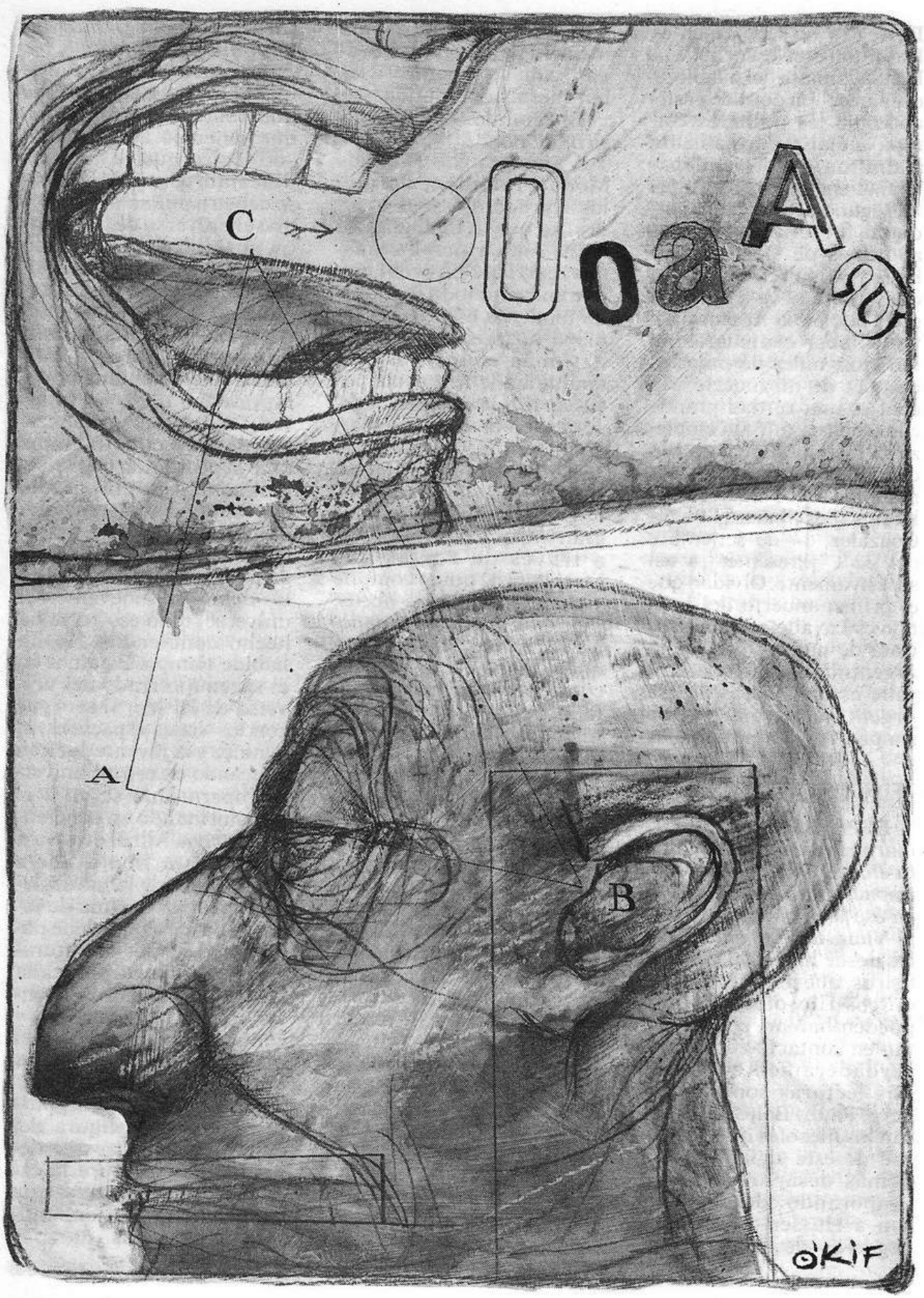
Goligorsky: En mi caso sigo haciendo traducciones, asesoro a la editorial Martínez Roca y escribo artículos en el diario *La Vanguardia* de Barcelona, de tipo político o general.

El Péndulo: *Para terminar, quisiera que trataran de precisar qué tipo de futuro imaginan o intuyen para nuestro mundo.*

Vanasco: Yo soy optimista. He llegado a pensar que todos los problemas que tenemos actualmente –ecológico, guerra nuclear, descalabros económicos– se deben a una sola causa. A que el universo de Copérnico, de Galileo, no ha tenido tiempo de hacerse conciencia todavía en la gente. Seguimos viviendo en una tierra plana, por lo tanto infinita, por lo tanto cada individuo se cree el dueño o el representante de la infinitud. La conciencia planetaria de que constituimos una especie, de que vivimos sobre este corpúsculo que se llama Tierra, que pertenece a un sistema solar que gira alrededor de la galaxia, y esta galaxia con las demás se mueven en el universo, todo eso no se ha hecho conciencia. No ha habido tiempo. Estamos en el sistema cerrado del universo de Hitler. Si se sigue con los viajes espaciales, si la niñez y la juventud se van educando en eso, el universo copernicano se va a ir transformando en conciencia masiva. Allí el otro va a tener tanta importancia como el uno, y la naturaleza estará por encima de todo. Toda ideología debe pasar primero por la naturaleza, y después por cada uno de los hombres. Atentar contra la naturaleza y contra cada hombre es el más grave de los atentados que puedan cometerse.

Goligorsky: Por mi parte retomaría la figura del enfermo de cáncer que tiene una gotera sobre la cabeza; creo que hay que comprar una cantidad infinita de paraguas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

André Carneiro

EL GRITO

ILUSTRO ALEJANDRO O'KEEFFE

Él tenía sueños extraños, difíciles de contar. Cuando se despertaba miraba aburrido el cuarto, la idea de vestirse, de trabajar. La mujer se levantaba cuando él abría los ojos.

–Tengo que hacer el café.

Él se quedaba todavía en la cama, cerraba los ojos de nuevo, recordando. Se sentía liviano, como si flotase. También oía los ruidos de la cocina, los pasos de la mujer, el agua hirviendo en el fuego. Ella hacía todo de la misma manera, siempre. Él oía los ruidos de la calle, el canto de los pájaros, las bocinas de los autos en la esquina. Y el grito. Era un grito alto y sonoro, y generalmente se repetía, alejándose, dos, tres veces. Cuando lo oía él levantaba la cabeza de la almohada, esperaba a que se repitiese, lo que no siempre ocurría. Podía ocurrir dos días seguidos, volver una semana después.

–¿Oíste eso, mujer?

–¿Qué cosa?

–El grito.

–No oí nada.

Pero tanta era la atención que él prestaba que ella terminó oyéndolo también.

–Es un vendedor de latas para basura.

–¿Basura?

–Sí, latas para basura.

–No grita b-a-s-u-r-a. Grita O-o-o-a-a-a-a...

–Sí, latas o bolsas para basura.

–Espera, espera, no me dejaste oír otra vez...

El grito había llegado de muy lejos, apenas una sílaba, parecía un poco desesperado, quizá porque llovía y el vendedor sentía frío.

Cuando él se vestía e iba a tomar café con leche en la cocina (que quedaba lejos de la calle), no se oía nada más. La mujer prepa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

raba tostadas en el fuego como a él le gustaban.

–No dice "latas para basura" ni "bolsas para basura", me parece que dice "a-l-h-o".

La mujer lo encaró.

–¿De qué hablas?

–¿De qué voy a hablar? Del hombre que grita. Hoy lo oí bien. Vende ALHO...

La mujer no le contestó. Se había levantado más temprano y se había colocado ruleros en el pelo. Él odiaba los ruleros.

–¿Vale la pena que te pongas horrorosa ahora para luego estar bonita?

La mujer siguió lavando las tazas del café: tenía desesperación por la limpieza y por el orden inmediato. Pero no se agitaba.

–La mujer tiene que cuidarse. Si no me pongo ruleros el pelo se me desacomoda. Hoy es el aniversario de Claudina.

Él siempre se despertaba antes que ella. Una vez el hombre gritó tan cerca de la casa que él creyó que había entendido perfectamente el grito. Sacudió a la mujer, que se despertó asustada.

–¿Qué pasó, qué pasó?

Él tenía la cabeza levantada, y apuntaba con la mano hacia la ventana.

–¿Lo oíste ahora?

La mujer lo miró en silencio.

–Gritó ahí, bien alto, y me parece que no era "ALHO". Comienza con O, y luego hay un Aaaa bien largo.

La mujer fue a preparar café. Él se quedó con la cabeza levantada, sintiendo cómo el corazón le latía más de prisa.

El vecino vino a verlo a la hora del almuerzo, para hablar de la pared que se estaba cayendo. Él aprovechó para preguntar.

–¿Usted oyó a un vendedor que grita por la mañana?

–¿Vendedor? ¿El que ofrece naranjada por el altoparlante? Un día le voy a pegar un tiro en ese aparato.

–No, no es el de la naranjada. Es un hombre solo que grita OOaaa o AAAooii, nada más que eso.

El vecino se quedó pensando.

–No, a ése nunca lo oí –dijo.

Al día siguiente se despertó más temprano, abrió un poco la ventana, se quedó a la espera. Pero el hombre del grito no apareció. Cuando se despertó la mujer, vio al marido en la ventana mirando para afuera.

–¿Qué haces ahí?

–Lo estoy esperando.

–¿A quién?

–Al hombre del grito.

La mujer se levantó, puso la leche en el fuego, fue al baño, se colocó dos ruleros en el pelo, volvió de prisa a la cocina antes de que se derramase la leche.

Durante una semana entera él se levantó y se quedó a la espera en la ventana.

No oyó ningún grito. La mujer siempre decía algo.

–No sé por qué te preocupa ese hombre.

Él no contestaba, seguía mirando la calle, de arriba abajo. La mujer aprovechaba, iba al baño, se arreglaba el pelo. Parecía un acto deliberado.

El día en que él desistió de levantarse y espiar, el hombre gritó a lo lejos. Él se levantó de un salto, sacó el pecho por la ventana y miró.

–¿Viste alguna cosa? –preguntó la mujer.

–No.

A ella ya no le gustaba hablar mucho del asunto, pero ese grito parecía algo suspendido en la atmósfera de la casa.

Un día, a la hora del almuerzo, él tiró la silla y corrió a la ventana. La mujer, displicente, comentó:

–Ahora no pasa nada, sólo grita de mañana.

El marido la miró fijamente, como hacía mucho tiempo que no la miraba. Ella levantó la mirada hacia él, dos o tres veces; luego, turbada, preguntó:

–¿Por qué me miras así?

Él no respondió; salió despacio, masticando el pan.

A la mañana siguiente decidió complacerlo.

–¿Oíste? Me parece que es el hombre del grito.

El marido, nervioso, le respondió con aspereza.

–Sabes perfectamente que no es ese grito. Quien gritó ahora es el imbécil del lechero.

La mujer no dijo nada y se fue a la cocina; él se quedó con la cabeza levantada, escuchando.

Ese día no volvió a hablar con ella. Sólo monosílabos, sí, no, cosas esenciales. A la mañana siguiente el hombre gritó bien cerca, nítidamente. Él saltó de la cama, asomó la cabeza por la ventana. La mujer no preguntó nada.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Al otro día él se levantó más temprano, se aseó completamente, se puso traje y corbata y se quedó esperando apoyado en la ventana. La mujer se metió en el baño.

Un día tras otro él se aseaba y se vestía y se ponía a esperar junto a la ventana, fumando. El quinto día tiró las colillas de los cigarrillos en el suelo, cosa que no acostumbraba hacer. La mujer se sobresaltó: él la miró con ojos fríos y ella buscó la pala y la escoba y se llevó todo a la basura. Se ponía ruleros en el pelo toda la mañana: la preparación era más importante que el cabello suelto, arreglado.

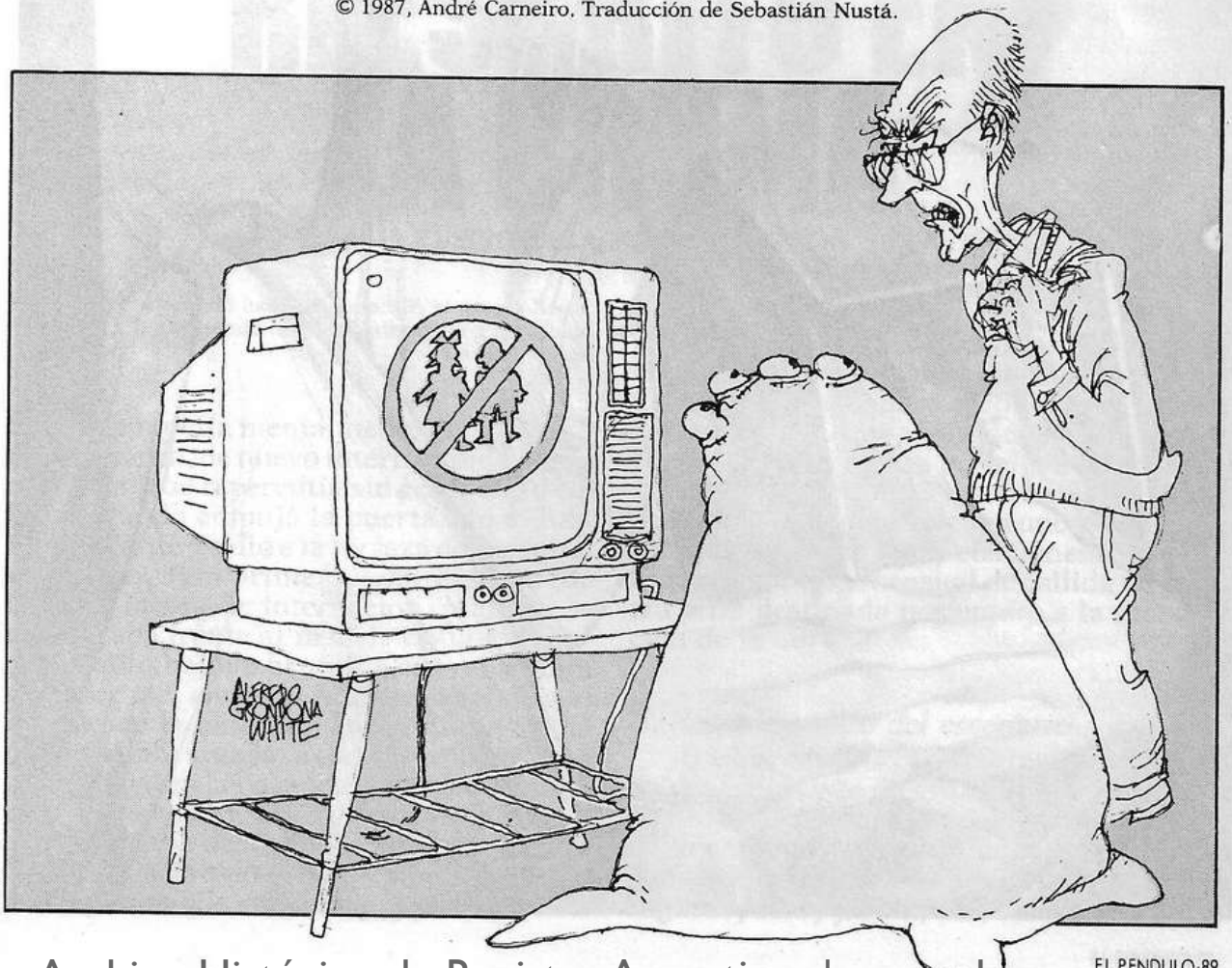
Esa mañana especial los dos se despertaron al mismo tiempo, pero no se hablaron. Él se aseó de prisa, y fue a la ventana; ella fue a la cocina, a poner las tostadas en el horno. A pesar de que estaba allí adentro, ella igualmente oyó el grito. Parecía un llamado largo y taciturno. Oyó los ruidos que hacía su marido mientras corría hacia la calle. Ella dejó las tostadas quemándose en el horno y fue a espiar por la ventana. El marido ya iba lejos, calle abajo. Bastante más lejos todavía, había un bulto impreciso que ella no alcazaba a ver bien. La mujer se quedó allí unos minutos, mirando la calle. Después volvió a la cocina, sacó los carbones del horno y los tiró en la basura.

Comenzó a preparar el almuerzo: siempre hacía las cosas con mucha anticipación.

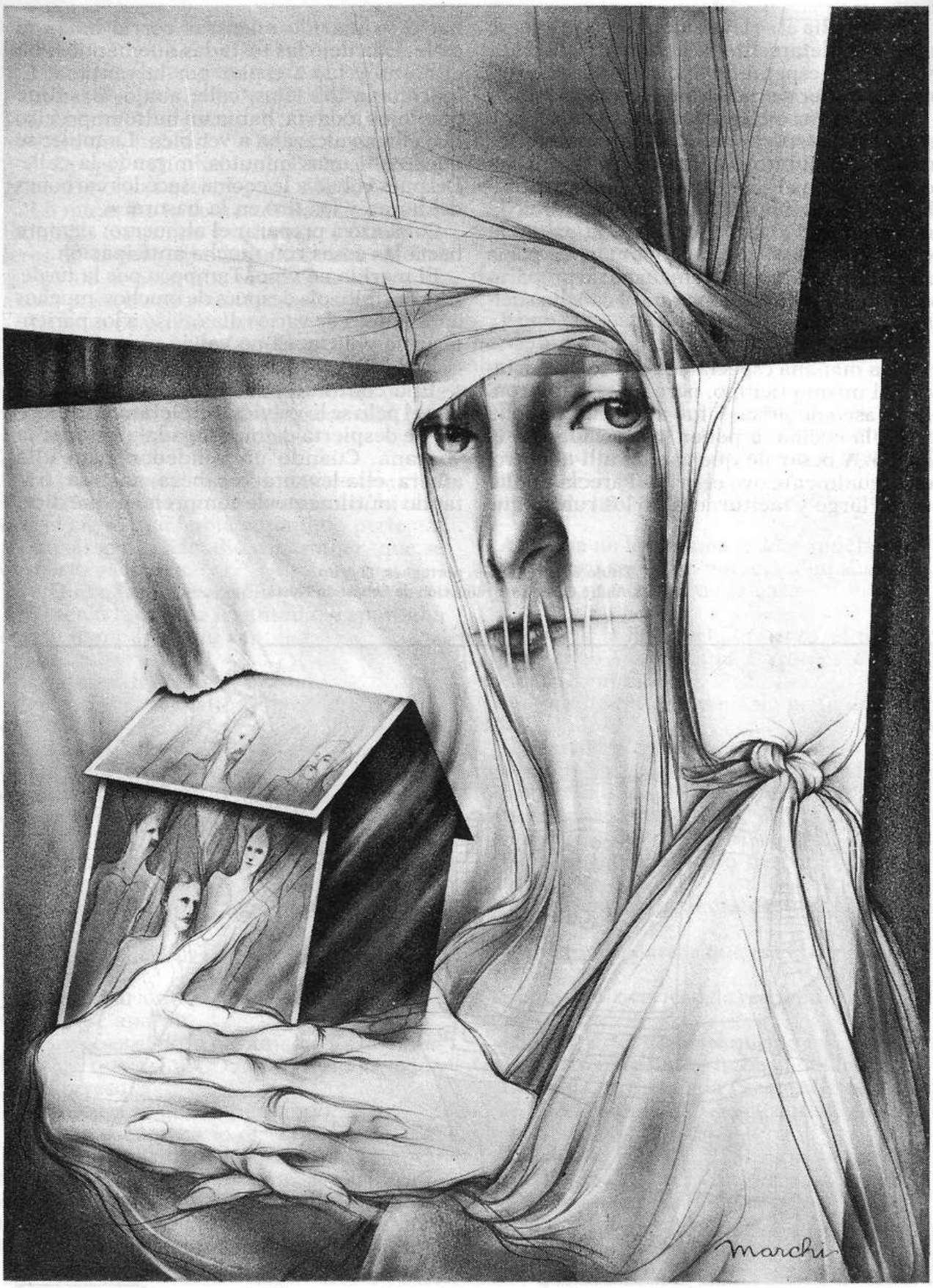
El marido no vino. Tampoco por la tarde. Ella durmió sola después de muchos, muchos años. Luego de varios días avisó a los parientes, a la policía. Él no volvió nunca más.

Ella continuó poniéndose ruleros hasta que el pelo se le volvió completamente blanco. Se despierta de madrugada y entorna la ventana. Cuando un vendedor grita allá afuera, ella levanta la cabeza, ansiosa, tratando inútilmente de comprender qué dice.

Título del original en portugués: *O grito*.
© 1987, André Carneiro. Traducción de Sebastián Nustá.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cristina Siscar

REESCRITO EN LA BRUMA

ILUSTRO JOSE ALBERTO MARCHI

cuando habráse quebrado el propio hogar,
cuando no asoma ni madre a los labios.
CÉSAR VALLEJO

Sin duda repetía mentalmente aquella última respuesta, de nuevo interrumpida por la explosión que repercutía sin cesar en su cabeza, cuando empujó la puerta con el bastón vacilante y salió a la terraza del hospital marítimo. Por primera vez, después de blancos meses de internación, Martina se encontraba frente al mar de Boulogne-sur-Mer oculto bajo la bruma. Como si tratara de hacer pie, aferró el libro guardado en el bolsillo de la bata humedecida: la voz del oleaje silabeaba la palabra *re cons truc ción*. Apoyó en la baranda el cuerpo tembloroso y, remedando el eco, anotó en la libreta que le colgaba del cuello la palabra *Futuro*. Y, quizás, creyó adivinar el mar abierto como la puerta que había empujado a su paso.

Reconcentrada, cubrió más tarde una página con dibujos de flechitas dirigidas a la palabra *Pasado*. Luego garabateó *Plan* y *Tareas*. Y a continuación comenzó a pergeñar casi todo lo que sigue, que habría de ser ejecutado paso a paso por ella aquí, por su apoderado en Yapeyú y por todos los colaboradores indispensables en uno y otro lado del océano, en un plazo ciertamente indefinido. Su pensión mensual de tullida de guerra sería destinada por entero a la realización de la obra.

"I. Reconstitución del escenario

"Bosquejaré, borraré, corregiré; con ayuda del estudiante de arquitectura postrado en la cama 404, diseñaré, recortaré, armaré y retocaré hasta obtener las maquetas perfectas de cada uno de los cuartos, sala y zaguán, patio y jardín; más el detalle exacto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de baldosas, parquets, marcos, cristales y empapelados. Agregaré el inventario, según color, materia y dimensiones, de colchas, cortinas, alfombras y pantallas, sin olvidar los cuadros (obvio: reproducciones). Después se hará necesario reponer los muebles (imitación del estilo imperio) y la vajilla (traída de Europa por los abuelos) y las carpetitas al crochet y, al fin, los libros (¿cómo lograr la pátina del tiempo?)."

Escribía en la libreta; removía los escombros de la memoria; erigía una casa en el vacío, en el lugar donde una vez hubo una casa.

"Completaré, verificaré los mínimos pormenores y, sólo cuando haya desterrado toda duda, enviaré copias con instrucciones. El apoderado se comprometerá a remitirme regularmente las fotografías de lo reconstruido, a reparar cualquier transgresión del original y a respetar y conseguir la totalidad de los elementos indicados."

¿Cuánto tiempo habría de demorar el comisionista andaluz en despachar los azulejos que eran réplica de los que había habido en el zaguán? ¿Cuántas muestras de voile examinaría Martina antes de decidir la transparencia y el tono marfil que recordaba detrás de las ventanas?

"Ya ocuparán nuevamente su sitio paredes y tejados; ya volverán a relucir alféizares, aldabas y espejos."

El polvo desalojado en Yapeyú iba cayendo lentamente sobre Martina en la terraza del hospital marítimo.

"Cuando tenga ante mis ojos las imágenes finales de la obra, penetraré en la casa familiar intacta."

Haciendo resonar las muletas por los blancos corredores, Martina fue internándose en la espaciosa casa solariega; y se volvía pequeña errando por los cuartos vacíos, en busca de los cuerpos y las voces de antaño.

"II. Puesta en escena

"Será el momento de mi participación directa en la tarea", apuntó con trazos nerviosos. Una emoción largamente olvidada le avivó el rostro polvoriento: se sintió personaje.

"Buscar actriz, encargar decorado, transcribir el texto, recomponer la acción. Le enseñaré a describir minuciosamente cada rincón del escenario verdadero; deberá ensayar los más insignificantes gestos que yo evoque; será preciso improvisar diálogos con actores ausentes. Revivirá lo no vivido ella; lo ya vivido, yo."

No tardaría en convertirse en déspota el personaje, consagrado a dirigir su propio espectáculo.

"Primero necesitaré rescatar viejos retratos de familia del álbum de alguna tía lejana y, en seguida, solicitaré los servicios de una agencia de París."

Varias serían las agencias contratadas, y no pocos los meses que habrían de transcurrir, hasta que una joven empujara la puerta y se asomara a la terraza del hospital marítimo.

"Sudamericana – estudiante de teatro – participación en dos farsas – parecido asombroso con aquella otra joven del retrato." Después de copiar las referencias, Martina consignó:

"Sé que le costará comprender y convencerse. Renunciará a lo primero y en cuanto a lo demás, un buen salario y el viaje con gastos pagos han de ser persuasivos. Es cierto, no le significará promoción; no contará con crítica ni público; nadie, ni siquiera la autora y directora presenciará su actuación. Pero, tendrá sabor a aventura prestigiosa, a bohemia, a creación experimental donde poner a prueba su talento. Mirándolo bien, para realizar eso que ha venido a buscar a París, tendrá que regresar a Sudamérica."

Los exigentes ensayos se prolongarían hasta la proximidad de la fecha prevista para lo que de ningún modo podría llamarse estreno.

"Entonces, la hora de la partida de mi joven actriz habrá llegado."

Martina cerró la libreta, hizo girar las ruedas de la silla ortopédica, abandonó la terraza envuelta en bruma, atravesó los blancos e interminables corredores, entró en su habitación y se enfrentó al espejo. Un hilo de mujer despellejada desde el fondo de una silla de ruedas la miraba, a través del polvo.

"III. Representación"

En el atardecer del día señalado, aniversario de aquel otro en que todo había dejado de ser lo que ahora volvería a ser, la joven repetiría mentalmente el breve texto cuando sacara del bolso el libro nuevo. Martina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mascullaba la que había sido su última respuesta, mientras sacaba del bolsillo de su bata el libro percudido por sus manos y las del tiempo. Estaba alcanzando el momento soñado.

"Dejará el bolso a los pies de la cama conforme a su costumbre; y, a medida que los recorra con la mirada, la colcha de raso verde, los barrotes de bronce de la cabecera, la lámpara de opalina, el espejo biselado del antiguo ropero irán iluminándose. Todo igual, pensará. Saldrá al pasillo con el libro en la mano. Entre rumores de perennes pisadas, se dirigirá al comedor."

Con un leve movimiento de cabeza, Martina pidió a la enfermera que la condujera por los blancos corredores del hospital.

"Entrará en la tibieza de los gestos y las voces familiares: en un ángulo de la mesa, el hermano, de espaldas, lee el diario; en el extremo opuesto, padre y tío juegan al ajedrez, tablero algo inclinado, las piezas negras para el tío. Un poco separada de la mesa la silla del hermano, siempre estira las piernas cuando lee. En el centro verá la fuente de empanadas humeantes; un cenicero repleto de colillas muy cerca del diario, los jazmines recién cortados en el florero azul, sobre el aparador. Le corresponderá colocar vasos y servilletas; y traerá la botella de vino que el padre se encargará de descorchar. Luego irá a la cocina donde la madre se desata el delantal rojo salpicado de harina. Por fin, satisfecha, saldrá al jardín."

La enfermera abrió la puerta que daba a la terraza y empujó hasta la baranda la silla de ruedas. La joven daría diez pasos en puntas de pie y se sentaría en el césped, junto a los jazmines en flor. Una en Boulogne-sur-Mer, la otra en Yapeyú apretaron simultáneamente el libro contra el pecho. "Consultará el reloj." También son las ocho menos cinco en el reloj de pulsera de Martina envuelta en la bruma de esa fría medianoche de invierno. Mediante una seña, le rogó a la enfermera que la dejara sola. Abrió el libro.

"Abrirá el libro en la página marcada y empezará a leer con las últimas luces de ese día de verano que tan bien conozco. Pronto sonará la voz de la madre invitando a la mesa y poco después la pregunta, la última pregunta del hermano:

"—¿Qué estás leyendo Martina?

"Desde el jardín podrá verlos: del otro lado de la ventana abierta, el padre, vestido con una camisa celeste, tiene los brazos cruzados sobre el pecho; de perfil, el tío se acoda en el borde de la mesa; la madre está sentándose; el hermano mira hacia afuera y espera la respuesta."

La joven modularía con entusiasmo su única réplica. Martina, en cambio, repetía esta vez, con una voz raída por la humedad y el polvo, la frase interrupida desde hacía mucho tiempo.

—Estoy leyendo a...

Y volvió a oír la explosión. Y, tal como aquella noche al recuperar el conocimiento, entrevió las ruinas. Sin embargo, entre las letras borroneadas en la libreta, una joven Martina permanecía sentada en el jardín de la casa iluminada para siempre en la última página.

Miró hacia el mar de Boulogne-sur-Mer oculto, igual que ella, bajo la bruma. El libro continuaba abierto sobre su falda.

—Estoy releyendo a César Vallejo —dijo, y se puso a recitar de memoria el poema que allá, en Yapeyú, una joven estaría leyendo por primera vez, envuelta en el oro de un crepúsculo.

© 1987, Cristina Siscar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El tiempo de los milagros no ha terminado.

Brian Aldiss

UNA BALLENA PROPIA

ILUSTRO RAUL FORTIN

Así fue como Feng Xi escapó de su dormitorio en la noche y corrió hacia donde volaban las ballenas.

Esperó a que sus dos hermanos menores estuvieran dormidos y luego, con sigilo, abrió la ventana, se asomó y puso el pie en la saliente de madera del tejado de vidrio. Apoyándose en el alféizar, salió y se llenó los pulmones de aire tibio. No bajaría por allí pues así quebraría un vidrio y despertaría a los padres. No, tenía que avanzar hacia la izquierda, de puntillas por el borde de madera, rozando con el cuerpo la áspera pared de estuco de la casa, aún caliente por el sol del día, hasta que los dedos estirados asieran el caño de desagüe. Dos pasos más, y podría arquearse hacia arriba y trepar al techo. Allí debía cuidarse de no aflojar una teja. Luego era cuestión de encaramarse en la cornisa, con todas las estrellas y todos los planetas del zodíaco ardiendo allá arriba, y deslizarse hasta poder saltar al techo de la casa exterior. Desde allí, bastaba con brincar al suelo por encima de la cerca. Después se llegaba al callejón adonde daba el fondo ciego de las casas, y luego había que correr hacia la libertad, cruzar la carretera, atravesar el silvestre brezal, llegar a los peñascos y bajar por el sendero escarpado –un sendero tan familiar que Feng Xi podía recorrerlo aun a oscuras– hasta las rocas del borde del estuario, con el aire denso y salado en la garganta y el susurrante rugido de las aguas en los oídos.

De noche, el estuario era como un gran animal que suspiraba, retozaba, giraba, roncaba, humeaba, rodaba, galopaba, soñaba, escapaba, embestía, escarbaba, ondulaba, bramaba, saltaba, estallaba, burbujeaba, llamaba desde su lecho.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De noche, era el estuario del niño, su criatura, su chico abandonado, su corriente sanguínea. Él se tendía al lado, columpiando las piernas, abrazando las rocas mojadas, las piedras.

Los hombres no estaban. Los balleneros trabajaban de día. Guiaban sus embarcaciones de aluminio mar adentro, hasta perderse en el resplandor oceánico e internarse en lo desconocido para reaparecer de improviso, remando, remando con afán, las venas prominentes en las caras gachas y los hombros y los brazos, remando, arreando las ballenas. Grandes colas, grandes lomos, labios como los labios de Dios, se elevaban del agua y caían de nuevo mientras las ballenas se apiñaban en aguas más estrechas, resoplando al oler las corrientes lodosas del estuario.

La madre de Feng Xi se detenía con el hijo en el peñasco, mirando, mirando el gran espectáculo semanal de persecución y matanza, apretándose a Feng Xi contra el pecho o, cuando creció, cuando sus hermanos llegaron desde el misterio de la inexistencia al mundo de los vivos, apretándole la mano, mirando, mirando, y a través de la espuma encrespada veía a su hombre, siempre número uno en el bote, siempre con el torso membrudo expuesto a los elementos, a los impestuosos animales. Lo apretaba con un miedo que se manifestaba en sudor. Los hombres morían. Pero desde la infancia Feng Xi no miraba a los hombres sino a esos leviatanes con labios como los de Dios, desde su primera y juguetona aparición con los demonios alineados detrás, cuando se zambullían por mero deporte, seguros de su invulnerabilidad, al amparo de algún poderoso dios-ballena que les había garantizado océano eterno, vida eterna, hasta el último espasmo cuando, en medio de aguas enrojecidas por su propia sangre, se sometían a los arpones que los arrastraban a la negra playa de lo desconocido, donde cesaban todos los dioses y reinaban despojos muertos.

Ahora Feng Xi era demasiado grande para permanecer dócilmente junto a la madre. Se reunía en cambio con muchachos mayores y gritaba y aullaba con ellos mientras se acercaba la carrera del exterminio; y, cuando bajaba la marea, iba con ellos, el número ocho, en el bote largo y precario, hundiendo el remo en el agua indecisa, ávido, frenético, el casco hacia adelante, guiándolo con el cuerpo y con fuerza espiritual sobre los remolinos hasta la pedregosa orilla de enfrente, ida y vuelta.

En la noche fugaz, desde los recovecos rocosos, Feng Xi arrastró su tesoro secreto, su única pertenencia, su único juguete, su segunda vida, el sueño que lo había convertido en parte del gran estuario que circulaba por las venas de Dios: su bote. El casco era de plástico, y un hule plástico le ciñó el cuello cuando, casi horizontal, se alejó remando de las rocas y se lanzó a la correntada. En los inmensos confines de la oscuridad, la costa desapareció casi enseguida.

Pronto la corriente hamacó el casco en su ancha espalda y lo arrastró como una hoja. Feng Xi respiró el hálito del animal.

Así llevado –sólo cuando el alba agrisara las aguas intentaría regresar normalmente a tierra firme y convertirse de nuevo en un joven mamífero– Feng Xi dejó vagar sus pensamientos con el vaivén de la embarcación, del monstruo que guiaba la embarcación. A veces imaginaba que él era el estuario, a veces era los cazadores, audaces en sus botes, a veces era las ballenas, y a veces, ahí donde la embarcación se convertía en el labio de Dios, era una muela de juicio en la sonrisa divina.

Arriba, cuando se dignaba mirar, relucían más muelas de juicio que derramaban su brillo con lluvia para saturarse en las aguas del mar. Feng Xi estaba convencido de que las ballenas podían nadar más allá del desierto de las aguas del horizonte para entrar en el desierto de las estrellas del oeste, elevándose, elevándose sonrientes al firmamento, guiadas por sus grandes timones más allá de la estrella polar hasta lugares donde el universo era profundo como muchos océanos, y los océanos más profundos que universos enteros.

Así que no se sorprendió cuando, esa medianoche, mientras el agua y el universo se movían con su misteriosa precisión, Feng Xi vio una gran ballena bajando del cielo del oeste, dejando una estela babosa entre las estrellas y los planetas del zodíaco. Detuvo el remo, de modo que el agua le lamió la mano, mientras observaba el poderoso animal que bajaba hacia él. Flotaba en asombro y gratitud. Se le ofrecía un atisbo del infinito.

La ballena no parecía moverse, pero venía a gran velocidad. Encima de la enorme cabeza se notaba la punta de la cola. La proa era negra mientras bogaba en el espacio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

chispeante, y los bordes relucían, opacos, potentes, infernales, mientras se zambullía en el fuego para llegar a él.

Abrió la boca, pasmado. ¿Por qué no? Dios abría las fauces, derramando maravillas. ¿Por qué no él? Ahora la ballena celestial tapaba un retazo entero de cielo estrellado. Con el ojo de la mente él ya veía la espumosa turbulencia del descenso. El jubilo ahuyentó el miedo.

Ésta era su ballena, nacida en el cielo, enviada por el cielo.

Las oficinas de Fabrican S. A. estaban empotradas en el urbstak de *Expectativa II* en lo alto de una sinclinal en uno de los dos pétalos del satélite. Ocupaban una superficie barata detrás del Departamento de Euténica, lejos de la luz directa de sol. Las chispas de sol que ardían en el cielo raso de la oficina de Saito Warner llegaban allí por fibras de vidrio.

Aunque enclaustrado en las entrañas del planetoide, Saito Warner luchaba por ser un espíritu libre. Había ejercitado el espíritu en los gimnasios de la credulidad y la incredulidad por más de treinta años, y aún conservaba el ánimo. Aún afrontaba el mundo con valentía y cantaba en la ducha todas las mañanas; pero una fatiga mundana lo invadía, y más que nunca ahora, ante un nuevo desafío y un viejo burócrata.

Encorvando los hombros, Warner discutía –mejor dicho, gruñía y discutía– por telecom con un funcionario de un pe-zeta distante, *Jefferson IX*. Los nueve Planetas Zodiacales del grupo Jefferson se apiñaban en un punto de Lagrange y eran ante todo administrativos; como símbolo de este honor, sus habitantes, varones y mujeres, llevaban la cabeza rasurada, excepto por un mechón de pelo sobre la oreja izquierda, la sede de la sabiduría monitiva.

El viejo burócrata se explayaba, aumentando considerablemente el factor de fatiga mundana de Warner. Sintió que la voluntad de ser feliz lo abandonaba y decidió interrumpir el discurso.

Observando con desánimo el cráneo ganoideo del superior, Warner dijo: –Por favor, no es preciso que me cuente toda la historia de *Clitemnestra*. Entiendo que siempre sufrió una maldición. Envíeme los detalles por la terminal y yo procesaré toda la documentación mientras viajo hacia allá, si debo ir.

–Debe ir. Es urgente –dijo la voz de *Jefferson IX*.

–¿Qué categoría de viaje se me otorga?

–Podemos autorizar un A para prioridad de Viaje y un Doble D para Embarque.

Lo despachaban rumbo a un problema atado de pies y manos por la burocracia.

Warner pulsó el teclado y observó sin alegría los resultados de sus cómputos. –¿Doble D? Una miseria, si la misión es tan importante. Cuando tenga el equipaje a bordo del trasbordador, un embarque D me consentirá un solo asistente... y un asistente delgado, cuando no enclenque.

El funcionario distante suspiró, expresando el martirio de tener que tratar con seres humanos.

–Sabe usted muy bien, Warner, que habrá racionamiento de combustible en los pe-zetas mientras tengamos que exportar a la Tierra. No necesitará más de un asistente en *Clitemnestra*. Usted sólo tendrá que resolver los problemas que encuentre allá. Tendrá que ser Doble D. –En el telecom, ningún cambio en la expresión del funcionario.– Los billetes y la trayectoria se le enviarán en seguida. Cuando su astrólogo dé el vistobueno parta para *Clitemnestra*.

Saito Warner inició un nuevo rezongo, mascándolo con los labios, pero el oficial distante lo interrumpió. –Diga lo que diga mi astrólogo, es una misión peligrosa...

–Algo más. Hay un historiador del arte llamado Ernst Krawstadt que vive solo en *Clitemnestra*. Tráigalo con usted al volver. Tengo órdenes de asegurarme de que esté a salvo.

–¿Cómo lo traeré, con una calificación Doble D?

–Deje allá a su asistente y que él vuelva en una de las naves salvavidas de *Clitemnestra*. Regrese con Krawstadt en su lugar. Recibirá usted un plano donde se indican los puestos de naves salvavidas. ¿Comprende? Eso implica una bonificación.

–Especifique el monto. –Sintió fastidio por usar esa jerga idiota.

–Cinco mil quinientos.

–Veremos. –Pero estaba impresionado, y aplacado por la cifra. Cuando apagó la pantalla, el funcionario calvo se redujo en el telecom, esfumándose en una distancia de minutos-luz, y quedó fuera de su alcance. Su emblema se desplegó un nanosegundo para ser examinado por el computador de Fabrican: luego reinó la noche electrónica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mirando su reloj de pulsera, Saito Warner cruzó la oficina y se dirigió a la sala de relax, que estaba vacía a esa hora. Había un predestímetro Smics contra una pared. Warner le sonrió alentadoramente y apoyó las palmas en las palmas de plástico del aparato. La máquina analizó lo que encontró allí, zumbó, y le entregó una tarjeta que predecía cómo serían sus próximas veinticuatro horas.

Al parecer un día exótico acechaba entre las frases ambiguas del predestímetro:

La duda trae problemas habituales en el costado
Nuevo compañero puede conducir a un viaje
No deje que la discusión lo desvíe de su propósito
El trabajo presentará dificultades estimulantes
Se prevé agua. Elévese sobre ella
Todo desvío que puede ser peligroso
Pero mayor problema surge de error humano
La visión puede enturbiarse pero usted verá
Ante la duda eluda aberturas obvias
La vigilia insomne es necesaria para la seguridad
Tal vez experimente una caída seria
Encontrará lo que busca

OPCIONES: Cruciales LUEGO: sólo 62 puntos

Warner leyó dos veces la tarjeta, se rascó la cadera con el pulgar y miró vagamente alrededor. Un sesenta y dos por ciento de probabilidades de que los acontecimientos predichos ocurrieran significaba poco; todo podía cumplirse si él hacía las opciones correctas (cruciales), o eso afirmaban los fabricantes del predestímetro. El escepticismo siempre estaba presente. La existencia aún no era una ciencia exacta. No obstante, la tarjeta representaba una de las más esperanzadas ciencias nuevas entre las muchas que proliferaban en los pe-zetas; valía la pena tener predicciones día tras día. Aunque sonaran alarmantes si se tomaban frase por frase.

Miró la tarjeta una vez más y se la guardó en el bolsillo, sonriendo para ocultar ante sí mismo su agitación.

–¿*Qué* busco? –se preguntó–. ¿Mujeres? ¿Dinero? ¿A Dios? ¿Emociones? ¿El regreso a la Tierra? –Al menos parecía haber una ruptura con su tediosa rutina, pese a la deliberada vaguedad del lenguaje.

Estaba de buen humor cuando llamó a su astrólogo personal.

El astrólogo era judeo-japonés, y se acariciaba una desaliñada barba mientras leía las coordenadas de Warner en el horóscopo. –Bien, personalmente está usted al pelo, Saito –admitió a regañadientes–, y el viaje podría traerle provecho, financiero y espiritual. Pero *Expectativa II* está en una curiosa posición astral, con Urano enfrentado a Titán en la quinta declinación y un regateo subjetivo encima de la cuarta casa. Con la Tierra en oposición a Tauro (el signo de lanzamiento de *Expectativa*) usted podría enfrentar un inesperado colapso del proyecto.

Warner siempre se impacientaba con los pezetáscopos, que últimamente estaban en boga en los grupos de *Expectativa* y sus vecinos.

–Optaré por la claridad personal –dijo sonriendo, firmando con su emblema para despedirse–. Gracias por la advertencia.

Saito Warner era un hombre compacto de buena musculatura y semblante afable, que ocultaba sus pensamientos a menudo solemnes. Era de ascendencia japonesa y norteamericana, había llegado a los pezetas seis años atrás, y había escalado hasta llegar a ingeniero jefe de sistemas Zeta en Fabrican. El éxito lo ataba cada vez más a su escritorio, y lo deprimía. La posibilidad de acción lo hacía sonreír, ahora, mientras bajaba por el ofitrak a Personal y solicitaba un asistente para la misión en *Clitemnestra*.

Preguntó por Jazz Mallard, el mejor en el oficio.

Mallard apareció en pantalla con aire compungido. –No me atrevo a salir esta mañana, jefe. Dos estrellas superpuestas en mi tarjeta de hoy, con alto cociente de probabilidades. Lo lamento. Soy esclavo de los astros.

–Pensé que aún creías en el Dios cristiano, Jazz.

–En efecto, pero Dios no siempre acude, y menos con altos cocientes de superposición. –Ladeó la cabeza, como comprendiendo a Dios en las circunstancias.

–Y tú aquí en Su zona de energía libre... ¿qué más quieres? –Warner sonrió para ocultar su impaciencia. La gente debería creer en lo que creía y olvidar las medias tintas; vivir en las zonas confinadas de los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

planetoides era malo para las decisiones.

–Dios no inventó el concepto de una zona de libre energía, Saito. El hombre lo hizo.

–¿Quién inventó al hombre?

La cara melancólica del telecom dijo: –La creencia en Dios nunca debería ser infinita, a mi juicio. Por eso consulto tanto a los astrólogos como a los sacerdotes. La creencia infinita en Dios conduce a los milagros y similares contradicciones de las leyes físicas del universo, algo que nadie necesita. O conduce a posiciones filosóficas absurdas, como ese fulano del siglo diecinueve que creía que Dios colocaba fósiles en las rocas para poner a prueba la fe religiosa de la humanidad... Eh, Saito, ¿estás bien?

La pregunta era causada por el repentino rictus de dolor de Warner, quien se aferró el costado izquierdo y se arqueó, de modo que ya no era visible en el telecom de Jazz Mallard.

Jadeando, se enderezó despacio, atento a un nuevo espasmo. Atinó a sonreír ante Mallard.

–Estoy bien... Una vieja herida, o la intervención de Dios. ¿Dios interviene así de repente?

–Sucedió camino a Damasco. –Mallard aún tenía cara de preocupado.

–Bien, yo voy camino a *Clitemnestra* –dijo Warner, sin más ganas de bromear, y cortó la conexión. Se quedó quieto un instante, palpándose las costillas.

La duda trae problemas habituales en el costado

El dolor era psicosomático, causado por alguna observación de Mallard, y basado en un acontecimiento físico de dos años atrás. Hacía dos años Saito se había presentado en el hospital, urgido por dolores sordos en el costado izquierdo. Le administraron anestesia de acupuntura cuando sus signos fueron propicios, y los cirujanos le extirparon de entre las costillas un quiste del tamaño de una pelota de tenis. Le dijeron a Warner que el quiste había crecido lentamente desde el día de su nacimiento. Era un fragmento de materia mal situada que formaba una incongruencia dentro del sistema. Los cirujanos partieron el quiste ante sus ojos, como un huevo.

Una bocanada de fuego y azufre impregnó el cuarto. Dentro de la tectita anatómica crecían pelos y dientes. Las dos mitades se abrieron ante él como dos bocas rugosas que con el tiempo lo habrían devorado.

Apoyándose en la pared, recordó sus emociones de pecado y vergüenza en esa ocasión; ahora advertía que el pecado había sido de los cirujanos, que nunca deberían haber permitido tal revelación en tal momento.

Sumido en pensamientos sombríos, permitió a Personal que contratara al primer asistente libre con quien pudieran comunicarse. Cuando le dijeron que el asistente lo encontraría en el trasbordador, Warner cabeceó hurañamente y fue a empacar su maleta y a solicitar equipo en los depósitos.

Tenía un vacío de incredulidad; tal vez Dios crecía dentro de él como un quiste. Lo que en verdad necesitaba era un milagro. Pero el predestímetro no había dicho nada en ese sentido.

El asistente era un hombre tristón y encorvado de mediana edad y de origen escandinavo, llamado Sven Kevins. Warner había trabajado antes con él, y recordaba su costumbre de silbar entre dientes. Con todo, Kevins era un ingeniero eficaz. Warner sonrió y le dio la mano.

Se encontraron en Puerto Expect, donde una locura postrococó había poseído a los diseñadores. En el cielo raso abovedado, columnas falsas estallaban en lluvias de flores y pétalos grotescos. Uno llegaba a la puerta de despegue por una parodia herbácea de la naturaleza que había quedado atrás en la Tierra.

La nave los esperaba. Como viajaban entre los pe-zetas, usaron el puerto de cabotaje, y se libraron de las atenciones de Aduana, Control Médico y Expatriación. Sólo Ecología los detuvo, para limpiarles los organismos biológicos más grandes antes del ascenso al trasbordador.

Nuevo compañero puede conducir a un viaje ¡Baja precisión!

Los magnates de *Jefferson IX* ya habían programado la trayectoria del trasbordador. Una vez que los dos hombres se ciñeron el cinturón y llegó la señal local de Tránsito, la nave cobró impulso. Viajaría por su cuenta hasta el averiado *Clitemnestra*. Los grandes labios del hangar se abrieron ante ellos, y se desplazaron hacia un centelleo de luz.

Expectativa dejó de ser un mundo para convertirse en un concepto matemático basado en los imperativos estructurales de una tulipa. Mientras el planetoide se encogía, la pantalla se opacó para reducir el brillo del sol. Las otras *Expectativas* estu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FORTÍN 86

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vieron a la vista, embarcaciones impulsadas por un flujo perpetuo de energía, maniobrando eternamente en su punto de libración.

Warner se puso a leer sus planes de trabajo. Kevins silbaba despacio. Más allá de sus cabezas, el plano de los Planetas Zodiacales chispeaba alrededor de la Tierra como una versión comercial de los anillos de Saturno. El trasbordador se elevó del plano en un curso preprogramado, hasta que a lo lejos Ceres emergió de la sombra de la Tierra: el asteroide había sido capturado y utilizado como guía exterior para anclar en su sitio las flotillas de pe-zetas. En cuanto a esas fichas de póquer, hasta tal punto dependían de las teorías de los técnicos que un ojo experto podía distinguirlas por la forma antes que por la señal de identificación. Cada año, las teorías cambiaban; computadoras obedientes habían alargado los ejes centrales o desfigurado secciones cónicas hasta darles configuración de toroide o dodecaedro. Los cascos de esos mundillos formaban estratos geológicos de modas en pericia satelitaria.

Entre esas formas exóticas se desplazaban naves. Los perfiles de las naves también llevaban la rúbrica de las cambiantes ideas de la humanidad, antes que de inmutables leyes universales. Entraban y salían como polillas de la sierra circular de los pe-zetas.

–Buen ejemplo de situología –dijo Kevins, señalando el fulgurante panorama exterior.

–Ajá –convino Warner, sin apartar los ojos de su carpeta. Las disfunciones de *Clitemnestra* eran de larga data.

–Usted sabe, situología... la ciencia de la preparación ante las situaciones creadas por los organismos antes que la situación exista.

–Mmm. –El ámbito cerrado de los pezetas había generado tantas ciencias nuevas como religiones. Warner continuó leyendo su plan de trabajo. *Clitemnestra* por cierto tenía problemas; al fin lo habían evacuado dos años atrás.

–La situología es un desafío para el darwinismo –dijo Kevins, aclarándose la garganta y mirando de soslayo a Warner, quien fijaba los ojos en su material de lectura.

–La situología estudia el modo en que los ámbitos creados por el hombre se han vuelto cada vez más complejos con los años. La opinión común era que la humanidad ya no dominaba su ambiente, que las complejidades la abrumaban. La situología demuestra lo contrario. El hombre prehistórico anhelaba un ambiente más complejo; él determinó la estructura de nuestro mundo. Nosotros satisfacemos *su* deseo de complejidad al tiempo que planificamos para niveles más elevados. Por ejemplo, inventamos computadoras para controlar la complejidad presente, y luego las computadoras multiplican esa complejidad. Pero las pruebas experimentales indican que podríamos tolerar situaciones de una complejidad más de cien veces mayor. El viaje temporal ilimitado sería el ideal humano.

–Mmm. ¿De veras?

–Estoy siguiendo un curso nocturno de situología.

Abandonando sus escritos, Warner se volvió hacia él. –Tengo órdenes de dejarlo en *Clitemnestra* a cambio de un historiador de arte que está allí ilegalmente. Un fastidio para usted y para mí. Pero son órdenes del gobierno. Si tan sólo nos hubieran dado más combustible y programado un pasajero más, mi vida sería más simple. *Clitemnestra* es un viejo canasto agujereado donde nadie quiere estar. ¿La situología diría que yo interiormente deseaba complicarme la vida de ese modo?

–Eh... creo que la situología diría que las complicaciones gubernamentales se atienen a la norma, como decimos nosotros. No cometa el común error de ver sus relaciones con el gobierno como una situación de Nosotros-Ellos. Ellos también son Nosotros, acordes con nuestras propias normas de complejidad, y nosotros nos comportaríamos como ellos de estar en su situación. El carácter es infinitamente mutable. Pero desde luego no quiero que me deje en *Clitemnestra*, gracias. Tengo entendido que es una calamidad... casi totalmente anegado y a la deriva fuera de órbita.

–De eso quería hablarle.

Estaban de vuelta en el plano de la eclíptica. Las fachadas palaciegas de las *Ingratitudes* pasaron frente a ellos, cubiertas por sombras corintias.

–Se nos ha encomendado la reparación de *Clitemnestra*.

El hombre guardó silencio y se puso a silbar entre dientes.

–¿Qué opina de los fósiles en las rocas terrestres? –dijo Warner–. Alguien me contó que un fulano del siglo diecinueve afirmó

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que Dios los había colocado allí para poner a prueba la fe de la humanidad. Allí estaban, esperando a que la gente los desenterrara y resolviera la situación.

–La existencia o inexistencia de Dios no es importante, pues no hay prueba capaz de satisfacer a todos en uno u otro sentido. La situología diría que los fósiles estuvieron siempre allí y a menudo la gente tropezó con ellos con el correr del tiempo, pero sólo los pudo reconocer por lo que eran cuando la civilización alcanzó cierto nivel de complejidad. Supongamos que ahora se descubrieran fósiles totalmente nuevos en una roca totalmente inesperada. En rocas recientes, digamos, postcenozoicas. Entonces tendríamos un nuevo y ansiado nivel de complejidad en que ocuparnos.

–Semejante hallazgo alteraría por completo nuestra imagen del mundo. –Warner pensó de nuevo en los dientes amarillos en hilera entre encías de piedra y tosco pelo negro. Otra clase de fósil. Lentamente advertía que el quiste le había alterado su imagen del mundo.

–Nos adaptaríamos de prisa –dijo Kevins, frotándose las manos.

El gesto fastidió a Warner. –Situología... la intromisión del simio para justificar su intromisión –dijo.

No deje que la discusión lo desvíe de su propósito

Kevins se puso a silbar entre dientes.

Clitemnestra tenía forma de cigarro con una hendidura en la punta. Muy funcional. Rotaba alrededor de su largo eje. El muelle principal estaba situado en el ápice de la hendidura. La nave adaptó su velocidad a la del pe-zeta y bajó en espiral hacia el bostezo que se abría en el ápice.

La mayoría de los pe-zetas habían sido construidos por la empresa privada, bajo la presión de la crisis energética. Aquí el sol irradiaba energía eterna; pero ni siquiera aquí era gratuita, sino que había que trabajar por ella. Había que modelar las vidas, tal como habían sido modelados los pezetas para obtener la máxima ventaja.

Clitemnestra había sido diseñado como estación agrícola cuando predominaba la simplista teoría de los pe-zetas monoproductivos. Proclamaba su edad en las manchas y abolladuras que le desfiguraban el casco.

El trasbordador entró en el muelle con resignación matemática. El casco exterior se cerró mientras la nave adoptaba un curso inercial. El bombeo de atmósfera en el compartimiento produjo siseos espasmódicos que evocaban el silbido entre dientes de Kevins.

Saito Warner salió a cubierta. Escuchó. Un goteo.

Caminó hacia un pequeño charco en formación. Las gotas de humedad caían de las láminas plásticas del alto cielo raso, bajando en un arco contrario al avence de *Clitemnestra*. Más allá había otro ruido más difícil de identificar. Parecía un océano en un tanque.

–Vamos, Sven –dijo Warner–. Manos a la obra.

Kevins se asomó por la compuerta de la nave.

–No bajaré de aquí para que me abandonen.

–Hablaremos del tema después de encontrar a ese tal Krawstadt.

–¿Y cuándo será eso?

–Primero tenemos trabajo que hacer. Este pe-zeta se está volviendo inestable. Es un peligro para el sistema. Si usted se niega a trabajar, pierde su empleo, y la situología no le servirá de mucho. Salga, hombre, de prisa.

Kevins bajó y probó la resistencia de la cubierta mediante un brinco, un procedimiento poco eficaz en baja gravedad. Puso mal ceño, y luego abrió obedientemente los gabinetes laterales y se quedó mirando mientras el equipo se apilaba en un carro eléctrico. Entretanto, Warner abrió las puertas interiores. Soplaron brisas que traían el ruido de un líquido gorgoteante en un estómago hueco.

Warner avanzó hojeando los planos del pe-zeta que acompañaban sus órdenes impresas y escudriñando la creciente oscuridad. Sonrió para demostrar alegría.

Clitemnestra había operado durante cuatro décadas. Proclamaba su obsolescencia. Construido antes que los metales monomoleculares fueran fáciles de obtener, el sistema de resistencia interna sucumbía ante la fatiga, como fue obvio en cuanto los dos hombres abandonaron la zona de ingreso. Los corredores se arqueaban en peligrosos declives jamás planeados por los diseñadores.

El trabajo presentará dificultades estimulantes Recibido. Sonrisa.

Los dramas acerca de pe-zetas inconclu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sos o abandonados eran un lugar común de los programas del difusor. Aquí había uno en la vida real. La excitación artificial de los difusores fue reemplazada por la melancolía y la intuición del peligro. La gravedad de 1/20 g. inducida centrífugamente, aumentaba la sensación de irrealidad.

Sentados en el carro de transporte, los hombres avanzaron despacio. Warner encendió los faros delanteros. De vez en cuando examinaba el indicador de gases. El aire era rico en oxígeno. Olía a ácidos, médula ósea y hongos.

–¿Alguna vez le pasó algo divertido, Sven? –preguntó Warner.

–Mi madre murió un verano cuando yo tenía ocho años, en Suecia. ¿Y sabe una cosa? Mi padre no permitió que la enterraran hasta el primer día de neblina, que fue dos meses más tarde. ¿No es gracioso? Justo estaba pensando en eso.

–¿Por qué lo hizo?

–Oh, él pensaba que la niebla aumentaba el misterio de la muerte, supongo.

Se detuvieron cuando vieron agua en el corredor. En ambos lados había tiendas con los vidrios astillados o rajados. Habían saqueado los escaparates. Estaban cubiertos de polvo. Volaban desechos en el aire. Warner vio en el plano que la oficina agrícola y la estación de vuelo estaban adelante, con las viejas granjas más allá. El agua tendría allí mayor profundidad.

Sin decir palabra, Kevins miró el mapa que le mostraba Warner. Sin decir palabra, Warner señaló por donde debían ir. La sala de operaciones era de fácil acceso mediante ascensores que subían desde la estación de vuelo. Necesitaban llegar a la sala de operaciones.

–Saque el bote –le dijo a Kevins.

–Este pe-zeta no tiene remedio –dijo Kevins–. Todos lo saben. Así que no hagamos nada heroico.

–No hay nada heroico en ir a la sala de operaciones. El informe de *Jefferson* especifica que *Clitemnestra* se está saliendo de órbita. Es una amenaza para el tráfico, y Fabricans ordena eliminar el peligro de un modo u otro.

–¿Y eso qué significa, exactamente? Para mí suena heroico.

–Sven, saque el bote, por favor.

En cuanto el bote salió del carro y tiraron del cordón, comenzó a inflarse. Los hombres le sujetaron el motor fuera de borda. Warner puso a bordo una caja de herramientas, botaron la embarcación y la abordaron. Sven silbaba entre dientes.

El faro delantero alumbraba apenas en el recinto reverberante. Se adentraban en la garganta de una ballena gigante, y el agua era cada vez más profunda bajo la quilla. Las olas se apartaban despacio y alcanzaban una altura onírica mientras quedaban atrás. Culebreos aceitosos reflejaron la luz cuando entraron en un cilindro de agua. El agua de arriba reflejaba el sonido además de la luz.

A cierta distancia las aguas estaban divididas por una arcada que bajaba en declive. En un tiempo había separado la sala agrícola de la zona de recreación de la estación de vuelo. Mientras pasaban debajo, la temperatura descendió notablemente, y una verdadera borrasca les arrojó lluvia en la cara.

No sólo empeoró la visibilidad; se encontraron encerrados en un tubo de agua. La lluvia era absorbida por el extremo opuesto del tubo. Les soplaba en los ojos y la boca.

En el agua flotaban toda clase de desechos, a los costados y arriba. Una gran parte se acumulaba alrededor de los ascensores centrales, cuya hilera de tubos de glasplex hendía la tormenta. Al cabo de un rato atracaron al lado de los tubos y amarraron el bote.

Lo que ahora ocupaba el agua en tiempos normales lo había ocupado el aire. Pero la aerobacia había sido un deporte favorito en la terminal de vuelo. En consecuencia, los conductos tenían entradas no sólo arriba y abajo sino a mitad de camino. Warner forzó una puerta por encima del nivel del agua y alumbró el conducto con la linterna. El agua no había entrado.

Se echó la caja de herramientas bajo el brazo. –Vamos –dijo.

–No me gusta –dijo Kevins, siguiéndolo–. Demasiado heroico para mí.

–Ésta es una de esas situaciones complejas ideales para estudiantes de situología.

Se prevé agua. Elévese sobre ella Eso se proponía hacer.

Subió por el tubo ayudándose con las piernas, moviéndose despacio, corrigiendo el vuelo con manotazos y puntapiés contra los costados. El tubo se arqueó, poniéndose primero horizontal y bajando luego, y War-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ner aterrizó ligeramente, rodando de cabeza en la burbuja acolchada.

Tenían tres salidas para escoger. Dos estaban debajo del agua. Tomaron la tercera y salieron a un trak que los llevó a la sala de operaciones.

En la sala de operaciones las luces del cielo raso aún funcionaban. Kevins quitó la pantalla de una ventana curva. La luz del sol los inundó desde el espacio, haciendo florecer los blancos y cerezas de las alfombras y el tapizado. Las flores murieron al instante cuando la luz del sol se opacó de nuevo para regresar un momento después: uno de los pe-zetas acababa de completar su tránsito solar.

–Pasó cerca –dijo Kevins, y fue a mirar cautamente por una tronera. La sala de operaciones estaba encaramada en la frente de *Clitemnestra*, y dominaba un panorama de las atestadas rutas solares, las rutas solares que generaciones anteriores de la humanidad sólo habían conocido como espacio. Como sabían donde estaban, Kevins casi pudo ver los torrentes de radiación y partículas por donde se desplazaban los pe-zetas.

Warner ni miró el mundo exterior. Dejando la caja de herramientas, se acercó a los bancos de controles y pasó la mano sobre ellos. En la mayoría de los casos obtuvo lecturas. Mientras un pe-zeta –aun abandonado– siguiera una órbita, los paneles garantizaban energía para que su tecnología funcionara.

Cuando comenzó a alimentar con cifras su propia computadora, Kevins se acercó a mirar.

–¿Qué fue esa tormenta que atravesamos allá abajo? –preguntó–. ¿Chocamos con una piscina en fuga?

–Peor que eso. *Clitemnestra* es un barco que se hunde. Literalmente. Está haciendo agua.

Kevins rió incrédulamente. –Me toma el pelo. Un *Titanic* del espacio...

–Y además tenemos algunos témpanos frágiles alrededor –dijo Warner con el ceño fruncido, estudiando un gráfico que parpadeaba en la pantalla–. Revise la desviación orbital, por favor.

Kevins se puso a trabajar con el grabador de órbitas, reproduciendo las huellas de años pasados en que el pe-zeta no había recibido ningún visitante, excepto tal vez piratas del cielo o algún ermitaño. Mientras trabajaba en el teclado, silbaba sin melodía. Cuando obtuvo resultados miró a Warner, que estaba ocupado. El tránsito de otro pe-zeta arrojó una breve sombra sobre la larga habitación.

Encogiéndose de hombros, Kevins se acercó a los monitores seriados que daban acceso visual a todo el pe-zeta. La mayoría todavía trabajaban automáticamente; las cámaras de TV, diseñadas para funcionar en el vacío, operaban aun sumergidas en el agua. Había pantallas opacadas por el agua, pantallas oscurecidas por fallas en los circuitos de luz, pantallas que mostraban exóticas perspectivas de corredores, habitaciones, oficinas, máquinas, depósitos, todos ellos desiertos. Una llovizna caía en cabinas y armarios. Kevins caminó a lo largo de los anaqueles, encendiendo cada pantalla, creando desde la nada una compleja perspectiva de desolación más sobrecogedora que el páramo más remoto de la Tierra. Sólo faltaba la niebla.

Encendió el intercom.

–Hola, hola. Aquí Fabrican. Se advierte a todo residente de *Clitemnestra* que se prepare para evacuar. Muéstrese en una pantalla, por favor. Ernst Krawstadt, si está usted a bordo, muéstrese, por favor. Queremos que se dirija de inmediato al compartimiento de salida.

Escrutó las hileras de monitores. Nada se movía en ninguna parte, excepto las letanías de agua. Vacío, basura, corredores, rincones, lluvia, deterioro...

Warner trepó al tablero de instrumentos, estiró el brazo y arrancó una sección del cielo raso aterciopelado, exponiendo un panel de plástico adosado a la cubierta de la estructura de la sala. Cuando Warner corrió las cuatro argollas de seguridad, el panel se desprendió. En la abertura se veía un tramo de otra cubierta. Alzándose, Warner asomó la cabeza y escuchó.

Oyó un rumor de agua.

Encima de la cabeza tenía otro panel, mejor asegurado, con un letrero de advertencia.

Miró hacia abajo, Kevins se había acercado.

–Como me imaginé, está lloviendo –dijo– ¿Qué le parece?

Kevins se frotó la nariz. –Pensé que las tormentas de los pe-zetas eran un invento del difudrama. Las temperaturas contrastantes de la sala y la terminal explicarían los vientos que encontramos, pero...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

–Correcto. Los ingenieros de los pe-zetas primitivos como éste gustaban de las grandes superficies abiertas y los techos altos, para impedir claustrofobia. Lo que obtuvieron fue un caprichoso ciclo climático interno. A fin de cuentas, jugaban a ser Dios, y creaban sus propios minimundos. Se les formaba un miniclima por añadidura. Siempre ha sido muy difícil controlar la circulación del aire. Hoy día, preferimos techos más bajos y gravitación más alta para combatir el problema.

Irguió la cabeza hacia el panel con la advertencia. Estaba empotrado en el revestimiento exterior del pe-zeta, una corteza plástica que en algunos sitios tenía metros de grosor; más allá estaba la piel exterior metálica del planetoide.

Hizo girar el cierre del panel con una llave. Mientras abría, el panel se aflojó y Warner lo levantó. El agua le cayó despacio en la cabeza. Gruñó de satisfacción.

Bajó y se detuvo junto a Kevins, guardando la llave. Flotaban gotas de agua en la sala de operaciones, extendiéndose gradualmente sobre la alfombra.

–Ése es el problema –dijo Warner–. El casco deja entrar agua. El *Clitemnestra* es un *Titanic*, como dice usted. Se está hundiendo.

–Sí, pero yo lo decía sarcásticamente.

Warner apuntó la linterna hacia arriba para alumbrar un pequeño cuadrado del casco exterior a través de la abertura que él había hecho. Allí el casco estaba formado por pequeñas secciones romboidales, y cada rombo tenía un pezón en el medio. De cada pezón goteaba agua.

–¿Ve esos rombos? Son tejas hidrolíticas. *Clitemnestra* fue diseñado como factoría agrícola. Su función era cultivar y exportar alimentos a otros pe-zetas. Siempre tendría escasez de agua, pues las hortalizas son agua en más de un noventa por ciento. Los dioses encargados de la construcción aumentaron la cantidad de agua disponible. Sujetos inventivos. Construyeron varios tramos de tejas hidrolíticas en el casco. Allí arriba tiene una. Las tejas absorben hidrógeno y oxígeno de las rutas solares, y reciben energía por las diferenciales de calor entre las diversas capas constitutivas de cada teja. El resultado es una precipitación de H_2O en la superficie interna de la teja, que cae en depósitos por tubos conectados a esos pezones centrales. Los tubos se han arruinado, pero los regalos del cielo continúan, y se filtran en alguna parte del ecosistema.

–¿De modo que sólo hay que desconectar las tejas?

Warner meneó la cabeza.–Son automáticas. Las tejas se parecen a los famosos fósiles de dinosaurio en las rocas; son fósiles de una manera de pensar. Los ingenieros pensaban que el futuro permanecería inalterable, aunque tenían pruebas de lo contrario. En cuanto otros pe-zetas se diversificaron, el monocultivo aquí estuvo en apuros, y en cuanto bajaron las exportaciones de alimentos hubo un exceso de agua imposible de detener. Nadie había pensado en eso. Estamos varados en un lavarropa que se llena directamente desde el caño, sin grifos. Y que carece de drenaje.

–No exactamente varados. Desvarados. –Alargando aun más la cara melancólica, Kevin dijo:– Venga a mirar el grabador de órbitas. La masa de agua adicional está reduciendo considerablemente la velocidad del *Clitemnestra*.

Enfrentaron las pruebas. Los gráficos revelaban que la posición había caído cuatro grados respecto de la órbita prescrita. La divergencia aumentaba exponencialmente.

Todo desvío puede ser peligroso

Sin comentarios. Warner pulsó el teclado para obtener una extrapolación del curso. Recibió la misma lectura que había recibido Kevins. En veinte horas, *Clitemnestra* chocaría tangencialmente con una RAGAV (Radio Antena Geométrica Automática Variable) no tripulada de varios kilómetros de longitud.

–Ahora entiendo a qué se refería *Jefferson* –dijo Kevins, moviéndose con aprensión.

–Si *Clitemnestra* choca con esa RAGAV, los restos se dispersarán poniendo en peligro todo el sistema de Planetas Zodiacales. –Se aferró el costado.

–¿Qué sugiere *Jefferson*?

–Sugiere lo que sugirió antes. Sólo ahora que el problema se convirtió en emergencia tuvieron agallas para transformar la sugerencia en una orden. Tenemos que expulsar el agua de *Clitemnestra* al espacio.

Se volvió para ver qué había llamado la atención de Kevins. En un grupo de pantallas lejanas se notaba movimiento. Un hombre corría furtivamente por las honduras del urbstak.

Diversos monitores mostraban al extra-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ño desde diversos ángulos, en primeros planos y panorámicas. Cuando Kevins encendió un holográmico del pe-zeta, la posición del hombre fue señalada por un punto de luz móvil. Eludiendo las zonas anegadas, atravesaba un distrito residencial rumbo al salón agrícola. Iba de la luz a la sombra, y luego volvía adonde la iluminación aún funcionaba.

El hombre tenía unos treinta y cinco años, y la estatura era inferior a la media. Tenía una cara aguda y alerta. Llevaba una maleta. Miraba constantemente alrededor.

Un panel se abrió. El hombre entró en una zona de oscuridad y se perdió de vista. Las pantallas mostraron otra vez un mundo despoblado. Disgustado, Kevins señaló las pantallas sin imagen.

–Está en alguna parte donde ha fallado un circuito. El rastreo también se ha interrumpido. Deberíamos captarlo de nuevo en un minuto. Debe de ser Krawstadt. ¿Le hablamos cuando reaparezca?

–Yo le hablaré. –Warner se acercó al sistema de comunicaciones y dijo:– ¿Me oye, Krawstadt? Responda, por favor. Habla Fabrican. Estamos evacuando el pe-zeta. La vida de usted corre peligro. Responda, por favor.

Su propia voz retornó por el sistema de monitorización, ecos distorsionados de la caja de resonancia del urbstak desierto.

Ninguna respuesta.

Esperaron, turbados por la furtiva aparición y desaparición del extraño. Luego los monitores lo captaron de nuevo. Estaba en un nivel superior, escurriéndose por una zona comercial devastada. El rastreador del holográmico lo mostraba más allá del salón agrícola. Se dirigía al muelle principal.

Warner y Kevins advirtieron simultáneamente qué sucedía.

Le gritaron a Krawstadt, pero el fugitivo no se detuvo.

–Tenemos que impedir que tome nuestra nave –dijo Kevins.

–En los hangares debe haber naves salvavidas que podamos usar, a proa y popa –dijo Warner. Pero siguió a Kevins al trote. Abandonando las herramientas, subieron por el tubo del ascensor hasta donde habían amarrado el bote. La tormenta parecía más intensa. Hicieron girar la proa y surcaron el turbulento cilindro inundado. Las olas se curvaban como la espiral de un sacarchorchos bajo el efecto de Coriolis, como tratando de introducirlos en el cuello de una botella infinita. Ninguno de los dos hablaba. Warner iba de pie, las piernas tensas, el cuerpo fornido rígido contra la lluvia.

Cuando el bote entró en el salón agrícola, la tormenta disminuyó de golpe. Llegaron a aguas menos profundas y cortaron la energía. Cuando llegaron al sitio donde habían dejado el carro, la lluvia cesó. Estaba mucho más caluroso. Arrastraron el bote a la cubierta.

Corrieron juntos por el camino que habían tomado al principio.

La puerta doble del compartimiento estaba cerrada. Las sirenas ululaban y las luces de advertencia relampagueaban. Recibieron el aullido y el rápido parpadeo amarillo reflejado en ventanas rotas antes de doblar el recodo de la sala de recepción. Krawstadt se disponía a despegar en el trasbordador, más allá de las puertas de la cámara de presión. Habían llegado tarde por un instante.

Pero mayor problema surge de error humano El predestímetro sabía de qué hablaba.

Se detuvieron junto a la puerta, escuchando el ruido de la aceleración. Un telecom cercano, rajado pero en funcionamiento, les mostró una visión desde arriba de la nave de Fabrican despegando mientras el casco se abría ante ella. Warner se aferró el costado con súbito dolor. El error humano era de él.

Un instante después un estrépito los alarmó. El pe-zeta se sacudió y las reverberaciones se esfumaron en las sombras. Kevins perdió el equilibrio y cayó.

–¿Qué...?

–El idiota usó la aceleración manual en su apuro por largarse –dijo Warner–. Chocó contra las puertas exteriores al pasar.

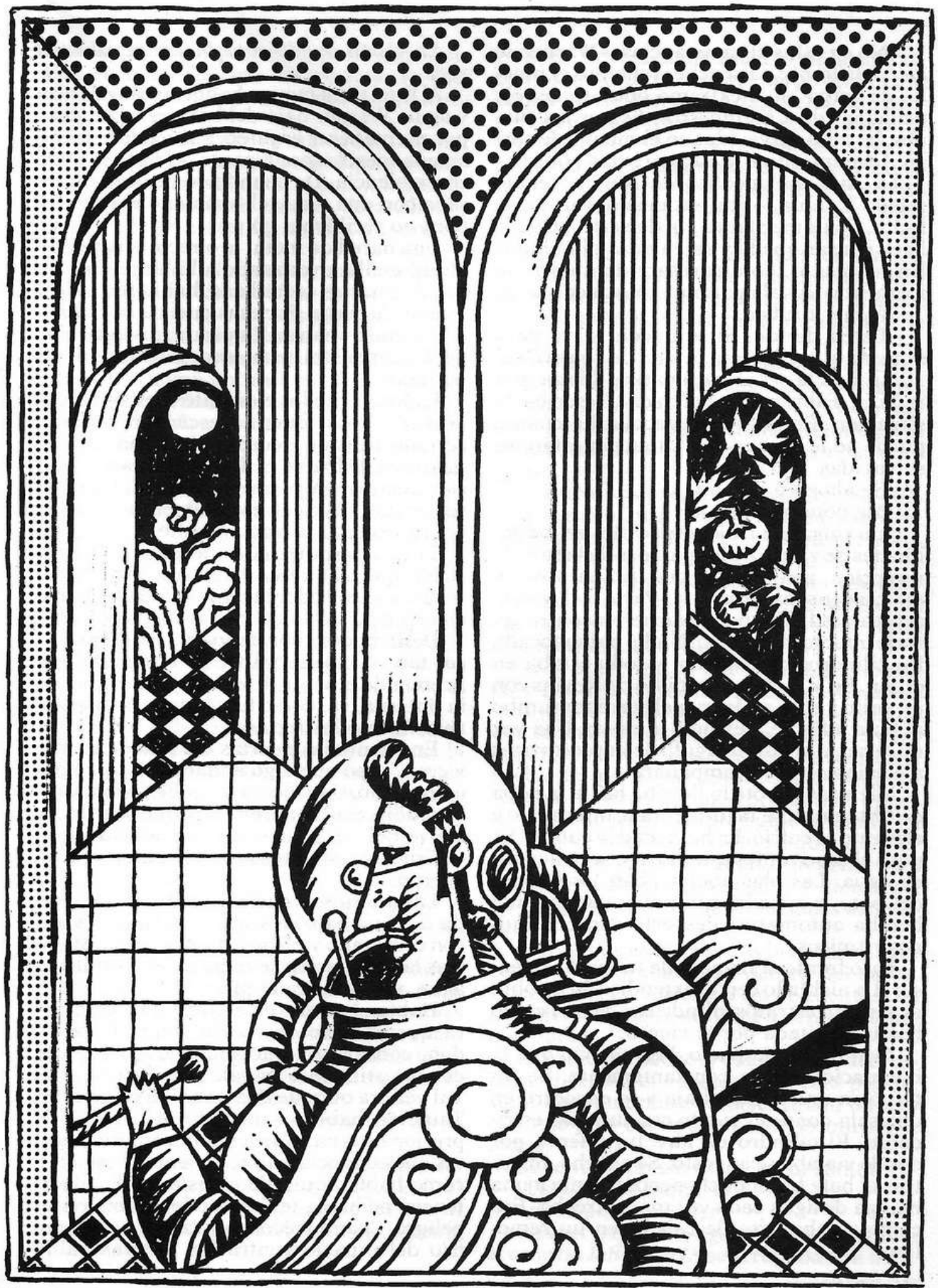
Observaron el telecom mientras la humareda se disipaba en el compartimiento. La nave había salido, aunque no sabían con cuánto daño. Las puertas del casco estaban retorcidas y abiertas como una boca ebria y risueña. Las sirenas y luces de advertencia seguían operando, las puertas interiores seguían cerradas.

Warner dio un puñetazo a la puerta.

–Ahora no podremos entrar en el muelle. Los salvavidas están aquí. Estamos varados en una nave que se hunde.

–Usted planeaba dejarme aquí, de todos modos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



FORTIN

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

–No en estas circunstancias. –Warner se aferró la frente.– Escuche. Tenemos el muelle de carga en el extremo opuesto del eje principal de *Clitemnestra*. Según los planos, hay dos salvavidas en el muelle de carga. Usaremos uno y escaparemos por allí.

La cara melancólica de Kevins reflejó miedo y rabia. –Han saqueado esta nave, Saito. Cualquier tonto puede verlo. ¿Qué le hace pensar que hay salvavidas allí abajo? En todo caso, no atravesaré de nuevo esa tormenta. Nos ahogaremos. Me quedo aquí.

Warner titubeó.

–Usted decide. Si se queda, sirva para algo. Aquí arriba está la sala de control auxiliar, con la señal automática. Llame por radio a Fabrican y *Jefferson*. Describa la situación. Enfatice la urgencia. En cuanto pueda yo le diré en qué situación están los salvavidas.

–Se ahogará allá abajo.

–Me pondré un traje.

Aún colgaban trajes espaciales en los gabinetes de vidrio de las paredes de la sala de recepción, con letreros que decían ROMPER EN CASO DE EMERGENCIA. Parte del vidrio estaba astillado, pero Warner encontró un traje intacto y lo revisó. Nadie había tocado los cilindros de oxígeno, y todo estaba en orden. Se lo puso, se despidió de Kevins con un gesto y echó andar por el corredor rumbo al bote inflable, llevando el casco. Una vez miró hacia atrás. El orgullo le impidió rogar a Kevins que lo acompañara.

Mientras el bote lo llevaba hacia la popa de *Clitemnestra*, la tormenta se intensificó y el viento se enfrió. La húmedad lo cubría. Se puso el casco antes que el traje se le llenara de agua. Las olas abofeteaban los flancos del bote, y escuchó con alivio cuando una bomba automática despertó con chasquidos rítmicos.

Pasó frente al manojo de tubos de ascensor. La niebla lo cercó, extendiendose sobre el agua en estratos cilíndricos chatos como hostias, agitada por el viento.

Avanzando despacio, Warner vio que la inundación crecía constantemente. Se internó en una arcada baja y se encontró en una sala donde el viento era aun más estridente. El cilindro de aire turbulento por donde viajaba se angostó. Se agachó, mientras el bote lo conducía penosamente a una manga de agua cada vez más estrecha. Era como zambullirse de cabeza en un remolino.

La visión puede enturbiarse pero usted verá.

Al final de la manga había un caos de aire y agua. Warner bajó del bote, esforzándose por permanecer erguido, sintiéndose como en una mezcladora gigante. El bote se alejó con violencia. De cuando en cuando regresaba con una ola, y él tenía que esquivarlo para no recibir un golpe.

Una pared de metal le ofreció refugio. Se aferró a ella, avanzando a lo largo. Era un par de puertas corredizas, había llegado al muelle de carga. Por esas puertas se habían embarcado una vez los productos agrícolas de *Clitemnestra* para exportarlos a otros pe-zetas.

La lucha con los elementos comenzaba a fatigarlo. Sólo quería descansar. Desconcertado, trato de recordar qué decía la tarjeta acerca de lo que el destino le reservaba a continuación. Algo acerca de eludir aberturas obvias... Pero en ese momento nada era obvio, excepto su agotamiento.

El agua espumosa impedía ver mucho. Sabía que allí cerca había un dispositivo manual para poder abrir las puertas en una emergencia. Al final, casi tropezó con él.

Deslizándose por un mamparo de plástico, tanteó una terminal de computadora. Acercando el visor del casco y encendiendo la linterna, vio cómo funcionaba el dispositivo. Apretó las teclas.

En cuanto las puertas del muelle se movieron, supo que algo andaba mal. El agua enloqueció. Una fuerza invisible lo manoteó y sacudió. Sin comprender lo que ocurría, se aferró del poste más cercano, aterrado.

Truenos espantosos le estremecieron el cuerpo.

Las puertas se abrieron más. La marejada de agua bajó. Warner se enjugó el visor con una mano y respiró hondamente. Mientras la inundación se reducía a un hilillo de agua, vio cuál era el problema.

Habían entrado en el muelle desde afuera, quemando el casco. Habían causado un daño considerable, arrancando buena parte del revestimiento metálico de la cubierta. Tal vez era obra de una pandilla de piratas. También habían saqueado la cámara de presión interna. Warner había abierto puertas que conducían directamente al espacio; como habían quitado el sistema de advertencia, no había tenido modo de conocer el peligro. Cuando recobró la calma, vio que el frío del espacio contra las puertas había

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

creado una zona permanente de baja presión en el ecosistema del pe-zeta, lo cual producía la minitormenta que había atravesado.

Luchó para cerrar de nuevo las puertas, pero se habían atascado con algún escombro y no se abrían ni se cerraban. A través de una abertura de dos metros de ancho, se precipitaba el resto del agua y de aire del *Clitemnestra*.

Ante la duda eluda aberturas obvias

Warner cayó de rodillas, dejando que el monstruo rugiera bajo sus piernas. No podía hacer nada salvo luchar para que no lo arrastrara a las rutas solares, tal vez para encerrarlo como un fósil en un peñasco de hielo fugitivo. Sobrevive, se dijo, aferrándose del poste. Era como si le extrajeran la sangre por la cabeza para arrojarla al vacío.

El rugido se convirtió en chillido y desapareció. El torrente que caracoleaba a sus pies se redujo. De pronto quedó congelado, ondulante, sólido. La lámina se quebró bajo su propia tensión y se desparramó en silencio. Los trozos de hielo no volaron hacia la compuerta. *Clitemnestra* no tenía más atmósfera.

Se levantó, tiritando violentamente dentro del traje. Por primera vez pensó no en su supervivencia sino en Kevins, y contuvo el impulso de llorar.

Una cuña de luz solar ardía en la compuerta arruinada. Sombras gigantescas la atravesaban como nubes mecánicas. Para distraerse, avanzó por la cubierta en ruinas y se detuvo en el labio de la compuerta, una pequeña silueta atisbando el firmamento.

El tráfico del cinturón de Planetas Zodiacales estaba encima de él. Contra el cambiante panorama se destacaba el brazo y el plato filigranado de una RAGAV, casi directamente encima.

Warner estaba tan anonadado que tardó en comprender el significado de esa posición. Miró hacia abajo y sólo vio estrellas distantes en un tiempo congelado. La repentina expulsión del agua y el aire había alterado el curso de *Clitemnestra*. El pe-zeta se había alejado de su órbita.

A un costado estaba el frío ojo de la Tierra.

Lo miró aprensivamente. El pe-zeta descendía. "Bien", pensó con amargura, "tal vez fue un error bautizar el satélite con el nombre de una dama tan infortunada como Clitemnestra."

Sven Kevins había muerto en la sala de control auxiliar. Tenía el cuerpo aprisionado por un escritorio que había chocado contra la entrada. No era una postura heroica. Warner meneó la cabeza, agobiado por la pesadumbre. El asunto de la vida y la muerte era un arreglo torpe: definitivo, pero no tan defintivo en cierto sentido, pues desde ahora él llevaría a cuestas el recuerdo de Sven tendido allí, sumándose a su porción de fatiga mundana. El envejecimiento, pensó, era ante todo un desgaste de la alegría. Dios, si existía, sin duda tenía dientes de rata.

Entonces ¿por qué quería tanto a Dios? Estaba rezando involuntariamente a las puertas del muelle de carga cuando la tormenta estalló sobre él. Cuando falla todo lo demás, crees que alguien vendrá a pagar tu fianza.

Contuvo sus propios pensamientos, quedó pasmado ante ellos, y dijo en voz alta:
–Sólo piensas en ti mismo, no en Sven Kevins. O piensas en Dios, que debe ser la mayor autocomplacencia jamás inventada... Cuando pienso en Dios, pienso en mis *emociones*. Y entretanto Sven yace como una momia a mis pies, sin vida.

"Era buen tipo. ¿Fui bastante bueno con él? ¿Qué dijo acerca de su madre? Al menos le dije sin rodeos que *Jefferson* ordenaba que lo abandonara aquí. Fui sincero... pero no le tenía afecto. Eso está demostrado en el hecho de que el predestímetro, al leer mi sistema químico, no pudo predecir su muerte, no lo mencionó. Ojalá hubiera tenido un hijo a quien cuidar, no sólo un quiste... Hay pocos niños en los pe-zetas... la gente está demasiado absorta en sueños y ciencias... ha perdido el arte de las relaciones sanguíneas...

Algunas de esas palabras las pensó, otras resonaron extrañamente dentro del casco. Luego recordó que era, a fin de cuentas, un ingeniero en sistemas Zeta y tenía trabajo que hacer.

La radio parpadeó, y cuando él se acercaba se encendió el telecom. Una cara pálida, seria bajo un cráneo reluciente con un mechón de pelo sobre una oreja, lo miró y le habló.

Se sentó y prestó atención al sonido.
–Estaba por llamarlo.
–¿Qué pasó, Warner?

Warner explicó fatigosamente, mientras el ceño de *Jefferson IX* se arrugaba aun más.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

–Según nuestros cálculos –dijo Jefferson, cuando Warner hubo concluido–, *Clitemnestra* se dirige a su destrucción, y tal vez se parta al tocar la atmósfera terrestre en pocas horas. ¿Tiene usted idea del valor estimado de *Clitemnestra*, Warner?

–¿Por qué era Krawstadt tan valioso para usted? Él causó el daño.

–Las autoridades impositivas lo quieren porque no pagó los impuestos sobre su última publicación.

Warner se echó a reír. Todo lo que había soportado pareció juntársele en el diafragma exigiendo que lo expulsaran con una carcajada. Se echó a rodar, sin poder controlarse por varios minutos. Entretando, el funcionario de *Jefferson* lo observaba glacialmente desde el telecom.

–Ya me siento mejor –dijo Warner al fin–. Ahora dígame que viene una nave a recogerme antes que esta ruina se haga pedazos.

–Se está hablando del asunto –dijo el funcionario, y cortó. Su emblema fulguró un instante y luego desapareció en el limbo de las figuras electrónicas muertas.

–Gracias, humanidad, y adiós –dijo Warner, sintiéndose solo y eufórico por la soledad. La risa había expulsado el miedo. Faltaba tiempo para que el pe-zeta entrara en la atmósfera terrestre: entretanto, el sector administrativo tendría que enviarle una nave de rescate. Al margen de los sentimientos personales, se cerciorarían de salvarlo; su reputación dependía de ello. Comprendiendo la estrecha comunicación existente entre los Planetas Zodiacales, Warner sabía que su situación ya debía de ser noticia. Los medios estarían obsesionados por él, y cada difusor de aquí a Júpiter transmitiría boletines sobre *Clitemnestra* y su descenso hacia la muerte.

–Lo que necesito ahora es un milagro camino a Damasco –se dijo.

Regresó flotando lentamente hacia el muelle de carga, ahora plácido en el vacío. La vanidad le hizo caminar hasta el borde de la compuerta para mirar. Tuvo que contenerse para no saludar con la mano, sabiendo que habría cámaras apuntando.

Le sorprendió ver cuán por debajo del anillo se había desplazado el pe-zeta en poco tiempo. Una medialuna de Tierra brillaba en un costado. Veía ciudades chispeando en el lado nocturno. Una noche sin nubes en casi toda América del Norte.

Se le ocurrió que luciría más heroico si se rescataba por su propia cuenta. Fue a investigar la situación de los salvavidas depositados en las inmediaciones.

Los piratas que habían saqueado el muelle habían dejado una nave. Se las habían ingeniado para bloquear el tubo de salida. Estaba intacta pero inmóvil. Warner se metió adentro aliviado y aseguró el cerrojo. Luego pudo quitarse el traje espacial y tomar una ducha. Lo hizo con circunspección por si la ducha –a causa de algún astuto y nuevo desarrollo tecnológico que él desconocía– contenía una cámara y su baño era proyectado a una agradecida humanidad.

Se secó en el haz de aire, se puso una bata y se sentó con los pies alzados en la acogedora cabina, para beber café y comer pavo asado con picadillo. Pronto se durmió con la cabeza apoyada en la mesa. Cuando despertó, *Clitemnestra* se estaba partiendo.

Sonaron gruñidos huecos y profundos. Cuando tocó la pared, sintió un vibración irregular. La nave salvavidas se sacudía.

Gruñó. *La vigilia insomne es necesaria para la seguridad*

Alarmado, Warner se puso de prisa el traje espacial, abandonó el salvavidas y regresó al muelle. *Clitemnestra* corcoveaba y pataleada debajo de él.

Una voz desesperada le habló por los auriculares.

–¿Dónde está usted?

–¿Warner? Habla el Servicio de Emergencia. Hace seis horas que tratamos de establecer contacto, maldito sea. ¿Dónde estaba?

–Estaba dormido... La señal de ustedes no debía de llegar allí. Y olvidé encender la radio. ¿Vendrán a recogerme? Algo parece andar mal.

–Está usted entrando en el borde de la atmósfera terrestre. Está a unos ciento treinta kilómetros. Ya es demasiado tarde para recogerlo. No podremos rescatarlo ahora. Nuestros cálculos indican que su pezeta quedará cabeza abajo en cualquier momento.

–¿Qué debo hacer?

–Agárrese fuerte.

–¡Agarrarme! Muchas gracias...

–Según la computadora, estará usted bien, si se agarra fuerte. El descenso será rápido y caerá en el Atlántico Norte... un descenso relativamente suave. Tal vez no se parta. Buena suerte.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No era la mejor conversación que había tenido en su vida. Al desvanecerse la señal, la cubierta comenzó a inclinarse bajo los pies de Warner. Aferró los peldaños de una escalerilla que conducía a un andarivel superior, con el peligro de ser arrojado por la compuerta abierta. *Clitemnestra* empezó a girar como un cigarro arremolinado.

La Tierra apareció rodando, brillante y cercana. Reconoció la cola de caimán de América del Sur, meneándose ferozmente contra el budín blanco de la Antártida, y luego láminas de vapor opacaron la visión. Con una queja estruendosa, todo rodó de arriba abajo. *Clitemnestra* no tenía forma aerodinámica.

Una grúa móvil cayó desde arriba, se estrelló contra lo que había sido un techo, y se deslizó de aquí para allá antes de atravesar las puertas de la cámara de presión y desaparecer. Warner se aferró a la escalerilla, rezando. Cuando todo se estabilizó ligeramente, bajó, recogió un tramo de cuerda y regresó a la escalerilla, donde se sujetó.

Gritó por la radio, pero no recibió respuesta. El pe-zeta estaba en la atmósfera y aislado del mundo de las palabras por un oscurecimiento de radio.

La caída se volvió tersa, pero era sólo cuestión de tiempo. Un sacudón tremendo casi le dislocó el hombro. En la pared, detrás de la escalerilla, se abrió una fisura. Se ensanchó. Warner miró hacia otro lado.

Malas noticias en otras partes. Trozos llameantes salieron catapultados por la compuerta, como cenizas ardientes de un volcán. El casco comenzaba a arder. La abertura de la compuerta parecía la boca del infierno.

Echó a reír salvajemente.

Tal vez experimente una caída seria

Oh, vaya que sí.

La pared se abrió a sus espaldas. El plástico, de color rojo, tenía metros de grosor.

¿O estaba mirando una roca fundida? Pues dentro de la pared había fósiles de un tiempo antiguo. Vio los restos fosilizados de estratos anteriores de seres tecnológicos, el chasis de un Cadillac, un cohete V2, una locomotora de vapor y, aún más profundamente, cuando la pared comenzó a desgarrarse, una radio de cristal, un cuarto de penique, una imprenta de tipos fijos, un hacha, cabezas de flecha. Se disolvieron ante sus ojos. En el impacto final, perdió totalmente la conciencia.

La ballena cayó de las estrellas con el vientre en llamas. Tapó los soles que había detrás, y trazó una estela de gloria en el cielo nocturno.

Feng Xi se agazapó en el bote con la boca abierta, bogando en las aguas del estuario mientras observaba cómo se acercaba el monstruo. Aunque creía haberlo observado durante horas, lo tuvo cerca antes de advertirlo.

Bajó en la oscuridad por los ríos de ebano del cielo del oeste y partió las aguas del estuario. Hubo espuma y turbulencia. El estuario entero se convulsionó. Las olas chocaron una tras otra contra el bote del muchacho, trayendo la noticia del milagro.

Él ya estaba en acción, guiando la embarcación entre las olas. Era la ballena más grande en la historia del mundo, y por cierto no pensaba dejarla escapar.

La forma monstruosa se irguió sobre él. Vapores y brumas siseaban debajo. A la amistosa luz de las estrellas, unos ojos opacos fulguraban en la cabeza.

Feng Xi apuntó el rifle y le clavó el arpón en un ojo. Tensó la línea.

La tenía firme. La ballena no se resistió.

Hizo girar el bote y apuntó hacia la distante orilla, remolcando la gran bestia detrás. Dios se había superado a Sí mismo. Ningún cazador de ballenas había atrapado una presa tan grande como la de Feng Xi.

En la popa de la gran bestia de metal, un hombre se erguía para respirar el aire nocturno. Al principio sólo respiró, llenándose de aire –que olía a hojas, hierba, caballos, ranas, peces, sándwiches de pastrami, jeans viejos, establos, otoños y anémonas apareándose– hasta el último rincón de los pulmones. Luego exteriorizó su euforia. Hizo cabriolas. Corrió por la cubierta siseante. Agitó los brazos. Bramó y cantó.

Creía en Dios. Y la tecnología. Y los milagros.

Creía en todo.

Encontrará lo que busca

Título del original en inglés: *A Private Whale.*
© 1982 by Brian Aldiss. Traducción de Néstor Dietrich.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CRONICAS TERRESTRES

LIBROS

Retorno a Icaria

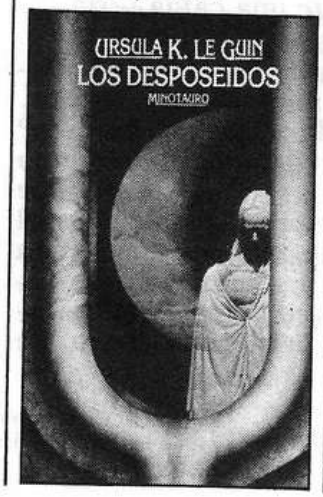
Pablo Capanna

Las naciones también tienen su inconsciente. Bajo las apariencias visibles subyacen corrientes ocultas o reprimidas, que afloran cada tanto, produciendo fenómenos "inexplicables"; en las crisis o en las revoluciones, reaparecen las contradicciones, las alternativas frustradas o los estilos de pensamiento diferentes: Freud y Marcuse hablaron de un "retorno de lo reprimido"

La cultura norteamericana, cuya imagen de exportación está hecha de pragmatismo, tecnolatría, espíritu de frontera, racionalidad y tolerancia, tiene también sus corrientes ocultas; basta pensar en los conflictos raciales, jamás superados del todo.

Hay que recordar que, inicialmente, América no fue sólo la frontera donde hacer fortuna o el paraíso del espíritu capitalista, sino también la Meca de las utopías. Ese mundo nuevo e intacto, que anunciaba Shakespeare en *La tempestad,* era el laboratorio ideal para todos los experimentos sociales que Europa no admitía, el espacio de libertad donde cabían todas las herejías y las utopías, un escenario impoluto donde realizar el sueño de una sociedad perfecta.

Fue así como recalaron en América los disidentes religiosos; florecieron y se agostaron las sectas que intentaban fundar el Reino de Dios en la Tierra, con reglas monásticas: los *amish,* los *shakers* o los mormones. Llegaron también los arquitectos sociales que diseñaron comunidades basadas en la solidaridad, sin amos ni jerarquías; los audaces experimentos educativos de Oneida; los ensayos de producción cooperativa de New Harmony. Eran los largos brazos de la utopía de Fourier, que proclamaban la igualdad y el principio anárquico, pero sofocaban al individuo con su organización obsesiva. Casi todas ellas fracasaron, fueron abandonadas, o se convirtieron en empresas capitalistas; pero quedaron en la historia como una "América posible".



No es casual que, un siglo más tarde, los antropólogos norteamericanos se sintieran culpables y se extasiaran frente a la organización social de los pueblos indígenas; tampoco es extraño que más tarde los hippies volvieran a sacar a la superficie esas corrientes anárquicas, o que apareciera ese permisivismo individualista que algunos califican de "anarco-capitalismo".

Si el lector no tiene presente todo este trasfondo, la novela *Los desposeídos,* de Ursula K. Le Guin, * puede parecer un aerolito caído del cielo sereno en pleno Wall Street: una historia "revolucionaria" pensada en el propio centro del poder capitalista. Y sin embargo, la novela es muy "americana". Su "anarquismo" no viene de Bakunin ni de Malatesta. Quizás esté más cerca del príncipe Kropotkin, autor de *La ayuda mutua,* crítico de Darwin y cooperativista. Pero sus raíces se hunden en el sustrato utópico de América; ya existían cuando "anarquismo" se convirtió en un mote despectivo puesto por los marxistas; pertenecen a una tradición revolucionaria no violenta ni necesariamente atea, que deriva del mesianismo religioso.

Los desposeídos es un "modelo teórico" de la utopía anarquista. Es una novela política, cuyas tesis

* Ursula K. Le Guin, *Los desposeídos* (*The Dispossessed,* 1974); traducción de Matilde Horne; Minotauro, Buenos Aires, 1986; 382 págs.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

amenazan más de una vez con usurpar el lugar de la ficción, a pesar de la carnadura humana de su protagonista, y la maestría de Ursula Le Guin como narradora. También cabe dentro de la ciencia ficción; hubiera sido mucho más difícil resolver su temática en un marco de realismo y fidelidad histórica.

La fuerza y la debilidad de *Los desposeídos* radican en que es una *alegoría:* mediante un eficaz distanciamiento permite enjuiciar a nuestro mundo; pero la fidelidad al modelo real hace que la ficción se vuelva previsible; el lector puede llegar a olvidar que, a pesar de todo, está en *otro* mundo. Es una alegoría donde Le Guin ha puesto todas sus preocupaciones: junto al utopismo libertario están el feminismo, el ecologismo y el taoísmo que aparecen en toda su obra.

El marco referencial es el mismo que en *La mano izquierda de la oscuridad:* la Galaxia está poblada por colonias humanas que han sido "sembradas" por la proto-civilización de Hain. Son los hainianos, agobiados por cierto misterioso sentimiento de culpa, quienes han salvado a la Tierra, agotada y destruida por los excesos de nuestra civilización: de ella sólo se conoce el nombre de un sabio legendario, Ainsetain (Einstein).

En torno al sol Tau Ceti orbitan dos planetas casi gemelos: Urras y su satélite Anarres; más que el espacio, los separa el estilo de vida.

Urras es una patente alegoría de la Tierra actual; tiene dos potencias hegemónicas, una liberal-capitalista (A-Io) y otra "socialista" y totalitaria (Thu). Aunque existe una especie de U.N., ambas se reparten el mundo: cuando en una remota republiqueta de tipo "latinoamericano" estalla una rebelión contra un dictador militar, Thu es quien la fomenta y A-Io quien la reprime; ambas terminan por disputarse su territorio.

Para los "anarresti" que habitan Anarres, la luna de Urras, todos los "urrasti" son por igual "arquistas" (autoritarios). Los anarresti descienden de disidentes emigrados, seguidores de la legendaria Odo, quien ciento cincuenta años antes propuso el ideal de una sociedad sin amos que superara el antagonismo entre "propietarios" y "desposeídos". Odo no es una figura simplemente política: tanto ella como sus enseñanzas tienen un halo casi religioso; en cierto modo, recuerdan más a Gandhi que a Marx.

Pero los odonianos se han encontrado en Anarres con un medio sumamente hostil: un desierto donde sólo crece el omnímodo arbusto holum, del cual obtienen casi todo lo que consumen. No hay animales; hasta los escasos árboles de un parque son vistos como un lujo intolerable por los austeros anarresti (pág. 108). El ascetismo de la vida odoniana parece emanar no sólo de su doctrina sino de las duras condiciones ambientales; alguien se pregunta "¿qué tiene de idealista la ayuda mutua cuando no hay otro medio de sobrevivir?" (pág. 141).

Anarres carece de gobierno: sólo existe una Coordinadora de Producción y Distribución que "no gobierna a las personas sino que administra la produción" (pág. 85). Los anarresti hablan una lengua sintética en la cual "trabajo" se dice igual que "juego", y no consumen bebidas alcohólicas; no existe la propiedad privada ni la desigualdad de la mujer; todos reciben la misma educación, el sexo está totalmente desdramatizado, y el mayor pecado es ser "egoísta".

Hasta aquí, se reconocen los lemas y los temas de Proudhon, Saint Simon y aun Marx; pero Anarres tiene además componentes "ecologistas": una red de ciudades pequeñas interconectadas, alimentadas por energía eólica y recorridas por tranvías. Además, los anarresti no son ateos; admiten que toda cultura tiene una dimensión religiosa, aunque rechazan la religión institucionalizada; de todos modos, "religión" es entre ellos una "rara palabra libresca" (pág. 56).

La historia empieza y termina en Anarres, pero transcurre en ambos mundos. El puente que los une es el físico Shevek, un genio que ha construido una vasta teoría del tiempo; él es quien traspone por vez primera el "muro" del astropuerto, y emigra a Urras, en busca de mayor libertad para investigar. A primera vista parece un Solyenitsin cetiano, pero pronto se revelará como una figura compleja.

Desde la infancia, Shevek ha sido algo "extraño" en Anarres; en la escuela, descubre las paradojas de Zenón y es repudiado como individualista por sus compañeros. El mote lo perseguirá toda su vida, a medida que vaya descubriendo las limitaciones de la utopía en que vive. Otro inconformista, el amigo Bedap, le hace notar la burocratización, la mediocridad, la represión del pensamiento libre y de la creatividad en que han caído los anarresti: "La cooperación se ha transformado en obediencia" (pág. 171). Se dice que un dramaturgo de vanguardia ha sido recluido en un "hospicio" para alienados, y un músico innovador se queja de que lo obligan a componer corales. El matrimonio de Shevek y Takver (una bella y madura historia de amor) sufre prolongadas separaciones por los traslados que el trabajo impone a ambos.

En la época en que Shevek obtiene el equivalente urrasti del Premio Nobel, se capta una emisión clandestina de Urras, donde una célula de anarquistas pide ayuda a sus hermanos de Anarres. Enfrentado al repudio de casi todos, Shevek resuelve marcharse a Urras; quizás su prestigio científico le permita tender un puente entre ambos mundos.

En Urras es tratado como un privilegiado, porque se espera obtener grandes beneficios de su ciencia; descubre un clima

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

más agradable y un mundo más rico, recorre las calles comerciales, los museos y los parques; disfruta del confort y de la fama. Pero pronto descubre la prensa amarilla, la segregación de la mujer, el darwinismo social y el nacionalismo militarista. Por un momento, es seducido por Vea, una dama del "propietariado", quien le enseña que "la moral es una superstición, como la religión, de la cual hay que desembarazarse" (pág. 221); en una fiesta, se emborracha y hace el ridículo; asqueado de las clases pudientes, decide ir en busca de los "desposeídos". Desciende hasta los bajos fondos de la ciudad, descubre a los oprimidos, se solidariza con los anarquistas que hay entre ellos y protagoniza la primera huelga general revolucionaria en un siglo.

Pese a que la protesta no es violenta, los manifestantes son masacrados, y Shevek salva la vida refugiándose en la embajada de la Tierra. La injusticia de Urras le ha resultado insostenible, pero también conoce los peligros que corre la libertad en Anarres. En Urras ha encontrado a estudiantes competitivos, que no aspiran a saber sino a obtener altas calificaciones, pero también recuerda cómo en las escuelas de Anarres se censuraba la creatividad. No ha olvidado un siniestro juego infantil: allí donde todos eran libres, los niños jugaban a aprisionarse.

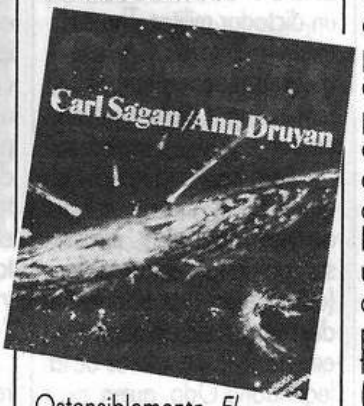
La embajadora terrestre, recordando la ruina de su mundo, intenta hacerle ver cuánto de bello y positivo hay en Urras a pesar de toda la injusticia, y cuánto camino le queda por recorrer a Anarres. Shevek ya había llegado a pensar que quizás la utopía fuera imposible: "Ninguna sociedad puede modificar la naturaleza de la existencia. No podemos evitar el sufrimiento. Este dolor y aquel dolor, sí, mas no el Dolor. Una sociedad sólo puede aliviar el sufrimiento social, el sufrimiento innecesario. El resto subsiste" (pág. 68).

Shevek sabe todo esto, pero también tiene esperanza, a pesar del fracaso. Pide que lo lleven de vuelta a Anarres, donde impulsará la expansión del Sindicato de Iniciativas, en un intento por salvar la creatividad y la libertad; quizás haya que emigrar lejos de las ciudades anarquistas, buscando la utopía de la utopía, la revolución de la revolución. Lo acompaña un hainiano, miembro del pueblo más antiguo de la Galaxia, que en su larga historia ya ha conocido el anarquismo y lo ha abandonado; contagiado por la esperanza de Shevek, resuelve participar de su experiencia y quedarse allí, apostando por la utopía.

Con estos elementos, Le Guin ha hecho una novela de tesis. Quizás Invierno (en *La mano izquierda de la oscuridad*) fuera un mundo más autónomo: en él había puesto toda su intuición antropológica. Pero aun siendo una alegoría, *Los desposeídos* constituye una profunda meditación de filosofía social, en torno de lo individual y lo colectivo, la utopía y la historia, la libertad y su enajenación; a pesar de ciertas rigideces, quedará como una de las obras más perdurables de Ursula K. Le Guin.

Sagan: La mirada inteligente

Leonardo Moledo



Ostensiblemente, *El cometa*, de Carl Sagan y Ann Druyan,* respondió al universal interés despertado por el regreso del cometa Halley después de completar su órbita de 75 años alrededor del Sol. El espectáculo de pirotecnia celestial de 1910 no se repitió: el cometa Halley pasó esta vez muy lejos de la Tierra y sólo fue, para quienes lo observaron (ya a simple vista, ya mediante aparatos) un punto brillante en medio de una cabellera difusa y a duras penas visible. Sin embargo, y aun así, se formaron largas colas en los observatorios que permitían el acceso al público, y la gente subió a las terrazas a altas horas de la noche, provista de binoculares o de vagos datos, tratando de localizarlo en el cielo. ¿A qué se debió este interés concitado por un fenómeno celeste que, ni de lejos, tuvo la grandeza que prometía?

Buena parte de la curiosidad se debe, sin duda, al enorme despliegue de información que tuvo lugar en diarios, revistas, radios y medios televisivos. Pero una de las fuentes del atractivo consiste, a mi parecer, en el hecho de que el intervalo entre los puntuales regresos del cometa Halley coincide, aproximadamente, con la duración de la vida humana. Lo cual permite una ensoñación muy curiosa, y la sensación palpable del funcionamiento del mundo (o por lo menos del sistema solar). El cometa Halley, como un sistemático y cósmico péndulo, marca el tiempo y atraviesa las generaciones, pacientemente, cada setenta y cinco años. El mero hecho de observar un objeto que en pocos meses se hundirá en las profundidades del cielo para reaparecer una generación después y ser visto por los hijos o los nietos de quienes lo están mirando ahora, produce una punzante sensación de inmensidad, de participación en el mecanismo universal. En los ojos de cada observador, estaba la Humanidad observando.

Además, ésta es, probablemente, la primera vez que la aparición del cometa Halley es recibida sin miedo por la población en general. Los cometas fueron, en los mitos y tradiciones humanas, portadores de desgracias, pestes y guerras; sólo en los

* Carl Sagan y Ann Druyan, *El cometa* (*Comet*); traducción de Miquel Muntaner i Pascual y María del Mar Moya i Tasis; Planeta, Barcelona, 1986; 395 págs.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

últimos siglos el avance de la astronomía (y de la ciencia en general) relegó paulatinamente estos temores al terreno de la superstición; sin embargo, aun en 1910 hubo escenas de pánico y profecías sobre el fin del mundo.

Y bien. Cuando el temor y la superstición retroceden, aparecen las preguntas: ¿Qué es un cometa? ¿De qué están formados? ¿Cuál es su tamaño? ¿Cuáles y cuántos son? ¿Acaso todos regresan después de un cierto período, como el cometa Halley?

El libro de Sagan-Druyan, como se señala en tapa, propone "la respuesta a todas las inquietantes preguntas que han suscitado los cometas en el curso de los siglos". El anuncio, aunque un tanto rimbombante y de inocultable sesgo comercial (del mismo modo que el anuncio –de pésimo gusto– en tapa del número de ejemplares vendidos), describe con bastante exactitud el contenido de un libro interesante y ameno, que hace honor al autor de *Cosmos*.

La descripción general de los cometas, como enormes icebergs que flotan alrededor del sistema solar, y que una determinada perturbación gravitatoria lanza hacia el Sol, ya sea para entrar en una órbita elíptica y recurrente (como es el caso del cometa Halley), ya sea para describir una parábola y alejarse luego para siempre; la "anatomía descriptiva" de los cometas: su composición química a la luz de la espectroscopía, la posible presencia de compuestos orgánicos (o mejor, compuestos que contienen carbono), los distintos tipos de cometas y núcleos cometarios, la posible incidencia de colisiones cometarias en la historia evolutiva de la Tierra (la hipótesis de que el choque de un cometa contra la superficie terrestre provocó la extinción de los dinosaurios hace sesenta y cinco millones de años), la historia del progresivo conocimiento científico de los cometas, desde las remotas observaciones de los astrónomos chinos que se remontan a mil quinientos años antes de Cristo, hasta las modernas teorías sobre el origen, formación y composición de los cometas, el cuidadoso relato de la vida y los descubrimientos de Halley (1656-1742), y su predicción de que toda una serie de observaciones correspondían a un mismo cometa (el que ahora lleva su nombre), que regresaría en el año 1758, parecen agotar, en el deslumbrado lector los interrogantes que, en forma explícita o no, despertó el cometa Halley al atravesar el cielo visible en esta última visita.

Y, sin embargo, hay algo más. Sagan es, sin duda, un gran divulgador científico. Pero su peculiar estilo –el que hace tan incitante la lectura de libros como *El cometa*, *Murmullos de la Tierra*, *Cosmos*, y tan placentera la serie televisiva de este último nombre– no consiste tan sólo en mostrar el descubrimiento de la estructura del mundo, la transmisión de un mecanismo estilizado, de belleza clásica, gobernado por la regularidad, el mundo geométrico y perfecto de los grandes mecánicos celestes, alimentado por la sólida legalidad de la física y la astronomía. No. El universo que nos descubre Sagan es una construcción más barroca, tiene espesor, late. Es irregular, está sumergido en el claroscuro, con sectores que relucen de pronto como chispas de luz, y que sirven como hilo conductor para iluminar todos los sectores de la ciencia. Nos habla de los cometas, pero cada dato, y cada conjetura, lo llevan a hablarnos de la historia humana, de la biología y la evolución, de los símbolos y cruces que desde la más remota antigüedad fueron utilizados para conjurar a estos mensajeros del cielo, portadores de desgracia, y más tarde pequeños bloques de hielo que atraviesan el sistema solar. No nos transmite la certidumbre atónita del que contempla un sistema perfecto, sino la incertidumbre del que explora un lugar sin límites para el asombro. Y aunque, naturalmente, transmite la armonía de la naturaleza, no es la armonía que reside implícita en el mundo, sino la armonía de la mirada inteligente que, a lo largo de la historia humana, se posa sobre los fenómenos, mira y, lentamente, comprende.

Mundos inacabados

Márgara Averbach

En la introducción a esta colección de cuentos de James Tiptree, Jr., Robert Silverberg afirma que la idea de que su desconocido autor sea una mujer le parece "absurda, porque hay para mí algo ineluctablemente masculino en sus narraciones". Hoy, sabiendo que Tiptree es el seudónimo de Alice Sheldon, esas palabras rotundas y exaltadas se han convertido en una especie de chiste. Sin embargo, tal vez sería interesante analizar qué rasgos de la escritura densa, salvaje, turbia de Tiptree pudieron inspirar en Silverberg esa seguridad. Hay algo oscuro y amenazante en la idea de que una autora no puede describir con exactitud puntos de vista, pensamientos o principios masculinos, sobre todo cuando nadie parece asombrarse por la habilidad de hombres como Flaubert, digamos, para desnudar el alma de una Madame Bovary.

Lo cierto es que James Tiptree es una mujer, a pesar de la opinión de Silverberg. Esta colección de cuentos es una muestra de su evolución, desde las primeras obras, como "El último vuelo del Dr. Ain", hasta los premios Hugo y Nebula, "El amor es el plan, el plan es la muerte"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y "La muchacha que estaba conectada". Tiptree-Sheldon es una escritora sorprendente. Cuesta encontrar puntos de contacto entre sus diversos cuentos: todos ellos parecen crecer de la nada, inesperados y violentos, como un estallido. Sin embargo se pueden rastrear ciertos temas esenciales, hilos conductores de un razonamiento central sobre el mundo y el universo, un razonamiento contradictorio, variable y heterogéneo, demasiado complejo para comprenderlo en una sola lectura.

Es evidente que Tiptree cree en el hombre. Ella misma dice que es atea y que sus valores se aferran al destino de su especie. En los cuentos de *Mundos cálidos y otros*, la Humanidad es valiosa, incluso cuando sus errores la condenan al fracaso total. Los personajes de Sheldon-Tiptree (uno no sabe cuál de sus nombres la define mejor) defienden al ser humano a la manera del protagonista de *Rinoceronte* de Ionesco: acorralados al final de un camino estéril, con la seguridad de que toda su lucha fue inútil, todavía tienen algo que decir y lo que dicen es importante. En muchos de los cuentos, este sentimiento de afirmación funciona como un filtro que tiñe de colores más suaves el destino oscuro de los personajes. En "Desliz", por ejemplo, se corporiza la soledad esencial del hombre en la descripción corta y alucinante de una prisión en el tiempo. El horror de la situación de aislamiento absoluto del personaje parece ceder en parte cuando, al final de la historia, su compañera acepta compartir su destino, a pesar de que nadie puede asegurarle que alguna vez lleguen a ocupar la misma "celda". En "Y he llegado a este lugar por caminos errados", el descubrimiento póstumo del científico es inútil, pero su nueva seguridad sobre el valor del acercamiento directo a las cosas le da sentido a su muerte.

La exploración del significado de lo humano no termina en estos cuentos sobre hombres y mujeres. Tiptree expande el universo hacia formas de vida exóticas e incomprensibles y deposita en ellas las características menos estudiadas de la Humanidad. En dos cuentos excepcionales, "El amor es el plan, el plan es la muerte" y "La leche del Paraiso", Alice Sheldon se interesa por el papel del destino biológico de la especie en la existencia del individuo. Los seres monstruosos que habitan estos cuentos creen actuar por impulsos propios pero, en realidad, están cumpliendo con el Plan instintivo de su especie que, en algunos casos, los lleva a la destrucción. Y sin embargo, en "El amor es el plan...", algo parece estar cambiando: la idea de que existe un camino biológico es una semilla nueva en la especie monstruosa de Moggadit, el protagonista. Esta idea es el principio de una conciencia distinta: la conciencia de Uno Mismo, tal vez uno de los rasgos más importantes del ser humano.

El manejo que hace Tiptree de estos conceptos varía enormemente de un cuento a otro. Sin embargo, su técnica narrativa vuelve una y otra vez sobre ciertas "ideas" esenciales. La primera de ellas es la de metamorfosis. La mayor parte de estas historias gira sobre una transformación, tal vez porque el universo que la autora desea explorar, al igual que el nuestro, está dominado por el acto doloroso, necesario y aterrador de la evolución, esa metamorfosis permanente.

La otra "idea técnica" importante en las historias de *Mundos cálidos* está basada en el recurso cinematográfico de la variación de la distancia focal. Muchos de los cuentos se apoyan sobre algo así como un zoom literario: el centro de atención se acerca al lector bruscamente o se aleja de él con violencia. Estos cambios distorsionan el valor y el sentido de los elementos que forman ese centro: algo que de cerca parece importante, de lejos puede convertirse en un puntito intrascendente y viceversa. La Tierra y las costumbres terrestres son una cosa vistas desde aquí abajo y otra si las observamos desde el espacio exterior. Esta diferencia forma la base de cuentos como "Todos las clases de si" y "El último vuelo del Dr. Ain"; y es el recurso esencial en la vuelta de tuerca con que se cierran "La muchacha que estaba conectada" y "En la última tarde".

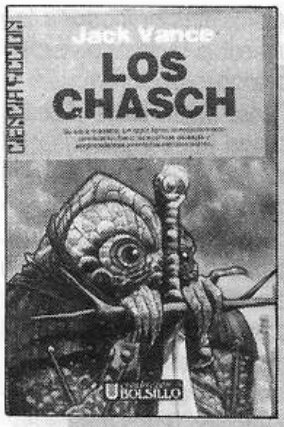
Mundos cálidos es una jungla en la que se unen y devoran todos estos elementos, a través de la fuerza de una prosa capaz de deshacer al que se atreva a asomarse a ella. James Tiptree Jr. (Alice Bradley Sheldon) maneja esta jungla con una voz de mujer que puede variar desde el grito hasta el silencio. Y el silencio es un sonido esencial en el final de estos cuentos, que enmudecen de pronto, como una orquesta que se prepara eternamente para un acorde final que todavía no ha sido escrito.

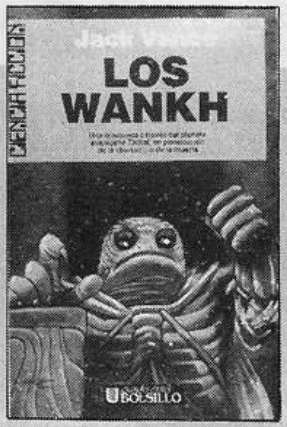
La aventura comercial

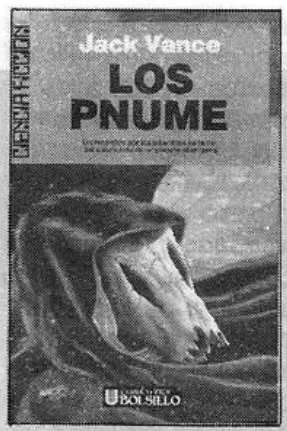
Eduardo Dolpher

Jack Vance es uno de los autores de ciencia ficción que mejor ha sabido tallarse un espacio propio dentro del género, apartado de las corrientes más transitadas, pero influyéndolas a su vez. En general su obra se sitúa a medio camino entre la ciencia ficción y el género fantástico: el traslado a un planeta suele ser una excusa para desplegar un mundo de sectas, caballeros, monstruos y princesas con fuerte sabor medieval, o incluso prerrafaelista. También son peculiares sus herramientas: el manejo leve del inglés, trufado con decenas de palabras inventadas o extrapoladas de raíces no anglosajonas; el timbre sordo de una ironía por momentos decadente que en más de una ocasión se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar







vuelca hacia un extraño humor, entre melancólico y surreal; el convencimiento de que las apariencias cuentan. El de Jack Vance es un mundo de colores, de olores, de máscaras, de códigos. Saber cómo se come o se lucha en un determinado contexto cultural importa más que la extrañeza misma de los integrantes de ese entorno, aunque también allí haya una prolífica y delicada imaginación puesta a prueba una y otra vez.

Los lectores de nuestra lengua ya conocen algunos de sus relatos más perfectos, publicados en un par de libros de Bruguera (*Lo mejor de Jack Vance* y *Estación de Abercrombie*). Ahora ha aparecido una de sus famosas series de novelas: *El planeta de la aventura.**

El sabor que queda en el paladar del lector al culminar la travesía de los cuatro tomos que despliegan las aventuras de Adam Reith en el planeta Tschai es agridulce, entre exaltante y frustrante. Todos los rasgos característicos del estilo narrativo de Vance están presentes, y por momentos de modo pleno, cabal. El título de cada libro (*Los Chasch, Los Wankh, Los Dirdir, Los Pnume*) se refiere a una de las extrañas razas que habitan Tschai. Un mapa incluido al principio de cada tomo permite seguir los desplazamientos del nuevo Adán y quienes se suman a su gesta. Cada una de las cuatro razas, a su vez, es acompañada por su equivalente humanoide (hombres-Chasch, hombres-Dirdir, etc.), con un inequívoco origen común, aunque Reith sea el único que crea en él.

Los sucesivos entornos y costumbres están descriptos con la certera intuición y el refinado gusto por lo extraño que posee Vance: es uno de los pocos escritores de ciencia ficción, por ejemplo, que recuerda que un mundo distinto tiene no sólo otras formas y otros colores, sino también otros olores. Las costumbres suelen mezclar la belleza y la brutalidad: "Por la noche", explica un personaje, "los escorpiones salen del mar para reproducirse, lo cual hacen poniendo sus huevos en un animal huésped, a menudo una mujer que es abandonada en la playa con esa finalidad. Los huevos eclosionan, y la 'Madre de los Dioses' es devorada por las larvas. En los últimos estadios, cuando el dolor y el éxtasis religioso producen un curioso estado psicológico en la 'Madre', echa a correr por la playa y termina arrojándose por sí misma al mar." Hay también sorpresas sabiamente dispuestas: cuando el lector, llevado por innumerables lecturas de novelas anteriores, piensa que un determinado personaje va a acompañarlo a todo lo largo de la serie, éste queda eliminado irrisoriamente.

Y sin embargo a partir del final del segundo tomo el sabor agridulce, semifrustrante se acentúa. Hay ante todo un problema de estructura: las extensiones físicas de lectura son demasiado rígidas. Cada novela tiene exactamente el mismo tamaño que la anterior, y a su vez el desarrollo interno es semejante: un recorrido con subidas y bajadas, peligros y distensiones, costumbres variadas entre sí pero equivalentes a la larga en su poder de provocar el famoso "sentido de lo maravilloso".

Eso no sería un obstáculo si no ocurriera que el supuesto clímax del cuarto volumen (una probable aceptación del origen extraterrestre de Reith por los habitantes locales, y la partida hacia el lugar de origen de todos los hombres) queda convertido en anticlímax por el apresuramiento y brevedad con que está pensado y escrito, como si la máquina de escribir del autor se hubiera detenido en el preciso momento en que llegó a determinada cantidad de páginas para cobrar determinada cantidad de dólares, y no cuando lo requería la lógica interna narrativa (por no hablar de la de su subconsciente).

Otro factor que tiene que ver son los quince años transcurridos desde que la serie terminó de publicarse. La superabundancia de Rambos, la derrota de Vietnam y otros factores, hacen menos verosímil y más desagradable la figura de un héroe humano que destroza (a veces literalmente) las tradiciones y costumbres de una raza tras otra, presentado como

*Jack Vance, *Los Chasch* (*City of the Chasch*), 222 págs.; *Los Wankh* (*Servants of the Wankh*), 222 págs.; *Los Dirdir* (*The Didir*), 215 págs.; *Los Pnume* (*The Pnume*), 192 págs.; traducción de Domingo Santos; Ultramar, Barcelona, 1986.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un símbolo de la humanidad entera, pero en realidad investido por momentos de la simple y llana brutalidad de un *marine* que confía ciegamente en su propia fuerza y en las ventajas de la oganización militar. Cuando uno de los habitantes del planeta se muestra fastidiado ante la disciplina que Reith quiere imponerles a él y a sus semejantes, y pregunta por las ventajas de tal rigor, éste responde: "El beneficio es éste: aprendéis a obedecer órdenes, de una forma rápida y efectiva. Aprendéis a funcionar como un conjunto. Veinte hombres actuando conjuntamente son más fuertes que un centenar de hombres yendo cada cual por su lado. En una batalla el líder hace los planes; los guerreros disciplinados llevan adelante esos planes."

En una novela o relato de Poul Anderson, o Ben Bova, o Jerry Pournelle, eso no sería grave. Pero aquí entra en abierta contradicción con la riqueza de denso tapiz con que son pintadas algunas de esas razas.

En determinadas situaciones, uno preferiría que el protagonista se detuviera un momento a comprender más, en vez de aplicar a diestra y siniestra el modo americano de individualismo.

Es así como algún villano, como Woudiver, un gordo demencial de resonancias shakespeareanas que merecería haber sido interpretado por Orson Welles, o el carácter melancólico de los Pnume quedan más grabados que el emprendedor y vacuo Reith, sobre todo cuando la meta que tanto tiempo, esfuerzo y sacrificio ha costado se muestra tan trivial como un viaje en camioneta.

El espacio interior

Elvio E. Gandolfo

Hasta ahora Luisa Axpe había publicado sus cuentos breves en distintas revistas, *Minotauro* y *El Péndulo* en especial. La primera recopilación de sus trabajos,* siempre un desafío para un autor novel, obtiene un resultado positivo: es más que la suma de sus partes.

En efecto, el terreno expresivo en el que Luisa Axpe se mueve gana por acumulación e interconexiones. Su fraseo breve, liviano, a la vez preciso y etéreo, solía quedar desprotegido en medio de relatos más apoyados en la contundencia de la anécdota o en el manejo de tonalidades más asertivas. Aquí cada texto va sumando su aporte a los demás hasta transformar lo que parecía escasez, sólo por aislamiento, en la construcción de un mundo propio.

En ese mundo tiene una importancia especial la percepción sensorial directa, aún no intelectualizada. Se describen pequeñas sensaciones, donde el propio carácter microscópico puede subrayar su intensidad contradictoria con la falta de espectacularidad "normal" de lo sentido: "Cuando por fin cesaron todos los sonidos, un gran silencio ocupó los espacios vacíos: el hueco de la gruta, *los poros de la piel*, los oídos." Esa frase de "Grutas" (donde el subrayado es nuestro) pasaría a ser una descripción banal del silencio sin esa inundación de los poros, lo invisible pero corporal, que expresa plenamente su carácter opresivo. Otro ejemplo: "El calor de la cara ya empezaba a humedecerle el brazo, y algunas gotas dibujaron manchitas oscuras en la sábana cuando levantó la cabeza para ver mejor" ("Perro azul").

Se presta además atención al *funcionamiento* de los sentidos en el tiempo: "Casi todas las habitaciones tenían las paredes cubiertas por un papel floreado, de dibujos muy pequeños que hacían cosquillas en los ojos a la hora de apagar el velador" ("Retoños").

La selección está ordenada con un buen criterio modulador: hay relatos más inclinados a la anécdota fantástica visible, palpable ("Retoños", "Casa de muñecas", "Las cañas") que exploran territorios clásicos del género (la pequeñez descostumbrada –que aquí provoca efectos crueles–, la creación volitiva de una casa, el carácter terrorífico de un entorno marginal). A modo de cuñas sutiles, se intercalan textos donde el predominio de lo interior, el delirio, la alucinación, la disolución pánica en la naturaleza o en los recovecos de la propia mente dependen mucho menos de factores argumentales o de imágenes claras, operando más bien por una cuidada sucesión de transparencias y correspondencias: "Perro azul", "Alamos", "Muestras de fatiga", "Extravío", "Desnudez". Allí el deseo consciente o inconsciente carcome la narración en el crisol del "todo-es-posible".

El eje sobre el que descansan esos relatos breves, y todo el libro, es "Grutas", un texto de una extensión que lo aproxima a la novela corta, y que confirma las cualidades puramente narrativas de Luisa Axpe, más allá del tono de prosa poética que invade a varios de sus textos cortos

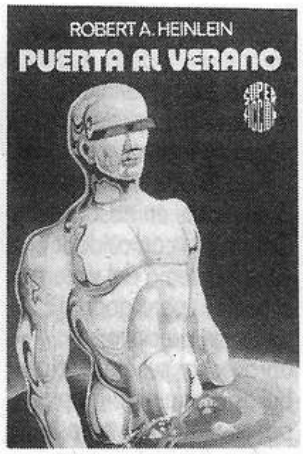
Se trata de un tema también varias veces tocado por la literatura fantástica: el pase inexplicable, hipnótico en su sencillez, a otra dimensión. En este caso el texto está manejado con voluntad lineal y naturalidad: una mujer de vacaciones se aproxima a

*Luisa Axpe, *Retoños*; Minotauro, Buenos Aires, 1986; 117 págs.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una isla, rodeada de compañeros de la vida cotidiana. Por los diálogos, por la tensión misma del fraseo, sabemos que algo la distingue, cierta inquietud aventurera, creativa, y que algo fuera de lo común la espera en esas playas que se acercan. La sucesión de hechos nos llevará a una inmersión en un mundo semiprimitivo que, sin perder la hilación narrativa, devela implícitamente un descenso al mundo de los arquetipos. Ese descenso se hace a costa de la individuación, de la identidad personal. Para el regreso habrá dos elementos importantes: un traje de baño y la lenta recuperación de los recuerdos. En su riqueza, el texto proyecta además otros sentidos: las tensiones de la relación hombre-mujer, la permanente lucha por imponerse elusivamente al otro y, en el final, la posibilidad de que todo haya sido, como en muchos de los textos breves, una nueva incursión por un espacio interior que modifica o trasciende el tiempo y el espacio convencionales.

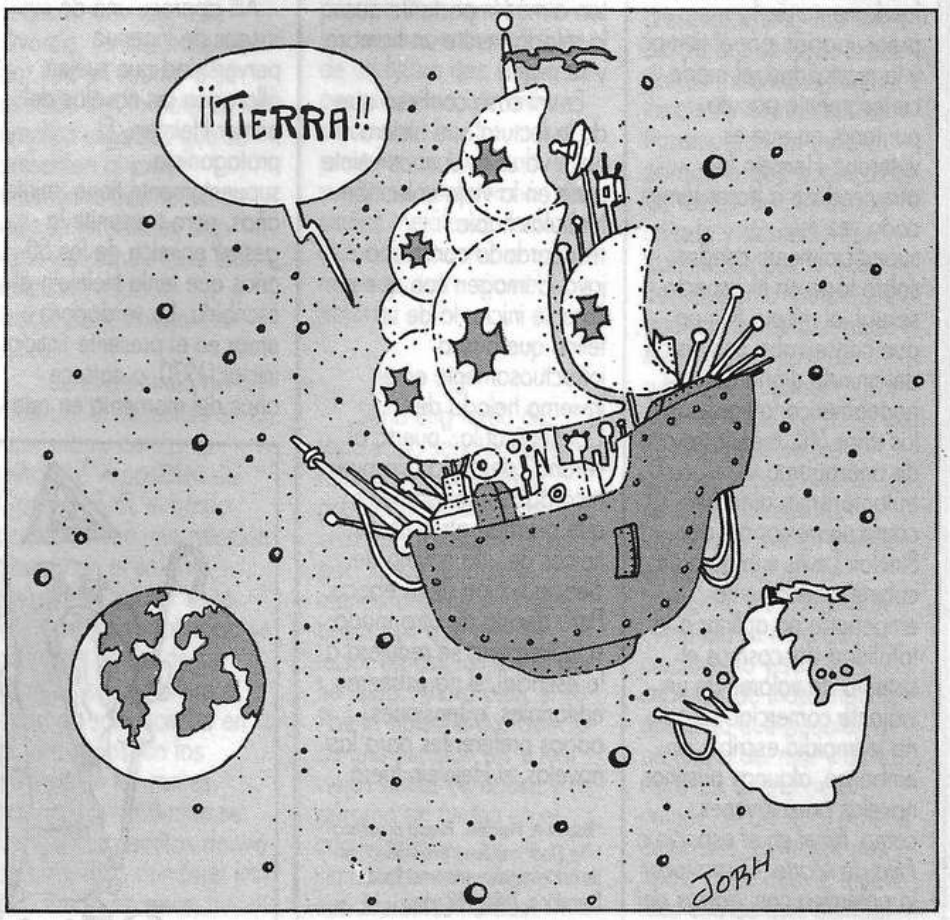
En conjunto, el mundo narrativo de Luisa Axpe va atrapando al lector de modo tenue, se va construyendo por pinceladas pequeñas e insidiosas. Es posible que la mejor lectura sea la que siga el orden en que han sido colocados los cuentos. Porque *Retoños*, más que una apresurada reunión de cuentos, es un libro, sólidamente apoyado en "Grutas", esa viga maestra situada en su centro.



Un gato y el sol

Eduardo Kern

Durante largas décadas Robert A. Heinlein fue considerado sinónimo de ciencia ficción en Estados Unidos. Uno de los rasgos destacables de su obra fue el de intentar el cambio a medida que variaban las condiciones del género en el que se inscribe. Su primer cuento apareció en 1939. Durante la década del '40 se convirtió en uno de los puntales de la revista *Astounding*, dirigida por John W. Campbell, adaptándose con vigor y sabor personal a la tonalidad "dura" de la revista, para cerrar esa época con dos obras espléndidas, *El hombre que vendió la luna* (1950) y *Amos de títeres* (1951), que representaban respectivamente una aventura comercial, defensora de los encantos de la libre empresa, y una de las novelas que mejor supo representar el clima paranoico incipiente de los años '50, y que influiría a muchos de quienes luego emplearían el tema de la invasión extraterrestre, incluido el argentino H.G. Oesterheld en *El Eternauta*. En la década siguiente, sus relatos incorporaron o agrandaron los rasgos impuestos por la revista *Galaxy:* ingenio, humor, acento en los aspectos sociológicos, una leve poesía (tendencia esta última que aumentaría *The Magazine of Fantasy & Science Fiction)*. Al fin de la década, el "viejo Bob", como lo llamaban sus adictos, hizo sonar una vez más el gong de la repercusión dentro y fuera del género con *Forastero en tierra extraña,* un libro extensísimo que fue tomado como biblia en los *campus* universitarios que alimentarían las rebeliones



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de fines de la década, y que se encontró entre las lecturas favoritas del tristemente célebre "clan Mason", autor del crimen grupal en el que murió Sharon Tate. A partir de allí Heinlein acentuaría su tendencia a la novela prolongada e "ideológica".

La descripción anterior no agota en absoluto la complejidad de su obra. En los relatos breves, por ejemplo, Heinlein se contó entre los adelantados de algunas técnicas narrativas experimentales luego usadas y promocionadas por la "nueva ola" de los años '70 (basta citar "Todos ustedes zombies", de 1959). La coherencia dentro del cambio estuvo dada por la insistencia en hilos temáticos o fundamentales: la preocupación por el tiempo y la mortalidad, el modo curiosamente pacato, puritano, en que el veterano Heinlein fue atreviéndose a tratar temas cada vez más superficialmente osados, sobre todo en el aspecto sexual, al mismo tiempo que conservaba una visión del mundo digna de un norteamericano típico de los años '40, mezcla rara de anarquismo y autoritarismo, algo así como un personaje de Sinclair Lewis subido a un cohete y seriamente empeñado en aplicar a la totalidad del cosmos el sistema de valores de un viajante comercial. Lo que no le impidió escribir, sin embargo, algunas prístinas novelas para jóvenes, como *Túnel en el espacio* o *Hija de Marte*. O provocar la polémica con *Tropas del espacio*, una novela militarista muy bien narrada que sería parodiada por Harry Harrison en Bill, *héroe galáctico*

El título que ahora reedita Martínez Roca* es con justicia uno de sus clásicos. Y lo es sobre todo para los lectores de esta parte del globo. Porque se trata de una novela que, sin traicionar ninguno de los rasgos típicos de Heinlein, posee un sabor único, mágico, inconfundible. Su núcleo sensible no tiene nada que ver con la ciencia ficción; se trata de la expresión impecable de lo que es la relación entre un hombre y su gato, algo que como lo saben Raymond Chandler, Osvaldo Soriano y sus lectores, puede llegar a ser tan o más importante que la relación entre un hombre y su mujer.

En mi caso confieso que de la lectura que hiciera hace ya unos buenos veinte años en la vieja colección Nebulas había resguardado como una joya la imagen con que el libro se inicia: la de un felino que busca infructuosamente en el invierno helado de Connecticut la "puerta al verano" del título. Después recordaba confusamente que ocurrían otras cosas, típicas de una novela de ciencia ficción de la época. Para decirlo de otro modo: si la literatura se redujera a lo esencial, si no existieran editoriales, extensiones, pagos preferentes para las novelas, si Heinlein fuera un poeta o incluso *beatnik*, el libro bien podría reducirse a su primera página y media.

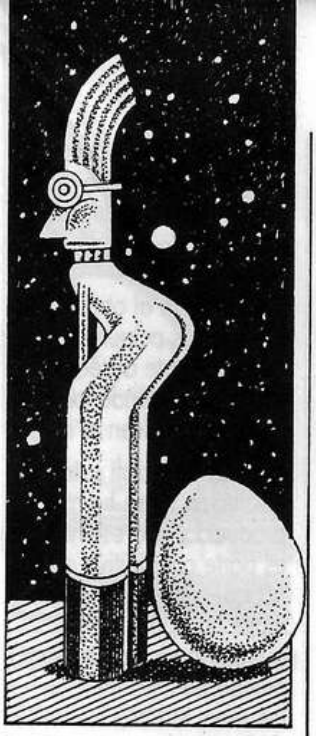
Pero lo que sigue no es desdeñable en absoluto. Construido con cuidado, vuelve al tema del viaje por el tiempo, pero poco a poco, sin precipitarse a aprovechar sus paradojas y brillos desde un principio. Y por suerte Pet, el gato, vuelve una y otra vez a adueñarse de *Mecánica Popular* del protagonista (infinitamente redimido por su amor al felino y el modo en que lo expresa en sus menores matices a través de la prosa burbujeante de Heinlein), los enredos amorosos con mujeres infinitamente malas y desagradables, o buenas y bellas.

Allí aparece uno de sus rasgos de ingenua perversidad que suelen aflorar en las novelas del primer Heinlein. El protagonista supuestamente tiene treinta años, pero transmite la *gestalt* anímica de los 50 años que tenía Heinlein al escribirla. Su verdadero amor en el presente ficticio inicial (1970, a catorce años del momento en que fue escrita) es una niña de doce años. De donde los complicados tejemanejes posteriores, el viaje al futuro año 2000 y el regreso a 1970 con unos cuantos kilos de oro en su cuerpo, podrían ser una complicada forma de expresar la paidofilia, el amor por las niñas, aunque la de la novela tiene el cuidado de entregarse a la hibernación unos cuantos años después que su tío, con lo que empareja y legaliza la relación ante la mirada social.

Si hubiera que elegir un término para definirla, diría que *Puerta al verano* es una novela soleada, donde la férrea convicción del autor en las bondades de la libre empresa y en el carácter invencible del voluntarismo individual está atenuada, poetizada, tibiamente rodeada por el amor a un "gato de verdad", que desecha un aparato automático que el empeñoso ingeniero amigo le construye y prefiere "salir afuera", sin abandonar jamás "su convicción de que si prueba todas las puertas, por fuerza tiene que haber una que sea la Puerta al Verano".

*Robert A. Heinlein, *Puerta al verano* (*The Door into Summer*); traducción de F. Hernández; Martínez Roca, Barcelona, 1986; 189 págs.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



AUTORES

Angel Faretta

Sobre algunos temas de Poe y Lovecraft

"El lector al cual se dirigía le sería proporcionado por la época siguiente."

WALTER BENJAMIN

1.

Se ha señalado oportunamente que la obra de H. P. Lovecraft marca una suerte de continuación-reflexión del universo poeiano. Sobre este aspecto liminar se ha subrayado el ejemplo, por demás obvio, de la *nouvelle* "En las montañas de la locura" de Lovecraft como continuación del *Gordon Pym* de Edgar Allan Poe, aunque siempre se soslaya una obra cronológicamente intermedia que forma una suerte de nexo entre ambas: la siempre olvidada novela de Julio Verne, *La esfinge de los hielos*. Pero más allá de estas evidentes simetrías, no se realiza una crítica analítica que formule precisiones más secretas –y por ende más importantes– entre los dos escritores norteamericanos. Las próximas líneas son apuntes en esa dirección.

2.

Como bien ha señalado H. A. Murena en el magnífico ensayo *El pecado original de América*, Poe es el primero que cifra metafóricamente una obsesión constitutiva de la temprana América: la idea de precariedad, de despojamiento y abandono que el alma europea experimenta, a través de genios como Poe, del vacío que rodea al nuevo hombre, americano en los hechos, pero espiritualmente europeo en lo substancial. Esta secesión anímica, este divorcio, es metaforizado por Poe en cuanto a su relación con lo abierto, los amplios espacios que se presentan al joven americano que se siente exilado forzoso en una América donde todo es amplitud, espacio inacabable, abismo en suma.

Sea el demonio de la multitud, el descenso en el maelstrom, los mares gélidos e impasibles del Gordon Pym, el héroe poeiano tiene una relación abisal con el entorno geográfico. Con Poe, el tema del horror al vacío se convierte en eje de su mundo ficcional. Pero el vacío no sólo acecha en los remolinos, en los montes, en los mares borrascosos a donde se arrojan manuscritos dentro de botellas o donde el fin del mundo aparece, literalmente, ante los ojos del viajero que huye; ese vacío, decimos, también aparece en los espacios cerrados de las casas que devoran a sus propios habitantes, en la muerte suspendida de cuerpos que luego se convierten en líquidos fétidos, en mujeres que se autofagocitan al ser retratadas, en dobles que se autoaniquilan... Precisamente, cuando acusaron a Poe de no ser un escritor norteamericano –ya había "críticos" de ese tipo en aquellos años– y de entregarse a una literatura "germánica", "gótica", respondió "Mis terrores no son de Alemania sino del Alma".

El Alma escindida, que no puede encarnarse en el desolador panorama que percibe Poe, se retuerce en los terrores casi proféticos de un futuro que este autor postula como aterrador, inhumano. Ese futuro fue el presente de Lovecraft: una suerte de confirmación de ciertas metáforas centrales que obsesionaron a su maestro, entre ellas el abismo.

3.

Sería una tarea del todo vana señalar en los relatos de Lovecraft la presencia de abismos, cavernas, grietas y fisuras por donde se ingresa a un mundo anterior y temible; basta con que nuestro lector repase los textos que ha leído. Ahora bien, si en Poe lo abisal era producto de una escisión entre las viejas raíces europeas y el páramo sin centro en el cual –literal y simbólicamente– han caído sus diferentes héroes (siempre avatares anímicos del autor), en Lovecraft el abismo ha usurpado el lugar del Universo. Un abismo interior, primordial, al cual se accede mediante las grietas por donde se filtra una realidad ilusoria. La verdadera realidad es la caída vertical hacia abismos inmemoriales.

4.

Como todos sabemos Lovecraft abjuró de una manera aun más extrema que Poe de su condición de americano. Para él, la realidad, el mundo, era la vieja Europa que no conoció físicamente pero a la cual había visitado "con Poe en sueños", como afirmó una vez. En el autor de "Ligeia" hay una romántica negación de un presente estéril, una tierra baldía donde nada crece y donde todo nace muerto. Pero esta mortalidad es transmutada en belleza porque lo que agoniza son los restos de un pasado amado y deseado. Esa fascinación por lo que decae, por lo mórbido, lo agonizante, es doloroso amor por un pasado sublime y sublimado; por una edad de oro de la cual quedan ecos en las galerías sepulcrales de los castillos y mansiones lóbregas de una América en estado larval. En Lovecraft, las larvas han cumplido su ciclo de crecimiento y son las criaturas de indescriptible asimetría que pueblan lo profundo del mar y de las estrellas. Si en Poe el mundo, el planeta, parece detenerse, Lovecraft nos habla de lo que se mueve más allá de este mundo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A pesar de las fútiles leyendas periodísticas y de las ineptas biografías que han mostrado *urbi et orbi* a un Lovecraft fascinado por la muerte, hay en este autor, por el contrario, una profunda serenidad estoica frente a este hecho. Su rígido monismo materialista parece haberlo librado a una pánica contemplación de un universo en constante liquidación cíclica.

Poe sí estaba fascinado por lo moribundo, por lo mórbido, pues tenía esperanzas de que la muerte lo rescataría de una vida que negaba por estéril, de un racionalismo triunfante que ya hacía de los hombres presas fáciles de una producción y reproducción en cadena. Frente a esto Poe levantaba los estandartes románticos del culto a lo misterioso, a lo nocturno –lo contrario del "iluminismo"–, a lo sublime. En esta incierta batalla Poe se autoinmola, mortifica su cuerpo –otro *leit motiv* romántico– para negar la salud de las luces. Incluso en Poe quedan esperanzas para que la ciencia vuelva a unirse con los arcanos religiosos, cosa que soñaron y postularon Coleridge y Novalis, a quienes Poe conocía.

En Lovecraft la utopía romántica de reconciliación, de re-ligamiento entre lo sagrado y lo profano está clausurada. Si por sus temas, sus metáforas y estilo, Lovecraft puede ser adscripto sin dudas al romanticismo, su universo ficcional es, por el contrario, la mostración de que todo ha sido consumado. Es una suerte de cronista de un futuro que ya ha sucedido, una especie de cantor de gesta al revés (para entendernos: el lado oscuro de Tolkien), un lector tardío del manuscrito hallado en una botella de láudano y cuyas propiedades oníricas se han evaporado.

En Lovecraft la entropía ya se ha producido, y la relata como el revés del sesgo profético de Poe; en éste los acontecimientos se precipitan en el presente que se abraza con el pasado; en aquél, por el contrario, el pasado es narrado desde el futuro (jamás hay presente histórico en la escritura de Lovecraft): las obras del creador del Panteón de Cthulhu son verdaderamente los recuerdos del futuro.

5.

La crítica vienesa que ya ha cometido estragos y desatinos varios revolviendo la obra de Poe, ha olido un nuevo filón en los textos de Lovecraft; la ausencia de mujeres –al menos físicamente descriptas– ha hecho levantar la ceja a más de uno. Si seguimos el desarrollo de las metáforas que nos hemos propuesto, entenderemos el porqué de esta ausencia.

En Poe la mujer –como bien ha observado D. H. Lawrence en un estudio definitivo– pugna vampíricamente por el conocimiento que lleva más allá de la muerte; los Usher se devoran mutuamente porque cada uno de ellos quiere conocer mentalmente al otro; este conocer los aniquila, pero es una muerte deseada, una ordalía donde los instintos disuelven la razón.

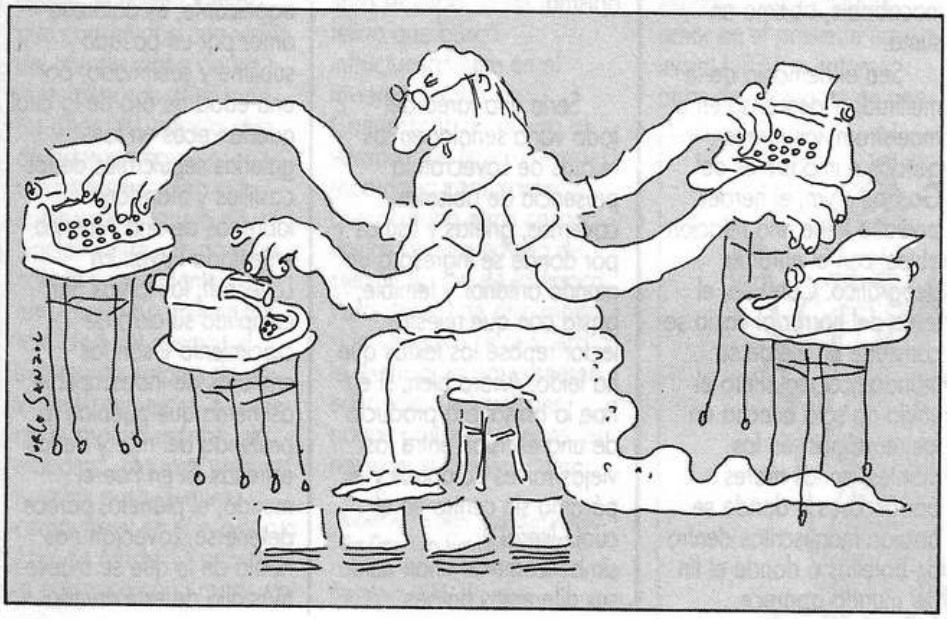
Pero en Lovecraft esta disolución ya se ha producido, y la esterilidad es parte constitutiva de sus ficciones; de allí que la mujer no aparezca, ni pueda aparecer. En ese mundo de consumación, los seres todavía humanos de Lovecraft no pueden reproducir absolutamente nada, son agentes pasivos, inertes formas que deambulan por un mundo que ya no les pertenece.

Sería vano, entonces, que en los relatos de este autor apareciera la Mujer: las Ligeia, Berenice, Morella, Lady Madeline de Poe ya han arrastrado al más allá a los hombres; para la emblemática romántica la muerte era una mujer.

Lovecraft, como ya hemos dicho, sólo es romántico en el estilo, no en las intenciones. Por otra parte los protagonistas de los relatos de este último escrito apenas son hombres; más bien son figuras huecas que atraviesa el viento de la nada.

Poe descubre el abismo, Lovecraft hace del universo un abismo todo.

Entre una y otra obra circula metafóricamente una pesadilla recurrente: "La libertad, ese infortunio", como dijo otro poeta.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CINE

Operador de sueños

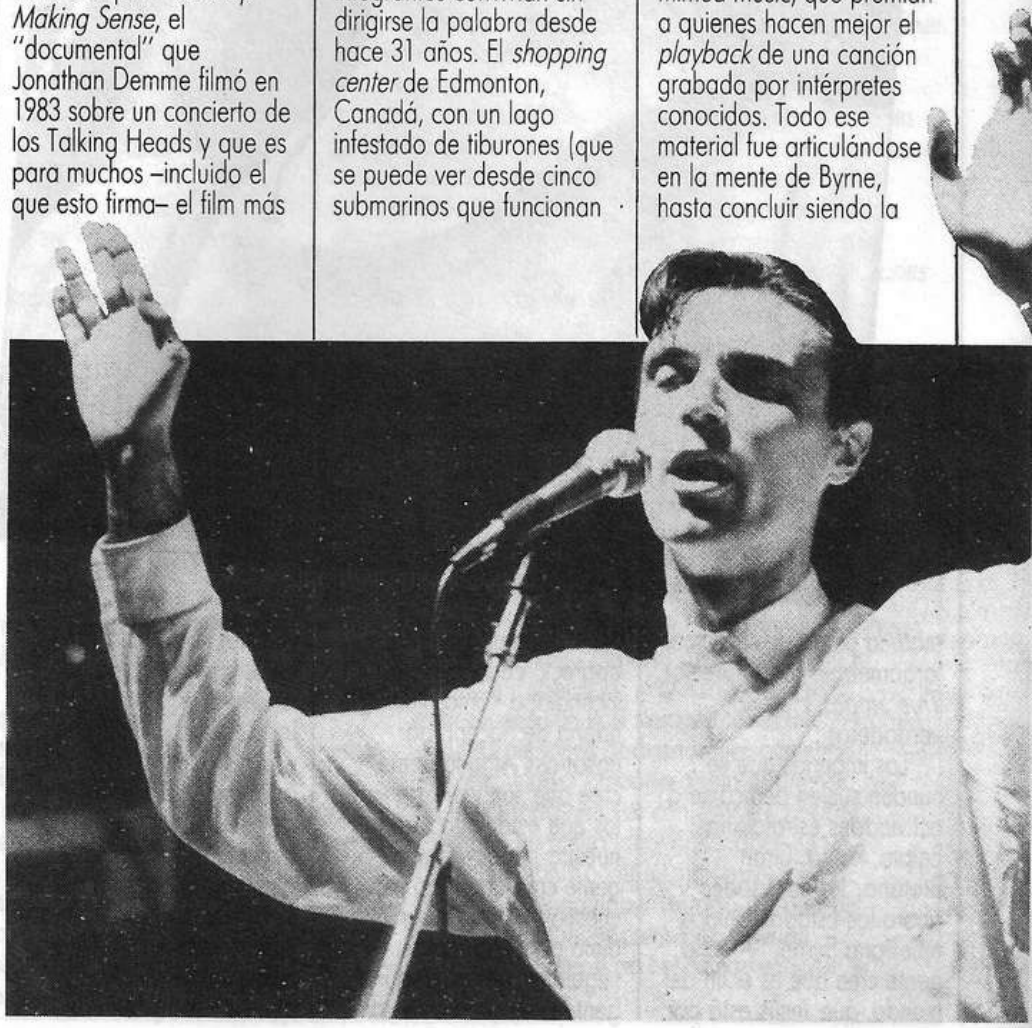
Marcelo Figueras

Todo esto es verdad. Así se llamaba el film que Orson Welles comenzó a rodar para la RKO Pictures en 1941, inmediatamente después del estreno de *El Ciudadano*. Paradójicamente, ninguno de los episodios de los que constaba la película podía arrogarse el mote de *documental*: Welles prefirió incluso recrear el carnaval carioca en un *set*, en lugar de ir a registrarlo a sus fuentes. *Todo esto es verdad* contenía, pues, ficción pura. Lo cual no implicaba contradicción alguna, sino una profesión de fe sobre el poder del artificio cinematográfico.

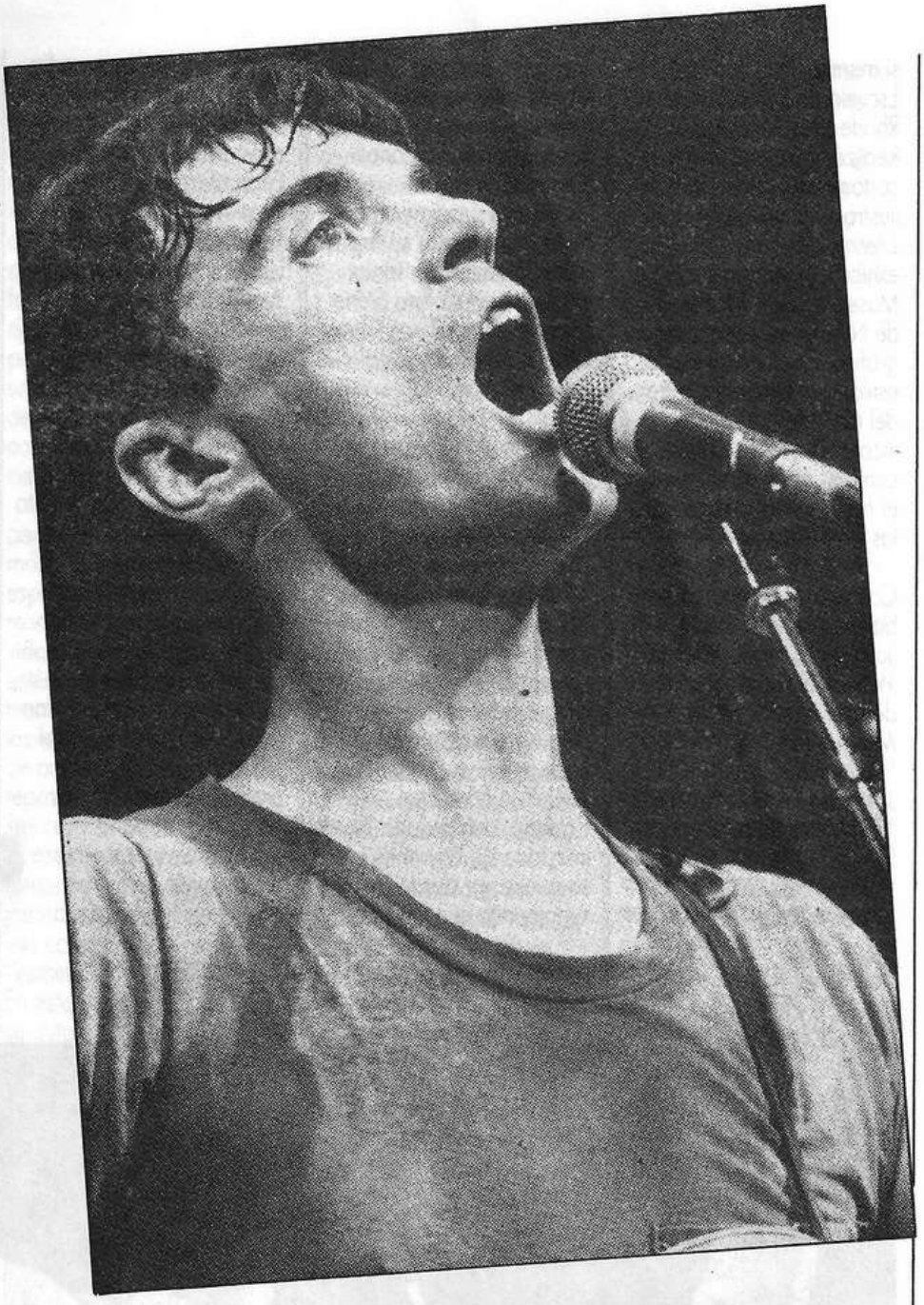
Casi medio siglo más tarde, David Byrne muestra una debilidad semejante por las zonas grises que separan (¿que unen?) la realidad de la ficción. Un hobby peculiar para una estrella del rock and roll. Cantante, guitarrista, compositor y líder de la banda The Talking Heads, Byrne ha sabido hurtar el cuerpo a la *macchietta* que muchos rockeros hacen de sí mismos. Estudiante de la Escuela de Diseño de Rhode Island. Fotógrafo. Realizador de *videoclips* (el cortometraje con el que ilustró su tema *Once in a Lifetime* es objeto de exhibición permanente en el Museo de Arte Moderno de New York). Diseñador gráfico. Creador de un estilo inconfundible dentro del rock, pero que a la vez incorpora y recrea ritmos como el *tex-mex*, el *cajun*, el *heavy metal* y el jazz de las *brass bands*.

Compositor de música para ballets (Twyla Tharp lo llamó para *The Catherine Wheel*). Guionista y estrella de cine a partir de *Stop Making Sense*, el "documental" que Jonathan Demme filmó en 1983 sobre un concierto de los Talking Heads y que es para muchos –incluido el que esto firma– el film más inteligente que se haya rodado *desde* y *sobre* el rock and roll. Byrne es lo que los norteamericanos gustan en llamar *multimedia prodigy*, un as de los multimedia: su rostro suele aparecer con tanta frecuencia en *Rolling Stone* como en *Down Beat*, *Design*, *Video Review* o *American Film*.

Durante la gira de *Stop Making Sense*, Byrne comenzó a acumular recortes de publicaciones como *Newsweek*, *Texas Monthly* y *Weekly World News* en torno a historias insólitas pero verdaderas. Un matrimonio cuyos integrantes convivían sin dirigirse la palabra desde hace 31 años. El *shopping center* de Edmonton, Canadá, con un lago infestado de tiburones (que se puede ver desde cinco submarinos que funcionan constantemente) en medio de su estructura. Un excéntrico que quiere construir una suerte de Gran Muralla China circundando el estado de Texas. La existencia del Hospital Invisible de San Juan Bautista. Una mujer que decidió pasar el resto de su vida en la cama, rodeándose de *gadgets* para no tener que levantarse y de vestidos que constan apenas de su mitad delantera. Un gordito que pagó un aviso en todas las teleemisoras del país buscando esposa ("Creo en el matrimonio con *M* mayúscula"). Los concursos nacionales de *mimed music*, que premian a quienes hacen mejor el *playback* de una canción grabada por intérpretes conocidos. Todo ese material fue articulándose en la mente de Byrne, hasta concluir siendo la



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



materia prima de su primer largometraje como director, *True Stories*. Historias verdaderas...

"Los imperios que se hunden suelen dedicarse a actividades estrafalarias: Egipto, Roma, Gran Bretaña, Japón, España y ahora los Estados Unidos", reflexiona Byrne. "Alguna gente cree que es el fin del mundo, que Jesús está por venir. Sin embargo, no apareció cuando Nerón incendiaba Roma. ¿Por qué habría de hacerlo por nosotros? Alguna gente cree que son los extranjeros los que están socavando nuestro poder. Alguna gente cree que todo es cuestión de encontrar la dieta adecuada (más vegetales, gritan). Alguna gente cree que basta con eliminar la grasa a través del *jogging*. Alguna gente se deprime y se dedica a las bebidas o las drogas. Alguna gente se deprime asimismo, pero prefiere ir de fiesta en fiesta (maquillándose para el fin del mundo). Alguna gente se vuelca sobre sí misma y viaja a la India. Alguna gente estudia, creyendo que así va a poder analizar la situación. Alguna gente compra armas, municiones y latas de conserva, preparándose para la invasión. Alguna gente espera a los visitantes del espacio exterior, y pone a punto la bienvenida..."

True Stories acaba de ser estrenada en los Estados Unidos. Aún no hay signos de las respuestas que está destinada a suscitar. Por lo pronto, el film se encabrita ante cualquier definición de *género*: no es un musical aunque incluye numerosas canciones, no es una comedia aunque la risa fluya, no es un documental aunque abunden las observaciones sociológicas ("El *shopping center* ha reemplazado la plaza mayor como centro de muchas ciudades americanas. *Ir de compras* se ha convertido en la actividad que nuclea a la gente"). Quien hila las distintas historias es el Narrador (Byrne mismo), una suerte de guía turístico/cómplice que nos introduce en los hogares de La Mujer Más Haragana del Mundo, del matrimonio Culver –los que sólo se hablan a través de sus hijos–, de Ramón el Chicano, de Louis Fyne –el cazaesposas–, de La Mujer Más Mentirosa del Mundo y de muchos otros. La acción tiene lugar en el pueblo de Virgil, un enclave texano que celebra a su modo el 150 aniversario de la creación del Estado. Como toda Texas, Virgil ha sobrevivido históricamente gracias al algodón, para dedicarse luego a las ovejas, y más tarde al petróleo. Hoy la fuente de riqueza es otra: la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

microelectrónica. La empresa Varicorp es el corazón económico de Virgil. Allí trabajan todos, desde Louis Fyne hasta el Loco de las Computadoras, un ex *hippie* convencido de que "se puede extraer poesía de los *chips*". En su deambular, el Narrador deja caer observaciones sobre extrañas materias como las casas de metal, los paisajes planos de Texas ("Un paisaje plano es también el paisaje de un niño: todo lo que necesita hacer para dibujar el horizonte es trazar una línea en el centro del papel"), la decoración de alimentos, el curanderismo, los gemelos ("Confunden nuestras ideas sobre la individualidad") y los predicadores que en todos los calzones husmean una conspiración guiada por el Anticristo. "En *True Stories* permanecí alejado de los temas considerados *grandes*, como el sexo, la violencia y la política, porque la gente tiene demasiadas ideas preconcebidas sobre ellos. Escogí entonces un material que parecía demasiado estúpido como para que se hubieran molestado en formular opinión al respecto."

Los datos sobre los que se yergue *True Stories* son vedaderos. Virgil existe. Texas –aunque resulte difícil creerlo– también. El film registra la acción desde 1986, una fecha concreta y al alcance de la mano. Es en esa *plausibilidad* que radica la mayor fuerza del film: pese a que todo tiene la corporeidad de lo real, Byrne presenta a Virgil y a su gente como si se tratara de otro mundo, de otra forma de vida. En ese sentido, el paseo por Virgil a que se somete el espectador es similar a la excursión por el País de Nunca Jamás en *Peter Pan*, por Arrakis en *Duna* o por Lórien en *El Señor de los Anillos*. Aunque los personajes anden en automóvil, coman cosas semejantes y compartan hábitos con los nuestros, *True Stories* los envuelve en el halo de la irrealidad más absoluta. La ficción como aliada de lo fáctico: Byrne pulsa esa cuerda hasta el máximo de tensión. *True Stories* amenaza ser un singular ejercicio de extrañamiento, de acuerdo al cual Virgil puede albergar tanto a una comunidad de enajenados mentales, a una cohorte de santurrones al borde del Apocalipsis, como a la primera colonia marciana en el planeta Tierra. Todo vale: cuantas más lecturas sean posibles, mejor. Byrne no ha descuidado ningún detalle, ni el tratamiento del color, ni el vestuario, ni la escenografía (la de Virgil es una comunidad de granjeros atacados de geometrismo). La banda sonora ha sido compuesta en su totalidad por Byrne, abarcando una pluralidad de estilos: rock con tintes *heavies* en *Love for sale*, gospel en *Puzzling evidence*, tex-mex en *Radio head*, baladas para un *crooner* a la Sinatra –como *Dream Operator*– y más. Las letras se aproximan a la acción de un modo oblicuo. Sobre los títulos del final, los Talking Heads cantan: "Vivimos en una ciudad de sueños. Conducimos sobre una carretera de fuego. ¿Deberemos despertarnos y encontrar que se ha ido?"

Quién sabe: quizá dentro de varias décadas, cuando Byrne se haya convertido en una figura wellesiana –híbrido de personaje shakespiriano y sabio renacentista– habrá quien intente ficcionalizar su vida como la de El Hombre Que Quiso Mirar Todas Las Cosas Desde Un Lugar Nuevo. Las generaciones por venir observarán ese film en silencio, con la misma incredulidad con que hoy se asiste a la proyección de *True Stories* ("Y todo esto es verdad...").

El narrador Byrne

Este es el texto de una de las canciones de Byrne, *Visto y no visto*, incluida en el álbum *Remain in Light* (1980). Una muestra clara del potencial de Byrne como narrador, siempre recostado sobre lo cotidiano pero a la vera de lo fantástico, lo extraño, lo siniestro:

El veía rostros en las películas, en la TV, en revistas, y en libros... Pensaba si alguno de esos rostros no iría bien para su persona... Y a través de los años conservando una estructura facial ideal fijada en su mente... O en algún lugar en el fondo de su cabeza... Podría, por mera fuerza de voluntad, aproximar su rostro a aquel ideal... El cambio sería muy sutil... Podría tomar diez años o más... Gradualmente, su rostro cambiaría de forma... Una nariz algo más aguileña... Labios más anchos o delgados... Ojos redondeados... Una frente más vasta.

Imaginó que compartía esa habilidad con la mayor parte del mundo... Que ellos también habían moldeado sus rostros de acuerdo a algún ideal... Tal vez imaginaron que su nueva cara convendría más a su personalidad... O tal vez imaginaron que su personalidad se vería forzada a cambiar hasta ponerse de acuerdo con la flamante apariencia... Por eso las primeras impresiones son casi siempre correctas... Aunque algunas personas podrían haber cometido errores... Haber arribado a una apariencia que no tenía nada que ver con ellos... O haber escogido un rostro ideal basándose en un capricho infantil o impulso momentáneo... Algunos podrían haber llegado a mitad de camino, y entonces cambiado de idea.

El se pregunta si no habrá cometido un error similar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CORREO

Amigos de *El Péndulo*:

Realmente fue una grata sorpresa la reaparición de la revista. Siguen manteniendo el gran nivel de la primera época y, especialmente, de la segunda; aunque extrañe un poco la sección de historietas.

Muy buenos los artículos, ante todo el de Capanna y las "Crónicas terrestres". El cuento de Cordwainer Smith fue, sin duda, lo mejor del número 11, aunque Tiptree y Silverberg no se quedan muy atrás. Simpático el cuento de Duvic. Debo confesar que soy lector de gustos más bien clásicos, y esto viene a cuento de las obras de los autores argentinos: salvo el texto de Gardini, y una de las "Transgresiones" de Romero ("El huésped"), los demás cuentos no me atrajeron para nada.

Lo mejor de la revista es la amplia variedad de cuentos, para todos los gustos, así como las magníficas ilustraciones. Felicitaciones a Chichoni, Breccia y Scafati. Adelante, y recuerden: la tercera es la vencida.

Claudio Álvarez
San Isidro

○●○●○●○●○●○

Mis queridos pendulistas:

Hace más o menos dos meses, al pasar por un kiosco de revistas, descubrí de reojo que un ejemplar de *El Péndulo* me acechaba y se sonreía, semiescondido en una pila de papel impreso de todos los colores. Por supuesto, no lo dejé escapar. *El Péndulo* (nada menos que *El Péndulo*, mi revista favorita) había vuelto del futuro, y estaba ahí, era real, no un mero espejismo, ni una jugarreta sensorial fruto de la expresión de mis deseos. Y no estaba tan buena como siempre. ¡Estaba mejor!

Decididamente mejoraron la calidad gráfica de las tapas y la presentación general. Mis sinceras felicitaciones por el nivel de la revista, y un bravo muy especial por Gandolfo, Vinelli, Capanna y compañía.

Respecto de la calidad literaria de los cuentos, creo que hay de todo y para todos los gustos: algunos que decididamente no me gustaron; por ejemplo, la serie de Vendavalia –con la que amenazan seguir torturándonos próximamente– me parece un cuasi-culto al aburrimiento. Algo en cierto modo similar a la saga de Moderan pergenada en su momento por D. R. Bunch y publicada oportunamente por ustedes. Y que, seguramente, despertará opiniones tan dispares como las que provocó en su momento el aludido humanoide de Metalnuevo. Hubo otras cosas que tampoco me gustaron mucho: de James Tiptree podía haber esperado algo mejor, y "La guerra número 81-Q" me parece válida sólo como lo que es: un hecho anecdótico.

Pasando a la parte "positiva", debo decir que me gustó "Reclutamiento forzoso", aunque de Silverberg podría decir lo mismo que de Tiptree. (Aún no puedo olvidar "En una tierra de colores claros" y el vuelo poético de un Silverberg absolutamente opuesto a éste.)

Cordwainer Smith y Theodore Sturgeon fueron decididamente lo mejor de cada número, algo que no debería sorprendernos si tenemos en cuenta los antecedentes de ambos. "La educación de Drusilla Strange" simplemente me maravilló, sin términos medios. Del viejo Paul Linebarger prefiero no opinar nada porque ya nos tiene acostumbrados a una calidad literaria pareja. La Gran sorpresa Gran la dio Harlan Ellison: "El llanto de los perros azotados" es magistral.

Las notas de Capanna siguen siendo tan interesantes como siempre, y las secciones "Polvo de estrellas", y "Cine" también aportan lo suyo.

De los ilustradores (tan buenos como en la segunda época) destaco a Nine –por supuesto– y a Scafati, una muy agradable sorpresa.

En el nivel general creo que *siguen siendo los mejores*, lejos. Y lo seguirán siendo en tanto no se les dé por repetir las ilustraciones (caso la de Asimov, de Scafati, *EP* 12, que ha habían publicado en el número 10 de la segunda época, y varias más que no me molesto en resaltar).

Extraño la sección de "Libros enterrados", y también el "Correo", única manera de conocer la opinión de otros aficionados como yo, que normalmente no salen a la luz.

¡Sigan oscilando por siempre!

Los quiere,

Walter Daniel Reyes
Capital

"En una tierra de colores claros" es muy diferente del de "Reclutamiento forzoso": tanto que se llama Robert Sheckley.

○●○●○●○●○●○

Querido Marcial:

Es habitual que en todo rejunte escritores se termine hablando de generalidades acerca de política, religión, política, literatura, política, historia, política, geografía, política, mientras *the real thing* se escapa por la ventana. El International Writing Program de Iowa, tan estimulante en otros sentidos, no podía ser la excepción, y yo mismo debo confesarme culpable de ese pecado menor (¡y también, por suerte, de otros mayores!). Desde luego, mientras nosotros debatimos pomposamente sobre nuestra Importancia, Imprescindibilidad, Impaciencia, Impertinencia e Imponencia, los esbirros de la CIA, la KGB y otras entidades benéficas (incluidas nuestras versiones locales del Monstruo) continúan alegremente su siniestra tarea de meternos a Stalin en el alma, como diría bellamente Ursula K. Le Guin.

En medio de esa internacional trivialidad, *El Péndulo* 11 me llegó como el Séptimo de Caballería cuando en la caravana quedan pocos sobrevivientes, se acaban el agua y las municiones y los pieles rojas se preparan para la carga final. Sonaron los clarines y de un sobre emergió la arrolladora tapa rockera de Chichoni, prometiéndome que en esa revista todos los responsables (??) seguían locos de remate como en los viejos tiempos. Por un momento, esa persistente locura me dio la sensación de que entre esas tapas estaba el mundo real, y tal vez lo estaba.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por cierto, al menos *the real thing* estaba allí. Desde luego no hablo como alguien que se siente parte de un staff (!!!), sino como un mero autor cuyos trabajos fueron leídos, aceptados y publicados (y espero que pagados) y se alegra de tener su propia celda acolchada en esta tercera etapa. Con gratitud, con afecto, y aun con saludable envidia por el talento de los otros cómplices –escritores, ilustradores o lo que sean–, un abrazo para vos y el resto de la pandilla salvaje. Espero que veamos muchos más números de *El Péndulo*, y que todos ellos cabalguen sin descanso hacia un apasionado *The End*.

Carlos Gardini
Iowa City
USA

○●○●○●○●○●○

Estimado Sr. Cascioli:

Gran sorpresa y una no menor alegría me causó el ver nuevamente en el kiosco a *El Péndulo*. No transcurrieron más de unos segundos para que, palmeteada mediante, gasto del cual no me quejo ni me arrepiento, tuviese el ejemplar en mis manos; y ahí vino la consternación (bueno sí, el término es algo dramático pero la cosa anda por ahí), cuando vi que se trataba del número 12. Me había perdido el 11; aparte de no tener el 10 porque no llegó nunca a Jujuy y fui lo suficientemente perezoso como para no mandar un giro y unas líneas cuando ustedes lo ofrecían en *Humor*.

Pero de ésta no pasa. Justamente el motivo de la presente es pedirle encarecidamente me diga cuáles son las condiciones de pago para que me sean enviados los mencionados ejemplares. O si fuese posible que los manden contrarreembolso.

No pretendo que Ud. me escriba, bastará con que haga un pequeño espacio por ahí en la revista donde diga cómo se pueden adquirir los ejemplares atrasados y así mata varios pájaros de un tiro puesto que es de imaginar que habrá otros interesados. Desde ya, gracias.

Con respecto a la nueva época de *El Péndulo*, es notable y grato ver que la calidad no ha decaído; la presentación es mejor, desde luego, pero lo importante es que el contenido siga manteniendo el nivel de antaño. Las "Crónicas terrestres", geniales como siempre. Bien por Elvio Gandolfo y por Marcelo Figueras, cuyo comentario me sorprendió por su acierto: no recuerdo haber leído nada de Figueras, y me extraña porque veo que sabe mucho de cine, tema que me interesa y acerca del cual leo todo lo que puedo (bueno, mejor dicho, todo lo que se puede conseguir en estas latitudes, que no es mucho). Y, por supuesto, mis felicitaciones a Aníbal Vinelli, que siempre anda en la precisa.

Presto atención a sus comentarios, ya que todas sus apreciaciones se ven confirmadas cuando voy al cine.

Bueno, también felicitaciones a Pablo Capanna, a Carlos Nine, a Enrique Breccia, a Luis Scafati, a Eduardo Santellán y a todos los que intervienen en la realización de esta estupenda revista, y a usted, Cascioli, por animarse a sacarla de nuevo. Mención especial para Oscar Chichoni, cuyas ilustraciones me parecen las mejores.

Antes de despedirme me gustaría hacerle una sugerencia: incluir una sección dedicada a la buena música análoga a la de cine, con comentaristas del mismo calibre de Vinelli y Figueras. Sería un detalle más que los acercaría, si esto fuese posible, a la perfección.

¡Vamos todavía!

Marcos G. Buljubasic
San Salvador de Jujuy

Los lectores que deseen conseguir números atrasados de El Péndulo *deberán dirigirse personalmente o por carta a la Administración de Ediciones de la Urraca, Venezuela 842, 1095 Buenos Aires.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EN EL PROXIMO NUMERO

○ Thomas Burnett Swann: "¿Dónde está el pájaro de fuego?"
La historia del fauno que presenció la fundación de Roma.

○ Una entrevista con Mario Levrero.

○ Mario Levrero: "Confusiones cotidianas"
Los nudos nuestros de cada día.

○ Kim Stanley Robinson: "Aire negro"
Un viaje alucinante en uno de los barcos de la Armada Invencible.

○ Leo Maslíah: "Caso extremo"
Los riesgos del egocentrismo.

○ Pablo Capanna: "Prometeo paranoide"
Las propuestas del futurólogo Adrian Berry.

○ Stanislav Lem: "Philip K. Dick: Un visionario entre los charlatanes"
El mundo de uno de los escritores de ciencia ficción más fascinantes de todos los tiempos.

EQUIPO

Director Editorial
Andrés Cascioli

Jefe de Redacción
Marcial Souto

Diseño Gráfico
Susana Rochocz

Asesoramiento Técnico
Elvira Ibargüen

El Péndulo, número 14, tercera época. Revista mensual de Ediciones de la Urraca S.A. Redacción: Venezuela 842, (1095) Capital Federal, teléfonos 34-8778/8972/8747. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 39.569. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Distribuidores en Capital Federal: Macchi y Cía. Distribuidores en el interior: SADYE S.A.C.I.F., Belgrano 355, Capital Federal. Distribuidores en el exterior: Ediciones de la Urraca S.A., Casilla de Correo 4504. Fotocomposición: Photo Lettering S.A. Director: Andrés Cascioli.
FEBRERO 1987 IMPRESO EN IMP. ROSGAL S.A. – MARIANO MORENO 2708 - TEL. 80 25 07 – MONTEVIDEO-URUGUAY
Depósito Legal 216.989/87

CORREO ARGENTINO CENTRAL
Franqueo a Pagar Concesión Nº 822
Franqueo Pagado Concesión Nº 1535
Tarifa Reducida Nº 3207

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

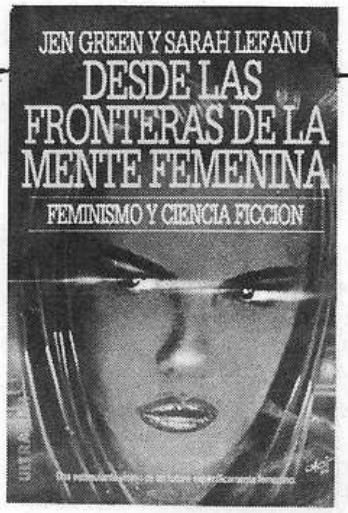
VIAJE AL FUTURO VIA ULTRAMAR

con la New Wave de la Ciencia Ficción

CROMO PUBLICIDAD S.A.

BANG BANG Y DONDE LAS LINEAS CONVERGEN / Brian W. Aldiss.
Una rara historia en la que convergen las pasiones humanas en un marco de ficción y posible realidad. El personaje principal es un engendro alucinante: los hermanos Barry y Tom, siameses con tres cabezas. Su vida es un odio constante y creciente, con un final impactante.

BABEL 17 / Samuel R. Delany / Premio Nebula (novedad absoluta). BABEL 17, galardonada con el Premio Nebula (1966), consagra su talento. En esta obra sutilmente elaborada, Delany hace vivir al lector una verdadera aventura, ya por la trama, ya por lo literario, que en el curso de la obra constituyen un ensamble perfecto.



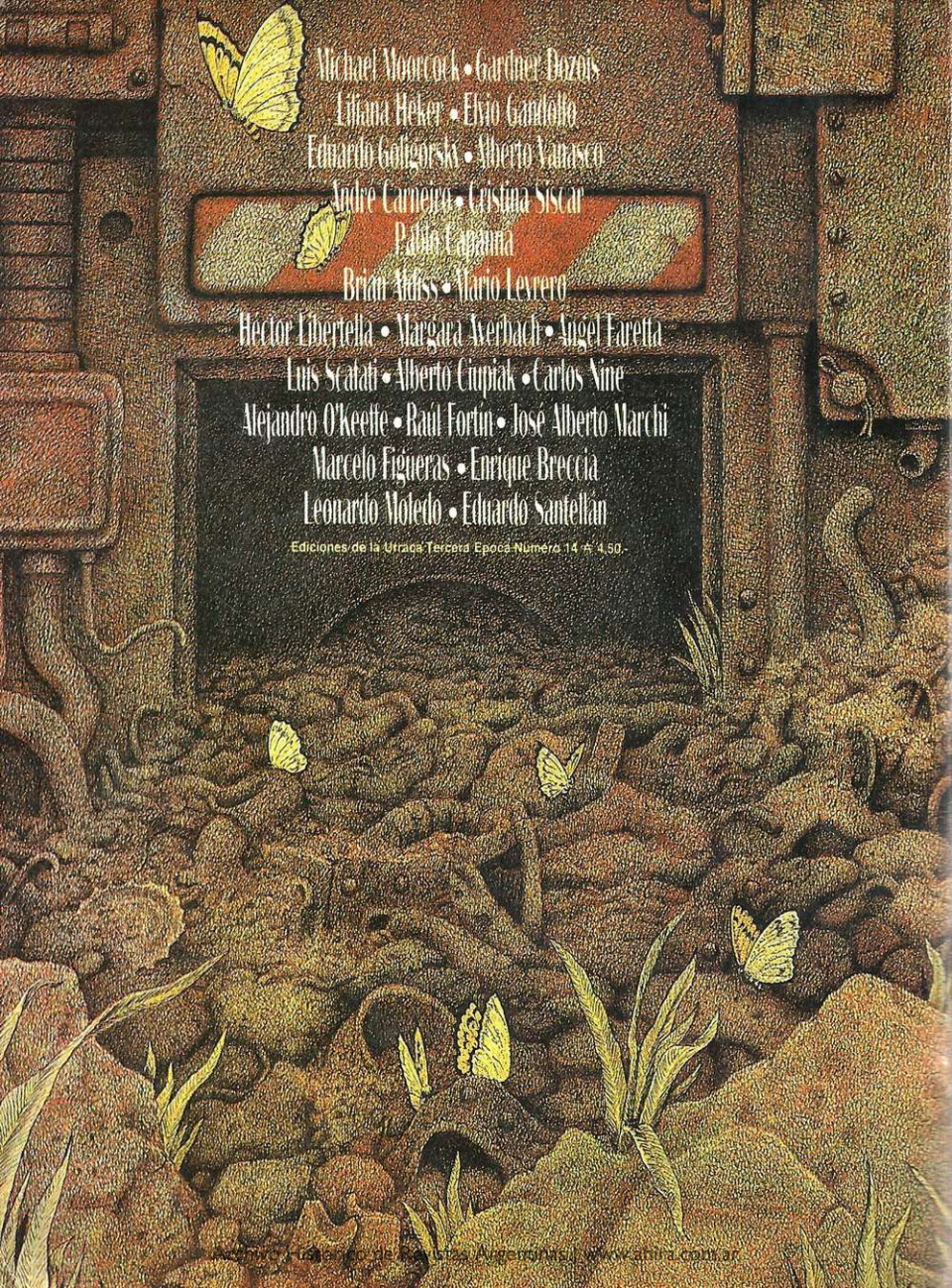
DESDE LAS FRONTERAS DE LA MENTE FEMENINA / Jen Green y Sarah Lefanu (de próxima aparición).
Provocativas imágenes de un futuro específicamente femenino, en una visión que desafía el legendario dominio masculino. Algo de lo que puede existir más allá. En el futuro, o ahora mismo.

ULTRAMAR

ULTRAMAR

BARCELONA - MADRID - BOGOTA - BUENOS AIRES - MEXICO D.F. - MIAMI - MONTEVIDEO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar